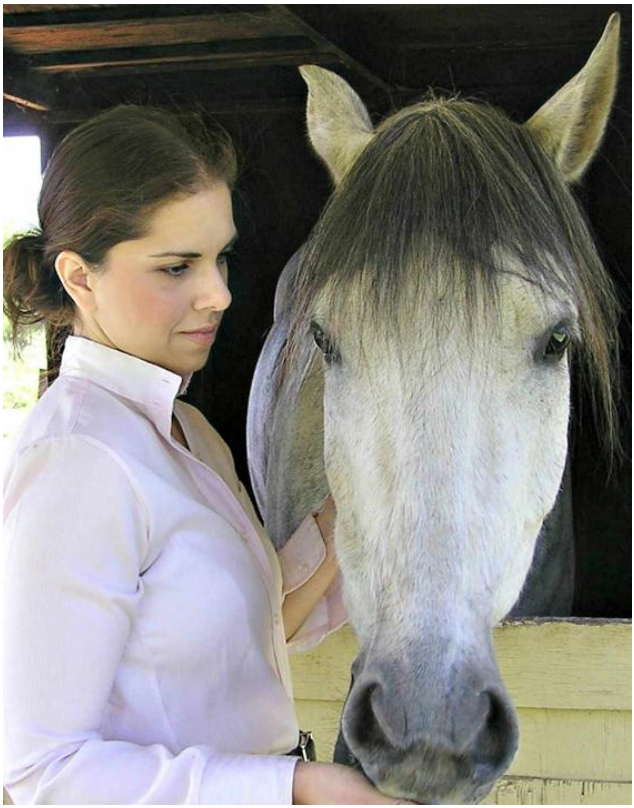
CLEAN ROMANCE

MIMI MATTHEWS

LA SIRENA DE SUSSEX

Las londinenses

Libros de seda



Copyright de la foto: © Privado

Mimi Matthews es una autora de *best sellers* del *USA Today*. Escribe tanto libros de historia de no ficción como novela romántica histórica ambientada en la época victoriana. Sus libros han recibido reseñas destacadas de *Publishers Weekly*, *Library Journal*, *Booklist*, *Kirkus*, y *Shelf Awareness*, y sus artículos han aparecido publicados en *Victorian Web*, el *Journal of Victorian Culture* y también en el *BUST Magazine*. Tiene además otra profesión, la de abogada. Vive en California con su familia, además de con un caballo andaluz de doma, un perro pastor de las Shetland y dos gatos siameses.

Una joven dama de la sociedad victoriana; un sastre medio indio y tremendamente atractivo. Una independencia buscada y deseada con el apoyo del aliado más inesperado.

Evelyn Maltravers sabe que no vale nada en el mercado matrimonial. Su familia se desliza rápidamente hacia la ruina, así que no encontrará pareja en un salón de baile. Solo le queda una esperanza; destacar en lo que sí sabe hacer bien, que es montar a caballo. Y lo hará vestida de alta costura, pero ¿quién podrá confeccionar sus trajes?

Ahmad Malik es un sastre medio indio. Su talento para embellecer a las mujeres ha hecho que se abra camino en el mundo de la moda y, en especial, en vestir a jinetes como Evelyn. Ella lo encanta y despierta en él un sentimiento que nunca creyó posible. Sin embargo, no todo el mundo aceptará a una pareja así… Ambos, indomables, se enfrentarán a la sociedad y ¿conseguirán su objetivo?

MIMI MATTHEWS

LA SIRENA DE SUSSEX

Libros de seda

La sirena de Sussex.
Las londinenses 1

Título original: *The Siren of Sussex. Belles of London 1*

Copyright 2022 by Mimi Matthews
All rights reserved including the right of reproduction in whole or in part in any form.
This edition published by arrangement with Berkley, an imprint of Penguin Publishing Group, a division of Penguin Random House LLC

© de la traducción: Laura Fernández Nogales

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
@librosdeseda
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Gemma Martínez Viura
Maquetación: Rasgo Audaz
Conversión en epub: Álvaro López López

Imágenes de la cubierta: ©Sandra Cunningham/Trevillion Images

Primera edición digital: marzo de 2024

ISBN: 978-84-19386-48-9

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Para Centelleo

«¿Quién monta el mejor caballo de la pista? ¿Quién consigue amansar incluso a los ponis más rebeldes? ¿A quién intentan imitar las mejores muchachas, tanto en su forma de vestir como en su conducta, incluso en equipamiento, si pueden; hasta en su forma de hablar? Claro, una de nuestras "Preciosas Domadoras de Caballos"».

The Times (Londres),
29 de enero de 1861

Capítulo 1

Londres, Inglaterra
Marzo de 1862

Evelyn Maltravers entró en la sombría tienda de la calle Conduit. En el modesto cartel de la puerta figuraban los nombres y oficio de los propietarios: señores Doyle y Heppenstall, sastres. El interior del establecimiento era igual de modesto: una pequeña sala amueblada con un par de sillones de piel, un espejo tríptico de cuerpo entero y un mostrador de madera de caoba pulida. Las luces de gas que descansaban en los apliques proyectaban un brillo difuso sobre las telas dispuestas en los estantes de detrás. Y había varios rollos de finísimas telas en tonos suaves de negro, marrón y azul.

Eran las siete menos cuarto. Estaban a punto de cerrar. El murmullo de una voz masculina salía de la trastienda a través de la cortina que la separaba de la tienda.

A Evelyn se le aceleró el pulso. Una sastrería era un dominio masculino. Y la presencia de una dama resultaba tan rara como molesta. Pero no dejó que esa certeza la disuadiera. Se irguió mientras se acercaba al mostrador y tocó el timbre.

La voz de la trastienda enmudeció. Segundos después, un caballero delgado de pelo cano salió de detrás de la cortina. Tenía los ojos llorosos y la espalda encorvada, como si llevara toda la vida inclinado sobre la mesa de trabajo.

—¿Puedo ayudarla, señora?

Su voz era tan aflautada como su figura.

—Sí, gracias. Me gustaría hablar con el señor Doyle, por favor.

—Yo soy el señor Doyle.

Se vino abajo. Esperaba encontrar un hombre moderno. Con visión. Alguien con magia en los dedos. Pero aquel anciano que tenía ante ella no parecía ni muy moderno ni especialmente competente. Tenía los dedos retorcidos por la edad y le temblaban las manos como si sufriera alguna especie de parálisis.

Entonces la asaltó una esperanza.

—¿Y el señor Heppenstall? ¿Está disponible?

—El señor Heppenstall murió el otoño pasado.

—Ah.

Volvió a hundirse. La grave voz que había oído por detrás de la cortina debía de pertenecer a algún dependiente o tal vez un ayudante. Alguien sin relevancia.

—¿La puedo ayudar en algo? —preguntó el señor Doyle con cierta impaciencia.

Se recordó a sí misma que las apariencias solían engañar. En su caso no había duda de que era así. Por lo que ella sabía, aquel anciano sastre podía ser un auténtico mago con la aguja y el hilo.

—Eso espero. Verá... —Empujó sus delicados anteojos plateados para subírselos por la nariz—. Me ha recomendado sus servicios... una amiga.

No era exactamente cierto, pero tampoco era del todo mentira.

El sastre alzó sus pobladas cejas blancas.

—¿Alguna clienta mía?

—Claro —repuso ella—. Me gustaría encargarle un traje de montar.

El hombre observó con escepticismo sus anteojos y su sencilla vestimenta.

Sintió una inesperada punzada de vergüenza.

¿Debería haberse mandado hacer un vestido nuevo antes de pasar por allí? ¿Tal vez una prenda de alguna modista de renombre que le hubiera dado un toque de elegancia? Pero se había puesto una falda sencilla y una chaquetilla. Un conjunto correcto, cortado y cosido por la costurera de Combe Regis. No tenía ninguna duda de que parecería una pueblerina.

Pero ya no había vuelta atrás.

Tal vez en ese momento pareciera una muchacha de pueblo, pero eso cambiaría pronto.

—Cualquiera que tenga un poco de gusto para la moda sabe que los sastres hacen los mejores trajes de montar para las damas —siguió diciendo muy decidida—. Y quiero al mejor.

—Es muy comprensible, pero si me disculpa... —Guardó silencio un momento—. No diseñamos prendas para intelectuales.

Evelyn no consiguió reprimir una mueca en los labios. Aunque el calificativo tampoco la había sorprendido tanto. No era la primera vez que la llamaban intelectual. También la habían llamado marginada y otras muchas perlas que dedicaban a las jóvenes que se salían de la norma. Sin embargo, las palabras del señor Doyle fueron como un jarro de agua fría.

—Me ha malinterpretado, señor.

—En absoluto, señora. ¿Me permite recomendarle que vaya a ver al

señor Inglethorpe, en la calle Oxford? Él suele diseñar trajes para mujeres y estoy seguro de que no tendrá ningún problema en aceptar su encargo. —Tras una pequeña reverencia, el señor Doyle hizo ademán de retirarse—. Le deseo que pase buena tarde.

Abrió la boca para contestar, pero el hombre desapareció tras la cortina antes de que ella pudiera pronunciar una sola palabra. Se quedó plantada en la tienda vacía con las manos enguantadas entrelazadas.

Intentó que las palabras del anciano sastre no le afectaran. Sabía muy bien lo que veían los demás cuando la miraban: si es que la veían. Ese era precisamente el motivo por el que había decidido pergeñar un plan. Y no pensaba dejar que nadie lo boicoteara. Ni el señor Doyle ni nadie.

Por un momento pensó en volver a tocar el timbre. No había llegado hasta tan lejos para que la rechazaran sin más. ¿Pero qué conseguiría haciendo volver al señor Doyle? No podía obligar a aquel hombre a aceptar su encargo. A menos que...

Siempre podía ofrecerle más dinero.

Según las fuentes de Evelyn, la señorita Walters había pagado trece libras por su último traje. Seguro que ella podría juntar algunos chelines más.

Pasaron algunos segundos de indecisión marcados por el ruidoso reloj de pared del establecimiento. En solo unos los minutos tendría que regresar a casa de su tío en Bloomsbury.

Finalmente decidió que no. No pensaba sobornar al señor Doyle. No podía hacerlo. Era una cuestión de principios. De orgullo personal. Si él no la consideraba digna de una de sus creaciones, ella tendría que encontrar otro sastre. Alguien que tuviera su misma habilidad y maestría.

Si es que existía una persona así.

Se recompuso y se volvió hacia la puerta, pero detuvo sus pasos al oír una voz grave a su espalda.

—La tienda cierra a las siete.

—Sí, ya lo sé. Solo estaba...

Se dio la vuelta y enmudeció.

Vio al hombre tras el mostrador. Era un tipo alto y corpulento, con la piel morena y el pelo tan negro como el carbón. Tenía parte del rostro oculto por las sombras que proyectaba la luz del candil, cosa que le confería un aspecto casi siniestro.

A Evelyn se le secó la boca.

Así que ese era el hombre de la voz que había oído detrás de la cortina. La voz que le había acelerado el corazón. Que también en ese momento provocaba que su corazón latiera más deprisa de lo normal.

Se humedeció los labios.

—Estaba a punto de marcharme.

Pero no se iba.

Estaba hipnotizada por la insolente mirada de aquel hombre. Se paseaba por su cuerpo como si pretendiera hacer un inventario de toda su persona, desde la punta del sombrero de fieltro (que habían rehecho ya tres veces) hasta el dobladillo de la falda de popelín marrón.

Se le cortó la respiración. Jamás había conocido a ningún hombre que la mirara de esa forma. Con tanto descaro y complicidad. Tenía la inquietante sensación de que ese tipo podía ver a través de la tela de la ropa hasta llegar a la piel desnuda.

Se ruborizó.

—¿Es usted el ayudante del señor Doyle?

Él la miró a los ojos. Los tenía tan oscuros como el pelo. Negros y luminosos, como una obsidiana.

Cosa que sabía perfectamente que no era posible. Debía de ser una ilusión óptica.

—Algo así —dijo con cierta ironía; parecía casi divertido.

La vergüenza de Evelyn empezó a dar paso a la indignación. Una cosa era la falta de consideración y la ignorancia del señor Doyle y otra que un subalterno del sastre se riera de ella. Lo miró con desaprobación.

—Permítame que le diga, señor, que la atención en esta tienda es lamentable.

—¿Tiene alguna queja en particular?

—Pues sí. —Regresó junto al mostrador muy indignada—. Puede decirle a su jefe que solo porque una dama lleve gafas, acabe de llegar a Londres y todavía no haya conseguido modista, no significa que sea una intelectual.

Él guardó silencio durante un momento de tensión.

—Con todo el respeto, señora, un buen negocio tiene que cuidar su reputación.

—Y yo tengo que ganarme la mía. —Se inclinó sobre el mostrador —. No soy una intelectual. No asisto a reuniones de intelectuales ni me relaciono con las reformistas victorianas. No escribo novelas o editoriales para periódicos en secreto. Y, evidentemente, tampoco me dedico a hacer experimentos científicos. Yo solo tengo dos pasiones en la vida: los caballos y la moda. Estoy perfectamente preparada para deslumbrar a cualquiera con lo primero, pero necesito la ayuda del señor Doyle con lo segundo.

—Aunque todo lo que diga sea cierto, Doyle seguiría viéndose obligado a rechazarla. Sus clientas femeninas pertenecen a una esfera distinta a...

—Él es quien viste a las Preciosas Domadoras de Caballos —le

interrumpió Evelyn—. Sí. Ya lo sé. Por eso he acudido a él.

Él tipo clavó los ojos en ella.

—Esas domadoras, como las llama usted, no son mujeres cualquiera.

Evelyn alzó un poco la barbilla.

—Sé muy bien lo que son. —Eran cortesanas. Preciosas y famosas cortesanas, y las amazonas más modernas y expertas que hubiera conocido Rotten Row1—. Y estoy decidida a eclipsarlas a todas.

—¿Usted? —Por suerte no se rio de ella. Solo siguió evaluándola con la mirada, examinándola, como si fuera la mutación de alguna criatura insólita—. ¿Ha visto usted a la señorita Walters y a las demás?

—Casi cada tarde desde que llegué a Londres. Montan muy bien, pero no lo suficiente. Desde luego, no tan bien como yo. —Se irguió cuanto pudo—. Tengo que admitir que me superan en cuestión de vestimenta. Pero estoy decidida a remediarlo.

—Con ayuda del señor Doyle.

—Con la ayuda de quien sea. El señor Doyle no es el único sastre de Londres.

Él la contempló con detenimiento.

—¿Por qué él?

La respuesta le parecía evidente.

—Porque confecciona unos trajes de montar preciosos. Y porque consigue que las damas que los visten parezcan igual de hermosas. Siempre he creído que es una especie de magia lograr eso con la ropa. Que pueda transformar a esas mujeres en personas extraordinarias. —Eso era lo que deseaba para ella: un poco de la magia del señor Doyle que la ayudara a realzar sus rasgos—. Pero, como le he dicho, él no es el único sastre de la ciudad. Estoy segura de que puedo...

—¿Dónde monta usted? —le preguntó el tipo de pronto.

Ella parpadeó tras los cristales de las gafas.

—¿Disculpe?

—Dice usted que es una amazona excelente, la mejor. Mejor que la señorita Walters. ¿Dónde exhibe usted sus habilidades?

Evelyn apretó los labios.

—Yo no lo calificaría de exhibición.

—¿Dónde? —volvió a preguntar.

—Todavía no he montado en Londres. Mi caballo ha llegado esta mañana. Quería esperar a tener mi nuevo traje de montar. De esa forma... —Guardó silencio, consciente de lo calculadora que debía de parecer.

—Quiere usted causar impresión.

—Algo así —contestó con las mismas palabras que él había utilizado antes.

Al hombre no pareció importarle.

—Mañana por la mañana, al alba, saldré a tomar el aire por Rotten Row. No suele haber mucha gente por allí a esa hora.

Evelyn lo miró fijamente.

—¿Quiere verme montar?

Él le devolvió la mirada intensa.

Y poco a poco ella comenzó a comprender. La seguridad que desprendía. Esa forma analítica de mirar su figura. Y esa manera de hablar... Ese hombre no empleaba el tono chillón y servil propio de un ayudante o un sirviente, era un tono autoritario.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Ahmad Malik —respondió—. Yo soy el encargado de confeccionar los trajes.

—¿Usted? —Recuperó la esperanza. Sin darse cuenta dio un paso hacia delante y casi tropieza con sus propios botines—. Pero me habían dicho que el señor Doyle...

—En estos momentos, el nombre de Doyle es más aceptable que el mío.

Ella frunció el ceño. Malik era un nombre indio, ¿no? Y, sin embargo, «señor Malik» no parecía indio. No del todo. En realidad, él podría haber sido de cualquier parte: India, Persia, Italia o España. Incluso podría haber sido de origen rumano, como los viajeros que a veces pasaban por su pueblo de Sussex. Era difícil decirlo. Tenía un acento marcado. Lo que cualquiera podía advertir —lo que ella había advertido— era que se trataba de un hombre alto, moreno e inquietantemente apuesto.

—¿Pero los diseños son suyos? —preguntó—. ¿Los corta y los cose usted mismo?

Él inclinó la cabeza.

—¿Y se plantearía la posibilidad de hacerme uno a mí? ¿Si soy buena amazona?

—No puedo prometerle nada.

Por primera vez desde que había entrado en la tienda, Evelyn supo que todo iría bien. Cuando él la viera montar, en cuanto pusiera los ojos sobre *Hefesto*, se daría cuenta de que era merecedora de ese traje. Más que eso.

—¿Entonces nos vemos mañana? ¿Al alba? —Le tendió la mano enguantada—. No le decepcionaré, señor Malik.

Él dejó ver una expresión extraña. Como si ella lo hubiera pillado desprevenido. Como si le hubiera sorprendido de alguna forma... o quizá lo hubiera ofendido.

—Tiene usted ventaja sobre mí.

A ella le flaqueó la confianza.

—Disculpe. Yo...

—No sé cómo se llama.

—Ah, eso. —Se animó automáticamente y extendió un poco más el brazo—. Evelyn Maltravers.

—Señorita Maltravers.

Fue como si su mano, grande y fuerte, engullese la de la joven.

Y, ¡vaya! Lo sentía por todas partes. Aquel cálido y palpitante contacto. Resonaba en su interior; era una sensación de lo más extraña. Resultaba alarmante y excitante al mismo tiempo. Como una corriente. La chispa de algo nuevo. Algo importante.

Evelyn lo miró y lo vio, justo en sus ojos: Él también lo había notado.

Frunció las oscuras cejas.

—Es señorita, ¿verdad?

Ella asintió en silencio con el corazón acelerado.

Él la observó atentamente. Y después le soltó la mano.

—Mañana al alba —dijo—. No se retrase.

* * *

Ahmad subió la escalera camino de los aposentos de soltero que había alquilado encima de la tetería de la calle King William. Los escalones crujían con cada paso. Alejado de la modernidad propia del barrio de Mayfair, era un lugar poco distinguido en una zona llena de almacenes y locales comerciales. Un sitio donde un hombre podía perderse entre los interesados clientes y los gritos de los entusiastas vendedores ambulantes.

Su puerta se encontraba al final de un estrecho pasillo. Un finísimo haz de luz se colaba justo por debajo. Suspiró decepcionado. Pensaba que aquella noche dispondría de un poco de intimidad para poder trabajar tranquilo en el modelo que estaba confeccionando para la vizcondesa Heatherton.

Era el primero de lo que prometía ser una larga lista de encargos para la temporada. La oportunidad de ver a un miembro de la alta sociedad londinense luciendo sus creaciones sin ser una cortesana de Rotten Row.

—¿Eres tú, Ahmad? —preguntó la apagada voz de Mira.

—¿Y quién si no? —Abrió la puerta con la llave y entró en el salón, donde se encontró a su prima atareada en la mesa de madera redonda de la esquina. Estaba cosiendo a mano una aplicación de encaje en la berta del vestido de noche de muselina azul hielo de lady Heatherton, que todavía no estaba terminado. La fulminó con la mirada—. ¿Qué haces aquí?

Mira levantó la vista de la costura. Contaba veinticuatro años, seis menos que él. Tenía el pelo tan negro como él, pero mientras que él tenía los ojos oscuros, los de ella eran de un asombroso color verde

aceituna. Una prueba de la mezcla de su linaje pastún e inglés.

La madre de la joven y tía de Ahmad, Mumtaz, era una dama india que vivía en las afueras de Delhi. La mujer había adoptado y criado como a un hijo a Ahmad tras la muerte de su madre. Era una persona bondadosa y amable que sucumbió a una febril enfermedad el verano del año 46. Cuando estaba en el lecho de muerte, le había hecho prometer su esposo —un soldado británico— que se llevara a su hija a Inglaterra con él. Ahmad los había acompañado y juró cuidar siempre de su prima.

Y realmente había sido él quien la había cuidado.

Su padre había muerto a causa de problemas derivados de la bebida poco después de que llegaran a Londres, dejando a Mira sola y sin blanca en las calles del East End. Su supervivencia había dependido completamente de Ahmad. El chico había hecho por ella todo lo que había podido; pero, por aquel entonces, él solo tenía quince años, era solo un niño.

Juntos, Mira y él habían sufrido algunas de las peores experiencias que uno podía vivir en la metrópoli. Pero últimamente su suerte había cambiado, en gran parte gracias a la amabilidad de los jefes de su prima, el abogado Tom Finchley y su esposa, Jenny. Mira era la dama de compañía de la mujer. Ahmad también había trabajado para ellos hasta el año anterior, cuando por fin logró establecerse por su cuenta.

—Hoy la señora Finchley no me necesitaba —dijo la joven—. Y tenía tiempo de sobra para venir a verte esta tarde.

—¿Y llevas mucho tiempo aquí?

—Desde las cinco en punto.

No había duda de que llevaba mucho tiempo allí. El fuego estaba encendido y las brasas ardían alegremente en la chimenea. Incluso había limpiado la habitación. Había ahuecado los cojines del harapiento sofá y había adecentado las pilas de libros y bocetos que Ahmad tenía a medias.

La joven alzó el corpiño del vestido de noche lleno de encajes.

—Casi he terminado esta parte del ribete.

Ahmad se acercó a la mesa para examinar el resultado.

—Muy bien.

Ella esbozó una sonrisa orgullosa.

—A mí también me gusta.

Le acarició la barbilla. Durante todos los años que habían pasado juntos, él le había enseñado casi todo lo que sabía sobre costura.

Al principio no tenía mucho que enseñarle.

Había sido aprendiz de un sastre en la India, pero no era modisto. Durante el tiempo que pasó trabajando en el bazar Chandni Chowk de Delhi, había aprendido a cortar y coser con esmero y precisión camisas, abrigos y pantalones de estilo europeo. Pero no fueron las

prendas de los caballeros británicos lo que despertaron su inspiración. Fueron los vestidos de las damas inglesas. La elegancia de un corsé bien ceñido y el sensual balanceo de una falda con volumen.

—No deberías estar aquí —le dijo.

Mira retomó la costura.

—¿Y por qué no? ¿Preferirías pasar la noche solo? —Lo miró a los ojos un momento—. Tenías planeado estar solo, ¿verdad?

—No es asunto tuyo, *bahan*2.

Se fue quitando el abrigo mientras cruzaba la estancia y lo lanzó sobre el respaldo de una silla. Estiró bien los brazos. La costura le cargaba mucho el cuello y la espalda. Y últimamente había cosido mucho tratando de cumplir con los plazos de los vestidos de noche y los trajes para montar que le habían encargado.

Todo formaba parte del plan. Un sacrificio necesario que lo acercaría un poco más a la posibilidad de abrir su propia tienda.

Reprimió un bostezo.

—¿Hoy has estado todo el día en la sastrería? —preguntó Mira.

—La mayor parte del tiempo. Doyle tenía que terminar dos trajes.

—Y has tenido que hacerlo tú, ¿verdad? —preguntó con evidente desaprobación—. Ese hombre cree que trabajas para él.

Y no era así. Por lo menos no oficialmente. Él y el anciano sastre solo tenían un acuerdo informal al que llevaban ciñéndose desde el otoño.

Tras la muerte de Heppenstall, Doyle se había mostrado reticente a la posibilidad de seguir por su cuenta. Y parecía igual de reacio a asociarse con un indio.

Con ayuda de Finchley, habían llegado a un acuerdo.

Ahmad trabajaría desde la tienda y pondría sus habilidades a la disposición de la confección de prendas de caballero. A cambio, Doyle había accedido a retirarse en un año y, al hacerlo, permitiría que Ahmad se quedara con su contrato de arrendamiento.

Ya habían pasado seis meses desde que hicieran el trato. Lo que significaba que, en seis meses más, Ahmad sería el propietario de Doyle y Heppenstall. Ya disponía del capital necesario. Solo necesitaba la clientela.

—¿Y el resto del día? —preguntó Mira.

—He pasado la mañana en Grosvenor Square, haciendo una prueba.

—¿Para lady Heatherton? —Su prima frunció el ceño—. No me cae bien.

—No tiene por qué caerte bien.

La vizcondesa Heatherton había sugerido que consideraría la posibilidad de ser su mecenas. Ya le había pedido tres vestidos de noche para empezar la temporada. Y cuando las damas de la alta

sociedad vieran su trabajo, todas irían a pedirle vestidos para ellas.

—Te mira de una forma... —dijo la joven—. Como si quisiera comerte.

Él esbozó una mueca.

—Cuanto menos hablemos de eso, mejor.

Su prima no tenía intención de dejar el asunto.

—Supongo que te ha pedido que vuelvas a tomarle medidas.

Y lo cierto era que lo había hecho. Y en su tocador. Como siempre, él había hecho caso omiso al flirteo y a la confianza con la que lo tocaba. ¿Qué alternativa tenía? En ese momento necesitaba una mecenas. Alguien que pudiera lucir sus diseños ante el mejor público posible.

Mira hizo chasquear la lengua.

—Entre esa y tus sucias palomas, no me extraña que estés siempre tan cansado.

—Mis sucias palomas —se burló.

—¿Acaso no lo son esas criaturas que visten tus trajes de montar?

Ahmad se aflojó el pañuelo anudado al cuello.

—¿Qué sabes tú de ellas?

—Leo los periódicos. Veo lo que la gente dice sobre la tal señorita Walters. La llaman Incógnita o Anónima, pero todo el mundo sabe de quién están hablando.

—Eso espero —repuso secamente.

Catherine Walters era la cortesana más famosa de Inglaterra. Era una experta amazona y había conquistado a la alta sociedad, tanto en las actividades ecuestres como en los salones de baile. Su esbelta figura, realzada por los espectaculares trajes de montar que lucía, la habían convertido en una de las mayores atracciones para cualquiera que frecuentase Hyde Park. Cada día, durante la hora punta de la época, la gente se agolpaba en Rotten Row para verla pasar.

Después de saber que la señora Finchley llevaba uno de sus vestidos la temporada anterior, la señorita Walters se había puesto en contacto con Ahmad con el objetivo de pedirle uno para ella. Había empezado encargando un traje de montar, y había seguido con cinco más. Había sido un auténtico golpe maestro sartorial. La mejor publicidad que podría pedir, teniendo en cuenta la clase de personas con las que se relacionaba ella. Casi valía la pena el coste en el que él había incurrido, tanto en tiempo como en materiales.

Y desde que la señorita Walters había lucido uno de sus diseños, dos cortesanas más le habían encargado sus trajes de montar. Los periódicos las llamaban las «Preciosas Domadoras de Caballos». Y mujeres de todos los estamentos sociales se desvivían por imitar su estilo y habilidad.

—Pero puedes estar tranquila —le dijo a su prima—. La señorita

Walters está liquidando sus propiedades. Pronto se marchará de Londres.

Mira alzó las cejas.

—¿Ha encontrado un nuevo benefactor?

—Eso creo. Con un poco de suerte, él se encargará de pagar sus deudas antes de asustarla.

—No me digas que todavía no te ha pagado.

—No ha liquidado los pedidos de esta temporada.

A decir verdad, la señorita Walters solo había pagado los trajes del año anterior. Como hacían muchas damas modernas, esta tampoco tenía ningún problema en dejar las cuentas sin pagar durante varios meses.

—¿Cuánto te debe? —preguntó Mira.

—Una suma sustanciosa.

—¿Cómo de sustanciosa?

—Cien libras.

Ahmad se mareó un poco al admitirlo. No era una suma pequeña, en especial para un hombre de su posición. Ante los impagos de la señorita Walters, se vio obligado a recurrir a sus ahorros para cubrir los gastos. Y tuvo que usar el dinero que había reunido para costear la tienda de vestidos.

—¡¿Cien libras?! —La rabia nubló el rostro de su prima. Ella solo cobraba treinta libras al año como dama de compañía, y se consideraba un sueldo generoso—. Ya sabía que era un error aceptar sus encargos. Tiene reputación de dejar deudas allá donde va. Justo ayer leí que...

—¿Ya sabe el señor Finchley que tienes debilidad por leer las páginas de chismorreos?

—No cambies de tema.

Ahmad le estrechó el hombro de camino al armario donde guardaba el licor.

—¿Has comido?

La joven asintió.

—¿Y tú?

—Todavía no. —Alcanzó una botella de coñac y un vaso—. Me tomaré una copa —dijo—. Y después te meteré en un coche de caballos que te lleve a casa. Mañana tengo un día muy atareado.

—¿Lady Heatherton otra vez?

Él negó con la cabeza.

—Una posible clienta nueva.

Y sentado a la mesa, le habló a su prima acerca de aquella peculiar joven que había entrado esa misma tarde en Doyle y Heppenstall.

—¿Otra sucia paloma? —preguntó ella cuando hubo terminado.

—No lo sé —admitió frunciendo el ceño—. Hablaba y actuaba

como una dama, pero...

—¿Pero?

—No iba a acompañada de ninguna doncella. Y tampoco la esperaba ningún carruaje. Me parece que ha debido de llegar caminando hasta la tienda desde la parada del ómnibus.

—¿Era muy hermosa?

Se quedó mirando fijamente su vaso de coñac.

—Es posible.

Era difícil de decir. Los encantos que pudiera tener la señorita Maltravers, si es que los tenía, estaban muy bien escondidos.

Y, sin embargo, había percibido que tenía potencial.

Los ojos con los que ella le había mirado por detrás de las lentes de las gafas eran de un suave y sedoso tono avellana, grandes y parecidos a los de una cervatilla, enmarcados por unas larguísimas pestañas. También le había dado la impresión de que el cabello que asomaba por debajo del desaliñado sombrero de ala ancha era de un lustroso color marrón mezclado con mechones rojizos y dorados que brillaban a la luz de los candiles. Llevaba una larguísima mata de pelo recogida en un extraño moño muy poco favorecedor que descansaba sobre la nuca.

En cuanto a su figura, por lo que había podido deducir que se escondía bajo la tela de un caraco demasiado ancho y la falda, le había parecido una mujer bien proporcionada. Medía casi metro setenta, una altura muy considerable para una dama, y parecía que tuviera un pecho generoso.

El resto, en ese momento, solo podía suponerlo. No lo sabría seguro hasta que la hubiera visto desnuda.

La idea le hizo ruborizarse.

A Mira le brillaron los ojos.

—¿No lo sabes? Debe de haberte parecido lo bastante hermosa como para haber accedido a hacerle un traje.

—No he accedido a nada. Solo siento curiosidad.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Tiene posibilidades.

—Probablemente solo sea otra de esas damas que pretenden copiar el estilo de las cortesanas.

Ahmad suponía que era posible. Había muchas así. Sin embargo, hasta la fecha, ninguna de esas jovencitas había sido tan ingenua como para visitar la tienda de Doyle y Heppenstall.

Hasta aquella tarde.

La señorita Maltravers había reconocido que sus diseños eran bastante originales. Había dicho que eran mágicos. Ahmad se había sentido ridículamente halagado.

—O quizá esté pensando en entrar en el negocio... —dijo Mira.

—¿Como cortesana?

A él le parecía poco probable. Y, sin embargo...

Y aun así el mero contacto de su mano enguantada había bastado para provocarle una punzada de excitación. Se le había cortado la respiración y enseguida había notado cómo se le calentaba la sangre.

En ese momento se había preguntado qué clase de extraña criatura era aquella hembra desaliñada que tenía el poder de cautivar a un hombre con la habilidad de una sirena.

De cautivarlo a él.

Santo cielo.

Él había pasado sus años de juventud empleado como matón en el local para caballeros que la señora Pritchard tenía en Whitechapel. Había sido el primer trabajo que encontró en Inglaterra, la única fuente de ingresos con la que poder cuidar de Mira. Y allí había estado rodeado de mujeres atractivas, auténticas profesionales de la seducción, y ninguna de ellas le había impactado tan profundamente como la señorita Maltravers. Desde luego, no con solo tocarle la mano.

Si aquella era una muestra de sus habilidades eróticas, pronto estaría más demandada que la propia Catherine Walters.

Esa perspectiva le dejó un sabor amargo en la boca. Se tomó otro trago de coñac.

—¿Qué más? —preguntó su prima.

Él le lanzó una mirada confusa por encima del vaso.

—Si no es una dama ni una cortesana, ¿entonces qué es?

—No lo sé —reconoció—. Pero pienso averiguarlo.

1 N. de la Ed.: Paseo situado en el londinense Hyde Park frecuentado por clase alta para montar a caballo.
2 N. de la Ed.: «Hermana» en hindi.

Capítulo 2

Evelyn entró a escondidas por la puerta de atrás de la casa que su tío tenía en Russell Square. Los miércoles y los sábados, el tío Harris daba fiesta a sus empleados durante medio día. Por eso ella había conseguido escabullirse sin que nadie la viera. Aun así, una nunca sabía cuándo podía estar observando alguna doncella que se hubiera quedado en casa o un lacayo que anduviera trasteando por allí. Era mejor tener cuidado.

Pasó agachada por la cocina desierta y subió de puntillas por la escalera del servicio hasta el oscuro vestíbulo del tercer piso que conducía a su dormitorio. Entró en silencio y cerró la puerta a su espalda para después apoyarse sobre ella con un suspiro de alivio.

Ya hacía más de media hora desde que había salido de Doyle y Heppenstall, pero todavía tenía mariposas en el estómago. Se sentía como cuando de niña se topaba con algún obstáculo especialmente difícil durante la cacería anual de Babbington Heath. Notaba palpitaciones en el pecho mezcladas con una punzada de vertiginosa expectativa.

«Este salto no podrá conmigo», solía pensar.

Y Londres tampoco.

Encendió un candil y se quitó la capa y la falda salpicada de barro. Había perdido el ómnibus en la calle Bond y se había visto obligada a caminar la mayor parte del camino de vuelta a casa. Había poco más de tres kilómetros. No era una distancia muy larga para alguien como ella, que estaba acostumbrada a pasear por los campos de Sussex. Aunque Londres estaba mucho más sucia que Combe Regis. Allí había humo y hollín. Empañaba el cielo de la tarde y ocultaba las estrellas. Tenía el dobladillo y los puños negros.

Se lavó la cara y las manos y se puso un vestido de día de color azul pálido. Tardó solo un momento en arreglarse el cabello enmarañado y echarse sobre los hombros un viejo chal de cachemir. Luego salió de la habitación y bajó las escaleras.

Para que su primera temporada fuera un éxito, iba a necesitar más de uno o dos conjuntos con estilo. Necesitaría un vestuario nuevo. Nada de sombreros y vestidos recosidos ni confeccionados con telas de tonos apagados compradas en los saldos. Necesitaba lo mejor. Y lo mejor le costaría dinero.

Ya iba siendo hora de que se lo comentara al tío Harris.

Situado en el primer piso, junto a la biblioteca, el estudio de su pariente era de dominio privado. Siempre tenía la puerta cerrada y mantenía la luz encendida a todas horas, tanto de día como de noche. No acostumbraba a salir, y las pocas veces que lo hacía parecía —o esa impresión le daba a Evelyn— un topo asomando la cabeza por el agujero de su madriguera para entornar los ojos al sol.

—Recuerda que mi hermano es un académico —le había dicho la tía Nora antes de partir hacia Combe Regis—. Para él solo existe su trabajo. Tendrás que esforzarte a diario para recordarle tu presencia o se olvidará de que estás ahí.

Evelyn le había asegurado que lo haría, pero no había cumplido la promesa desde su llegada a Londres la semana anterior. Le había parecido mucho más respetuoso dejar a su tío con sus cosas. Y ella gozaba así de mayor independencia. La misma independencia de la que disfrutaba en su casa.

Por desgracia, había algunas cosas para las que necesitaba su ayuda.

Llamó con suavidad a la puerta del estudio.

—¿Quién es?

—Soy yo, tío —dijo abriendo un poco la puerta—. Evelyn.

Harris Fielding estaba sentado tras un gigantesco y desordenadísimo escritorio de caoba, casi oculto por una montaña de libros y papeles. Solo se le veía la borla del gorro.

—¿Evelyn? —Repitió su nombre como si fuera la primera vez que lo oía—. Ah, sí. La hija de Diana. Pasa, pasa.

La joven entró y se plantó delante del escritorio.

Diana, su madre, era la hermana pequeña del tío Harris. Murió cuando Evelyn tenía solo quince años; la comadrona del pueblo aseguraba que como resultado del cansancio. Demasiados hijos en muy poco tiempo, y no todos habían sobrevivido. El último parto había sido demasiado para ella. La pequeña Isobel había vivido, pero su madre se había apagado, cerró los ojos como si quisiera descansar un momento para no volver a despertar jamás.

Aquella muerte había sido el principio de todos sus problemas.

Ella había sido el norte de toda la familia. Su contrapeso. Era una mujer fuerte y pragmática que siempre elegía el mejor camino para todos. Y sin ella las cosas enseguida empezaron a desmoronarse.

Naturalmente, su padre no había sido de ninguna ayuda.

Consumido por la culpa, se había consolado viajando y nunca se quedaba en casa más que unos pocos días. Evelyn y sus hermanas se habían quedado al cuidado de la tía Nora, la hermana mayor soltera de su madre y el tío Harris. Una mujer dulce y bondadosa, pero no demasiado lista.

—Ya sé que me he vuelto a saltar la comida —reconoció el tío Harris—. Es este maldito artículo que tengo que redactar para la sociedad de anticuarios. No se va a escribir solo, ¿sabes?

—No te preocupes por mí —repuso—. Me las apaño muy bien sola.

En realidad, solo había compartido la comida con su tío en dos ocasiones desde que había llegado la semana anterior. E incluso en esas ocasiones, él siempre se había levantado enseguida de la mesa para salir del comedor y regresar a su estudio un tanto abstraído.

El hombre la miró por encima del desorden que imperaba en su escritorio. La luz de la lámpara de aceite se reflejaba en las lentes de sus anteojos de media luna.

—Supongo que ya te habrás instalado. El dormitorio y todo eso... ¿bien?

—Sí, gracias. Estoy muy cómoda.

—¿Y tu caballo?

—También se está acomodando poco a poco. Mi mozo está cuidando de él.

—Estupendo, estupendo. Nora dijo que tenías un tipo. Un mozo, un sirviente, un chico para todo. ¿Cómo se llama?

—Lewis.

Había sido el mozo de su padre antes. Había sido Lewis quien llevó a *Hefesto* a Inglaterra cuando tenía dos años después de que su padre muriera en España cuatro años antes.

—Y ya he hablado con la señora Quick para que te consiga una... ¿cómo la llamas tú?

—¿Una doncella? Sí. Me dijo que podía utilizar los servicios de Agnes durante mi estancia.

—¿Eh?

—Agnes. Una de tus sirvientas.

Evelyn ya había llegado a una especie de acuerdo con la chica. Como antes trabajaba en Mayfair, Agnes conocía muy bien a muchas de las sirvientas de ese barrio, incluyendo a una doncella empleada en la casa de la calle Park de la señorita Catherine Walters. Así era como Evelyn había averiguado dónde compraba sus trajes la famosa cortesana.

—Nunca me aclaro con los nombres del servicio —admitió un poco distraído—. Eso lo dejo en manos de la señora Quick. Es una ama de llaves excelente. Siempre sabe lo que hay que hacer. —Guardó silencio unos segundos—. ¿Eso es todo?

—Me temo que no. Tenemos que tratar el asunto de la asignación para ropa que tendré durante la temporada. Yo he ahorrado un poco, pero la tía Nora esperaba que...

—¿Qué yo podría contribuir a la causa? Sí, sí. Claro que sí. Ya me mencionó algo al respecto. —Rebuscó entre los papeles que tenía sobre el escritorio—. Precisamente esta mañana he recibido una carta suya en la que me lo recordaba.

—¿La tía Nora ha escrito? —Evelyn dio un paso adelante—. ¿Y qué dice?

—Pues muchas cosas, por lo que recuerdo. Ah. Aquí está. —Tomó un papel muy elegante y lo acercó a la luz. Distinguió la familiar caligrafía enmarañada de la tía Nora—. Debo ocuparme de que vayas bien vestida, calzada, etcétera, etcétera. Y contratarte una doncella, etcétera. Algunas peticiones que ya me transmitió en su anterior carta. A Nora le gusta mucho insistir.

Con un hermano tan olvidadizo como el tío Harris, no le extrañaba en absoluto.

—¿Menciona alguna cosa más?

—Me recuerda que debo escribir a lady Arundell.

—¿Todavía no le has escrito? —La joven no consiguió disimular la crispación.

Rosamond Deveril, condesa de Arundell, era una conocida del tío Harris de la sociedad de anticuarios. Una viuda adinerada que se implicaba en muchísimas causas benéficas y conocida por todo el mundo por el elegante baile que celebraba cada primavera. Él nunca dejaba de mencionarla en las cartas que escribía a la tía Nora. Aseguraba que el baile de Arundell era el evento más importante de la temporada.

Había imaginado que ya le habría hablado de ella a su amiga y que lady Arundell estaría a punto de pasar por allí cualquier día para ofrecerle su ayuda.

—No sé por qué debería hacerlo. A menos... —Frunció el ceño—. Últimamente está muy implicada con una escuela para chicas en Wimbledon. Siempre está buscando profesoras. ¿Crees que Nora espera que te dé trabajo?

—No lo creo. No deseo ser profesora y tampoco tengo ninguna aptitud para desempeñar esa profesión.

—¿Y entonces para qué quieres conocerla?

Evelyn se armó de paciencia. No era fácil. Y menos sabiendo que todo su futuro —y el futuro de sus hermanas— dependía de su tío.

—La tía Nora esperaba que pudiéramos convencerla para que me eligiera como protegida mientras esté en la ciudad. Que podría ayudarme a introducirme en sociedad.

Él refunfuñó con aire reflexivo.

—Y yo tengo que convencerla, ¿no?

—Tú debes tratar el asunto, sí.

—No creo que vayas a poder disfrutar mucho de esta temporada, con o sin la ayuda de su excelencia. Con todo eso de que el príncipe consorte ha estirado la pata... Es muy posible que el ambiente esté un poco apagado.

Tenía razón. La muerte del príncipe Alberto resultaba bastante inconveniente. Había muerto en diciembre, supuestamente de fiebres tifoideas. Una tragedia para la reina, y para el resto del país. Los días posteriores al luctuoso suceso, los negocios cerraron sus puertas y los entretenimientos públicos se cancelaron. Incluso en ese momento, tres meses después, algunas de las tiendas de Londres seguían con los escaparates cubiertos de telas negras.

Pero la vida tenía que seguir adelante.

Y a ella no le quedaba más remedio que sacarle el máximo provecho a la situación.

—Sin embargo...

—Necesitas que alguien te patrocine.

—No tiene por qué ser nada muy formal. —Evelyn quería seguir disfrutando de cierta independencia durante su visita. Sin embargo, no podía hacerlo todo sola—. La tía Nora confiaba en que, por lo menos, pudieras conseguirme una invitación para el baile que lady Arundell celebrará el mes que viene.

—Claro que sí. Si lo pide Nora....

Miró en silencio la carta que aún sostenía en la mano.

—¿Solo dice eso?

Su tío carraspeó.

—También me dice que me preocupe de que no sigas el camino de tu hermana.

La joven frunció los labios ante la alusión a la desgracia de su hermana mayor.

—No hay peligro alguno, señor.

Él volvió a mirarla con aire desdeñoso.

—Ya imagino que no.

Supuso que debía tomárselo como un insulto. Ella no era tan hermosa como su hermana mayor, cosa de la que era plenamente consciente.

Fenella era la belleza indiscutible de la familia. La depositaria de las esperanzas de todos. Tres años atrás, la tía Nora había gastado gran parte de sus ahorros para que Fenny pudiera disfrutar de una temporada en Londres. Parecía una buena inversión. Si se hubiera casado bien, habría estado en posición de ayudar a Evelyn y a sus cuatro hermanas pequeñas.

Pero Fenny no había conseguido un buen marido.

Ella había preferido huir con Anthony Connaught, el libertino hijo y heredero de su vecino, sir William. Babbington Heath, la propiedad de del padre, no estaba muy alejada de Combe Regis. Hacía mucho tiempo que la familia Maltravers conocía a sir William y a sus hijos. Evelyn había sido muy amiga de Stephen, el hermano pequeño de Anthony. A decir verdad, habían sido más que amigos. Salían juntos a montar con frecuencia y a las fiestas del pueblo.

Pero nada más.

El escándalo había corrido de boca en boca desde Londres hasta Sussex. Como resultado, la tía Nora había abandonado cualquier esperanza de poder presentar en sociedad a Evelyn y sus hermanas. Es más, los tiernos sentimientos hacia Stephen quedaron reducidos a cenizas. Él mismo le reprochó que Fenny hubiese atrapado a su hermano y sugirió que ella misma intentaba atraparlo a él.

«Atraparlo». Como si fuera una pobrecilla desesperada. Quizá su padre no fuera un hombre rico con una gran posición, pero había sido un caballero. Era la hija de un caballero. Aunque no tuviera relación con la alta sociedad o no dispusiera de una cuantiosa dote, seguía siendo digna de respeto.

Por lo menos así lo sentía.

Tres años atrás, no había sido tan racional. Por aquel entonces solo tenía veinte años, y se quedó destrozada. Con el corazón roto. Todavía sentía una punzada cuando pensaba en lo ocurrido.

Pero no servía de nada lamentarse.

Fenny se había marchado, probablemente para siempre. Se rumoreaba que se había ido al continente a vivir con Anthony en calidad de amante. Ahora el destino de las Maltravers estaba en sus manos.

Y estaba decidida a no decepcionar a sus hermanas.

—Un mal asunto —dijo el tío Harris doblando la carta de la tía Nora—. Gracias a Dios que no se me puede responsabilizar de ello.

Y era cierto. Fenny no se había alojado con él durante la temporada. Se había quedado con unas amigas, una moderna dama de la alta sociedad y su hija. A la tía Nora le había parecido más adecuado.

—¿Qué sabrá mi hermano de presentar una chica en sociedad? —dijo por aquel entonces—. Absolutamente nada.

Era de esperar que su temporada fuera muy distinta. No solo se alojaba con su tío en relativo secreto en Russell Square, además tenía que cargar con el escándalo que había ocasionado su hermana. Y ella disponía de mucho menos dinero del que había tenido Fenny. La cantidad que había reunido apenas bastaba para vestirse —con sencillez— hasta finales de agosto. Si no conseguía que algún caballero se le declarase para entonces, tendría que regresar a Combe

Regis con el rabo entre las piernas.

Jamás.

No pensaba fracasar. No si de ella dependía.

—¿No has vuelto a tener noticias de ella? —le preguntó el tío Harris.

—Ninguna —confesó—. No he vuelto a saber nada desde que se marchó de Londres.

—Es una lástima. Podría haberte ayudado que te relacionaran con ella. —Adoptó un tono vigoroso—. Pero la belleza no lo es todo. Hay muchos caballeros que prefieren mujeres sencillas con la cabeza bien amueblada.

—Aunque sean sencillas, las mujeres con la cabeza amueblada deben ir vestidas como corresponde a la temporada —replicó Evelyn —. Incluso se podría decir que es absolutamente imprescindible en ese caso, teniendo tan pocos encantos en los que apoyarse.

El tío Harris asintió.

—Así es. Nora ya me dijo que eras una joven sensata.

—Ah, ¿sí? Qué gratificante.

Su tío la miró con dureza.

Evelyn lamentó el comentario de inmediato. No era momento de ponerse a la defensiva. Así que adoptó lo que esperaba que pareciera una expresión sumisa.

—Me han dicho muchas veces que en ese sentido he salido a mi madre.

—Es un gran cumplido, te lo aseguro —repuso él más calmado—. Puedes recurrir a mi banco siempre que lo necesites; con un motivo justificado, claro.

—Gracias, tío —dijo ella—. ¿No olvidarás hablar con lady Arundell sobre el baile?

—Le haré llegar una nota.

—¿La escribes ahora? —Necesitaba asegurarse de que lo hiciera—. No me importa esperar.

El hombre guardó silencio un momento.

—Está bien —gruñó al fin—. De lo contrario no me vas a dejar tranquilo.

* * *

Más tarde, aquella misma noche, Evelyn estaba sentada ante el pequeño escritorio de su dormitorio terminando de redactar la última de las cartas que quería mandar a casa. Había escrito una para la tía Nora y otra para cada una de sus hermanas pequeñas: Augusta, Caroline, Elizabeth e Isobel, a las que llamaban cariñosamente Gussie, Caro, Bette e Izzy. Sus respectivas edades iban de los dieciocho a los ocho años, y cada una era maravillosamente única.

Gussie destacaba en acuarela y costura. Caro adoraba las historias de miedo y las novelas góticas. Bette tenía una energía muy masculina, se negaba a montar a la amazona y no dejaba de hablar sobre el sufragio femenino. E Izzy, la más pequeña, era como su padre, una aventurera nata.

—Seguiré tu viaje con mi mapa —había anunciado el día que Evelyn había partido de Combe Regis.

—Y yo iré siguiendo tu rastro en las noticias de sociedad —había añadido Gussie, dándole a Evelyn un sentido abrazo.

Sus hermanas se habían mostrado tan emocionadas como ella misma ante la perspectiva de la temporada en Londres. Y eso era lo que les había trasladado en sus cartas: emoción. El esplendor de la ciudad, la emoción de subir en el ómnibus y la posibilidad de asistir a un baile.

«Todo irá bien». Aunque no llegó a escribir esas palabras, estaban implícitas en cada línea. «Estáis a salvo. Os quiero. Lo tengo todo bajo control».

Mientras secaba la tinta de la última carta, alguien llamó a la puerta de su dormitorio.

—Soy yo, señorita. —Agnes entró. Llevaba un vestido de lana negro y la cabellera morena recogida en un moño bien apretado—. ¿Va a necesitar alguna cosa más antes de que me retire?

—No, gracias. Yo también me retiraré a descansar enseguida. —Evelyn alzó la vista—. ¿Cómo ha ido la visita a tu prima?

—Ah, pues estaba bien. Solo la he visto un poco cansada con el nuevo bebé. Estaba contenta de tener compañía. —Recogió la falda y la capa que Evelyn había dejado en el diván a los pies de la cama con dosel. Observó con atención los puños y el dobladillo manchado de barro y frunció el ceño—. ¿No ha ido a la sastrería?

Evelyn metió la carta ya escrita en el sobre.

—Sí.

La doncella la miró con aspereza.

—¿Sola?

—Yo suelo ir de compras sola. Lo hacen muchas jóvenes.

—Las damas no —replicó—. Al menos las damas de buena cuna.

—Es posible, pero tampoco me vio nadie. La sastrería de Doyle y Heppenstall estaba completamente vacía y ninguna de las personas que me crucé por la calle me prestó atención. Estaban demasiado ocupadas con sus cosas.

—Sí, pero la señora Quick me dijo que se supone que debo acompañarla a...

—Pero no en tu tarde libre. Además, no he corrido ningún peligro. —Selló el sobre con una oblea—. Tendré que salir a comprar muchas más cosas los próximos días. Puedes acompañarme a hacer esos

recados.

Agnes pareció conformarse por el momento. Se echó la falda y la capa manchadas sobre el brazo. Debía lavarlas y plancharlas para que Evelyn pudiera volver a ponérselas.

—¿Le ha hecho algún encargo al señor Doyle?

—Al señor Malik.

—¿A quién?

—Él es quien diseña los trajes de montar en realidad, no es cosa del señor Doyle o el señor Heppenstall.

Mientras guardaba los útiles de escritura, le detalló la visita a la tienda, contándole a la doncella todo lo que había ocurrido mientras estaba allí.

Bueno, casi todo.

No mencionó lo apuesto que era el señor Malik. Ni tampoco le dijo nada acerca de cómo se sintió cuando él la miró o cuando le tocó la mano.

—¿De verdad le dijo que no era una intelectual?

Agnes reprimió una sonrisa.

No era la reacción más adecuada.

—¿Y por qué debería aceptar que me pongan esa etiqueta? —preguntó molesta—. Primero fue marginada, luego intelectual y después será vieja bruja o solterona. No quiero que la sociedad me clasifique, me ponga una etiqueta y me trate como si fuera una persona rara. Ni siquiera conozco todavía hasta donde llegan mis capacidades o de qué soy capaz. ¿Cómo iba a saberlo un hombre? ¿Cómo iba a saberlo cualquiera?

La doncella no parecía muy convencida.

—Y sí —añadió Evelyn—, ya sé que es precisamente esa forma de pensar lo que me ha llevado a la categoría de las intelectuales.

Pero ese asunto no le incumbía a nadie.

Ya no estaba en Combe Regis, sino en Londres, un lugar donde nadie la conocía de nada. Si tenía que ser etiquetada, sería ella quien eligiera la categoría. Y no pensaba ser una marginada o una intelectual; ni siquiera quería que pensaran que era solo una amazona

Había sido su madre quien le había dado la idea. Ella siempre decía que hay que afrontar los problemas desde una posición de fuerza.

Evelyn había recordado ese consejo muchísimas veces desde que decidiera irse a Londres. Sabía que no tenía muchas posibilidades de encontrar marido en un salón de baile o en una sala de estar. Al contrario que Fenny, ella no tenía un talento especial para el baile, la música o el arte de la conversación. Su fuerza residía en la equitación. Y era en Rotten Row donde pretendía hacer su campaña.

—¿Entonces el señor Malik le hará el traje? —preguntó la doncella —. ¿Le confeccionará un traje parecido al de la señorita Walters?

—En cuanto a eso… todavía no lo sé. —Evelyn se levantó de la silla —. No creo que lo haga, al menos hasta que me vea montar por la mañana.

—No me gusta —sentenció la sirvienta—. Eso de que la ponga a prueba de esa forma… Qué derecho tiene a…

—Es un artista, y además es hombre. No me queda más remedio que excusar su impertinencia por el momento. —Esbozó una sonrisita —. Pronto aprenderá.

Capítulo 3

La mañana siguiente, Evelyn se internó por Rotten Row al trote, seguida de cerca por su mozo. Notaba que *Hefesto* estaba tenso. Brincaba y daba algún paso hacia el lado, daba la impresión de que fuera a saltar del susto ante la mínima provocación.

El caballo nunca había estado en Hyde Park. Y el tiempo no ayudaba a que se relajara. Había niebla y chispeaba, y el sol empezaba a asomar por entre los árboles proyectando fríos rayos de luz que la deslumbraban. Evelyn se alegraba de no haberse puesto las gafas. El reflejo hubiera sido insoportable.

Lewis montaba a su lado en su firme castrado castaño. Era un hombre fornido de mediana edad con un sexto sentido para comprender a los caballos escondido bajo su reservada expresión.

—Quiere salir corriendo.

—Está bien —repuso ella—. Está un poco alterado, pero puedo manejarlo. Solo quiere galopar un poco para quitarse las telarañas.

Había tiempo de sobra. No parecía que el señor Malik hubiera llegado todavía. Lo buscó junto a la valla, que es donde solía ponerse todo el mundo a admirar a los jinetes con sus caballos, pero estaba vacía, como el resto del parque.

Hefesto arqueó su fornido cuello y dilató las aletillas de la nariz para resoplar, expulsando grandes nubes de vapor. Evelyn lo tranquilizó rascándole el cuello.

—¿Recuerdas cómo conseguir que vuelva a adoptar un paso más suave cuando está galopando? —le preguntó Lewis.

De haberse tratado de cualquier otra persona, se hubiera sentido ofendida de ver cuestionada su habilidad de aquella manera. Pero su mozo la conocía desde niña.

—Claro que me acuerdo.

Se reacomodó ligeramente sobre la silla para montar a la amazona y, tirando de las riendas, aplicó una ligera presión con el asiento y la pierna. *Hefesto* se abalanzó hacia delante como si lo hubieran disparado de un cañón, elevó un poco las patas delanteras y empezó a avanzar a medio galope.

La joven no veía ni un alma por allí. Nadie objetaría si le daba rienda suelta al animal y le permitía galopar un poco.

El velo de rejilla del sombrero se agitaba ante su rostro y la larguísima falda de su viejo vestido negro ondeaba contra los poderosos flancos de *Hefesto*.

—Tranquilo —murmuró—. Tranquilo.

Hefesto era un caballo andaluz criado en España. Los animales de esa raza eran conocidos por ser muy sensibles y tener unos andares muy elegantes. Su padre dijo en una ocasión que un jinete podía llevar una taza de té mientras paseaba a medio galope sobre un caballo andaluz y no derramaría ni una sola gota. Evidentemente era una exageración, pero la afirmación se acercaba más a la realidad que a la ficción. La zancada de *Hefesto* era delicada como el cristal.

Evelyn sujetaba las riendas con las manos enguantadas y la tensión justa para mantener el contacto. No le gustaba gobernar al caballo desde la boca. El control debía proceder de la montura. Era más difícil de conseguir montando a la amazona, pero no imposible. Y menos con un caballo tan receptivo como el suyo.

Fue aminorando el paso lentamente. Primero avanzaron al trote y después al paso, al tiempo que recompensaba la obediencia del animal con palmaditas en el hombro.

—Eso está mejor —le dijo.

Y entonces fue cuando se dio cuenta de que no estaban solos.

Otro jinete emergió de entre los árboles de más adelante. Una joven espigada de cabellera azabache montaba un enorme caballo de caza negro. Sostenía las riendas con mucha suavidad mientras el animal avanzaba tranquilamente por el camino permitiendo que moviera la cabeza con libertad, como si quisiera dejar que se relajara después de una buena carrera. Su mozo la seguía a poca distancia.

—Buenos días —la saludó.

Evelyn alzó la mano y la saludó con cierta reticencia. Esperaba estar sola esa mañana, que su primera aparición en el parque fuese tranquila, no una bulliciosa carrera al galope por el barro ataviada con un viejo vestido de lana. Rezó para que la otra amazona pasara de largo.

Pero la joven no le dio esa satisfacción. Al contrario. Aminoró el paso hasta detenerse mientras contemplaba a *Hefesto* con interés.

—¡Un semental imponente! ¿Es español? Parece español. Aunque nunca había visto ninguno que no fuera gris.

—Los ejemplares castaños no son muy comunes en esa raza —concedió Evelyn—, pero de vez en cuando aparece alguno.

Su singularidad los convertía en animales más valiosos. Era uno de los motivos por los que su padre había comprado a *Hefesto*, en el que gastó más dinero del que podía permitirse.

—¿Y lo monta con filete? Increíble. Yo me considero una buena amazona y jamás monto a *Cossack* sin un bocado Pelham. Y menos en

el parque.

Evelyn sonrió al oír el cumplido de la joven.

—*Hefesto* tiene la boca muy delicada. A menudo lo monto con una sola rienda.

—¡Pero si es un semental!

—Un semental tranquilo.

—Lady Anne también monta un semental. Pero la señorita Hobhouse prefiere las yeguas. Ahora tiene una pura sangre cruzada de color gris. Es un animal precioso, casi blanco. Salimos a montar las tres juntas muchas mañanas. Es mejor que venir por la tarde, cuando sale todo el mundo. —La joven frunció el ceño—. No la había visto nunca por aquí. Estoy segura de que la recordaría.

—Es la primera vez que salgo. Mi mozo llegó con mi caballo a la ciudad justo ayer. —Evelyn le dio media vuelta a *Hefesto*. Todavía estaba tenso y le convenía darse otra buena carrera—. Disculpe, pero tengo que seguir.

—Por supuesto. No le conviene que se enfríe. —El caballo de la joven empezó a avanzar a su lado—. ¿Ha venido a pasar la temporada?

—Sí —admitió Evelyn.

—Yo también. —Guardó silencio antes de añadir—: Por tercera vez. —A sus ojos azules asomó un triste brillo—. Me llamo Julia Wychwood.

—Evelyn Maltravers.

—Señorita Maltravers. —Sonrió—. No quisiera seguir importunándola. Mi paseo ha concluido y usted acaba de empezar. —Hizo dar la vuelta al caballo desviándose de la pista—. Espero que volvamos a encontrarnos. Suelo venir a montar por aquí a menudo.

—Será un placer —repuso Evelyn con sincera cordialidad.

La señorita Wychwood se despidió con un gesto mientras se alejaba.

—¡Que pase un buen día!

—¡Igualmente! —gritó Evelyn.

Qué muchacha más rara. Y voluble, también. Pero Evelyn estaba contenta de haberla conocido. No tenía amigas en Londres. Todavía. Y menos alguien que compartiera su pasión por los caballos. Y la señorita Wychwood parecía saber lo que se hacía.

No era habitual encontrar una buena amazona. Muchos jinetes utilizaban crueles embocaduras, martingalas y cualquier elemento de castigo que los ayudara a controlar al caballo.

Evelyn urgió a *Hefesto* para que empezara a trotar y después siguiera un poco más a medio galope. Sus pezuñas pateaban con fuerza el barro del camino. Lo mantuvo a ese ritmo durante un buen rato, disfrutando del elegante y cómodo movimiento de sus poderosas

zancadas. Los cascos del caballo de Lewis se oían a cierta distancia a su espalda.

Mientras cabalgaba volvió a mirar hacia la valla. Estaba igual de solitaria que cuando había llegado. El señor Malik no había acudido a la cita. Evelyn ya casi se había resignado cuando apreció un movimiento un poco más adelante.

Abrió los ojos como platos por detrás del velo. Cielo santo, era él. Estaba bajo la sombra de un olmo, apenas se le distinguía a simple vista. Pero una vez que advirtió su presencia ya no podía dejar de mirarlo. Vestía una levita y unos pantalones de corte impecable, se le veía apuesto y peligroso al mismo tiempo. Como un ángel caído con pocas ganas de estar en la tierra.

De pronto sintió una extraña vergüenza que se apoderaba de ella, una sensación cálida y temblorosa. No entendía por qué. Ella ya tenía veintitrés años y no estaba tan verde. Y tampoco es que aquel hombre hubiera sido especialmente agradable con ella. Incluso en ese momento, la estaba mirando de una forma... Su mirada era un tanto oscura. Tenía el ceño fruncido y un aire taciturno. Como si la estuviera evaluando.

Se acercó a él a medio galope y detuvo a *Hefesto* delante de los árboles. Dio algunos pasos a *piaffe* —un trote un poco más elevado— antes de pararse del todo.

—Señor Malik —saludó con la voz un poco entrecortada por la falta de aliento—. Buenos días.

Él inclinó la cabeza.

—Señorita Maltravers.

—¿Lleva aquí mucho tiempo?

—Desde que ha llegado usted a Rotten Row.

Ella se quedó con la boca abierta.

—¿Tanto? Pero... si no le he visto.

—¿Por qué debería? Estaba montando.

—¿Y usted me estaba observando? ¿Todo este tiempo?

—Así es.

La frustración le hizo un nudo en el estómago. De momento no había hecho más que galopar. Había requerido poca habilidad por su parte, o por parte de *Hefesto*. El señor Malik habría esperado algo más sofisticado.

—Puedo montar un poco más, si quiere —dijo—. Le puedo enseñar los distintos aires que sabe. Está muy bien entrenado en doma clásica y conoce la mayoría de los aires de la *haute école*. Lo he entrenado yo misma.

—He visto suficiente —repuso el señor Malik.

A Evelyn se le encogió el corazón.

¡Maldita sea! No era justo que despachara su habilidad como

amazona con esa facilidad. Aunque debía admitir que en su vida nada había sido precisamente justo. Todavía podía conseguirlo. No pensaba permitir que el rechazo del señor Malik le robara las esperanzas.

Si es que la había rechazado.

A fin de cuentas, el sastre seguía allí. Eso tenía que significar algo.

—¿Y bien? —preguntó tensa de pies a cabeza.

—Es usted una amazona consumada.

—Eso ya lo sé —repuso con impaciencia—. Lo que quiero decir es... ¿ha decidido usted si me va a confeccionar el hábito?

En los labios del señor Malik se dibujó una sonrisita. Ella se dio cuenta del doble sentido demasiado tarde.

—Sabe, señorita Maltravers... creo que sí.

* * *

Ahmad se metió las manos en los bolsillos mientras la señorita Maltravers se marchaba sobre su caballo.

Se la veía distinta encima del semental. Elegante y segura. Completamente relajada.

Lo cierto era que nunca había visto ninguna mujer igual.

No presumía cuando había dicho que era mejor amazona que las Preciosas Domadoras de Caballos. Por lo que había visto esa mañana, la habilidad como amazona de la señorita Maltravers no tenía comparación. Galopaba por Rotten Row en aquel enorme semental —un caballo que intimidaría a muchos hombres— completamente conectada con su montura. Lo tenía controlado y, al mismo tiempo, daba la impresión de no hacer ningún esfuerzo.

Era impresionante, no había duda. Pero era más que eso.

Su forma de montar desprendía una elegancia inherente. Un ritmo femenino que había captado toda su atención. Había algo casi sensual en la forma en que las líneas de su cuerpo armonizaban con todos y cada uno de sus movimientos. Tranquila y segura, con serenidad y relajación.

La había observado con creciente admiración sintiendo cómo se le apelmazaba el pecho. Cielo santo. ¿Se daría cuenta del potencial que tenía? Solo necesitaba un buen modisto, una buena peluquera y la mejor corsetera.

Y quien le confeccionara los trajes de montar.

La señorita Walters había conseguido que un marqués aceptase ser su protector. ¿A qué podría aspirar la señorita Maltravers? ¿Un duque? ¿Un príncipe?

Si jugaba bien sus cartas, no tenía ninguna duda de que podría conseguir a quien ella quisiera.

Le dio la espalda a la valla y volvió por donde había llegado hasta alcanzar al camino de la entrada principal del parque. Llovía un poco

y las gotitas de agua le mojaban los hombros de la levita y el ala del sombrero. Estaba demasiado absorto como para preocuparse por eso, pues ya había empezado a pensar en las telas que utilizaría: el color, la textura y el corte.

En ese momento, no había nada que se pareciera a lo que quería en la tienda del sastre. La señorita Maltravers necesitaba algo nuevo. Algo especial.

Cuando llegó a la calle principal, paró un cabriolé.

—A Phillotson en Holborn Hill —le dijo al conductor antes de subirse.

Phillotson era una de las cuatro mejores tiendas de telas de la ciudad. Ahmad la prefería a las demás solo porque era la más grande. Con el debido tiempo, uno podía encontrar allí auténticos tesoros.

Pero ese día no tenía tiempo. Se suponía que debía terminar el vestido de noche de lady Heatherton. Ella esperaba que se lo llevase personalmente la mañana siguiente para la última prueba. Pero él no estaba pensando en lady Heatherton.

Solo podía pensar en Evelyn Maltravers.

* * *

Esa misma noche, apenas unos minutos antes de que Doyle y Heppenstall cerrase sus puertas, la señorita Maltravers entraba en el establecimiento acompañada de su doncella.

Ahmad estaba en mangas de camisa y tenía una cinta métrica alrededor del cuello. Le había pedido a Evelyn que fuera a verlo antes de cerrar. Normalmente tomaba medidas después de echar el cierre, cuando los cortadores ya se habían retirado a sus aposentos del piso de arriba y Doyle no estaba allí curioseando por encima de su hombro.

La señorita Maltravers se detuvo en el umbral. Lo miró con las gafas puestas y observó su rostro para después fijarse en el chaleco y la camisa blanca. Ella lucía un vestido ancho sin gracia, no tenía nada que ver con la impactante imagen que proyectaba subida al caballo. A decir verdad, parecía nerviosa. Tenía los ojos muy abiertos, el rostro acalorado y le temblaban las manos.

Él también estaba un poco nervioso. Qué tontería. Y eso le hacía parecer más huraño que se costumbre.

—Lleva usted las gafas.

Ella se llevó la mano al rostro y se subió la incómoda montura de las lentes por el puente de la nariz.

—¿No debería?

—Esta mañana no las llevaba.

—No me las pongo nunca para montar. No las necesito para ver de lejos. Solo tengo problemas de cerca. Para leer, hablar con la gente y esas cosas. Sin ellas, le vería borroso, igual que las telas que me

muestre.

De pronto se oyó alboroto por delante del escaparate de Doyle y Heppenstall, clientes saliendo de las tiendas y propietarios y dependientes cerrando para marcharse a su casa. Una de las personas que pasó por delante llamó la atención de Agnes.

—¡Oh, señorita! —exclamó—. Es Sally, de mi antiguo trabajo en la calle Green. ¿Puedo ir a hablar con ella? Solo será un minuto.

—Claro —repuso la señorita Maltravers—. Tómate el tiempo que necesites.

La joven salió a la calle cerrando la puerta a su espalda.

—¿Una nueva empleada? —preguntó Ahmad.

La señorita Maltravers esbozó una pequeña sonrisa.

—Una doncella de la casa de mi tío.

«Su tío».

—No se me permite salir sola durante mi estancia aquí —admitió —. No es lo habitual. Aunque debo reconocer que prefiero ser más independiente. En casa, en mi pueblo, estoy acostumbrada a decidir por mí misma.

La observó en silencio durante algunos segundos. Se alojaba con su tío. Y tenía un caballo en el establo y un mozo. Y ahora también tenía doncella. El complemento perfecto de cualquier dama respetable.

—¿Supongo que no pretenderá usted dedicarse a lo mismo que la señorita Walters?

Por un segundo, el rubor trepó al rostro de la joven.

—En absoluto. ¿Eso es lo que pensaba usted?

—No sería usted la primera —le aseguró.

Cada día llegaban a Londres hermosas chicas de pueblo con la esperanza de ganarse bien la vida y cambiar así su situación y la de sus familias. Enseguida se les abrían las puertas del oficio más antiguo, a veces las engañaban o quedaban atrapadas en ese mundo debido a las malas artes de alguna madama o el propietario desalmado de algún burdel.

Ahmad había conocido a muchas cuando trabajaba para la señora Pritchard. Y entre ellas, las más solicitadas eran las jovencitas capaces de imitar la forma de hablar y actuar de las auténticas damas. Muchos caballeros ricos preferían que sus amantes parecieran mujeres distinguidas. Eran bien recompensadas por esas cualidades y podían llegar a conseguir casas en la ciudad, sirvientes, coches tirados por cuatro caballos y asignaciones mensuales más elevadas de lo que muchas personas ganaban en un año.

A eso se dedicaba la señorita Walters y las demás Preciosas Domadoras de Caballos.

Ahmad no las juzgaba. Había vivido rodeado de mujeres de la calle durante la mayor parte del tiempo que había pasado en Londres.

Algunas eran buenas y otras malas, como ocurre en cualquier ámbito. En cuanto a la moralidad de la cuestión, no tenía una opinión clara. Cada cual hacía lo que podía para sobrevivir. La vida ya era lo bastante dura como para tener que sentirse avergonzado. Sin embargo...

Cuando descubrió que la señorita Maltravers no aspiraba a ser la próxima cortesana de moda, se sintió aliviado. No sabía por qué. No tenía por qué importarle el trabajo que ella eligiera desempeñar.

—No —repitió—. No me interesa ser cortesana. Pero reconozco que las domadoras son muy poderosas. Lo fascinantes que son. Eso es lo que quiero emular, no su profesión.

—¿Y con qué finalidad?

—Pues con la más evidente, desde luego. Para encontrar un marido.

—Ah.

La frivolidad de su objetivo le resultó un poco decepcionante. Aunque no sabía qué había esperado. ¿Algo más distinguido? ¿Más ambicioso? ¿Algo que incendiara las estrellas?

—¿Lo desaprueba usted?

Ahmad se encogió de hombros.

—¿Por qué debería?

Miró por la ventana y vio que la doncella de la señorita Maltravers seguía hablando muy animada con su amiga.

Ella siguió la dirección de su mirada.

—No tenemos por qué esperar a Agnes. Solo ha venido para complacer a mi tío.

—Como usted quiera. —Retiró la cortina que separaba la tienda del probador y el taller y le hizo un gesto para dejarla pasar—. Después de usted.

Ella pasó por debajo de su brazo extendido dejando un ligero olor a flores de naranjo a su paso.

A él se le aceleró el pulso.

«Idiota».

Solo era una mujer. Una de las muchas que frecuentaban Rotten Row con la intención de imitar a la señorita Walters y sus colegas. Jovencitas ricas y consentidas con caballos caros y sus trajes de montar hechos a medida. Pálidas imitaciones de cortesanas cansadas de su propia ordinariez.

Pero no. Estaba siendo injusto. Y solo lo hacía porque había reaccionado a la presencia de la señorita Maltravers. Su imagen y su olor. La forma en que le había tendido la mano el día anterior como si fuera su igual. Su forma de dirigirse a él: no lo había hecho como si hablara con un hombre de piel morena por debajo de su estatus, un sirviente que debiera cumplir sus órdenes, sino como si fuera un

artista, una persona digna de respeto y admiración.

«Es una especie de magia», había dicho. «Confeccionar ropa que pueda provocar eso en las personas. Que pueda transformarlas en seres extraordinarios».

Ahmad había estado pensando en eso —en ella— desde que se marchara del parque aquella mañana. Verla montar le había generado una inspiración que hacía mucho tiempo que no sentía. Había pasado media tarde esbozando diseños para ella.

—¿No hay nadie más? —preguntó ella mientras la guiaba por el taller vacío.

—Esta noche no.

La hizo pasar a un gran probador iluminado por una lámpara de gas. Había un espejo de cuerpo entero dispuesto sobre un caballete delante de una plataforma elevada. Sobre una mesa estrecha pegada a la pared aguardaban varios rollos de tela. Y en la esquina, un caballo de madera equipado con su correspondiente silla de cuerpo para montar a la amazona.

La señorita Maltravers la miró con recelo.

Ahmad se puso en medio para que ella dejara de verla.

—¿Está segura de que no necesita la ayuda de su doncella?

—Sé desvestirme sola. —Se quitó el sombrero muy lentamente—. ¿Cuánto debería...?

—Puede quedarse en camisa y polainas —repuso él con brusquedad —. De momento puede dejarse el corpiño puesto.

Ella bajó la vista y apartó la mirada con cierta vergüenza.

—Avíseme cuando esté lista.

Se retiró para dejarla sola.

Muchos sastres empleaban ayudantes femeninas para las pruebas y mediciones de las clientas. Pero Ahmad no trabajaba de esa forma. Él tomaba las medidas y colocaba los alfileres en las prendas personalmente. De esta forma comprendía mejor lo que debía hacer. Y eso mejoraba su trabajo. O eso creía.

Todavía no se había quejado nadie.

Aunque también era cierto que hasta entonces sus clientas habían sido cortesanas y mujeres casadas como lady Heatherton. Todo era más sencillo con ellas. Todas asumían la situación y no eran la clase de mujeres dadas a perder el sentido cuando él pegaba la cinta métrica a sus cuerpos semidesnudos.

Cielos, esperaba que la señorita Maltravers no se desmayara.

Pero algunos minutos después, cuando ella volvió a llamarlo, se dio cuenta —para su bochorno— que era más bien lo contrario. Cuando se puso delante de ella y la vio ataviada con esa apagada ropa interior de color blanco y el corpiño desgastado, fue él quien tuvo la impresión de marearse un poco.

Así que aquello era lo que escondían las prendas holgadas que llevaba. Una figura moldeada a imagen y semejanza de la propia Venus. Pechos y caderas generosos, una cintura estrecha, las piernas largas y torneadas, y los brazos ligeramente redondeados con delicadeza. Era un bello ejemplo de feminidad. Suntuosamente torneado en las zonas adecuadas. Y, sin embargo, también había fuerza en ella. Una firmeza atlética en las extremidades y un brillo saludable en la piel.

Era arrebatadora. Y no solo por su figura, que él veía expuesta por primera vez. Era su rostro.

Se la veía distinta bajo la luz de gas. Delicada y vulnerable; las cejas oscuras dibujaban una elegante curva por encima de los ojos, y los pómulos perfectamente esculpidos proyectaban una sombra sobre el distinguido perfil de la mandíbula. Tenía la nariz un poco larga y ligeramente aguileña, un rasgo arrogante y un tanto académico. Pero lo equilibraba la forma de la boca.

Y qué boca.

Grande, carnosa; pedía besos a gritos.

Tragó saliva.

—Debo confesar que esto es muy raro. —Evelyn cruzó los brazos por encima del pecho—. Ningún hombre me había tomado medidas. En Combe Regis me hace los vestidos la modista del pueblo. —Miró el espejo, un poco nerviosa—. Me alegro de no poder ver mi reflejo a esta distancia. Me moriría de vergüenza si me viera así.

—No hay por qué —le aseguró él—. He visto cientos de damas en ropa interior.

—Pero nunca me ha visto a mí, señor Malik.

El sastre sonrió con ironía.

—Tiene usted razón. ¿Aceptamos la incomodidad de la situación y seguimos con los nuestro? De lo contrario nos pasaremos aquí toda la noche.

Ella asintió.

—Me parece razonable. —Bajó los brazos y los dejó descansar a ambos lados del cuerpo—. ¿Y ahora qué?

—Lo primero es lo primero. —Le tendió la mano.

Ella la tomó sin vacilar.

Y él volvió a sentirla, la misma descarga que cuando se habían dado la mano el día anterior. Pero en ese momento ella no llevaba guantes.

«Maldita sea».

Tenía la piel cálida y suave como la seda, y notó que su mano era sorprendentemente fuerte.

La ayudó a subir a la plataforma.

—¿Todo bien?

—Sí, gracias.

El sastre dio un paso atrás y examinó su figura con ojo experto. La excitación hervía en sus venas.

—Imagino que no tendrá en mente ninguna tela o color en particular.

—No, especialmente. ¿Por qué? ¿Tiene alguna idea de lo que podría sentarme mejor?

—Tengo varias ideas.

—¿Piensa en algo distinto a los demás trajes que ha hecho hasta ahora?

—No en esencia. Pero en todos los demás sentidos, sí.

Ella frunció el ceño.

—No lo entiendo.

A él le parecía muy sencillo. Y más aún ahora que la había visto realmente.

—Usted quería un traje para montar que la transformara. Y creo que puedo diseñarle algo mejor. Algo que la muestre tal como es.

Evelyn guardó silencio un momento. Y entonces sonrió.

—No sé si preguntarle cómo será. Ya me han acusado de ser una intelectual.

—Bueno, lo oculta usted muy bien. Ni yo mismo lo había advertido hasta que la he visto montar esta mañana.

—¿Advertir el qué?

—Que su belleza no tiene comparación, señorita Maltravers. Un diamante de primera, me parece. Solo necesita el marco apropiado. —Ahmad se acercó a la mesa y agarró el rollo de tela negra que había comprado en Phillotson—. ¿Qué le parece este tono? —preguntó mientras volvía a su lado.

Evelyn lo miraba asombrada. Tardó unos momentos en observar la tela que él llevaba en la mano. Y cuando lo hizo, frunció el ceño.

—¿Negro?

—No es negro. —Se acercó un poco colocándose en el haz de luz procedente de la pared—. Mire mejor.

Evelyn entornó los ojos y miró con atención la tela a través de las gafas. Abrió mucho los ojos.

—¡Es verde!

—Así es. Es un tono tan oscuro que parece negro, a menos que se vea a la luz del sol.

Inclinó el rollo de tela bajo la luz de gas.

—Cielos —exclamó ella—. Brilla.

—Es una ilusión. Una forma de tejer la lana que le confiere cierto brillo. —Un verde exuberante, elegante y seductor. Le posó la tela sobre el hombro—. ¿Me permite? —preguntó alargando la mano hacia sus gafas.

Ella parpadeó un poco.

—Oh..., sí. Claro.

Se las quitó con delicadeza. Lo miró con cierta timidez mientras asimilaba el sutil color de la tela, que ella parecía absorber y reflejar como si fueran dos joyas idénticas. Ahmad sintió una punzada de satisfacción. La volvió hacia el espejo.

—Mírese.

El rubor trepó por el cuello de Evelyn hasta asomar a sus mejillas, tiñéndolas de color rosa. Su pecho subía y bajaba con inseguridad.

—El color es muy favorecedor.

Conseguía que su cabello castaño brillase con intensa calidez y que su piel pareciera tan delicada y perfecta como el marfil.

—Muy favorecedor —repitió—. Y esto es solo el principio.

Ella tocó la tela con los dedos.

—¿Hay más? Está empezando a asustarme.

Le devolvió las gafas.

—¿Prefiere esconderse?

—No tenía la sensación de que me estuviera escondiendo. —Volvió a apoyarse las gafas en el puente de la nariz—. Le he encargado un traje, ¿no?

—Por un buen motivo. Usted quería parte de mi magia. Y puede tenerla. Lo único que le pido es que se ponga por completo en mis manos.

Evelyn lo miró. Sus serenos ojos color avellana adoptaron una expresión reflexiva por detrás de los cristales.

—Está bien —dijo al fin—. Lo haré.

Capítulo 4

Evelyn aguardaba quieta como una estatua mientras el señor Malik le pegaba la cinta métrica a la cintura, las caderas y el busto. La vergüenza que pudiera sentir a causa de ese contacto íntimo quedaba eclipsada por el recuerdo de sus palabras; frases a las que seguía dando vueltas en su estupefacta mente.

Él había afirmado que su belleza no tenía comparación. «Diamante de primera», la había llamado.

Estaba segura de que nadie la había visto antes como una mujer bella. Ni siquiera ella se veía de esa forma.

Y no era porque se subestimara. Había pasado la mayor parte de su vida a la sombra de Fenny. Y Fenny era hermosa. La joven más hermosa de Sussex. Era femenina y frágil, tenía una figura esbelta y una risa tan delicada como una campanilla de plata.

Evelyn nunca había sido así. Y tampoco deseaba serlo. Además de no tener ninguna necesidad, por lo menos cuando estaba en presencia de Fenny. Y así era como ella se había convertido en otra cosa. En una atleta. Una deportista. Una amazona capaz de hacerle sombra a cualquier hombre de Sussex. O eso quería pensar.

Y no es que no le gustara la moda.

No había mentido cuando le había dicho al señor Malik que era una de las dos pasiones que tenía en la vida. En realidad, siempre se animaba cuando veía algún lazo alegre, unas enaguas con volantes o un sombrero nuevo.

Pero no había aspirado nunca a convertirse en una gran belleza o a que alguien la considerase como tal. Ni siquiera se había dado cuenta de lo mucho que necesitaba oír halagos en ese sentido hasta que los pronunció el señor Malik.

«Una belleza sin comparación».

El sastre se puso en cuclillas delante de ella mientras deslizaba la cinta métrica desde sus caderas hasta el suelo.

En ese instante durante el que él no la estaba mirando y tenía la

cabeza agachada y la atención puesta en sus medidas, ella no pudo evitar la pregunta:

—¿De verdad piensa que soy hermosa?

Él levantó la vista y la miró con el ceño ligeramente fruncido.

Evelyn se arrepintió enseguida de haber preguntado. Cielo santo. ¡Solo había que mirarlo! Era tan dolorosamente apuesto que casi la dejaba sin respiración. Y allí estaba ella en ropa interior, despeinada y con las gafas mal puestas pidiéndole, precisamente, que la reafirmase respecto a su aspecto físico. Él. Probablemente el hombre más apuesto que había visto en su vida.

—No pretendo que me haga cumplidos —se apresuró a añadir—, es solo que... Nadie me ha dicho nunca que sea hermosa.

—¿No?

Se levantó con agilidad y se acercó a la mesa de la esquina. Allí había una libreta en la que había ido anotando sus medidas con el lápiz que guardaba detrás de la oreja. Garabateó las últimas cifras.

—Jamás —insistió ella—. La guapa era mi hermana mayor, no yo. Parecía una de esas modelos que salen en las revistas para mujeres. Una rosa inglesa, solía decir todo el mundo.

—Ha confundido usted la simetría con la belleza.

—¿Disculpe?

—Le pasa a mucha gente. —Se volvió hacia ella y la recorrió con una mirada calculadora—. La simetría es cómoda. A la gente le gusta porque los reafirma. Pero no es nada extraordinario. No es auténtica belleza. Al menos, no es la clase de belleza que llega al alma.

Ella parpadeó. No estaba diciendo que ella poseía esa clase de belleza, ¿verdad? Seguro que no. Abrió la boca para preguntárselo, y lo hubiera hecho si Agnes no hubiera elegido ese preciso momento para entrar en el probador.

—Le ruego que me disculpe, señorita —dijo, haciendo una reverencia poco trabajada—. Se me ha ido el santo al cielo.

Se le fue apagando la voz cuando se dio cuenta de que allí no había ninguna mujer ayudando al sastre. Su expresión pesarosa se transformó en una cara de absoluto asombro.

—No pasa nada. —Evelyn miró al señor Malik—. Ya casi hemos terminado, ¿verdad?

—Casi.

El señor Malik volvió a observarla con atención. No parecía que la llegada de la doncella le hubiera afectado en absoluto. Sus modales seguían siendo los mismos, se comportaba igual que un artista que estuviera admirando su lienzo.

—Necesitará un corpiño nuevo.

Agnes respiró ruidosamente, completamente escandalizada.

Evelyn pasó por alto la reacción de la sirvienta. Ya estaba en ropa

interior y había superado hacía tiempo los rubores propios de las colegialas.

—¿Qué problema tiene el mío?

Él se acercó a ella en dos pasos y le posó las manos en la cintura con la misma confianza que si fuera su médico.

O su amante.

A ella le latía el corazón con tanta fuerza que apenas podía respirar.

—Es demasiado largo por esta parte. —Le deslizó los dedos por la cadera, justo por donde el corpiño se le clavaba en la piel—. Debería ser elástico por encima de las caderas y con un cierre más corto que favoreciese el movimiento. Esta prenda no proporciona soporte alguno a su figura, ni la enfatiza.

—Supongo que me lo podría abrochar con más fuerza —sugirió Evelyn—. Pero no demasiado. No puedo ir por ahí con una prenda tan apretada que no me deje respirar. Y menos si pretendo montar bien.

—Le aconsejo que se deshaga de él. No es una cuestión de presión. Necesita usted un corpiño que moldee su figura. Hay mejores modelos que este.

—¿Cuál me recomienda?

—¿Para llevar con el traje que he diseñado? Necesitará usted uno que le sirva para montar, con varillas.

Regresó junto a su libreta y anotó algo.

Evelyn se quedó mirándolo con un revoloteo en el estómago. Todavía notaba la presión de sus manos en la cintura, cálidas y firmes. Se preguntaba cómo conseguirían las demás clientas enfrentarse a la sesión de medidas sin perder la compostura. Cada contacto era tan íntimo que abrasaba la tela del corpiño y perforaba la camisa hasta llegar a la piel.

—¿Y qué hay del resto de mis vestidos? —preguntó casi sin aliento.

—Eso depende del vestido que quiera. ¿Ha encontrado modista?

—Todavía no. Pensaba ir a ver a madame Elise mañana.

Según Agnes, era la modista más solicitada de Londres.

El señor Malik le lanzó una mirada oscura por encima del hombro.

—No se lo aconsejo.

Agnes se puso tensa. Por un momento dio la impresión de que fuera a contestar algo.

Evelyn no le dio la oportunidad.

—¿Por qué no?

—Será mejor que vaya a ver a madame Lorraine, en la calle Burton. No es tan famosa como madame Elise, pero ella se asegurará de vestirla de la forma que más conviene a su figura. —Arrancó la página en la que había estado escribiendo y se la entregó—. Aquí tiene su dirección y la de una buena corsetería.

Evelyn miró la hoja. Bajo las dos primeras vio una tercera dirección. Alzó la vista y se encontró con los ojos del señor Malik.

—¿Quién es Monsieur Phillipe?

—Un peluquero.

Evelyn guardó silencio. Sintió una gran inseguridad. ¿Acaso no había nada bien en ella tal como estaba? Pero no. No pensaba permitirse el lujo de sentirse ofendida. Había prometido que se pondría en sus manos. Enteramente.

—Comprendo. —Dobló el papel y se lo tendió a Agnes—. ¿Es todo?

—De momento. —El señor Malik se retiró hacia la puerta llevándose el oscuro rollo de tela verde—. Ya puede vestirse.

En cuanto salió del probador, Agnes corrió a ayudar a Evelyn a bajar de la plataforma.

—Menudo caradura —dijo entre dientes—. A solas con usted sin una mujer que lo ayude. ¿Quién se cree que es? ¡Pero si ni siquiera es inglés!

Evelyn frunció el ceño.

—¿Qué diantre significa eso?

La doncella recogió el corpiño, la falda y el resto de las prendas que estaban dobladas sobre la silla de la esquina.

—Una nunca sabe qué se pueden proponer estos tipos, ¿no cree? ¡Y usted en ropa interior!

—Tranquila, Agnes. —Evelyn lanzó una elocuente mirada a su doncella mientras se ponía las enaguas y el miriñaque—. El señor Malik está acostumbrado a ver damas en ropa interior. Es sastre, por el amor de Dios.

—Es un sastre indio —murmuró la sirvienta, ayudando a Evelyn a ponerse la falda—. Créame cuando se lo digo, señorita. Los hombres como él... una no puede saber qué libertades podría haberse tomado.

—Tonterías. Ha sido todo un caballero. —Se ató los lazos de la falda a la cintura—. Y tú tampoco estarías muy preocupada, de lo contrario no te habrías entretenido tanto hablando con tu amiga.

Agnes se sonrojó.

—No se lo dirá a la señora Quick, ¿verdad?

—Claro que no. —Se puso las mangas del corpiño—. Solo digo que tus instintos estaban en lo cierto. El señor Malik no se ha tomado libertad alguna. Estaba más concentrado en las medidas y las telas que en mi pobre persona.

La doncella resopló.

—Eso no es lo que yo he visto. —Le abrochó los cierres delanteros del corpiño—. Debería haber visto cómo la miraba cuando usted no se daba cuenta.

A Evelyn se le caldearon las mejillas.

—Tonterías. —El señor Malik no tenía mayor interés en ella del que

podría mostrar cualquier otro sastre por su clienta—. Es un visionario, eso es todo. Está decidido a conseguir que yo proyecte la mejor imagen posible con el traje que me diseñe.

La joven resopló una vez más.

—Que sí, te digo —aseguró Evelyn con firmeza—. Su reputación también está en juego. Y si considera que debe recomendarme un corpiño nuevo y una modista y un peluquero en particular, yo pienso seguir su consejo.

* * *

Ahmad siguió a la arisca doncella de la vizcondesa Heatherton por la escalera del servicio de la casa de su señoría en Grosvenor Square. No le permitían entrar en su casa por la puerta principal. Accedía a través de la cocina, donde aguardaba hasta que lo llamaban, mientras soportaba las miradas desconfiadas de la limpiadora, la cocinera y cualquier doncella o lacayo que pasara por allí.

Solo cuando llegaba a los recargados aposentos que lady Heatherton tenía en la tercera planta empezaban a tratarlo con mayor consideración de la que dispensarían a un vendedor cualquiera.

—Señor Malik. Por fin. —Mildred Lacey, vizcondesa de Heatherton, era una sílfide rubia de más de treinta años con tendencia a apretarse los corpiños con fuerza para resaltar todo lo posible sus encantos. Lo saludó con una sonrisa felina, ataviada únicamente con un salto de cama rosa pálido que vestía sobre una camisa de encaje, un corpiño francés y las medias. La transparente y vaporosa tela se pegaba a sus esbeltas curvas—. Puedes retirarte, Crebbs.

—Sí, milady.

Crebbs era una mujer mayor, enjuta y avispada, con el pelo cano y los labios enmarcados por las profundas arrugas de la edad. Hizo una reverencia y lanzó a Ahmad una mirada de advertencia antes de cerrar la puerta a su espalda.

Ahmad no sabía si Crebbs recelaba de él por su sexo, su clase o su raza. Probablemente por las tres cosas. Para muchos era una combinación intolerable.

Pero no era el caso de lady Heatherton.

Para su hastiado paladar, la mezcla resultaba tan potente como un licor exótico.

Se acercó a él con sonrisa perezosamente seductora. Lo miraba fijamente al rostro y sin mostrar ningún interés por la gran caja blanca que el sastre llevaba en las manos.

—Como ve, estoy lista para usted.

Ahmad dejó la caja sobre el sofá tapizado con rosas doradas, haciendo caso omiso a las insinuaciones de lady Heatherton. Era el tipo de mujer que disfrutaba coqueteando. Él suponía que era cosa de

la clase a la que pertenecía. Las aventuras románticas no eran más que un juego para las damas de la alta sociedad.

—La cuestión es —siguió lady Heatherton—, ¿está usted listo para mí?

Mientras ella se acercaba, Ahmed no pudo evitar comparar sus calculados movimientos con la actitud de Evelyn Maltravers.

Lady Heatherton no salía bien parada de la comparación.

La señorita Maltravers la superaba en todos los sentidos salvo en uno: la vizcondesa no era una principiante sin experiencia. Era una dama que marcaba tendencia. Una dama cuya riqueza y mecenazgo eran necesarias para que él consiguiera crearse una buena reputación.

Algún día, tendría su propio taller lleno de costureras. Y entonces podría permitirse el lujo de hacer vestidos solo para las damas que lo inspirasen.

Mujeres como la señorita Maltravers.

Hasta entonces, debía elegir sus encargos con cuidado.

Los vestidos de noche y fiesta eran caros y le robaban mucho tiempo. Y en esos momentos no disponía de mucho tiempo ni dinero. Tenía que cumplir con su trabajo de sastre confeccionando trajes de montar y de paseo para algún caballero. El poco tiempo que le quedaba solo podía dedicarlo a hacer vestidos para las damas, pues eran las prendas que mejor podían ayudarle a alcanzar su objetivo.

Y que esa mujer no le gustara mucho no podía interferir en sus planes.

—Su vestido todavía no está terminado del todo —le advirtió—. Pero ya he hecho todos los cambios que acordamos durante la última prueba.

Sacó el vestido de la caja y lo sostuvo de forma que la falda azul hielo arrastrara por la alfombra.

Ella rozó la tela con los dedos momentáneamente distraída.

—Es muy simple.

Ahmad reprimió una exclamación enojada. Aquel vestido de noche no era simple. Había cortado la delicada muselina de tal forma que se ceñía al cuerpo de la vizcondesa como un guante, y cada centímetro de encaje estaba situado con calculada intención.

—Debe probárselo para apreciarlo.

—Si insiste. —Se encogió de hombros con delicadeza hasta conseguir que el salto de cama resbalara por sus brazos. La prenda cayó al suelo formando un espumoso marco alrededor de sus pies, enfundados en las medias—. ¿Qué enaguas dijo que necesitaría? ¿Y qué clase de miriñaque? Como le he dado permiso a mi doncella para que se retire, deberá ayudarme usted a ponérmelo todo, señor.

—¿Quiere que le pida que vuelva?

La vizcondesa parpadeó indignada con sus pálidos ojos azules.

—No sea ridículo. Yo le quiero a usted, no a esa vieja estirada de Crebbs. —Señaló un altísimo armario lacado pegado a la pared frente a la cama con dosel. Tengo ropa interior limpia en el armario. Vaya a buscarla.

Ahmad no quiso llevarle la contraria. Ya habían pasado antes por todo aquello. Solo era otra de las muchas luchas de poder en las que la vizcondesa siempre se salía con la suya.

Ella era su clienta. Prácticamente su mecenas. No le convenía contrariarla.

Pero eso no significaba que tuviera que disfrutar de lo que ella esperaba de él. Él no era ningún juguete. Ni su diversión, como les gustaba decir a algunas damas. Si lo fuera, no sería ni la mitad de complaciente.

Había cumplido la mayoría de edad en un prostíbulo, por el amor de Dios. Si aquella mujer esperaba que sus insinuaciones lo alterasen, que podría conseguir que tartamudeara o se sonrojara, se iba a llevar una buena sorpresa.

Alcanzó las enaguas y el miriñaque del armario y la ayudó a ponérselo todo con tal frialdad que transmitía más impaciencia que intimidad.

—¿Me permite sugerirle que, en adelante, tenga todas estas prendas puestas antes de llamarme?

—¿Y por qué debería cuando es usted tan complaciente?

Ahmad agachó la cabeza para atarle los lazos del miriñaque a la cintura.

—Porque eso nos ahorraría mucho tiempo a los dos.

Ella le pasó los dedos por el pelo.

Ahmad se puso tenso al sentir el contacto. No tenía nada de agradable. Su roce lo dejaba frío. Le repugnaba. De la misma forma que cuando él era apenas un niño y la señora Pritchard se tomaba esas libertades.

No soportaba que lo manosearan.

—Qué espeso tiene el pelo —murmuró—. Me moría de ganas de tocarlo.

Él se incorporó y se apartó de ella hasta quedar fuera de su alcance.

—Lady Heatherton...

—¿Le he asustado? Vaya, me parece que sí. No me extraña que me haya hecho un vestido tan recatado y simple. Me parece que ha malinterpretado usted mi forma de ser.

«Y un pimiento».

—Creo que debería probárselo —le sugirió.

—Eso pretendo. Pero primero... —Le pidió que se acercara haciéndole señas con el dedo—. Acérquese. Tiene que apretarme el corpiño.

—Ya está lo bastante ceñido.

—Insisto. —Se dio la vuelta dándole la espalda—. Usted es más fuerte que Crebbs. Sería tonta si no me aprovechara ahora que le tengo aquí.

Ahmad apretó los dientes e hizo lo que ella le pedía. No sabía por qué se sorprendía de su comportamiento. Aquella mujer siempre jugaba en los límites de la corrección. Siempre hablaba con excesiva confianza y lo rozaba con los dedos mientras él ponía alfileres y marcaba sus prendas. Estaba acostumbrado.

Todo lo acostumbrado que podía estar un hombre.

Aun así, nunca lo había tocado de una forma tan íntima como ese día.

Se estaba envalentonando.

—Es usted muy fuerte —susurró mientras él le ceñía el corsé—. Se lo comentaba hace poco a lady Godwin. De vez en cuando ella va a un zapatero del sur de Londres. Un tipo asombrosamente apuesto. Hace unas botas preciosas. Él también es bastante fuerte. Seguro que lo conoce.

—¿Debería?

—Es indio, ¿no se lo he dicho?

Ahmad tiró con fuerza de los lazos una vez más antes de anudarlos.

—India es un país muy grande.

Lady Heatherton soltó el aire que estaba conteniendo.

—Mmm. —Parecía dudosa—. No sabría decirle. Nunca he estado en las colonias. Después del motín, ¿quién iba a querer ir allí? Parece un lugar poblado por auténticos salvajes. Pero usted no. —Lo miró entornando los ojos—. Usted es bastante manso, ¿no?

Sus palabras le ofendieron. Tal como ella pretendía. Otra evidente forma de expresar su dominio. En otras circunstancias hubiera hecho oídos sordos. Estaba acostumbrado a hacerlo con las damas de su ralea.

Pero ese día era distinto.

Esa vez las palabras de la dama se le clavaron demasiado.

Los indios que se habían rebelado cinco años atrás no eran salvajes. Eran personas oprimidas, subyugadas en su propia tierra por unos colonizadores que no mostraban ningún respeto por la historia de la India, por sus tradiciones ni por las religiones de sus habitantes. En realidad, todo el levantamiento había surgido a causa de un rumor, pues se decía que los cartuchos que empleaban los británicos para sus mosquetes estaban engrasados con grasa de cerdo y de ternera.

Ahmad se había marchado de la India cuando era solo un niño. Él no tenía ninguna creencia religiosa ni tampoco se sentía especialmente apegado a sus orígenes. Pero entendía muy bien lo espantosa que debía de parecer esa idea a los indios. La ofensa que suponía tanto

para hindús como para musulmanes. La profunda y atroz falta de respeto que suponía para ellos.

Ahmad no esperaba que lady Heatherton lo comprendiera.

—Su vestido, milady —dijo con sequedad.

—Sí, sí. Tráigalo. Jamás he conocido a un hombre tan obstinado. —Frunció los labios—. Estoy empezando a pensar que ni siquiera me ve. Usted solo piensa en vestidos.

—Para eso me contrató.

—Le contraté porque vi que la esposa de ese abogado llevaba uno de sus vestidos, la señora Finchley, en una cena de la sociedad en apoyo a los huérfanos. Estaba mucho más hermosa de lo que le corresponde.

Ahmad reprimió sus ganas de contestar. Él le debía mucho a Jenny Finchley. Mientras trabajaba para ella, había confeccionado sus trajes para montar y varios de sus vestidos. Prendas que lucía en los eventos ocasionales a los que asistía o a galas benéficas, como a la que había asistido también lady Heatherton.

Por desgracia para él, a la señora Finchley no le gustaba mucho mezclarse con la alta sociedad. A decir verdad, ella no solía pasar en Londres más que algunos meses del año. El hecho de que la vizcondesa hubiera coincidido con ella era pura casualidad.

—No es propio de una mujer de su clase lucir prendas tan modernas. ¡La esposa de un abogado...! —Alzó los brazos por encima de la cabeza para que Ahmad pudiera ponerle la falda y dejarla resbalar por su cintura—. Jamás me había sentido tan descontenta con madame Elise. Y pensar que hasta entonces estaba satisfecha con sus diseños...

—Espero que quede mucho más que satisfecha con los míos.

La ayudó a ponerse el corsé abrochándole los delicados cierres a la espalda y recolocando el cuello de encaje sobre su pecho para que estuviera perfectamente alineado con las cortas mangas.

Era un vestido precioso, diseñado para enfatizar la belleza de la dama en lugar de inventarla. Era como el marco de un retrato. Una cosa jamás debía eclipsar a la otra.

O eso creía Ahmad.

En cuanto terminó de colocar correctamente la tela de encaje, lady Heatherton se deshizo de sus manos para correr a mirarse al espejo.

—Vaya, pues es bastante bonito. —Se acicaló frente al espejo—. Parezco más joven, ¿verdad? Se me ve un poco más el pecho que con el último vestido de noche que me hizo.

—Es la nueva moda.

—No pondré objeciones a ello. Aunque creo que debería llevar más adornos. No hay un solo volante, ni lazos. No tiene nada que ver con los vestidos que mis amigas han encargado para esta temporada.

—La profusión de adornos está de moda en este momento —admitió.

Y debían agradecérselo a Charles Worth.

El famoso diseñador de los lujosos vestidos parisinos que vendía en la tienda de la Rue de la Paix siempre incluía en sus diseños muchísimos metros de carísimo encaje, cuentas de cristal y lazos y volantes de seda. Era la marca personal de Worth. Los adornos eran tan costosos como codiciados. Y sus diseños eran copiados por las modistas de todo el mundo, desde Londres a Nueva York.

—Pero un exceso de volantes y lazos no favorece a nadie. —Ahmad enderezó las ballenas de su corsé—. Este vestido enfatiza mucho más su figura que un traje de noche repleto de adornos.

—Mmm. Es posible. Aunque me pregunto si le quedaría igual de bien a una mujer fea. Imagino que no. Verá... —Se volvió hacia la derecha mientras se contemplaba en el espejo por encima del hombro —. Lo que llama la atención es mi belleza.

—Estoy convencido de que tiene usted razón —afirmó él.

Lady Heatherton era una belleza reconocida. A menudo se escribía sobre ello en las páginas de sociedad.

Algo que Ahmad esperaba que le beneficiara.

Si ella lucía un diseño nuevo en algún baile, las damas más modernas le prestarían la debida atención. Y muchas seguirían su ejemplo rápidamente.

—Pues claro que tengo razón. —Se miró la falda y frunció el ceño con desaprobación—. Tropezaré con esta falda.

—Todavía tengo que subirle el dobladillo. —Gesticuló en dirección a la banqueta tapizada en la que ella acostumbraba a subirse para que él hiciera los cambios correspondientes—. Si es tan amable, milady.

—Sí, pero hágalo rápido. Esta tarde tengo varios compromisos y no puedo quedarme aquí plantada toda la mañana.

Le tendió la mano con arrogancia.

Ahmad la ayudó a subir a la banqueta.

Y no sintió nada.

Solo la apremiante necesidad de terminar cuanto antes.

No tenía nada que ver con lo que había experimentado al estrechar la mano de la señorita Maltravers. Allí no había calidez. No había chispa eléctrica. No se le había acelerado el corazón.

Se había quedado absolutamente impasible.

Qué raro se le hacía. De todas las mujeres que había conocido, con todos los trajes para montar y vestidos que había confeccionado para cortesanas y trabajadoras del establecimiento de la señora Pritchard, era una intelectual quien le había hecho mella. Una intelectual con gafas, de Sussex, precisamente.

Pero no.

No era una intelectual.

Era una amazona.

Ahmad sonrió para sí y se arrodilló para terminar el dobladillo del vestido de lady Heatherton.

Capítulo 5

Evelyn se quitó los guantes mientras entraba en el vestíbulo de la casa de su tío en Russell Square. Iba acompañada de Agnes y de uno de los lacayos, que la seguían con los brazos llenos de cajas: el resultado de una mañana de compras por la calle Bond.

—Podéis dejarlas en mi dormitorio —dijo.

—Sí, señorita. —La doncella apremió al sirviente escaleras arriba —: ¡Ve con cuidado! A la señorita Maltravers no le hará ninguna gracia que estropees sus prendas con tus manazas.

Evelyn suspiró. Había dedicado todo el día anterior a visitar los establecimientos de los profesionales que le había recomendado el señor Malik. Primero la modista, donde había encargado algunos vestidos de día y de tarde, y después había ido a la corsetería, donde había comprado dos corpiños nuevos y un par de corsés con varillas cortas para montar.

Y esa mañana había ido a la mercería a por guantes, paraguas y medias; a continuación, a la sombrerería, y, finalmente, a la peluquería.

Se desprendió del larguísimo alfiler que sujetaba su nuevo sombrero de paja y se lo quitó con mucho cuidado para dejarlo encima de la mesa del vestíbulo. Sobre ella había un espejo con un marco dorado. Evelyn admiró su reflejo.

Monsieur Phillipe había ido al grano, tal como había hecho el señor Malik. El diminuto francés con bigote la había examinado de un lado y de otro, volviéndole la cabeza. Y le había cortado el pelo empuñando las tijeras con la seguridad de un auténtico maestro.

Seguía teniendo el pelo largo, pues su melena caía entre los omóplatos, pero ya no era una masa de rizos ingobernable. Ahora las ondas se veían suaves y brillantes, y le enmarcaban el rostro de un modo muy favorecedor.

¡Y menudo estilo!

El peluquero le había recogido el pelo de los lados en un gran

moño sobre la nuca. El peinado lucía brillante y espeso, y se sostenía gracias a una redecilla invisible y más de una docena de horquillas metálicas. A continuación, lo había fijado con un producto para el cabello, un líquido llamado bandolina.

Agnes había observado todo el proceso muy atenta, pues sabía que debería replicar el peinado los siguientes días.

Evelyn se apartó un rizo de la cara con la mano. No conseguía volverlo a poner en su sitio. Al verse con ese corte de pelo y uno de los vestidos nuevos que le había comprado a madame Lorraine, empezaba a sentirse como si fuera otra persona.

—Señorita Maltravers.

Se dio media vuelta y vio que el ama de llaves de su tío estaba bajando la escalera.

La señora Quick era una mujer mayor muy eficiente, delgada y hosca como una fusta. Llevaba un gorrito almidonado e impecable que escondía su pelo ceniciento.

—Es la una y media.

—Ah, ¿sí?

Evelyn miró el largo reloj de madera de nogal del salón.

—El señor Fielding me informó que pretendía usted recibir visitas entre la una y las tres.

—Con el tiempo. Cuando me presenten a todo el mundo. —Entretanto, no consideraba necesario estar disponible para recibir a nadie, y menos un sábado—. ¿Por qué? ¿Ha venido alguien?

—Ha venido lady Arundell con una de sus hijas.

Evelyn se quedó de piedra.

—¿Han venido a verme a mí?

—Y también al señor Fielding. Aunque en este momento no sabemos dónde se ha metido.

—¿No está en el estudio?

—No se encuentra en la casa.

—Tal vez haya ido al museo —sugirió la joven. A veces lo hacía. El museo británico estaba muy cerca. Podía acercarse andando si necesitaba investigar algo.

—Es posible. —La señora Quick no parecía muy preocupada. Era evidente que estaba acostumbrada al extraño comportamiento del tío Harris—. He instalado a sus invitadas en la sala de estar y les he llevado una bandeja con té. ¿Le apetece acompañarlas?

—Por supuesto.

Evelyn alisó la abombada falda de su nuevo vestido de seda. En un principio lo habían confeccionado para otra persona, una dama que finalmente no había querido quedárselo. Madame Lorraine lo había arreglado para Evelyn enseguida, convencida de que el intenso color rosa de la tela combinaba bien con su tono de piel. La joven tenía

dudas, pero en cuestión de indumentaria estaba decidida a dejarse aconsejar por los expertos.

Siguió a la señora Quick hasta la sala de estar del primer piso. Como el resto de la casa del tío Harris, era una estancia bien amueblada, aunque quizá no de una forma muy moderna. Los sofás y sillones tapizados con seda desgastada estaban separados por recias mesas de madera de caoba repletas de objetos decorativos. Las altísimas ventanas lucían enmarcadas por oscuras cortinas de damasco, y el extenso suelo aparecía cubierto por alfombras que, en algunos puntos, se veían deshilachadas.

Lady Arundell y su hija se habían sentado juntas en un sofá con los reposabrazos redondeados al lado de la chimenea. Las llamas parpadeaban en el hogar proyectando una ligera calidez en la estancia que, por lo demás, estaba fría y húmeda por la falta de uso.

—Señorita Maltravers, milady —anunció la señora Quick a modo de rápida presentación.

La dama se levantó envuelta por un frufrú de telas caras. Era una imponente mujer morena vestida de pies a cabeza en crepé negro con un poco de papada y mucho pecho. Un camafeo de piedra tallada brillaba pegado a su pálido cuello.

Evelyn hizo una reverencia.

—Lady Arundell.

La mujer inclinó la cabeza.

—Señorita Maltravers. —Gesticuló en dirección a la joven que aguardaba a su lado—. Esta es mi hija, lady Anne.

La joven emergió de detrás de la sombra de su madre. Vestía el mismo crepé negro y tenía tanto pecho como ella. Pero ahí terminaba el parecido entre ambas. La hija tenía una figura delicada, no era imponente como su progenitora, y tampoco había heredado su pelo. Ella lo tenía dorado y lo lucía recogido con un par de peinetas.

—No se parece usted nada a su tío —observó lady Arundell cuando la señora Quick se retiró—. Supongo que todavía no ha vuelto, ¿no?

—No, señora —respondió Evelyn—. Lamento la inconveniencia.

—No se preocupe. He venido a verla a usted. Fielding me ha dicho que debería ayudarla a presentarse en sociedad. —Sacó de su bolsito unos impertinentes con filigrana de plata y se los llevó a los ojos—. Acérquese, querida. Permítame ver con qué debo trabajar.

Evelyn apretó los labios. No le gustaba que nadie le diera órdenes. Sin embargo, cruzó la estancia hasta ellas. De nada le serviría comportarse con altanería y llevar la contraria a las personas que pudieran ayudarla. Lo mejor era guardar silencio y obedecer.

Al menos, por el momento.

Se detuvo delante de la mesilla donde reposaba la bandeja con el té y se sometió en silencio al examen de la condesa.

Lady Anne volvió a sentarse con las manos sobre el regazo.

—Se ha expuesto demasiado a la luz del sol —concluyó la dama por fin, bajando los impertinentes—. Si no tiene usted cuidado, conseguirá arruinarse la piel.

—Siempre me pongo sombrero cuando...

—¿Y qué decir de esas gafas que lleva? —siguió —. No le sientan nada bien. Solo sirven para resaltar la desafortunada forma de su nariz. Demasiado aguileña para mi gusto. A ninguna joven le queda del todo bien.

Evelyn asumió la crítica sin rechistar. No era la primera vez que alguien le decía que no tenía la nariz bonita o que no le sentaban bien las gafas, y no le cabía duda de que no sería la última. No tenía sentido que se lo tomara a mal.

Lady Arundell hizo ondear los impertinentes.

—Consiga unos de estos. Puede llevarlos colgados de la muñeca con un cordelito de seda. Puede utilizarlos cuando quiera ver con claridad y después esconderlos en la manga del vestido durante el resto del tiempo.

—Pero yo siempre quiero ver con claridad, señora. —Evelyn tomó asiento—. Y en cuanto a mi piel...

—Le proporcionaré una receta que le ayudará a blanquearla. —Lady Arundell volvió a sentarse junto a su hija en el sofá—. Anne la utiliza cada noche. ¿Verdad, Anne?

—Sí, madre —contestó la joven. En su voz se adivinaba un tono decidido que no encajaba con la actitud resignada.

Evelyn la observó con curiosidad. A pesar de la aparente sumisión a su madre, no parecía una florecilla en apuros. De ella emanaba una notable seguridad, visible tanto en su expresión como en su postura. Daba la impresión de que si estaba a la sombra de su madre era porque ella elegía ese lugar.

Evelyn advirtió que era cierto, tenía una piel impecable. Parecía de alabastro. Un tono que ella jamás había tenido y al que jamás había aspirado.

—A eso hay que añadir una rutina a base de agua de fresas primero, seguida de zumo de limón y, por último, loción de Gowland —siguió diciendo la madre—. Es lo que yo recomiendo.

—Se lo agradezco de antemano. —Evelyn sirvió el té. Por suerte seguía caliente—. ¿Quiere un poco de leche, milady? ¿O limón?

—Limón, por favor —repuso la dama—. Y también para Anne.

Evelyn les ofreció las tazas de porcelana pintada que la señora Quick había dispuesto en la bandeja. También había un plato con galletas de azúcar. Le dio la impresión de que lady Anne las miraba con apetito. Sin embargo, cuando les ofreció una, su madre las rechazó en nombre de las dos.

—No comemos dulces —afirmó—. Son malos para los dientes y la figura. Una dama debe ser cuidadosa.

Evelyn volvió a dejar el plato en la bandeja. Después de tal afirmación, ella tampoco se vio con ánimo de comerse una. Se consoló tomando un sorbo de té.

—No lo había pensado.

—No tiene una madre que la aconseje. Debe permitir que yo asuma ese papel mientras esté usted en la ciudad.

Evelyn apretó el asa de la taza sin darse cuenta. Se esforzó por relajarse.

—Es usted muy amable.

—No crea. Fielding y yo somos viejos amigos. Es lo menos que puedo hacer por él. —Se tomó el té sin dejar de observar atentamente a Evelyn—. No tuve la ocasión de conocer a su hermana mayor cuando debutó. No estábamos en Londres por aquel entonces, de lo contrario me hubiera encargado de ella. Tengo entendido que era una belleza.

—Es lo que ha dicho siempre todo el mundo —reconoció.

—Y usted... no se parece mucho a su hermana, ¿verdad?

—En ese aspecto no, señora —admitió—. Y espero que tampoco en otras cosas.

Lady Arundell entornó los ojos.

—Fielding me ha dicho que es usted amazona y que tiene un semental o algo así que ha traído desde el campo.

—Sí, señora. Espero poder montar a menudo mientras esté aquí.

—Una lástima. Si lo que busca es casarse, lo mejor que podría hacer es desistir de ello. A los caballeros no les gustan las mujeres que hacen deporte, aunque finjan lo contrario. Anne se lo puede confirmar.

La hija no dijo ni una palabra, pero miró a Evelyn por encima de la taza de té. Había un brillo travieso en ellos.

—No tema —prosiguió la condesa—, la tendremos a punto para mi baile. Hablaré con Dimitri para que me aconseje sobre la mejor forma de proceder.

—Quién es...

La pregunta se vio interrumpida por el crujido de un tablón de madera en el pasillo. La señora Quick reapareció.

—Disculpe, señorita —dijo dirigiéndose desde el umbral de la puerta—. El señor Fielding ya ha vuelto. Dice que sube directamente.

—¿Ha ido a su estudio, señora Quick? —preguntó lady Arundell.

—Así es, milady.

La mujer dejó la taza en la bandeja.

—En ese caso... —Se puso en pie—. Iré con él.

Evelyn hizo ademán de levantarse, pero la mujer les hizo señas a

ella y a su hija para que volvieran a sentarse.

—Terminaos el té, muchachas. Volveré enseguida con él.

Y dicho esto, salió de la estancia seguida de la señora Quick.

Lady Anne bajó la taza de té y se posó las manos en el regazo.

—Disculpe a mi madre. Ella y el señor Fielding comparten la misma pasión por las antigüedades. Viene tan a menudo que se ha acostumbrado a pasearse por esta casa con absoluta libertad.

—No importa. —Evelyn no tenía ningún derecho a molestarse. Aquella no era su casa—. Le estoy muy agradecida de que haya accedido a ayudarme.

—¿De verdad no tiene usted a nadie que la ayude con su presentación en sociedad?

—Lo cierto es que no. Mi tía podría haberlo hecho, pero se ha quedado en Sussex con mis hermanas pequeñas. Y yo he tenido que venir sola a Londres.

—Qué desafortunado.

—Ni mucho menos. —Sonrió—. Estoy acostumbrada a hacer las cosas yo sola.

Lady Anne lanzó una rápida mirada hacia la puerta antes de alcanzar una galleta.

—A mamá no le gustará oír eso. A ella le encanta decidir por todo el mundo. No hay alma en la Tierra capaz de hacerle cambiar de opinión cuando se ha decidido. No acepta consejos de nadie.

Evelyn también tomó una galleta.

—No puede ser. Ha dicho que iba a consultar con un tal Dimitri.

—He dicho que no existía nadie en la Tierra capaz de hacerlo. —Se terminó el dulce antes de seguir—: Dimitri no es de este mundo. Es un espíritu familiar de mamá.

«¿Un espíritu familiar?».

Evelyn miró con asombro a su invitada.

La joven sonrió.

—No ha salido usted mucho del pueblo, ¿no? ¿No hay espiritualistas en Sussex?

—No que yo sepa.

Sí que había oído hablar de ellos. Su hermana Caro tenía una obsesión infantil por todas las cosas místicas. Siempre estaba hablando de las sesiones de espiritismo sobre las que leía en los periódicos. Evelyn estaba impaciente por contarle lo que le había pasado esa tarde. ¡Quién iba a imaginar que conocería a una espiritualista de verdad en la sala de estar del tío Harris!

—En Londres hay muchos—dijo lady Anne—. Mamá ha estado en contacto con ellos desde que murió mi padre.

Evelyn se quedó de piedra al comprender de pronto el porqué del luto que llevaban lady Anne y su madre. El conde de Arundell debía

de haber muerto en algún momento del año anterior.

—Vaya, lo lamento —dijo—. Por favor, acepte mis condolencias por su pérdida.

Lady Anne alcanzó otra galleta.

—¿Qué pérdida?

—Pues... la pérdida de su padre. Está usted de luto, ¿no?

—Santo cielo, no. No es por mi padre. Él murió hace años.

—Y entonces...

—Mi madre ha insistido. Es por el príncipe Alberto.

—Ah, comprendo. ¿Su madre conocía al príncipe?

—No. Pero espera poder conocerlo pronto.

Evelyn no sabía qué decir. ¿Estaba hablando en serio? ¿O es que se estaba riendo a su costa? La mera idea bastó para que reaccionara.

—Me temo que no la comprendo.

La joven la miró con simpatía.

—No me extraña. Pero será mejor que se acostumbre. Mi madre no es la única espiritualista devota de por aquí. Su tío también lo es. Ya debe de haberse dado cuenta.

Evelyn se quedó de piedra con la taza pegada a los labios.

—¿Mi tío es espiritualista? —Estaba asombrada—. Pero... yo pensaba que su verdadera pasión eran las antigüedades.

—Claro, las antigüedades. *El libro de los muertos* y esas cosas. Mi madre y el señor Fielding están decididos a encontrar pruebas de contacto espiritual en los textos antiguos. O ese era su propósito hasta hace poco. Últimamente están completamente concentrados en la muerte del príncipe Alberto. Los médiums de medio mundo están intentando contactar con él.

—Ah, ¿sí? Dios mío...

Los ojos castaños de lady Anne brillaban divertidos.

—¿De verdad no lo sabe?

—Yo pensaba que mi tío era un hombre despistado. No tenía ni idea de que se codeaba con espiritualistas y personas así.

La tía Nora nunca había hecho ninguna alusión al respecto. Se preguntó si lo sabría. Siempre había descrito al tío Harris como un académico respetado. Un soltero con una vida recluida más preocupado por sus libros y los artículos que por el bienestar de sus parientes lejanos. Solo había accedido a alojar a Evelyn porque su hermana no le había dado alternativa.

—No son completamente iguales. La diferencia es que mientras su tío puede ser distraído por naturaleza, mi madre siempre está alerta. Le aseguro que solo hay una actividad en la que no está pendiente de todos mis pasos. —Tomó un sorbo de té—. ¿Es cierto que le gusta montar a caballo?

—Por encima de cualquier otra cosa. Es el mayor placer que... —

Evelyn guardó silencio al recordar de pronto a la joven con la que se había encontrado en el parque—. Disculpe, ¿pero por casualidad conoce usted a una tal señorita Wychwood?

A lady Anne se le iluminó el rostro.

—¿Ha conocido a Julia?

—Solo he coincidido con ella una vez, hace tres días. Me la encontré en Rotten Row. Dice que suele salir a montar con usted y con otra dama. La señorita Hobhouse, creo recordar.

—Stella Hobhouse. Acostumbramos a quedar las tres para dar un paseo en hora punta. O eso hacíamos. En esta época del año Julia prefiere salir a montar al alba. No soporta las risitas y los cuchicheos propios de la temporada.

Evelyn se quedó de piedra.

—¿Qué risitas y cuchicheos?

—Algunos jóvenes caballeros de Londres se consideran muy ingeniosos, y cuando nos ven a las tres montando juntas por Rotten Row nos dedican toda clase de absurdos calificativos. Por lo bajo, claro. No tienen el valor de decírnoslo a la cara.

Evelyn sintió una punzada de incomodidad y vaciló un momento antes de preguntar:

—¿Qué clase de calificativos?

—Las tres Moiras. Las tres Furias. Las tres solteronas. —Lady Anne esbozó una mueca—. No hemos sido muy populares en el mercado del matrimonio.

Evelyn estaba horrorizada.

—¿Y qué tiene eso que ver?

—Nada en absoluto, siempre que nos estemos calladitas. Pero yo nunca he conseguido reprimirme para no contestar como es debido a uno de esos impertinentes. Y Stella tampoco se achica ante nadie, y menos ante esos mequetrefes tan mal educados. En cuanto a Julia..., su timidez tiene sus propias normas.

Evelyn recordó la animada conversación de la señorita Wychwood.

—A mí no me pareció tímida.

—Ah, pero las dos iban a caballo. Se siente mucho más segura cuando va a caballo, como todas. —Lady Anne sonrió con ironía mientras tomaba otra galleta—. Es una pena que no se pueda montar a caballo en un salón de baile.

Capítulo 6

El taller de Doyle y Heppenstall cerraba los domingos, circunstancia de la que Ahmad se aprovechaba todo lo que podía. Sentado a una de las mesas de trabajo del fondo, terminaba de coser las últimas piezas del traje de la señorita Maltravers.

No era el único encargo que tenía. Y tampoco el más urgente. Debía terminar los vestidos de lady Heatherton. Ella esperaba que se los entregara a primera hora del miércoles. Era el vestido que pensaba llevar al primer baile de la temporada, un evento tan importante para ella como para Ahmad.

¿No era ese su sueño? ¿Que las damas de la alta sociedad lucieran sus diseños?

Y, sin embargo, no había pasado la mayor parte de los últimos días trabajando en el vestido azul hielo de lady Heatherton, sino en el traje de montar de Evelyn Maltravers.

Había cortado las telas el viernes siguiendo un patrón que había diseñado él mismo. Era una variación del último traje que había hecho para la famosa señorita Walters.

Pero este traje era distinto.

No solo lo había ajustado a las medidas de la señorita Maltravers, había acortado la parte de arriba, ampliado las mangas y dejado un espacio considerable en el corsé y la falda para añadir pinzas y costuras adicionales.

No tenía nada que ver con el estilo que solía confeccionar. Era algo nuevo, funcional y hermoso al mismo tiempo. Una prenda especialmente diseñada para la señorita Maltravers con la esperanza de que a ella también le gustara.

Le había hecho llegar una nota el día anterior informando de que estaba preparado para una segunda prueba y en la que le preguntaba si le iría bien pasar por allí el domingo por la tarde. Ella había contestado afirmativamente casi de inmediato.

Mientras remataba la última puntada, notó cómo se le aceleraba el

pulso ante la expectativa de volver a verla.

Ridículo.

Él era un hombre de treinta años, no un muchacho prendado de su primer amor.

Era por el traje, nada más. Estaba ansioso por vérselo puesto. Moldearlo según su figura para poder darle los últimos retoques.

Pero incluso mientras trataba de convencerse de ello, mientras se aseguraba de que no había nada personal en su deseo de volver a verla, tocarla y hablar con ella, reconocía la verdad de sus sentimientos.

La señorita Maltravers no solo lo había inspirado. Había despertado su interés.

Y la curiosidad era algo muy peligroso. En especial cuando se sentía por las mujeres inglesas. Él estaba orgulloso de evitarla. Cuanto menos supiera uno, menos tentado se sentiría de involucrarse.

Las cosas nunca terminaban bien cuando uno se complicaba con una inglesa. Había demasiadas desigualdades. Demasiadas diferencias a tener en cuenta. Poco había aprendido durante los años que había pasado trabajando para la señora Pritchard, pero eso lo tenía claro.

Sin embargo, eso no evitó que se le acelerase el pulso cuando oyó llamar a la puerta de la tienda.

Dejó la costura a un lado y cruzó la tienda vacía para abrir la puerta. Al otro lado aguardaba la señorita Maltravers. Sola.

—Mi doncella tiene medio día libre los domingos —aclaró mientras entraba en la tienda. Se sacudió las gotas de lluvia del abrigo de lana. Estaba lloviznando fuera. No había parado desde el alba.

Él cerró la puerta a su paso y corrió el pestillo muy despacio.

—Debería habérmelo dicho. Podría haber venido otro día.

—No quería esperar ni un minuto más.

Ahmad la miró. Con el rostro enmarcado por la capucha de la capa, ella le devolvía la mirada.

—Su traje no está terminado todavía.

—Ya lo sé.

—Después de esta, aún habrá que hacer una última prueba.

Ella sonrió.

—Eso también lo sé. Pero no podía esperar. Estoy impaciente por ver cómo va.

Ahmad le hizo señas para que cruzara la cortina negra que conducía al probador iluminado por la luz de gas. Una vez allí, ella se quitó la capucha. Al sastre se le aceleró el corazón. El cabello castaño de Evelyn ya no era una masa de rizos enredados que le enmarcaba el rostro. De pronto era brillante y elegante, llevaba los laterales recogidos en un moño sujeto por una redecilla.

—Ha ido usted a ver a Monsieur Phillipe.

—Sí. Y también a la tienda de madame Lorraine.

Se desabrochó la capa. Le resbaló por los hombros dejando ver el vestido que llevaba puesto: un diseño muy abombado confeccionado en un tono de magenta tan llamativo que casi le quema las retinas.

Ahmad la observó un tanto horrorizado.

Ella se vino abajo.

—¿No le gusta?

—¿Lo ha elegido usted?

—No. Formaba parte de un encargo que había hecho otra persona. Este vestido y otro. Madame Lorraine me convenció de que los comprara para que tuviera algo que ponerme mientras esperaba a que estuvieran listos los demás. Dijo que los colores eran favorecedores.

—Más bien cegadores, diría yo. ¿De qué color es el otro vestido?

—Rosa.

Él esbozó una mueca.

—Esto cada vez se pone peor.

La señorita Maltravers lanzó una pesarosa mirada a su vestido.

—¿De verdad es tan horrible?

—¿Es que no lo ve?

—Confieso que tuve dudas. —Dejó la capa sobre el respaldo de la silla situada al lado del probador—. Ninguno de los dos vestidos es de mi estilo. Pero usted dijo que madame Lorraine era mejor que madame Elise, y que yo...

—Es mejor que madame Elise en muchos aspectos.

Pero por lo visto no en cuanto a la elección de colores. Y tampoco en lo tocante a los adornos. El exceso de volantes no realzaba la figura de la señorita Maltravers.

—En otras palabras, que es espantoso. —Lo miró—. ¿Qué debería hacer?

Él se frotó la barbilla, pensativo.

—¿Le ha encargado muchas prendas?

—No muchas. Solo algunos vestidos. Y todavía no he comprado los de noche ni los de fiesta.

—No lo haga.

—¿Y adónde debería ir? No dispongo de mucho tiempo antes de debutar.

—No tiene que ir a ninguna parte. Madame Lorraine debería poder arreglar lo que le haya encargado, siempre que no haya empezado a cortar las telas. —Ahmad dudaba mucho que lo hubiera hecho. Durante la temporada, las modistas de Londres siempre priorizaban los pedidos de las clientas distinguidas y damas ricas de clase alta. Y la señorita Maltravers no era ni una cosa ni la otra—. Le facilitaré una lista de los colores recomendables para que se la entregue.

La joven estaba visiblemente aliviada.

—Le estoy muy agradecida.

—No hay de qué. ¿Necesita ayuda para desvestirse?

Un delicado rubor le tiñó las mejillas.

—Me cuesta un poco llegar a los cierres de la espalda. ¿Le importaría?

—Dese la vuelta.

Ella enseguida hizo lo que le pedía. Su voz destilaba una nota de disculpa.

—Solo son los cinco primeros corchetes.

Él se situó detrás de ella. Cerca. Tan cerca que percibía su perfume de flores de naranjo, una delicada fragancia que le aceleraba el corazón. Desabrochó el primero de los corchetes metálicos que cerraban el cuello de su corsé. Lo había hecho infinidad de veces cuando tenía que hacer cambios en alguna prenda —lo de ayudar a las mujeres a vestirse y desvestirse—, una ayuda que siempre prestaba con desinteresada eficiencia. Era una actividad de lo más habitual para un hombre de su ocupación. Pero esa vez...

En esa ocasión no sentía desinterés ni resultaba un mero trámite.

Estar tan cerca de Evelyn Maltravers tenía algo cálidamente seductor: había algo en su olor y en su postura. El modo en que ella inclinaba el cuello con tanta elegancia delante de él, su corsé abriéndose corchete a corchete para revelar la delicada piel que se ocultaba debajo de la costura de su blusa de encaje. Era un lugar suave y secreto. Un lugar que pedía caricias. Pedía besos.

Evidentemente, él no se tomó esas libertades.

Jamás lo había hecho, ni siquiera cuando hacía arreglos para los vestidos de las mujeres de la casa de la señora Pritchard. Pero no podía quitarse la idea de la cabeza. Un pensamiento que jamás hubiera albergado mientras trabajaba, por muy atractiva que fuera su clienta.

¿Ella también lo estaría sintiendo?

Si era así, no dio muestra alguna. Nada salvo los rubores habituales que cabía esperar de una joven discreta y respetable al ser desvestida por un hombre.

—Quizá debería haber mencionado esto —dijo ella—. La importancia de poder vestirme y desvestirme sola. ¿El traje de montar requerirá la ayuda de una doncella?

—No.

Cuando le desabrochaba los últimos corchetes, rozó con los dedos la sedosa espesura de su cabello. Se sintió incapaz de continuar.

«Maldita sea».

Se alejó de ella.

Evelyn lo miró algo indecisa por encima del hombro.

—¿Ocurre algo?

—Nada. —Carraspeó—. ¿Llega usted sola a los demás?

—Creo que sí.

—Entonces le daré un poco de intimidad.

Y se retiró rápidamente, regresando a la seguridad de su taller.

* * *

Evelyn se quitó el vestido, el miriñaque y las enaguas, y dobló todas las prendas cuidadosamente antes de dejarlas sobre la silla del probador. Tal vez hubiera sido mejor ir acompañada de una doncella. Desde luego, le hubiera resultado mucho más fácil desvestirse. Por desgracia, en ese caso, el decoro debía dejar paso a la conveniencia.

No podía permitirse perder ni un segundo para prepararse para la temporada. Una temporada, eso era todo lo que le habían concedido. Menos de cinco meses para conseguir un buen matrimonio. Un marido adecuado. Una unión que asegurara su futuro, el suyo y el de sus hermanas. Y esa temporada no podía empezar —al menos para ella— hasta que no tuviera el armario en orden.

Ya iba muy retrasada. ¡Y para colmo había comprado vestidos de colores inapropiados!

—¿Entonces no debería llevar nunca tonos rosados o magenta? —preguntó cuando regresó el señor Malik.

Él llevaba unos pantalones de lana negra y un chaleco con una única hilera de botones. Se había quitado la levita. La tela blanca de la camisa contrastaba con el saludable bronceado de su piel y remarcaba su alta y corpulenta figura

—Nunca.

—Ah. —Ella no esperaba que contestara con tal rotundidad—. Y entonces, ¿qué colores...? —Se quedó de piedra al ver su nuevo traje doblado sobre el brazo del sastre—. Dios mío. ¿Qué es eso?

—Esto es el comienzo.

El señor Malik dejó la prenda sin terminar sobre la mesa del probador. Después se volvió hacia ella y le tendió la mano.

Ella la aceptó sin dejar de mirar el traje mientras subía a la plataforma elevada delante del espejo de cuerpo entero.

Ir a comprar vestidos había sido una experiencia maravillosa: elegir el corte, las telas y los adornos. Pero no tenía nada que ver con la emoción que sentía ante la perspectiva de tener un traje de montar nuevo. En especial aquel. Era la pieza clave de todos sus planes.

—Supongo que el verde es una elección aceptable —comentó ella.

—No todas las tonalidades. No con su color de piel.

Bajó la vista hacia el corsé con varillas.

Estaba hecho de lino *coutil*, de corte alto, por encima de las caderas, con un cierre delantero y sin tiras en los hombros que pudieran impedir la libertad de movimientos. Justo el estilo que él le

había recomendado.

Se detuvo un momento a examinar la prenda.

Evelyn notó cómo la mirada del sastre se paseaba por su cuerpo. Como si cada lugar donde él fijaba la vista —ya fuera sobre su pecho o en su cintura—, fuese una caricia. Una ardiente caricia que le calentaba la sangre y le hacía un nudo en el estómago.

Se humedeció los labios.

—Supongo que lo aprueba usted.

—Absolutamente. Esta prenda encajará a la perfección con mi diseño. Siempre que pueda respirar.

En ese momento le era imposible. A duras penas lo conseguía. Él seguía agarrándole la mano. Con tanta naturalidad que parecía que lo hubiera hecho toda la vida. Y ella aceptaba ese gesto. Permitía algo que, en cualquier otra situación, hubiera resultado una impertinencia. La mano del sastre encajaba a la perfección con la suya. Como si hubiera sido creada para estar ahí.

Algo que evidentemente no era así.

Evelyn le soltó la mano lentamente. Era imposible que él no lo advirtiera. Que no se diera cuenta de lo incómodo que resultaba todo aquello.

De pronto asomó un ligero rubor al poderoso cuello del señor Malik, justo por encima del pañuelo negro.

—Le ruego que me disculpe —dijo con sequedad.

—Ha sido culpa mía. Yo...

—Estaba distraída. Yo también. Es la expectativa, sin duda.

«¿Expectativa?»

—Debe de estar usted tan ansiosa por vérselo puesto como yo.

Volvió a acercarse a la mesa para coger la primera prenda del traje.

—Sí —consiguió responder—. Muy ansiosa.

—Debo pedirle que tenga paciencia. En futuros encargos, la cosa irá más rápido, pero hoy debo marcar las cuatro prendas.

—¿Cuatro?

El sastre de Combe Regis siempre le había confeccionado trajes de tres piezas: falda, chaquetilla y los ceñidos pantalones de montar que se llevaban debajo.

El señor Malik pareció adivinarle el pensamiento.

—He añadido unas enaguas de seda del mismo color que el traje.

—¿Por qué de seda?

El sastre regresó con los pantalones de montar. Estaban confeccionados con una gamuza muy suave y eran del mismo color verde oscuro que el resto del traje.

—Porque la seda no se le arrugará debajo de la falda —le explicó —. Mi diseño requiere una línea tersa, no un innecesario volumen por debajo.

—Ah. Nunca había pensado en eso.

Solía llevar unas comunes enaguas de algodón blanco debajo del traje. Y el volumen nunca le había preocupado. Y menos cuando salía a montar por el campo.

No le extrañaba que los trajes del señor Malik sentaran tan bien a las Preciosas Domadoras de Caballos. Daba la impresión de que pensara en todo.

Se agachó delante de ella y la ayudó a ponerse los pantalones de montar. Evelyn se vio obligada a apoyarle la mano en el hombro para no perder el equilibrio.

El señor Malik tenía unos hombros muy musculosos.

Ella cerró un momento los ojos al percibir el contacto. Cielo santo. Parecía que lo habían esculpido en granito.

El sastre le subió los pantalones hasta llegar a las caderas.

—Parece que me sientan bien —consiguió decir.

—Muy bien. —Parecía complacido consigo mismo—. Solo necesitarán algunos retoques.

Siguieron algunos momentos tensos. Qué diferente era cuando el señor Malik marcaba y ponía alfileres en sus pantalones a cuando lo hacía el sastre de Combe Regis.

El señor Malik no se tomaba libertades. La tocaba con profesionalidad y eficacia; y, sin embargo... estaba por todas partes. Marcaba los arreglos que haría en las caderas y el trasero, incluso en la cara interior del muslo.

Evelyn empezó a preguntarse si sería posible entrar en combustión espontánea tratando de reprimir el sonrojo. Cuando él hubo terminado, los dos se habían pedido perdón mutuamente media docena de veces.

Y aquello no era todo. Todavía faltaban las enaguas de seda y después la falda del traje.

El sastre se levantó deslizándole la abertura de la cintura por las caderas. Se miraron a los ojos y él esbozó una repentina sonrisa. Fue tan fugaz como empática, como si reconociera la incomodidad mutua al tiempo que intentaba olvidarla.

—No podemos seguir pidiendo disculpas.

A ella le temblaron los labios al esbozar también una pequeña sonrisa.

—La verdad es que no.

—En estas circunstancias es imposible que haya un poco de distancia. Tengo que tocarla.

—Claro. —Pensó en algo más que decir. Algo con lo que poner fin a la extraña intimidad que había surgido entre ellos—. Emm, de momento no tiene mucha forma, ¿no? La falda, digo.

—Ya la tendrá. —Prendió un alfiler en la costura parcialmente

abierta para inmovilizar la tela a su cintura—. Esta parte llevará un poco más de tiempo. Espero que no le importe quedarse completamente quieta.

Evelyn asintió. ¿Cuántas veces le habría pedido la modista del pueblo que se estuviera quieta? O incluso la tía Nora, cuando le soltaba las costuras para rehacerle un vestido usado. Y cuántas veces, al moverse, le habían clavado un alfiler.

—No me moveré —le prometió.

Y no lo hizo durante unos minutos que le parecieron eternos.

El señor Malik se levantaba y se agachaba, prendiendo costuras y pinzas y haciendo marcas en la tela con el trozo de tiza que llevaba en el bolsillo del chaleco.

—Ha preguntado usted por los colores —dijo finalmente. Estaba trabajando en la tela de la falda a su espalda y ella no podía verlo.

—Sí.

—Nunca es aconsejable que una dama con el pelo castaño utilice tonos rosas y malva.

—Tampoco los verdes según ha dicho usted mismo. Más bien, no todas las tonalidades de verde.

—Los verdes oscuros, como este, siempre le quedarán bien. Verde botella y verde invisible. Pero no elija tonos más claros, como el manzana o el musgo. La harán parecer más apagada. —Dobló la tela de la falda por la parte de atrás y la sujetó con otro alfiler—. ¿Qué colores suele llevar en su casa?

—El azul, básicamente. Azules y grises oscuros. —Eran tonalidades apagadas y discretas, apropiados para una joven de su posición y sus medios. Colores que soportaban bien los lavados continuos. Guardó silencio esperando su aprobación, pero no llegaba—. ¿También están mal?

—Sí.

A ella se le escapó una risita.

—¿Y entonces qué me recomienda? No puedo ir siempre vestida de verde.

El señor Malik se levantó y la miró frunciendo el ceño concentrado.

—El negro le quedará bien. En realidad, creo que estaría arrebatadora. También el burdeos, el gris piedra y algunas tonalidades doradas y de ámbar. Y el blanco, claro. No me refiero a un blanco luminoso o azulado, desde luego, sino a un blanco crema.

—Blanco crema —repitió—. ¿Se refiere al marfil?

Él negó con la cabeza.

—Es un tono más flojo que el marfil. Más claro, pero más intenso. Más delicado. Lamentablemente, no tengo ninguna muestra para poder enseñársela. Con ese tono se podría hacer un vestido de fiesta increíble para alguien con su color de piel.

—Pensaba que solo las debutantes vestían de blanco.

—Esta es su primera temporada, ¿no?

—La primera y la última —dijo—. Tengo veintitrés años, señor Malik. No soy una jovencita. Si no consigo lo que busco durante el tiempo que estoy aquí...

Él la observó en silencio durante un buen rato. Era un silencio inquietante, cargado de una tensión palpable. Una parte de ella se moría por llenarlo. Cualquier cosa para olvidar la atracción que sentía hacia él.

¡Por un sastre, precisamente!

Ni siquiera era un caballero. Sin duda no era el hombre que podría ocuparse de su familia como necesitaba.

¿Acaso ella era mejor que Fenny en el fondo? ¿Estaba dispuesta a arruinar su reputación por una cara bonita y un cuerpo imponente?

—Se suponía que esto debía hacerlo mi hermana —espetó—. La ropa y la temporada, lo de ir en busca de marido. Y lo hizo, hace tres años. Pero no cumplió con su cometido. —Evelyn se miró en el espejo —. Ella era mucho más hermosa que yo.

—Ya me lo dijo.

—Es verdad. Ella tenía una nariz delicada y respingona. Y no necesitaba gafas. Por lo menos nunca admitió necesitarlas.

—¿Ha muerto?

Se volvió hacia él sobresaltada.

—¿Qué? No. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque habla de ella como si hubiera muerto. En tiempo pasado.

Evelyn frunció los labios.

—Es verdad. —Se pasó la mano por la falda sin pensar, evitando, por muy poco, clavarse uno de los alfileres—. No. No está muerta. Solo se marchó. Lo cierto es que se fugó con un hombre durante su primera temporada y provocó un escándalo terrible.

—Lamento oírlo.

—No más que yo. Si ella hubiera cumplido con su deber, yo no me habría visto obligada a venir a Londres ni a poner en práctica este temerario plan.

El señor Malik alzó un poco las cejas.

—¿Qué plan? —le preguntó.

Ella se mordió el labio. El plan que había ideado para la temporada no era ningún secreto. No enteramente. Y aunque lo fuera, ¿por qué no iba a decírselo? En cierto modo, él era su aliado.

—Debutar en Rotten Row —anunció.

—¿Ese es su plan?

—Bueno... sí. No tengo muchas posibilidades de impresionar a nadie en un salón de baile.

—Aunque eso fuera verdad, cosa que dudo... las jóvenes no

debutan a caballo.

—Algunas sí.

—Las damas no.

—Que no lo haya hecho ninguna no significa que sea imposible. Yo soy una amazona excelente.

—Así es —admitió él.

Evelyn sintió cómo florecía un calor inesperado en su interior. Él lo había admitido enseguida y con una certeza absoluta. Como si su habilidad fuera algo indiscutible.

—Sí, bueno... Mi madre siempre me decía que las situaciones complicadas había que afrontarlas desde una posición de poder.

—Sabio consejo.

—Siempre me lo ha parecido. Y cuando leí aquella historia en el periódico... —Hizo una pausa y continuó—: Mi tía lee el *Times*. Y a finales del verano publicaron un artículo sobre la escasez de maridos en Londres. Decía que los caballeros solteros estaban empezando a evitar los salones de baile y a las jovencitas que los frecuentan en favor de las Preciosas Domadoras de Caballos.

—¿Y por eso pensó...?

—Pensé en una forma de encontrar marido.

—Afrontando la situación desde una posición de poder.

—Exactamente.

El señor Malik tomó la parte de arriba del traje que seguía encima de la mesa y volvió junto a ella. Sostuvo la prenda mientras metía los brazos en las larguísimas mangas.

—¿Es usted consciente de que las Preciosas Domadoras de Caballos no se ofrecen con intención de casarse?

—Sí, pero no solo las cortesanas frecuentan Rotten Row. También acuden muchas damas respetables que quieren mejorar su estilo. Aparecía en el periódico. Y que ninguna se puede medir con ellas. Pero yo sí. Por lo menos en lo que se refiere a mi habilidad como amazona. En cuanto al resto, ya sé que necesito un poco de ayuda.

—Motivo por el cual acudió a mí.

Evelyn perdió parte de su confianza. Era imposible adivinar lo que él estaba pensando. Tenía el rostro completamente impasible y estaba más concentrado en colocarle los alfileres en el corsé que en ella. No estaba segura de que no se estuviera riendo de ella en silencio.

—Estoy convencida de que podré causar impresión si llevo uno de sus trajes.

—Sin duda. —Le levantó el brazo.

Ella lo sostuvo en esa posición y aguantó la respiración mientras él dibujaba una pinza en el costado.

—Rotten Row no es el único sitio donde pienso aparecer —se apresuró a añadir—. He recibido una invitación para acudir al baile de

lady Arundell. Ese será mi debut oficial.

Él la miró interesado.

—¿La viuda del conde de Arundell?

—Mi tío y ella son grandes amigos. Y ella se ha ofrecido a presentarme en sociedad.

—¿Está al corriente de su plan?

—Claro que no. No lo sabe nadie. —Evelyn lo miró a los ojos—. Salvo usted.

Advirtió el parpadeo de un brillo en el fondo de su oscura mirada.

—Es un honor.

—Le necesito. —Era la verdad. Ella jamás había creído que su plan pudiera surtir efecto hasta que vio uno de sus trajes de montar—. Tiene usted mucho talento.

—Me halaga usted. —Le bajó el brazo con delicadeza—. ¿Qué le parece de momento? ¿Le gusta?

—Cuesta decirlo en este punto del proceso. El color es favorecedor, eso seguro. Mucho. En cuanto al resto...

Se miró al espejo. Volvió a sentir esa brillante calidez en su interior.

El traje inacabado apenas tenía forma, estaba lleno de marcas de tiza y alfileres, no tenía puños en las mangas ni botones para abrochar la chaquetilla.

Pero eso no impidió que ella pudiera apreciarlo.

Evelyn ya intuía por dónde se unirían las distintas partes y cómo parecía envolver su figura como un amante, acentuando la cintura y las curvas del pecho y las caderas. Lo estaba haciendo a su medida, moldeándolo sobre su cuerpo con la habilidad con la que había creado los trajes de las Preciosas Domadoras de Caballos.

Aunque no era exactamente igual.

—La falda no tiene la misma forma que la que lleva la señorita Walters —dijo—. Por algún motivo parece menos ancha.

—Así es. Se trata de un diseño distinto. —Le ajustó los pliegues que había unido con los alfileres y la alisó a la altura del abdomen y las caderas—. He acampanado un poco la tela para conseguir una caída más recta por la parte de delante y los laterales. De este modo se consigue el efecto de trasladar la amplitud a la parte de atrás.

Evelyn giró un poco la cintura para poder ver mejor la caída de la tela por detrás.

—Casi parece que tenga cola.

—Exacto.

Ella lo miró asombrada.

—¿Es lo que se lleva ahora?

El señor Malik adoptó una expresión de enérgica seguridad.

—Se llevará.

Capítulo 7

Cuando Ahmad salió del taller de Doyle y Heppenstall ya eran las seis y media. Se puso su altísimo sombrero de copa y se dirigió a la calle Bond en busca de un cabriolé.

—A la calle Half Moon —indicó al subir.

El cochero agitó las riendas y el delgaducho caballo castaño empezó a trotar en dirección a Piccadilly. La calle Half Moon estaba justo por debajo de la carretera principal, un lugar elegante pero desprovisto de ostentación, apartado del habitual alboroto de Mayfair.

Ahmad se acomodó en aquel asiento tan mal acolchado. La paja del suelo estaba mojada a causa de la lluvia y el interior del vehículo apestaba a perfume barato. De haber hecho mejor tiempo, hubiera ido caminando hasta la casa de los Finchley. Estaba aproximadamente a un kilómetro de la sastrería. Pero ya se le había hecho muy tarde. Primero por todo el tiempo que le había dedicado a la señorita Maltravers, y después, cuando ya se hubo marchado, porque se había puesto a arreglarle el traje.

Lo había dejado muy inspirado, tal como había ocurrido las anteriores veces que la había visto. No acababa de comprender el extraño deseo que tenía de ayudarla a alcanzar su máximo potencial. Se sentía atraído por ella, eso lo tenía claro. Pero era algo más que atracción. Era una especie de afinidad. Un reconocimiento mutuo que lo inspiraba.

Y sí, era mutuo.

No la conocía tan bien como quisiera, pero sabía lo suficiente de mujeres como para reconocer las señales. Era evidente en la forma en que le estrechaba la mano y el modo en que a ella se le entrecortaba el aliento cuando él la tocaba. Era la forma que tenía de mirarlo fijamente, aunque se sonrojara.

Tenía mucho valor. Había ido hasta Londres para poner en práctica su estrategia y fue a buscarlo ella sola. Y todo porque había visto a las Preciosas Domadoras de Caballos llevando sus trajes.

«Estoy decidida a eclipsarlas a todas», había afirmado el día que entró por primera vez en Doyle y Heppenstall.

Sonrió al recordarlo.

Y seguía sonriendo cuando el cabriolé se detuvo frente a la casa de Finchley. Después de pagar la carrera, pasó por delante de la puerta de entrada en busca de la verja negra que ocultaba la escalera de la parte de atrás.

La entrada del servicio.

Bajó los mojados escalones de piedra y llamó a la puerta. Enseguida le abrió la señora Jarrow, el ama de llaves y cocinera de los Finchley.

La señora entornó los ojos con una mirada severa.

—Es usted...

Ahmad se quitó el sombrero antes de entrar en la cocina. Había una olla con agua hirviendo en el fuego y, al fondo de la estancia, una joven criada con un delantal blanco metiendo los platos calientes en el montaplatos.

—¿Ya están cenando?

—Casi. Su prima les acompaña en la sala de estar. —La señora Jarrow se volvió hacia la cocina mientras gruñía entre dientes—: No sabía que tendría una boca más que alimentar esta noche.

Ahmad cruzó la cocina en dirección a la escalera del servicio ignorando los comentarios de la mujer.

La señora Jarrow y su marido llevaban años trabajando para los Finchley. Eran una pareja de casados de mediana edad, los dos muy serios. Estaban allí gracias a la generosidad del señor Finchley, también providencial para Ahmad y Mira. La única diferencia era que los Jarrow eran ingleses. Mientras que Mira y él...

No eran del todo ingleses. Pero tampoco del todo indios.

Los Jarrow nunca habían aprobado por completo su presencia.

Nunca les dijeron nada directamente. No era así como funcionaba la gente civilizada. Pero ahí estaban las miradas frías y los comentarios con doble sentido. El recelo. Como si el linaje que compartían Mira y él fuera el primer paso para cometer algún crimen.

O tal vez ese fuera el crimen.

Los Jarrow no eran los primeros que lo pensaban.

Subió la escalera que conducía a la pequeña sala de estar de los Finchley. Era una estancia acogedora, amueblada con un sofá y sillones tapizados con tela de *chintz*, una otomana con botones y un ribete de borlas, y algunas mesas de madera maciza repletas de libros y distintos recuerdos que el matrimonio había coleccionado durante sus viajes.

Un fuego vivo crepitaba alegremente en la chimenea. Mira estaba sentada justo delante, junto a sus jefes, Tom Finchley y su mujer, Jenny.

—¡Ahmad!

La joven se levantó de la silla al verlo. Llevaba un sencillo vestido de seda gris, sin adornos. Era un diseño sofisticado, de líneas claras, realzaba la figura de su prima. Una de sus creaciones. Y lo había complementado con delicados bordados en los dobladillos, todos contribución de Mira. Ella tenía mucho talento con la aguja.

Finchley también se levantó. Aparentaba ser un tipo sencillo. De mediana altura y delgado, con el pelo castaño y los ojos, de un azul indescriptible, ocultos tras un par de gafas. Un tipo corriente en todos los aspectos. Pero era una ilusión.

Lo cierto era que Tom Finchley no tenía nada de corriente. Poseía una mente implacable para la abogacía. Durante una época se le consideró el mejor abogado de Londres.

—Qué sorpresa —dijo—. ¿Ocurre algo?

—Nada. —Ahmad saludó inclinando la cabeza—. Señora Finchley. Mira.

La señora Finchley lo saludó desde el sofá. Era una mujer atractiva y formidable. Ahmad la había conocido dos años antes, cuando ella todavía era Jenny Holloway, una soltera obstinada y decidida a viajar a la India para encontrar al desaparecido conde de Castleton, un primo lejano suyo al que habían dado por muerto después de la rebelión. Finchley había contratado a Ahmad y a Mira para que la acompañaran.

Y entonces, en el último minuto, Finchley decidió ir con ellos.

Cruzaron Francia juntos para después seguir hasta Egipto y la India, donde se internaron hasta llegar a Darjeeling. Y allí fue donde encontraron a lord Castleton, débil y herido, pero vivo.

Aquella aventura les había dado la oportunidad de conocerse hasta el punto de entablar una relación parecida a la amistad, lejos de la que suelen tener empleados y señores.

—Siéntate, Ahmad —dijo la señora Finchley—. Mi marido nos estaba hablando del ambiente de Londres durante la temporada.

Finchley volvió a sentarse.

—Y mi esposa me estaba recordando lo hermoso que es el verano en Devon.

—Y lo mucho que disfrutaríamos si tuviéramos ocasión de visitar a lady Helena y al capitán Thornhill. —La señora Finchley sonrió—. Pero no seguiré insistiendo. Tenemos mucho tiempo para comentar nuestros planes para el verano. —Miró a Ahmad—. Supongo que te quedarás a cenar con nosotros, ¿verdad?

Ahmad se sentó en la silla vacía que había junto a Mira. Bastó con oír mencionar a lady Helena, hermana del conde de Castleton, para recordar su dilema.

Como si pudiera olvidarlo.

—No quisiera molestar —dijo.

—En absoluto —repuso el anfitrión—. Hace demasiado tiempo que no cenamos todos juntos.

—Ya lo creo —terció su esposa—. Será como en los viejos tiempos.

Al poco apareció el señor Jarrow en la puerta de la sala de estar para informarles de que la cena estaba servida y los cuatro se trasladaron al comedor.

Hacía mucho tiempo que Ahmad no disfrutaba de una comida en condiciones. No tenía tiempo. Desde que se había establecido por su cuenta, sus cenas habían quedado eclipsadas por las telas que quedaban por cortar y las costuras por coser. A veces, cuando estaba demasiado enfrascado en su trabajo, se olvidaba de comer.

Pero esa noche sería distinta.

Había crema de verduras, muslitos de pollo, pierna de cordero hervida con verduras al vapor, y, de postre, tarta de ruibarbo. Un ágape inglés propio de la señora Jarrow. Ahmad no dejó ni una miga en el plato. Hasta que no terminó, el señor Finchley no le preguntó por el motivo de su visita.

—Necesitaba a Mira —espetó sin preámbulos.

Su prima se quedó de piedra mientras se limpiaba la boca.

—¿A mí? —Bajó la servilleta—. ¿Para qué?

—Para que me ayudes la semana que viene. En este momento tengo demasiados pedidos. Tres vestidos de noche y varios trajes de montar, y casi todo hay que entregarlo en los próximos diez días. No puedo con todo yo solo.

La señora Finchley se mostró encantada.

—Parece muy prometedor. Es bueno estar tan ocupado durante los primeros meses de la temporada.

Ahmad quería pensar que sí. Pero no había garantías. Por lo menos hasta que su desembolso inicial quedaba debidamente compensado al entregar un encargo. Las damas de clases pudientes tenían la costumbre de retrasar los pagos durante varios meses. Muchos miembros de la alta sociedad vivían a crédito, y llevaban una vida de lujo mientras los comerciantes de los que dependían se iban a la bancarrota.

—Acabo de empezar —reconoció—. Pero sí. De momento todo va bien.

Mira frunció los labios.

—La vizcondesa Heatherton no le ha pagado.

—Todavía no le he entregado sus vestidos —le recordó—. Nadie paga por adelantado.

—¿Y qué hay de la señorita Walters? —preguntó su prima—. ¿Todavía tiene pendiente esa factura tan espectacular?

El sastre se reprendió en silencio por haber compartido esa

información con su prima.

—No he venido a hablar de eso —dijo sin ponerse impaciente—. Lo que ocurre es que tengo encargos, muchos, y cuando lady Heatherton luzca uno de mis diseños, espero tener más. Entretanto, necesito ayuda para terminar sus vestidos y los trajes que me ha encargado la señorita Maltravers.

Su prima lo miró asombrada.

—Pensaba que solo te había encargado uno.

—Hoy me ha pedido dos más.

Él mismo la había animado a hacerlo. Si tenía intención de deslumbrar en Rotten Row, iba a necesitar más de un traje.

«Mi intención es salir a montar cada día», le había dicho. «Por eso he venido».

A encontrar marido. Un buen marido. Uno de los muchos que frecuentaban Hyde Park. Los que se acercaban a admirar a las Preciosas Domadoras de Caballos.

Ahmad se sintió un poco irritado al pensarlo.

Qué necio.

El propósito del traje que había diseñado para la señorita Maltravers era convertirla en algo bello, pues cada puntada y cada costura estaban debidamente concebidas para llamar la atención sobre sus encantos. Para eso había ido en su busca.

Finchley miró a Ahmad con interés.

—¿Quién es la señorita Maltravers?

El sastre ya había visto antes esa mirada. Una expresión que daba a entender que insinuaba algo.

—Una joven de Sussex. Ha venido a debutar esta temporada.

—Quiere un traje de montar como el que Ahmad le hizo a la señorita Walters —aclaró Mira.

—No exactamente igual. —El sastre arrugó la servilleta de lino que tenía junto al plato—. Y lo que ocurre es que no quiero hacerla esperar más de lo necesario. Por eso necesito a mi prima. Siempre que podáis prescindir de ella.

—Claro —repuso la señora Finchley—. Siempre que ella quiera.

—Por supuesto. —La joven se inclinó hacia delante—. ¿Cuándo empiezo?

—Mañana si puedes —indicó Ahmad—. Solo voy a necesitar tu ayuda durante una semana.

—¿Eso es todo? —La expresión entusiasta de la joven se desvaneció.

Finchley intercambió una mirada con su mujer. Se entendían sin decir nada. Los dos se levantaron prácticamente al mismo tiempo.

—Ahora que ya lo hemos aclarado —dijo ella tomando del brazo a su marido—, os daremos un poco de intimidad.

—Podéis utilizar mi biblioteca, si lo preferís —les ofreció él—. Y, por favor, tomaos una copita de vino de oporto.

Ahmad de puso en pie mientras el matrimonio se marchaba del comedor. La puerta se cerró tras ellos y se quedó a solas con Mira. La joven estaba extrañamente callada.

—¿Te apetece una copa? —le preguntó.

—¿De vino de oporto?

—¿Por qué no?

Alcanzó el decantador y dos copas del aparador de madera de caoba. Las damas no solían tomar vino de oporto. Era una costumbre masculina tras las comidas, cuando los caballeros se quedaban sentados a la mesa a conversar entre ellos libres de la compañía de las mujeres.

—Porque es asqueroso —afirmó.

—No lo has probado nunca. —Ahmad sirvió las copas. Parecía bastante añejo. El tono dorado del vino brillaba bajo la luz de la lámpara de araña colgada en el techo. Le ofreció una copa a su prima. Apenas había un trago—. Toma. Pruébalo. Quizá te resulte más fácil.

La joven se llevó la copita a la nariz y olisqueó el contenido con recelo.

—¿Qué es lo que me resultará más fácil?

—Contarme lo que sea que quieres decirme.

Ella se volvió de pronto hacia él. Ahmad vio recelo en sus ojos verdes y una mueca triste en sus labios.

—Te conozco, *bahan* —dijo él.

Y aunque no fuera así, la reacción de los Finchley no podía haber sido más evidente. Se habían retirado a toda prisa. Ansiosos por dar un poco de privacidad a los primos. La maniobra no había sido precisamente sutil.

Se sentó al lado de la joven.

—¿Qué ocurre?

Mira se quedó mirando la copa. Tomó un sorbito, hizo una mueca y espetó:

—Te echo de menos.

No era eso lo que Ahmad esperaba oír. Y menos expresado de una forma tan directa y con tal sinceridad. Se le hizo un nudo en el estómago. No sabía qué contestar.

Supuso que ya sabía que ella lo echaba de menos. Ese era el motivo de que siempre se presentara en sus aposentos de una forma que a él le parecía un vano esfuerzo por recrear la complicidad que habían compartido cuando vivían en casa de la señora Pritchard. Por aquel entonces los dos vivían solos en aquel desván y sus camastros estaban separados por un biombo.

No había sido precisamente una situación ideal.

Si le hubieran dado a elegir, él habría preferido encontrar trabajo en algún establecimiento respetable. Por desgracia, no había tenido más opción si querían permanecer juntos.

«Escóndela bien durante el horario laboral», le había advertido la señora Pritchard el día que habían llegado. «No quisiera que ninguno de los caballeros se haga una idea equivocada». La mujer los había guiado por las desvencijadas escaleras que conducían a su habitación. «Y no quiero ni oír una sola palabra en esa jerga vuestra. Desanima a los clientes. Si no vais a hablar inglés, será mejor que os estéis calladitos».

Por aquel entonces Ahmad tenía quince años y Mira poco más de ocho. La niña se aferraba a su desgastado abrigo de lana y escondía la cara. Él solía rodear sus enclenques hombros con actitud protectora.

Pero eso no era lo único que recordaba.

Tampoco había olvidado el olor de aquel sitio frío y húmedo que apestaba a sudor y sexo. Y también le perseguía la sensación que le provocaba la señora Pritchard cada vez que le pasaba los dedos por el pelo cuando él entraba por la puerta.

Igual que lo había hecho lady Heatherton.

—Siempre hemos estado juntos —dijo Mira—. Desde que llegamos a Inglaterra. La misma casa, el mismo dormitorio. Tú eras todo mi mundo. Y ahora te has marchado...

—Yo no me he marchado —replicó—. La calle King William está a solo a cinco kilómetros de distancia.

—Pues parecen cien.

—Nos seguimos viendo. Tú vienes a verme a menudo.

—Pues claro —contestó ella con cierta amargura—. Yo no tengo amigos. Y menos en Mayfair. Y no es recomendable ir a menudo al East End para ver a las amigas que dejé en casa de la señora Pritchard.

—¿Qué?

Ahmad estuvo a punto de derramar la bebida.

Vio un destello de desafío en los ojos verdes de la joven.

—¿Acaso pensabas que iba a olvidar sin más la vida que dejé atrás?

—Sí, es exactamente lo que pensaba. —Tuvo que esforzarse para no alterarse—. No tienes ningún motivo para volver a ese sitio. Aquí estás a salvo. Lejos de toda esa inmundicia.

Era lo único que se salvaba de todo aquello: la vida que ella llevaba con los Finchley. La vida de una dama de compañía. La mejor existencia que él podía ofrecerle. Allí, en su casa, ella estaba bien alimentada, respiraba aire limpio y tenía una cama caliente. Era un santuario alejado de la miseria del East End y de los personajes que habían frecuentado el establecimiento de la señora Pritchard.

—No era inmundo —replicó Mira—. No todo.

—No, claro, todo no —admitió él—. Nosotros no. Y algunas de las

chicas. En cuanto a la señora Pritchard y el resto de esa gentuza... —Se le revolvió el estómago al pensar que su prima pudiera volver allí—. Cielo santo, Mira. Cuántas veces...

—No importa.

—Claro que importa. No nos marchamos de casa de la señora Pritchard de la mejor forma posible. —Hubo una pelea y el escándalo correspondiente. Amenazaron con deportar a Ahmad—. De no haber sido por la intervención del señor Finchley...

—Lo sé, lo sé. —El brillo desapareció de los ojos de Mira—. Tienes razón. No debería haber ido. Al fin y al cabo, tampoco fueron nunca amigas mías. Ahora lo sé. Solo me toleraban porque te tenían cariño a ti.

«Cariño».

La palabra le dejó un sabor amargo en la boca. Sí, la señora Pritchard le había tenido cariño. Demasiado cariño.

Ahmad tomó un trago de oporto y la bebida le quemó la garganta.

—No sé de qué hablas.

—Yo nunca tuve amigas de verdad allí. Eso lo tengo claro. Pensaba que sí. Una en particular. Pero no ha contestado a la última de las cartas que le mandé. Ya es hora de que acepte la verdad.

—¿Con quién te escribes?

—No importa —repitió.

—Claro que importa si tanto te ha molestado.

—Estoy molesta porque me siento sola. Porque no me siento de ningún lugar.

Ahmad suspiró.

—Eres un poco tímida, eso es todo. Siempre ha sido así.

Tímida y frágil a causa de la enfermedad que había padecido de pequeña. La misma enfermedad que había acabado con la vida de su madre. Y eso la había convertido en una niña pálida y débil que dependía de él para casi todo.

—Estoy perdida —repuso ella.

«Perdida».

Parecía una acusación. Una crítica.

—¿Y qué quieres que conteste a eso? —le preguntó.

—Nada. Solo pienso que deberías saberlo. Por eso me preocupa tanto tu economía.

—Nuestra economía —la corrigió.

Parte de los fondos que él tenía pertenecían a Mira. Era el dinero de la recompensa por ayudar a buscar a lord Castleton que tan generosamente les había concedido lady Helena. Se suponía que lo iban a dedicar a montar una tienda de vestidos.

Y lo harían, en cuanto él hubiera adquirido la reputación necesaria para respaldarla.

—Pues nuestra economía —repitió—. Aunque yo no hice nada por ganarme ese dinero. Fuiste tú quién ibas por ahí haciendo preguntas a la gente, no yo.

—Tú me ayudaste mucho —repuso con cierta tristeza. El viaje había puesto a prueba la salud de Mira, y el calor de Egipto y la India la había debilitado todavía más. Ya no estaba acostumbrada a esas temperaturas tan extremas. Había tardado varios meses en recuperar las fuerzas—. Y no tienes de qué preocuparte —insistió—. Nuestra economía está en orden.

La joven tomó otro trago de oporto acompañado de una nueva mueca.

—Has sacado dinero del banco más de una vez.

Ahmad la miró asombrado.

—¿Cómo has...?

—Lo he imaginado. Tampoco me ha costado mucho. Sabiendo que la señorita Walters te debe cien libras y que la vizcondesa siempre pide lo mejor de lo mejor... —La joven guardó silencio unos segundos antes de preguntar—: ¿Cuánto has sacado?

—Lo necesario para cubrir gastos. Telas, encajes y esas cosas.

—¿Y lady Heatherton tiene intención de pagarlo?

—Lo hará cuando le entregue sus vestidos. Es habitual que las damas tarden un poco en abonar las facturas de sus modistos. Ya lo sabes. Son gajes del oficio.

A él tampoco le hacía ninguna gracia.

—Sí, pero... —Apretó la copa con fuerza—. Yo dependo de que tú abras esa tienda. Para irme a trabajar contigo. Para ayudarte con tus diseños. Incluso para limpiarte la casa.

Él se hubiera reído si la situación no fuera tan seria.

—Ni siquiera tengo una casa que puedas limpiar.

—Todavía no. Pero no tardarás mucho en alcanzar el éxito. Tienes que conseguirlo. Toda mi felicidad depende de ello.

El nudo que Ahmad tenía en el estómago se tensó un poco más. Ya sabía que su prima dependía de él. No le ayudaba oírlo. Y menos en aquellos términos. Ya tenía suficiente presión en ese momento.

—Pensaba que querías casarte y tener un hogar propio algún día. Hablas mucho de ello.

Ella encogió un hombro.

—He crecido.

—Mira...

—Hablo en serio. Cuando el señor Doyle se retire a finales de verano, tendrás que quedarte con el alquiler del local y abrir tu tienda. Y tienes que hacerme sitio. De lo contrario...

—Estoy haciendo todo lo que puedo —afirmó—. Pero no puedo prometerte nada. La temporada todavía no ha empezado.

—Seguro que tendrás mucho éxito. En cuanto lady Heatherton luzca uno de tus vestidos, todo el mundo se dará cuenta de lo bueno que eres, y entonces...

—No es tan sencillo. Dios, ojalá lo fuera. —Se inclinó hacia ella—. No lo entiendes, ¿cariño? A un hombre como yo no le basta con ser bueno en lo que hace. Ni siquiera es suficiente ser magnífico. Para tener éxito, ser aceptado, debe ser extraordinario. El mejor de los mejores. Incluso mejor que Charles Worth. Te juzgan de forma distinta.

—Por tu linaje.

—¿Resumiendo? Sí.

Ella agachó la cabeza.

—¿Y cuál es exactamente nuestro linaje? No tenemos pueblo. Ni país. Ni familia, solo nos tenemos el uno al otro.

Ahmad sintió una punzada de cariño por ella.

Cuando era joven, él solía sentirse igual. Esa sensación de haberse quedado fuera mirando hacia dentro a través de un cristal, desconectado, no, rechazado por la sociedad en la que vivían. La sociedad inglesa.

Pero la sociedad india tampoco había sido mucho más acogedora.

Al regresar hacía dos años, se había sentido tan fuera de lugar como allí, tan extranjero como cualquier inglés. Mira también lo había sentido. Esa falta de conexión. La ausencia de hogar. De un pueblo.

—No estamos solos en ese sentido —dijo él.

—Tú no. Tú tienes una vida fuera de aquí. Un propósito.

—Sí —reconoció—. Eso no significa que haya sido fácil.

La sombra del colonialismo británico siempre estaba presente en su vida, estaba presente en todas las telas con las que trabajaba y en el azúcar con el que endulzaba el té. Y cualquier hombre podía dejarse consumir por la injusticia de la situación.

Pero nunca había podido permitirse ese lujo, y menos cuando Mira contaba con él.

Para poder vivir y trabajar entre los ingleses, había tenido que hacer las paces consigo mismo, por incómodo que le resultara. Buscar una forma de recuperar los botines del colonialismo —todas esas sedas chinas y las muselinas de la India—, y transformarlos en algo hermoso. Algo que fuera solo suyo.

Era un ejercicio simbólico, pero poderoso.

—Para ti es fácil —dijo su prima—. Tú eres un hombre. Y algún día conocerás a alguien. Te enamorarás, te casarás y...

—¿Me enamoraré? —Se sorprendió tanto que soltó una carcajada —. ¿Por qué estamos hablando de esto? Ya sabes que a mí no me interesa para nada el amor. Lo único que quiero es abrir una tienda de vestidos.

—Y que todo el mundo piense que eres extraordinario —concluyó ella.

—Mis diseños son extraordinarios. Solo necesito que se vean. Que los vean las personas adecuadas.

—La alta sociedad.

—Exactamente.

Hasta la fecha ninguna de las personas que habían lucido sus diseños podía incluirse entre los miembros de las altas esferas de la sociedad. Ni siquiera lady Helena. A pesar de ser la hermana de un conde, se había casado con un hombre humilde y disfrutaba de una vida apartada con su marido y su hijo en una remota abadía de la costa del norte de Devon.

Mira adoptó una expresión pensativa.

—Dependes de la vizcondesa Heatherton.

—Tiene fama de crear tendencia en el mundo de la moda.

—No es famosa solo por eso —le advirtió.

Ahmad lo sabía demasiado bien, pero no era consciente de que su prima lo supiera.

—¿Ya estás otra vez con esas revistas de cuchicheos? —La miró con el ceño fruncido—. ¿Así es como ocupas tu tiempo?

—¿Leyendo? Sí. Así es como aprendo cosas sobre el mundo en el que vivo.

—En las publicaciones que hablan sobre escándalos.

—En todos los periódicos. En los libros. Y oyendo lo que dice la gente cuando salgo a pasear con la señora Finchley. Puedes creerme. La vizcondesa no es conocida por ser una mujer especialmente agradable.

También sabía eso. Se terminó el resto del oporto.

—Yo ya sé cómo tratar a lady Heatherton.

Capítulo 8

Evelyn se quitó la capucha de la capa cuando entró en los establos. La enorme cabeza castaña de *Hefesto* asomaba por la puerta de madera de su cuadra; el largo flequillo le cubría los ojos con un espeso velo negro. La saludó con un pequeño relincho.

—¿Me estabas esperando? —Se acercó a él alargando las manos, le acarició la cabeza y besó el suave y aterciopelado hocico—. Buen chico. ¿Cómo estás esta tarde? ¿Aburrido? ¿Añoras tu hogar?

Mientras ella murmuraba, él le rozó la cara con el hocico y le lamió un poco la piel. Su aliento era cálido y dulzón, y le hacía cosquillas en la mejilla con los largos pelos del hocico.

Evelyn no temía que pudiera morderla. *Hefesto* no tenía ni una pizca de malicia. Solo sentía por ella el mismo apego que la joven por él. Le pasó la mano por la crin enredada.

—Yo también siento nostalgia —susurró—. Echo mucho de menos estar en casa.

—¿Es otra vez usted, señorita? —Una voz masculina resonó en la oscuridad.

Evelyn se sobresaltó.

—¡Cielo santo, Lewis! Me has dado un susto de muerte. Pensaba que te habías ido a cenar.

El mozo emergió de entre las sombras del establo con un trapo oleoso en una mano y un arnés a medio pulir en la otra.

—He cenado en el Seven Bells. No disfruto mucho de las compañías de esta casa. No se ofenda.

—En absoluto. —A ella le pasaba lo mismo. No disfrutaba de la compañía ni de la ausencia de ella. Había vuelto a cenar sola aquella noche, atendida por la silenciosa señora Quick y un lacayo igual de discreto. El tío Harris se había ido a cenar al club. Había salido de casa a primera hora de la tarde. Y solo Dios sabía cuándo volvería—. ¿Crees que *Hefesto* está adaptado del todo?

—No ha dejado de comer.

—Ya imagino. Haría falta algo más que un cambio de domicilio para quitarle el apetito. Su estómago siempre ha funcionado la mar de bien. —Rascó a *Hefesto* por detrás de las orejas—. ¿Y qué me dices del resto?

—Está inquieto. No deja de patear la puerta de la cuadra.

«Inquieto».

Ella se sentía igual.

—Añora su prado.

Acarició el sedoso pelaje del cuello del semental. En Combe Regis estaba la mayor parte del día paseando por el perímetro vallado, revolcándose por el barro o dormitando bajo su árbol preferido. No tenía preocupaciones.

No. Era ella la que había empezado a preocuparse al ver cómo dejaba de ser un potrillo para convertirse en aquella magnífica bestia, un pura sangre indudablemente valioso. Siempre había imaginado que cuando se casara con Stephen Connaught podría llevarse a *Hefesto* a su nueva casa. Que sería su caballo y seguirían juntos durante muchas décadas.

Y además...

Si ella se casaba, podrían hacer criar a *Hefesto*. Era lo que su padre había planeado en un principio para el semental. Pero Evelyn había sido incapaz de hacerlo sola. No porque ignorara el funcionamiento de la cría de caballos, sino porque se suponía que las damas solteras no debían interesarse por esas cosas. Y si lo hubiera intentado de todas formas, se arriesgaría a que la gente lo considerara peligrosamente raro; una maniobra perjudicial, no solo para su reputación, sino también para la de sus hermanas pequeñas.

He ahí otro motivo por el que esperaba casarse con Stephen.

Solo necesitaba que él se declarase. Siempre había parecido que ella le gustaba. Habían sido amigos y parecía cuestión de tiempo. Otro verano montando juntos y él se lo hubiera pedido.

Pero, evidentemente, todo eso cambió tras la desaparición de Fenny.

Toda posibilidad de casarse con Stephen Connaught se había esfumado.

Ella ya había asimilado que se casaría con otro hombre. Alguien nuevo en su vida. Tanto por el bien de sus hermanas pequeñas como por el suyo. Y no porque deseara tener una casa elegante y ropa buena. Tampoco porque ansiara riquezas, ni siquiera porque quisiera tener hijos. Sino porque montar a caballo era caro. Demasiado costoso para una familia cuya fortuna menguaba rápidamente.

La tía Nora no había dicho nada. Todavía no. Pero lo haría, y pronto, si Evelyn no regresaba de Londres con una proposición de matrimonio.

—Mañana lo sacaré a galopar otra vez —afirmó—. ¿Crees que podrás tenerlo listo al alba?

Lewis asintió.

* * *

La mañana siguiente, Evelyn salió de casa al alba para montar con *Hefesto* por Rotten Row. El animal se contoneaba, brincaba y no dejaba de agitar la cabeza cuando entraron al parque. Lo fue guiando para que practicara los distintos pasos, tal como había hecho la mañana anterior, y siguió montando hasta que el cuello, los hombros y los flancos del animal empezaron a humedecerse a causa del sudor.

No había nadie por allí, solo vio a algunas personas caminando por la hierba cubierta de niebla. Daba la impresión de que fueran trabajadores. Mientras cabalgaba, buscó a Julia Wychwood. Pero no había ni rastro de la joven ni de su enorme caballo negro. En realidad, no había ni un solo jinete.

Quizá la señorita Wychwood había vuelto a montar por las tardes, en hora punta, en compañía de lady Anne y la señorita Hobhouse.

Las tres Furias.

Evelyn sonrió al pensarlo.

Prefería que la considerasen una Furia que una marginada o una intelectual. Las Furias griegas eran tres hermanas de armas tomar. Mujeres de justicia.... Y venganza.

Y la idea le gustaba.

Lo que en el fondo demostraba que era una intelectual.

Se le borró la sonrisa y volvió a apremiar a *Hefesto* para que cabalgara al trote al salir del parque, seguidos de cerca por Lewis.

Iba a tener que esforzarse por ser más agradable, aunque solo fuera para atraer a los caballeros solteros que conocería durante aquella temporada. Ningún hombre deseaba cortejar a una rarita. A los caballeros les gustaban las damas amables y dulces. Aquellas que los escuchaban en fascinado silencio y que únicamente abrían sus recatadas boquitas para mostrar su aprobación a cualquier cosa que el hombre dijera o para reírle sus simplonas ocurrencias.

Y ella no era así. Jamás lo había sido.

«No tienes por qué cambiar», se aseguraba. «En el fondo no te hace falta. Solo es un juego al que tienes que amoldarte durante una temporada».

En cuanto conociera al caballero adecuado, podría volver a ser ella misma. Lo haría poco a poco. ¿Quién sabe? Tal vez el hombre en cuestión terminara por apreciarla tal como era en realidad. Tal vez incluso llegara a enamorarse de ella.

Un sueño imposible.

No se atrevía ni a pensarlo. Esos sueños solo conllevaban

decepciones.

Era mejor ser pragmática. Ceñirse a la estrategia. A fin de cuentas, el matrimonio era un negocio. Cualquier caballero rico y con un buen estatus diría lo mismo. En cuanto al resto...

No quería dedicar mucho tiempo a pensar en complicados detalles. La intimidad que surgía al final del cortejo y la proposición. Los besos y los abrazos.

La noche de bodas.

Y todo debería soportarlo en brazos de un desconocido. Algún hombre con el que se casaría no porque lo amara, sino porque fuera rico y poderoso y tuviese la posibilidad de ayudar a su familia.

No era poco.

Ya de vuelta en Russel Square, se lavó, se cambió de ropa y se arregló el pelo. Tenía todo el día libre, sin citas o visitas con las que romper la monotonía. Seguía ocultándose, encerrada en casa, esperando al momento perfecto para hacer su debut.

Tenía la última prueba con el señor Malik al día siguiente. Disponía de todo un día por delante. Como se sentía tan inquieta como *Hefesto*, le pidió a Agnes que la acompañara a la librería Hatchards.

—Mi tío se ha llevado el carruaje —dijo mientras se ponía el sombrero, los guantes y la capa—, pero podemos ir en el ómnibus. No está muy lejos.

A la doncella no parecía entusiasmarle la idea.

El trayecto de casi tres kilómetros apretujada contra un montón de desconocidos dentro de un ómnibus abarrotado no sirvió precisamente para mejorarle el ánimo. Cuando por fin las dos bajaron en la calle Picadilly y estuvieron delante de la famosa librería, Agnes miró el escaparate con evidente disgusto.

—No tienes por qué entrar si no quieres —le aseguró Evelyn. Había varios bancos delante de la tienda que en ese momento estaban ocupados por lo que parecían ser los sirvientes de otras clientas, una joven con uniforme de doncella y dos altísimos lacayos ataviados con sus correspondientes libreas—. Puedes esperar aquí, si quieres.

—¿Seguro que no le importa, señorita? —Intercambió una mirada cómplice con uno de los lacayos—. Nunca me han gustado mucho los libros.

—Está bien. No tardaré mucho.

Entró sola en la tienda. Enseguida percibió el olor a tinta fresca, papel y encuadernaciones de piel. Una fragancia deliciosa. Respiró hondo y se sintió excitada y en paz al mismo tiempo.

Para una lectora, una librería era como una iglesia.

Un pensamiento extraño, sin duda. A la tía Nora le hubiera parecido una blasfemia. Pero a ella le resultaba una comparación completamente adecuada.

A sus hermanas pequeñas y a ella les encantaba leer. Era una de sus pocas formas de evasión. Todos y cada uno de los polvorientos volúmenes que poblaban la biblioteca de su padre eran un pasaporte a un mundo distinto. En las estanterías descansaban montones de libros sobre el antiguo Egipto, Roma, Grecia, además de colecciones de ensayos filosóficos y tratados sobre la flora y la fauna de lugares remotos. Testimonios de la pasión de su padre por la lectura. Las hermanas Maltravers los habían leído todos en algún momento.

Pero los libros eran un lujo.

Hacía muchísimo tiempo que no compraba una novela. De no ser por la biblioteca circulante de Combe Regis, tendría que haber pasado sin ellas. Y, sin embargo, se había perdido las últimas historias del señor Dickens. En la biblioteca no había ningún ejemplar que pudiera tomar prestado.

Por eso, en cuanto entró en Hatchards, se acercó al encargado para preguntar directamente por *Grandes esperanzas*.

El atareado empleado del mostrador principal la remitió a las estanterías pegadas a la pared. Allí tenían las obras de Dickens perfectamente ordenadas junto a novelas de otros autores. Repasó los nombres de los lomos: Jane Austen, Wilkie Collins y Anthony Trollope. Y también había algo de George Elliot.

Se sintió tentada. Mucho.

Pero no.

Había ido buscando un libro en concreto. Estaba en uno de los estantes que tenía sobre la cabeza. Se puso de puntillas y alargó la mano para alcanzarlo. Sus guantes apenas rozaron el lomo dorado.

«Maldita sea».

Tendría que pedirle al librero que se lo alcanzara. Estaba a punto de llamarlo cuando un caballero acudió en su ayuda. Evelyn percibió su presencia antes de verlo: corpulento y masculino. Alargó su enorme mano cubierta por un guante negro por encima de su cabeza y alcanzó la novela con absoluta facilidad.

—Permítame —dijo.

A ella se le aceleró el corazón. Solo había sido una palabra, pero habría reconocido esa voz en cualquier parte. Se dio la vuelta rápidamente y se encontró ante ese par de ojos negros que conocía tan bien.

—Señor Malik.

Iba ataviado con un elegante traje de corte impecable y su espeso pelo moreno brillaba iluminado por los rayos de sol que se colaban por los vidrios emplomados del escaparate.

—Señorita Maltravers. —Le tendió el libro—. ¿Este es el que quería?

—Sí. Gracias. —Ella lo agarró y se lo pegó al pecho—. ¿Qué hace

usted aquí?

—Supongo que lo mismo que usted.

—Disculpe. Es que... me resulta raro verle fuera del probador. —No pudo evitar recordar la última vez que se habían visto. Ella estaba en ropa interior y él la tocaba con la confianza propia de un amante.

A los labios del sastre asomó una sonrisita, como si le estuviera adivinando el pensamiento.

—Lo mismo digo.

Evelyn empezó a notar que el calor le trepaba por el cuello. Santo cielo. Solo era un sastre, nada más. No era un amante. Ni siquiera era un soltero que pudiera interesarle. Tenía que dejar de pensar en él de esa forma.

Era culpa suya. Un modisto no debería ser tan apuesto. Conseguía que una se derritiera nada más verlo.

Cada vez que lo veía.

Evelyn se humedeció los labios.

—Usted, mmm..., tiene muy buen aspecto.

«¿Qué?».

—Y usted... —Bajó la vista para examinar su sencilla capa y el vestido de día que llevaba. Frunció un poco el ceño—. ¿Es nuevo?

—No. Solo he salido de casa de mi tío para comprar este libro. Todavía voy de incógnito.

—No por mucho tiempo —le advirtió.

—No. No por mucho tiempo. —La idea de poder ver su traje nuevo le levantó el ánimo—. ¿Ha venido a comprar alguna novela?

—No es para mí. Es para otra persona. ¿Por qué? ¿Me recomienda alguna en particular?

—Eso depende de cómo sea la persona para la que quiere comprar el libro. ¿Qué clase de historias le gustan a él?

—A ella.

«Ella».

Una ligera decepción apagó la sonrisa de Evelyn. De pronto pensó que no sabía nada de ese hombre.

Seguro que tenía novia. Por todos los santos, ¡probablemente estuviera casado! Que no llevara anillo no significaba que no tuviera esposa, y probablemente varios hijos. No era asunto suyo.

Evelyn se volvió hacia los estantes.

—En ese caso... ¿Qué le parece un romance?

—Nada de romances —espetó él con sequedad.

—¿No? —¿Sería uno de esos tipos estirados que no aprobaban las novelas románticas? Les ocurría a muchos. Y, sin embargo, ella había esperado más de él. Un hombre que diseñaba prendas tan hermosas no podía ser ajeno a los sentimientos—. En ese caso, ¿qué le parece esta? *Silas Marner*. Se publicó el año pasado.

El señor Malik tomó el volumen del estante. Estaba encuadernado en tela marrón con las letras doradas en el lomo.

—¿Cuál es el argumento?

—Trata sobre un hombre y el lugar que ocupa en la sociedad. El protagonista de la historia es un tejedor. Un hombre sin familia que vive alejado de su comunidad.

—Demasiado profundo. —Volvió a dejar el libro en el estante—. Necesita algo más alegre. Algo que la anime.

Evelyn se preguntó por qué. ¿Estaría enferma? ¿Melancólica? ¿Habría sufrido alguna especie de desengaño?

—En ese caso... —Alcanzó una novela de Jane Austen—. Le recomiendo esta.

El señor Malik tomó el volumen y leyó el título con cierto recelo.

—*La abadía de Northanger*.

—Es una sátira que la señorita Austen escribió sobre las novelas góticas. Una lectura muy entretenida. Seguro que la ayuda a olvidarse de lo que sea que la tiene preocupada.

El sastre pasó algunas páginas. Tenía una expresión vacilante.

—Debo confesarle que también hay un romance en la historia, pero es más ocurrente que empalagoso. Estoy segura de que le gustará.

—Sigue siendo un romance.

Oyeron un carraspeo junto a los golpes que otros clientes provocaban al empujar los libros al fondo de los estantes. Eso les recordó que no estaban solos. Al contrario. La librería parecía cada vez más llena.

Evelyn bajó la voz.

—¿Qué tiene ella en contra del romance?

—Nada —repuso también en voz baja—. Es que no quiero que se haga ilusiones.

—¿Ilusiones sobre qué?

—Sobre finales felices.

La campana de la falda de Evelyn le rozó la pierna. De pronto ella se dio cuenta de que se había acercado a él y su conversación se había puesto demasiado íntima.

—¿Está usted en contra?

—Yo no creo en cuentos de hadas —afirmó.

Evelyn lo miró divertida.

—¿Eso es lo que son?

—Según mi experiencia, sí.

—Qué revelador.

—Ah, ¿sí?

Él pasó otra página.

—Ya lo creo. Es usted un cínico, señor Malik. Jamás lo habría imaginado.

—Soy realista.

—Los finales felices son reales. Por lo menos para algunas personas. Y aunque no lo fueran... un poco de romance nunca ha hecho daño a nadie.

Él levantó la vista para mirarla. En sus ojos vio una expresión que le costó descifrar.

—¿Eso cree?

Evelyn notó el revoloteo de cien mariposas en el estómago. La misma sensación que había tenido cuando él le había tocado la mano por primera vez. Un aleteo que la había dejado sin aliento. Como si tuviera el corpiño demasiado apretado.

—Sí —contestó. Y entonces pensó en Fenny—. Por lo menos en las novelas.

A los labios del señor Malik asomó una breve sonrisa.

Y ella volvió a tener la sensación de que podía leerle el pensamiento. Dio un paso atrás alejándose de él.

—No puedo quedarme. Mi doncella me está esperando.

Él cerró el libro y se lo quedó en la mano.

—Gracias por su ayuda.

—Ha sido un placer. Espero que su... —«¿esposa? ¿novia?»— disfrute de la lectura.

—Mi prima.

Evelyn estuvo a punto de tropezar al dar un segundo paso atrás.

—¿Disculpe?

—El libro es para mi prima.

No pudo controlar su reacción. Estaba convencida de que no había conseguido reprimir una expresión de alivio.

Y seguro que él lo había visto.

Solo Dios sabía lo que él había pensado.

—Su prima. Bueno, eso... eso es espléndido. —«¿Espléndido?». Cerró los ojos presa de un ataque de vergüenza. Quiso que se la tragara la tierra. Dio otro paso atrás—. Por favor, salúdela de mi parte.

Él sonrió con más ganas.

—Lo haré.

Evelyn no se atrevió a decir una sola palabra más. Cielo santo. Lo estaba haciendo reír. Y no en el buen sentido. No le cabía ninguna duda de que él conocería a muchas damas que se pondrían en ridículo en su presencia.

Y se negaba a ser una de ellas.

Se dio media vuelta hacia el mostrador, donde se apresuró a pagar el libro. Después reunió la poca dignidad que le quedaba y se marchó de la tienda a toda prisa.

Capítulo 9

Puedo ir contigo —se ofreció Mira.

Estaba sentada a la mesa del apartamento que Ahmad alquilaba encima de la tetería, y tenía una aguja enhebrada en la mano. Ya casi había terminado de coser las distintas partes del segundo traje de montar de la señorita Maltravers.

—Allí no te necesito —le dijo él—. Te necesito aquí. —Se puso el abrigo—. El vestido que debo probar esta mañana está casi acabado. Son estos otros los que todavía están por terminar.

La joven siguió cosiendo. Era una trabajadora diligente y pulcra. Estaba acostumbrada a coser durante horas. La ocupación parecía subirle el ánimo, le había sucedido también con la novela que él le había regalado. La había estado leyendo durante los descansos, cuando se dignaba a hacerlos.

—¿Y el vestido de noche de lady Heatherton? —preguntó—. Tienes que entregarlo mañana.

—Lo terminaré cuando vuelva. —Le dio un beso en la mejilla al pasar—. Cierra la puerta con llave.

Bajó por la escalera hasta la bulliciosa calle que discurría a los pies del edificio, donde paró y alquiló un coche que lo llevase a Doyle y Heppenstall.

La señorita Maltravers tenía que llegar a las diez de la mañana para la prueba definitiva. Él hubiera preferido verla por la noche, cuando la tienda estaba cerrada. Hubieran tenido más privacidad. Algo que él jamás hubiera imaginado que desearía con ninguna de sus clientas.

Pero el tiempo era oro.

Había aceptado demasiados encargos. Incluso con la ayuda de Mira, apenas conseguía seguir el ritmo y terminar sus pedidos a tiempo sin bajar el nivel.

Si el negocio seguía así, quizá pudiera contratar a otra ayudante. No tenía por qué esperar a tener un sitio donde ubicarla. Muchas costureras trabajaban en casa. Ya conocía una que era perfecta para el

trabajo. Becky Rawlins, anterior inquilina del establecimiento de la señora Pritchard, era muy habilidosa con la aguja. Él lo sabía muy bien, pues le había enseñado el oficio personalmente.

—Acaba de marcharse el señor Fillgrave —anunció Doyle cuando Ahmad llegó a la tienda de la calle Conduit—. Ha preguntado específicamente por usted.

—Ah, ¿sí?

Ahmad se metió en la parte de atrás.

Doyle lo siguió hasta el taller. Los jóvenes, el señor Beamish y el señor Pennyfeather, estaban atareados cortando y cosiendo las distintas partes de varios trajes de caballero.

—Ha hecho un pedido, quiere una levita y unos pantalones. Ha insistido en que los cosa usted.

Tomó el traje de la señorita Maltravers de encima de la mesa. Se había quedado en la tienda hasta altas horas de la noche para terminar todos los cambios que quería hacerle.

—¿Para cuándo lo quiere?

—Para la semana que viene. Antes, si es posible.

Doyle frunció el ceño al ver el traje de montar.

No era la primera vez que Ahmad lo sorprendía examinando su trabajo.

El anciano solía pasearse por su mesa de trabajo y lo observaba coser con esa misma mirada de concentración y el ceño fruncido. En una ocasión, llegó incluso a verlo sosteniendo uno de sus diseños a la luz de la lámpara de aceite e inspeccionando con su mirada llorosa cada punto y cada costura.

—No puedo. —Se llevó el traje al probador, donde lo colocó sobre la mesa para la cita de la señorita Maltravers—. Tengo más encargos de los que puedo satisfacer en este momento.

Doyle seguía en la puerta.

—¿Y ahora qué le digo? Ya he aceptado el pedido.

—Dígale que tendrá que esperar —repuso.

Doyle apretó los labios. Se retiró al taller murmurando entre dientes.

Ahmad no le prestaba atención. Doyle no era su jefe por mucho que él considerase que sí.

Cuando regresó a la tienda, pasó los siguientes minutos arreglando los rollos de tela de las estanterías mientras esperaba que el reloj diera las diez.

La señorita Maltravers llegó muy puntual, acompañada de su doncella.

Él sintió una leve decepción.

Qué idiota.

Pues claro que iba acompañada de su doncella. ¿Qué había

esperado? ¿Qué volverían a estar los dos solos en el probador? Y menos a esa hora del día. Sería escandaloso.

—Buenos días —saludó ella—. Dijo a las diez, ¿verdad?

—Sí. —Le indicó el camino del probador—. Su traje está aquí mismo.

La joven entró inmediatamente y examinó las distintas prendas.

—¿Me las pongo?

—Si es tan amable. Yo vuelvo enseguida.

Se retiró al taller, donde se paseó inquieto hasta que hubo pasado un tiempo razonable.

Beamish y Pennyfeather lo miraban mientras trabajaban. Ahmad no solía interactuar con ellos y nunca les delegaba sus encargos. Ellos tampoco confiaban en él, y parecían mirarlo con una mezcla de asombro y desdén, sin llegar a estar nunca seguros de la posición que ocupaba en la jerarquía de la tienda.

Él no veía la necesidad de aclarárselo. Echó un último vistazo al reloj y regresó al probador. Cuando entró, se encontró a la señorita Maltravers delante del espejo, mirando fijamente su reflejo.

Estaba sola y tenía las gafas en la mano.

A él se le aceleró el pulso.

—¿Dónde está su doncella?

—Ha ido a buscar un encargo a la sombrerería.

La señorita Maltravers siguió mirándose al espejo. Parecía embelesada.

El sastre no podía culparla. Observó el corte y la caída de su traje de montar verde oscuro.

Se sintió muy orgulloso.

El traje le favorecía tanto como había pretendido.

El corsé le llegaba ligeramente por encima de las caderas y estaba confeccionado con una atrevida punta por la parte de delante y un corpiño corto por detrás; había decorado la prenda con unos botones dorados. Las pinzas estaban tan bien colocadas que realzaban su busto, y la cintura tenía una curva elegante que le confería una forma de reloj de arena al dar paso a la voluminosa falda acampanada con una pequeña cola.

Todo eso se sumaba a la hermosura de su rostro y el cálido brillo de su pelo castaño. El resultado final proyectaba una sensual elegancia. Una imagen de dama —de eso no había duda—, pero una dama de gran belleza, misterio y numerosos encantos.

La señorita Maltravers se volvió ligeramente hacia la derecha para mirarse bien. A sus grandes ojos de cervatilla asomó un brillo peculiar.

Ahmad se alarmó. Cielo santo, eran lágrimas. Se acercó a ella enseguida, pero se paró en seco sin saber qué debía hacer.

—Se ha disgustado.

—No. Ni mucho menos. —Se limpió una lágrima de la mejilla—. Más bien lo contrario. —Esbozó una sonrisa un tanto melancólica—. Verá, el día que nos conocimos yo hablaba en serio cuando le dije que me encantaba la moda. El problema es que nunca había sentido que ella me amara a mí de igual forma. Hasta ahora.

Y entonces lo entendió. Sintió una punzada de afecto tan poderosa que le apelmazó la garganta.

—Entonces le gusta.

—Es perfecto. —Volvió a mirarse al espejo—. Es... es precioso.

Él se puso a su lado.

—Usted es preciosa.

Un delicado rubor asomó a las mejillas de Evelyn.

—Si se me ve de ese modo es cosa suya.

—No soy mago.

—Claro que sí. Seguro que también convierte el plomo en oro.

—No ha sido obra de la hechicería. Usted me dio mucho con lo que trabajar.

Lo miró con los ojos brillantes a través del espejo.

—Gracias por esto, señor Malik. Sabía que me dejaría sin habla.

A él se le apelmazó el pecho. Sintió el repentino impulso de tocarla. No como sastre, sino como hombre. Acariciarle la cara y besar su suave y voluptuosa boca.

El calor le trepó por el cuello.

—Venga —dijo—, antes de que me haga sonrojar. —La tomó del brazo y la acompañó hasta el caballo de madera que había en la esquina—. ¿Puedo?

Ella asintió ruborizándose un poco. Probablemente nadie lo hubiera advertido, pero él sí. Ahmad era dolorosamente consciente de su presencia y advertía sus sutiles cambios de humor y los ritmos de su respiración con la precisión de un diapasón.

No podía ser... Lo que fuera aquello... Una cosa era la atracción física por una clienta y otra muy distinta sentir lo que sentía. Nunca le había sucedido ninguna de las dos cosas, pero era muy consciente de que una era mucho más peligrosa que la otra.

No podía arriesgarse a pisar en falso. Y menos en ese momento. Todo su futuro pendía de un hilo.

Y el de Mira también.

Ella dependía del éxito que él pudiera cosechar. Cosa que no conseguiría si iniciaba una relación romántica con una amazona de Sussex con inquietudes intelectuales de la que nadie había oído hablar.

Tenía que concentrarse en el trabajo, única y exclusivamente.

Rodeó a la señorita Maltravers por la cintura y la levantó para ayudarla a subirse a la silla del caballo de madera.

Ella pasó la pierna por encima del cuerno dejando entrever brevemente sus enaguas de seda negras y los ceñidos pantalones de montar.

—¿Así está bien? O quiere que...

—Está bien.

Le alisó la falda por encima de las piernas hasta llegar al estribo y después se retiró para contemplarla.

Pasaron unos segundos.

—Cuando me mira así me preguntó qué está viendo —dijo ella.

La pregunta lo sorprendió. Se miraron a los ojos y estuvo a punto de contestarle con absoluta sinceridad. Posibilidades. Eso es lo que veía cuando la miraba. No solo las posibilidades que ella representaba para sus diseños, sino las posibilidades que veía en ella. De lo que significaría para él si las circunstancias fueran otras. Si fueran de la misma raza y clase.

Pero las posibilidades no eran más que eso. Cosas que podrían ser, no cosas reales. Y en ese momento, no podía permitirse creer en cuentos de hadas.

Se obligó a mantenerse distante. Profesional.

—No la estoy mirando a usted, señorita Maltravers —dijo—. Estoy mirando su traje.

* * *

A ella le dio la impresión de que sus palabras contenían una especie de sentencia. Y de ser así, la merecía. Se había emocionado demasiado al verse en el espejo. Se le habían saltado las lágrimas y todo, por el amor de Dios. No le cabía duda de que había incomodado mucho al señor Malik.

—Sí, ya lo sé —reconoció—. A eso me refiero. Me pregunto qué está buscando.

El señor Malik adoptó una expresión inescrutable. Aunque a ella le pareció advertir cierta emoción en las profundidades de sus ojos negros. Como si se sintiera aliviado de que la pregunta ya no fuera tan personal.

—La falda de un traje de montar es más larga que la de un vestido de día, a menudo incluso más de un cuarto de metro. Siempre pongo mucha atención a la forma en que utilizo la tela. —Volvió a acercarse a ella y recolocó los pliegues de la falda—. Debe descolgarse con elegancia alrededor de la amazona, incluso cuando galopa. Y nunca debería estar confeccionada con un material que ella no pueda controlar con facilidad.

—Yo puedo controlarlo todo cuando voy montada sobre *Hefesto*. Me preocupa más la apariencia del traje que su funcionalidad.

El señor Malik esbozó una sonrisa de medio lado.

—Cuando haya terminado, tendrá ambas cosas.

Ella permaneció inmóvil mientras él desplazaba las manos por su cuerpo para ajustarle la falda, el corpiño y las mangas.

—Siempre me siento un poco boba cuando me subo a uno de estos caballos de madera —confesó.

—No tiene por qué. Me ayuda a valorar la hechura antes de terminar las costuras. No querrá que la falda no quede recta, ¿verdad? O que se le arrugue la parte de arriba en la cintura o por debajo de los brazos mientras esté montando.

—No, claro. Espero que mi traje nuevo quede igual de bien mientras cabalgo que cuando estoy delante del espejo.

—Quedará mejor. —Estiró de uno de los puños—. El color está elegido para que le siente bien a usted y también a su caballo.

Ella sonrió.

—Ah, ¿sí?

Él se alejó para recoger el alfiletero y la caja de hilos de la mesa del probador.

—El semental castaño es el único caballo que va a montar usted esta temporada, ¿no?

—Así es. Pero no me había dado cuenta de que lo había considerado usted.

—Naturalmente. Este tono de verde no le hubiera quedado bien a un caballo con el pelaje más claro o gris.

Regresó a su lado, se arrodilló y empezó a poner alfileres.

Evelyn miró su cabeza agachada. Se le llenó el estómago de mariposas. Su espeso pelo negro era tan brillante como las alas de un cuervo. Llevaba el corte clásico de la época, más corto por encima de las orejas y la nuca. Y patillas hasta la mitad de los pómulos.

Al verlo en Hyde Park la semana anterior, había pensado que parecía un ángel caído. Lo seguía pensando. Era por esa altura y presencia imponentes. La firme expresión de la boca y los ojos. Debería servirle de advertencia: «Mantente al margen. No te acerques».

Y, sin embargo, despertaba su curiosidad.

—Sabe usted mucho de todo esto —comentó ella.

—Es mi trabajo.

—Sí, pero ¿dónde lo aprendió?

Él clavó un nuevo alfiler en el dobladillo inacabado.

—Supongo que nació usted con este talento —continuó ella—. Debió de ser así, tiene un don.

—Lamentablemente, no fue así. Me enseñaron, como a cualquiera. Fui aprendiz de una persona que me golpeaba los nudillos y me tiraba de las orejas. Al principio era un caso perdido.

—¿Hizo usted de aprendiz para confeccionar trajes de montar?

—Sí, de un viejo sastre en Delhi.

Se alejó un poco para examinar su trabajo. Frunció el ceño y recolocó uno de los alfileres.

—¿Entonces usted es de la India?

El señor Malik alzó la vista para mirarla.

—¿No se había dado cuenta?

—Lo sospechaba, pero... confieso que no acababa de estar segura. No tiene usted el mismo aspecto que los caballeros indios que he visto desde que estoy en Londres.

Él esbozó una sonrisa. Era la misma sonrisa que le había dedicado cuando se despidieron en Hatchards. Como si ella le divirtiera.

—¿Ha visto muchos?

—Algunos —repuso ella.

—¿Sirvientes?

Evelyn lamentó haber sacado a relucir ese asunto. Tenía la impresión de que él se estaba burlando. Seguro que la consideraba una pueblerina.

—Un lacayo —repuso finalmente—. Vestía una librea carmesí y seguía a su señora por la calle Bond.

—Sería la señora Perkins. La mujer de un soldado que acaba de regresar de Calcuta. —El señor Malik retomó su trabajo—. A algunas de las mujeres europeas les gusta traerse a sus sirvientes como *souvenir*.

Evelyn se quedó de piedra.

—¿Se refiere a personas?

—Parece usted horrorizada.

—Claro que estoy horrorizada. Una persona no es un *souvenir*. Una no puede arrancar a alguien de su vida sin más y llevárselo a otro país.

—¿No? ¿Cómo cree que terminé yo aquí?

Ella se quedó mirándolo muy asombrada al pensarlo.

—No me diga que a usted le ocurrió eso.

La expresión divertida desapareció del rostro del sastre.

—No. No fue exactamente así. —Dobló lentamente el bajo de la falda antes de colocarle los alfileres—. El padre de mi prima era un soldado inglés. Cuando su madre murió, él se la trajo a Inglaterra. Ella era una muchacha frágil y enfermiza, tenía poco más de ocho años. Él no sabía cómo cuidar de ella. Así que yo me vine con ellos.

—¿Para cuidarla?

—Lo mejor que pude. Yo también era solo un niño en aquella época.

Evelyn sintió cómo le invadía una cálida emoción. No había creído posible que pudiera admirarlo todavía más.

—¿Es la misma prima para la que estaba comprando la novela en

Hatchards?

—La misma. Le está gustando mucho, por cierto. Le está muy agradecida por la recomendación.

—¿Le ha hablado de mí?

—Claro —reconoció, como si fuera lo más normal del mundo.

Y lo era, supuso Evelyn. No tenía ninguna importancia. Y, sin embargo, a ella le pareció significativo en cierto modo. Su prima formaba parte de su vida. La misma prima a la que había acompañado desde la India. La joven a la que había estado cuidando todos aquellos años.

—¿Y qué me dice de sus padres? —preguntó—. Sufrirían su marcha siendo tan joven.

Él dejó de clavar alfileres.

—Yo no tenía padres.

—¿Quiere decir que era usted huérfano?

—En cierto modo. —La miró—. Mi padre también fue un soldado británico. Jamás lo conocí. Y mi madre... —Se le ensombreció el rostro—. Murió poco después de nacer yo.

La compasión se adueñó del corazón de Evelyn.

—Lo siento —dijo—. Yo también perdí a mis padres.

El señor Malik le dedicó una seca sonrisa, tan fugaz como frágil.

—Ya hace mucho tiempo. Pero gracias.

Ella se dio cuenta de que le había tocado la fibra sensible. Sus preguntas lo habían llevado a abordar un asunto del que nunca hablaba y en el que nunca pensaba. Algo oscuro y doloroso. No había sido su intención.

—Supongo que su sastre lamentó perderle —dijo con despreocupación.

Sus palabras tuvieron el efecto deseado.

El señor Malik soltó una risita.

—No lo creo. Yo no mostraba el mismo interés en coser chalecos de caballero que en diseñar vestidos para mujeres. El señor Khan se alegró mucho de deshacerse de mí.

—¿Fue entonces cuando aprendió a diseñar trajes de montar? ¿Cuando se vino usted a Inglaterra?

—Sí, aunque no oficialmente.

No parecía muy dispuesto a dar detalles.

—No tiene por qué contármelo —le aseguró ella—. No es asunto mío.

Él encogió uno de sus robustos hombros.

—Tampoco es un secreto. —Colocó un alfiler en otra zona de la falda—. Cuando llegué aquí no había mucho trabajo, salvo los que requerían fuerza bruta. Yo solo tenía quince años, pero ya era bastante alto y fuerte. Una mujer me vio mientras yo trataba de encontrar

algún empleo por los muelles, y me ofreció un puesto en el establecimiento que regentaba en el East End. Me permitió llevarme también a mi prima, con la que compartía comida y habitación. Fue una oportunidad única.

—¿Quería que cosiera para ella?

—No. Me quería por el mismo motivo que me querían los hombres del puerto. Por mi tamaño y mi fuerza. Yo me ocupaba de echar a los hombres que no se comportaban y de no dejar entrar a nadie que no fuera bienvenido. —Volvió a guardar silencio durante algunos segundos—. Un matón. Un gorila.

Evelyn jamás había oído nada igual.

—No lo entiendo. ¿Qué clase de lugar...?

—Era una casa de mala reputación, señorita Maltravers.

Ella se quedó con la boca abierta. Bajó la voz.

—¿Se refiere a una casa para cortesanas?

—No era tan elegante. Pero sí. Había mujeres de la calle.

Ella tuvo que esforzarse para no cambiar la expresión. Por todos los santos. Había trabajado en un burdel. Y no solo trabajaba allí. Además, vivía allí.

Si sentía alguna vergüenza al respecto, no daba muestra alguna. Se limitó a seguir clavando alfileres en la falda.

—Ellas me hicieron de modelo para mis primeros diseños. Si se rompía algún dobladillo, había que meter las costuras de algún corpiño o ampliarlo, yo me ocupaba por ellas. A veces les hacía algunos cambios en las prendas. Ajustes que ayudaban a mejorar el aspecto de sus vestidos. Y con el tiempo aprendí a rehacerles los vestidos por completo.

—¿Aprendió todo esto usted solo?

El señor Malik se puso en cuclillas.

—Aprendí las técnicas básicas del señor Khan, pero en cuanto el resto... sí. Supongo que sí. Por suerte, en el establecimiento de la señora Pritchard había muchas mujeres a las que no les importaba dejarme practicar con ellas.

A Evelyn no le costaba imaginarlo.

—Y entonces usted, mmm... ¿practicó mucho?

—Cada vez que tenía un momento libre. Fui mejorando con el tiempo. Y ahora soy lo que ve.

—Un modisto que hace trajes de montar en Doyle y Heppenstall.

El señor Malik sonrió.

—Algo así.

Era lo mismo que le había dicho la primera vez que se habían visto. No era exactamente una respuesta, sino una forma de dar a entender que no tenía ganas de dar más explicaciones. Por lo menos a ella.

Se sintió extrañamente desmoralizada.

Le estaba bien empleado por hacer tantas preguntas.

¿Acaso imaginaba que era la única mujer que se relacionaba con él en esos términos? Ya sabía lo de la señorita Walters y las demás Preciosas Domadoras de Caballos. Él les había cedido su magia de la misma forma que a ella. ¿Qué importancia podían tener algunas mujeres más?

Un burdel lleno de mujeres.

Evelyn se puso bien las gafas.

—¿Ha terminado con el dobladillo?

—Tendrá que bajarse del caballo para que pueda terminar. —Se levantó—. Permítame que la ayude.

Ella pasó la pierna por encima del cuerno.

—Puedo hacerlo sola.

—No con una falda llena de alfileres.

La agarró por la cintura.

Sus caras estaban casi a la misma altura. Algo que no acostumbraba a pasar con un caballero tan alto. Él agachó la cabeza al prepararse para ayudarla, y cuando Evelyn se apoyó en sus brazos, su mejilla rozó la del señor Malik.

«Oh, Dios mío».

Le tembló todo el cuerpo. O quizá fuera él. Pasó todo tan deprisa que no podía estar segura. Se volvió con la intención de disculparse y de pronto...

Sus labios se rozaron.

Se besaron. Fue sin querer. Un roce suave y vacilante. Como de lado. Pero un beso al fin y al cabo.

Él le apretó la cintura y, por un momento, los labios del sastre se relajaron bajo los suyos. Y entonces...

Terminó tan rápido como había comenzado.

Se separó de ella y la levantó de la silla para dejarla en el suelo con delicadeza.

A Evelyn le latía tan rápido el corazón como los cascos de un caballo al galope. ¡Cielo santo! ¿Qué diantre acababa de pasar?

Pero ella sabía muy bien lo que había pasado.

Había besado al señor Malik. Y él le había devuelto el beso, ¿verdad?

«¿Verdad?».

Se sintió un poco avergonzada. Esperó a que él la soltara. Pero no lo hizo. Al menos no enseguida.

Se quedó allí mirándola mientras la rodeaba por la cintura con sus enormes y ágiles manos.

—Señorita Maltravers —empezó a decir con la voz ronca—, yo...

—¿Señorita? —Agnes abrió la puerta del probador con una sombrerera rosa en las manos—. Le traigo su nuevo sombrero de

montar.

Se separaron tan rápido que Evelyn se tambaleó. Él alargó la mano para agarrarla del codo.

—¿Está bien? —preguntó.

Ella se volvió bruscamente hacia él. El hombre había adoptado una expresión estudiadamente impasible. Y sin embargo... tenía los pómulos ligeramente sonrojados. Al advertirlo, a Evelyn se le encogió un poco el estómago.

—Sí, gracias. Qué torpe soy.

Agnes alternó la mirada entre Evelyn y el señor Malik. Apretó los labios.

—¿Quiere que lo saque de la caja, señorita?

—Por favor. —Carraspeó haciendo un esfuerzo por mantener la compostura—. Es el sombrero que he comprado para mi traje nuevo —aclaró—. He pensado que podría darme su opinión.

Él se apartó un poco más. Tenía las manos entrelazadas a la espalda.

—Claro.

La doncella sacó de la caja un estiloso sombrero de fieltro negro. Estaba decorado con plumas negras y verdes y tenía una cinta verde oscuro con un lazo en la parte de delante. Se lo puso a Evelyn en la cabeza y lo sujetó con una horquilla.

—El sombrerero ha dicho que, si quiere usted, le puede poner más plumas.

Evelyn se quitó las gafas y se miró al espejo. No había visto un sombrero de montar tan elegante en toda su vida. Parecía francés.

—¿Qué le parece, señor?

Ahmad dio un paso adelante.

—Me parece bien. Pero quizá... mejor así. —Le recolocó el sombrero de forma que quedara ligeramente inclinado hacia delante, enmarcando el rostro—. Así. —ladeó una de las plumas de forma que quedara apoyada sobre el ala—. De esta forma queda mejor. Le sentará muy bien cuando salga a montar mañana.

Evelyn se volvió hacia él respirando hondo y olvidándose por un momento del beso.

—¿Mi traje estará listo mañana?

—Sí. Puedo pedir que se lo entreguen a primera hora. —Gesticuló en dirección a la plataforma elevada con unos modales tan impecables como los de cualquier comerciante respetable—. Si es tan amable... Todavía tengo que colocar algunos alfileres más antes de terminar.

Evelyn dejó que la ayudará a subir a la plataforma.

—¿Y qué me dice de los otros? —preguntó. Había pedido dos trajes más de colores y estilos distintos, dejando que fuera el señor Malik quien se ocupara de los detalles. Ella confiaba en que él conseguiría

sacarle el mayor partido. Después de lo que había logrado con el traje verde, estaba convencida de que se luciría también con el siguiente—. ¿Cuándo quiere que venga para la primera prueba?

—La semana que viene.

Ella se vino un poco abajo. Una semana parecía mucho tiempo. Se había acostumbrado a estar con él, a las conversaciones que mantenían durante las pruebas, a su forma de tocarla, con tanto cuidado y seguridad.

¿Y lo que acababa de ocurrir?

¿Qué era lo que iba a decirle cuando Agnes los ha interrumpido?

Se enorgullecía de ser una mujer práctica. Y sin embargo... Imaginaba una docena de sentimientos distintos que él podría haber expresado, a cual más romántico.

¡Menudo momento para sucumbir a esos sueños tan infantiles!

Ya era lo suficientemente horrible que él la hubiera besado por accidente. Ahora estaba imaginando que también sentía algo por ella. Que cuando la había mirado con esa intensidad mientras la agarraba de la cintura había estado a punto de declararse.

«¡Qué absurdo!».

Pretendía lograr pronto lo que tanto deseaba. Por fin iba a resolver todos los problemas de su familia. No se le ocurría nada menos oportuno en ese momento que dar cabida a esas absurdas fantasías sobre el hombre que le confeccionaba los trajes de montar. Aunque fuera un genio con la aguja y el hilo. Aunque fuera apuesto y amable.

Aunque tuviera los labios más sensuales de la historia de la humanidad.

«No, no, no». Evelyn se espabiló mentalmente. No podía obsesionarse con él de esa forma.

Lo mejor que podía hacer era ceñirse a su plan y a su debut oficial en Rotten Row.

—Nos veremos la semana que viene —aceptó.

En una semana podían pasar muchas cosas.

Capítulo 10

La mañana siguiente, Ahmad metió el traje de montar terminado de la señorita Maltravers en una caja forrada con papel de seda y le pidió al mensajero pelirrojo de Doyle y Heppenstall que la llevase a Russell Square.

Se lo hubiera llevado personalmente; pero, después de lo ocurrido el día anterior, había preferido no arriesgarse. Estar cerca de Evelyn Maltravers le provocaba demasiadas emociones. Ponía a prueba su compostura. Le hacía pensar en cosas que no debía. Sentir cosas que no debía.

¿Cómo no iba a hacerlo? Por Dios, si el día anterior habían acabado besándose. Y sí, había sido un beso. Poca importancia tenía que hubiera empezado sin querer o lo corto que hubiera sido. Lo que importaba era que los labios de Evelyn se habían pegado a los suyos: dulces, suaves y temblorosos. Él había caído preso en una ola de fuego que lo había recorrido de pies a cabeza con una fuerza salvaje. Había tenido que hacer uso de todo su autocontrol para apartarse de ella.

¿Y después?

Había estado peligrosamente cerca de decir algo. No sabía el qué. Alguna estúpida declaración amorosa, sin duda. En ese momento no pensaba con mucha claridad precisamente.

Le vendría bien tomarse una semana para serenarse. Una semana sin verla ni hablar con ella. Tenía que volver a concentrarse en la vizcondesa Heatherton.

Al contrario que la señorita Maltravers, ella había pedido que él le entregara el encargo en persona. Había terminado su vestido la noche anterior y lo había empaquetado por la mañana. Solo tenía que llevárselo.

Llegó a casa de los Heatherton a las once y media, y Crebbs, la doncella de la señora, lo recibió en las cocinas.

—Será mejor que se comporte —le advirtió mientras lo acompañaba por la escalera del servicio de camino a la habitación de la dama—. Quizá milady piense que es inofensivo y que puede coquetear tranquila, pero yo sé cómo es usted en realidad.

—¿Y cómo soy? —le preguntó Ahmad.

Crebbs se limitó a fruncir el ceño. Cuando llegaron a la puerta con

paneles de madera de la vizcondesa, la mujer la abrió para dejarlo pasar.

—El señor *Mah-leeky*, milady.

Ahmad la miró mal. Muchos ingleses acostumbraban a pronunciar exageradamente su nombre dándole un toque exótico. Según su experiencia, algunos lo hacían para darse aires de superioridad y otros por simple ignorancia. Otra forma de dejarle claro que era distinto: extranjero; y, por tanto, inferior.

Al principio le molestaba mucho. De niño quería sentirse integrado a toda costa. Ahora esas agresiones veladas solo le resultaban aburridas. Aburridas y muy poco originales.

—Adelante, señor —dijo lady Heatherton desde el cambiador—. Crebbs, asegúrate de que nadie nos molesta.

La doncella frunció el ceño con más fuerza.

—Sí, milady.

La mujer se hizo a un lado y fulminó a Ahmad con la mirada mientras este entraba, después se retiró cerrando la puerta a su espalda.

Ahmad se paró en seco al otro lado de la puerta. El tocador de la vizcondesa estaba extrañamente oscuro para esa hora. En sus anteriores visitas, las cortinas siempre habían estado descorridas. Pero esa mañana no. Permanecían completamente cerradas y bloqueaban el paso del sol de la mañana. La única luz en la estancia procedía del candelabro que descansaba sobre la repisa de la chimenea y el fuego que crepitaba en su interior.

Al otro lado, la colcha de la cama con dosel de su excelencia estaba ligeramente retirada, como una invitación. Y sobre la mesilla había un decantador de cristal y dos vasos preparados.

Ahmad se sintió un poco incómodo. Una sensación seguida de la inevitable y triste resignación. Visitar a lady Heatherton nunca resultaba agradable. Pero ese día parecía que iba a serlo todavía menos.

—Su vestido de noche, milady.

—Tráemelo.

La vizcondesa salió del cambiador envuelta en un chal de seda bordado y —como el sastre imaginaba— poco más. Iba descalza y llevaba la melena rubia suelta sobre los hombros. Se acercó a la mesilla y destapó el decantador.

Ahmad dejó la caja encima del sofá tapizado en seda.

—¿Quiere que lo saque?

—¿El vestido? —Se rio en voz baja para sí misma—. Sí. ¿Por qué no?

Le quitó la tapa a la caja, apartó el papel de seda y sacó la prenda para que ella pudiera verla. Estaba bastante orgulloso de cómo había

quedado. Era sencilla y elegante. Una obra de arte hecha a base de puntadas y costuras, ideada para realzar la figura de la dama en lugar de camuflarla en un mar de telas y volantes.

Ella lo miró con despreocupación. Y después se detuvo para observar de nuevo el vestido. Una breve expresión de aprecio dulcificó su hermoso y gélido rostro.

—Maravilloso —admitió—. No esperaba menos.

—Me alegro de que le guste. —Dejó el vestido con cuidado sobre el respaldo del sofá—. ¿Se lo va a probar hoy?

—De momento no. Tengo otros planes para nosotros. —Sirvió dos copas—. Ven. Insisto en que te tomes conmigo un vaso de coñac.

Ahmad se puso tenso. Al mirarla desde la otra punta de la sombría habitación, se sentía como un viajante solitario que hubiera llegado a un cruce de carreteras. Una intersección que suponía que ya existía desde que se conocieron.

Lo único que faltaba era que él eligiera su camino.

Hubiera sido muy fácil aceptar la invitación. Tomarse una copa con ella y evitar la posibilidad de estropear aquella relación de negocios.

Pero no era un ingenuo.

La copa no terminaría con todo aquello. Solo sería el principio.

—Le ruego que me disculpe, señora —dijo.

—No pienso disculparte. Mi marido estará en Berkshire toda la semana y estoy completamente libre. No tienes ningún motivo para rechazarme.

Ahmad no se movió.

La sonrisa de la vizcondesa se tornó más dura.

—No puedes decirme que no bebes porque sé de buena tinta que sí lo haces.

Él alzó las cejas apenas unos milímetros.

—Crebbs ha estado investigando. Es muy protectora conmigo. —Lady Heatherton cruzó la estancia hacia él con un vaso en cada mano. Le tendió uno—. Me ha dicho que no crees en esas bobadas religiosas en las que creen muchos de los tuyos. En realidad, me ha dicho que hace un tiempo trabajaste en un establecimiento absolutamente escandaloso. Parece que no tienes muchos escrúpulos con todo aquello que no está relacionado con el mundo de la moda femenina.

Ahmad aceptó el vaso en silencio.

Ella se llevó el suyo a los labios y tomó un buen trago.

—Espero que no hayas olvidado todo lo relativo a tu cultura. Lady Godwin dice que los hombres indios son muy duchos en el arte del amor. Tenéis libros sagrados y todo, ¿no? Libros con dibujitos indecentes. Todo es muy excitante. Y ahora que sé que has trabajado en un...

Él dejó el vaso sin haber tocado la bebida en una mesa, al lado de

un jarrón con flores. El recipiente emitió un audible tintineo sobre las incrustaciones de malaquita.

Lady Heatherton estalló.

—Estás siendo muy maleducado.

—Si es así, le ruego que me disculpe.

Ella se acercó más a él.

—Ya debías saber lo que me proponía. En ningún momento he ocultado mi interés, y tú tampoco te has esforzado mucho en ocultar el tuyo. —Alzó la mano para posársela en el pecho—. Si es mi marido lo que te preocupa...

Él se apartó de ella evitando el contacto.

—Me ha malinterpretado.

Ella dejó caer la mano y apretó el puño.

—Claro que no. Es imposible malinterpretar la forma que tienes de tocarme. ¿Esperas que me crea que durante todas las pruebas que hemos hecho solo estabas pensando en la costura?

—Para eso me contrató.

Era lo mismo que le había dicho en innumerables ocasiones. Ya le había recordado que su relación era puramente profesional, no personal. Y mucho menos romántica.

—Yo te contraté. —Le brillaban los ojos—. Intenta no ofenderme.

Ahmad sabía reconocer una amenaza cuando la oía.

Su cabeza le decía que accediera a sus demandas. Que la llevara a la cama y le proporcionase la diversión erótica que ella buscaba tan desesperadamente. ¿Y por qué no? Necesitaba el mecenazgo de lady Heatherton. Lo necesitaba desesperadamente.

Pero no podía acostarse con ella. Y no pensaba hacerlo.

Ya había conseguido mucho de él. Lo mejor, en realidad. Tenía su trabajo.

—Su vestido de noche es la mejor prenda que he confeccionado hasta ahora, milady —dijo—. Estoy seguro de que eso compensará cualquier ofensa en la que pueda haber incurrido. —Hizo una reverencia y se dio media vuelta para marcharse.

—¿Cómo te atreves? —espetó la vizcondesa a su espalda—. ¡No te he dado permiso para retirarte!

Él cerró la puerta a su espalda acallando sus palabras.

No conseguiría nada si se quedaba allí. Hacerlo solo serviría para irritarla todavía más. A ninguna dama le gustaba que la rechazaran. Y menos en aquellas circunstancias: a la luz de las velas, con una copa de coñac y la cama preparada.

Cruzó el pasillo en dirección a la escalera del servicio y de allí llegó a las cocinas.

Crebbs estaba sentada a la mesa tomando una taza de té. Se quedó asombrada al verlo y abrió la boca como para decir algo.

Ahmad no le prestó atención mientras salía por la puerta de atrás, agradecido de sentir al fin el aire fresco y la brillante luz del sol que lo recibió en la calle. Respiró hondo.

«La mejor prenda que he confeccionado hasta ahora».

Incluso mientras lo decía, sabía que era mentira. El vestido de lady Heatherton no era su mejor prenda. No cabía duda de que era precioso. Causaría sensación a cualquiera que lo viera. Pero no lo había confeccionado con el corazón. No lo había diseñado poniendo toda su alma.

Esas partes de su ser las había reservado para la prenda de otra persona.

* * *

Hyde Park por la tarde no tenía nada que ver con Hyde Park por la mañana. Cuando llegaba la hora punta, Rotten Row se veía tan animado como la calle principal de cualquier ciudad. Evelyn ya sabía lo que se encontraría. Cuando había ido a ver a las Preciosas Domadoras de Caballos se topó con multitud de gente: jinetes montando carísimos caballos, abriéndose paso entre los coches abiertos, y otros carruajes deportivos en los que paseaba la *crème de la crème* de la alta sociedad.

A *Hefesto* le costó ir al paso cuando se unieron a los elegantes paseantes. Evelyn estaba nerviosa y eso lo ponía nervioso a él. Agarró las riendas con fuerza. Ese día llevaba el bocado Pelham. Por precaución. No podía permitir que nada saliera mal.

—Tenga cuidado de que no se despiste —le advirtió Lewis, que montaba junto a ella—. Hay muchas yeguas por aquí.

—Le daré algo en que pensar.

Se sentó un poco más atrás, subió las manos y apretó la pierna para conseguir que *Hefesto* avanzara al paso, un trote lento y cadencioso. Los caballos andaluces estaban criados para esa clase de elegantes movimientos, y *Hefesto* lo hacía con mucha expresión, levantando mucho los cascos y dejándolos suspendidos en el aire unos segundos antes de volver a pisar el suelo.

Un caballero que montaba sobre un caballo de caza castaño se volvió para mirarla cuando ella pasó por su lado.

A Evelyn se le aceleró el pulso. Había albergado la esperanza de llamar la atención, tanto por su forma de montar como por el diseño de su nuevo vestido de amazona. El traje verde oscuro le sentaba como un guante, el ingenioso corsé se ceñía perfectamente a su figura, y la falda le rodeaba las piernas con una sensual ondulación. Los adornos no eran menos sofisticados. Por debajo de los amplios puños sobresalían sendos volantes de lino y los botones dorados de la chaquetilla brillaban iluminados por el sol.

Con el pelo recogido con una redecilla invisible, el elegante sombrerito prendido a lo alto de la cabeza y las plumas teñidas agitándose, mecidas por la suave brisa de la tarde, se sentía tan elegante como una ilustración de moda francesa. Lo cierto era que jamás, en toda su vida, se había sentido tan hermosa o tan poderosa.

La gente la miraba. Fijamente. Era tan consciente del peso de las miradas de hombres y mujeres por igual que tenía la impresión de que la estuvieran tocando. Se sentía tan observada que de pronto se notaba insegura. Como si tuviera que preocuparse por posar en lugar de por montar. Pensar en su postura, la inclinación de la cabeza, si estaría sonriendo lo suficiente, o quizá demasiado.

Se negaba a dejarse arrastrar por esas dudas.

Se concentró en montar. Adelantó a una calesa en la que viajaban un par de damas de alta alcurnia y también a dos hombres a caballo que parecían ir de cacería.

Junto a ella pasó un carruaje abierto guiado por un joven acompañado de una hermosa joven, y un poco más adelante, una dama rubia con un traje azul marino montaba un imponente semental dorado con la crin y la cola rubias.

Evelyn la reconoció enseguida.

—Lady Anne. Buenas tardes.

—Señorita Maltravers. —saludó inclinando la cabeza—. ¿Cómo se encuentra?

—Muy bien, gracias. ¿Y usted? Espero que esté bien.

—Yo siempre estoy bien.

La hija de la condesa de Arundell tiró de las riendas de su caballo para conseguir que fuera al paso, igual que *Hefesto*. Parecía una amazona competente, tenía una buena postura y se la veía segura.

—Su caballo es excelente —alabó Evelyn—. Y está muy bien entrenado.

—*Azafrán*. —Lady Anne se inclinó hacia delante y le rascó los hombros al animal—. Ya casi tiene diecisiete años, y preferiría estar durmiendo que tener que aguantar estas tonterías—. Miró a *Hefesto* con aprobación—. El suyo tiene un poco más de fuego. ¿Cuántos años tiene?

—Seis. Todavía es bastante joven.

—Está causando sensación. —Se concentró entonces en Evelyn—. O quizá sea usted. ¿El traje de montar es nuevo?

—Así es. El mensajero del sastre me lo ha traído esta mañana.

—¿Quién es? No puede ser al que voy yo en la calle Oxford, él nunca confeccionaría una prenda tan atrevida.

Evelyn vaciló. Una parte de ella era reacia a compartir al señor Malik. Cosa que era absurda, en realidad. No le cabía duda de que él apreciaría que revelara la autoría del vestido.

—Se llama señor Malik. Tiene el taller en la calle Conduit, en Doyle y Heppenstall.

—¿El encargado?

—No estoy muy segura del puesto que ocupa —admitió—. Pero este diseño es suyo.

—Tomo nota. Aunque mi madre no lo aprobaría nunca. Está muy acostumbrada al señor Inglethorpe. Una vez le hizo una falda que se rompió cuando ella se cayó del caballo. Asegura que, de no haber sido así, el animal la hubiera arrastrado y estaría muerta. Pero la verdad es que no estaba bien hecha. Aunque mi madre siempre cree lo que le da la gana.

—No he vuelto a ver a su madre desde que vinieron ustedes a visitarme.

—Ah, ¿no? Sé que ha vuelto a Russell Square a ver a su tío. Parecen un par de conspiradores planificando el baile.

Evelyn miró a Anne muy sorprendida.

—¿Y qué tiene que ver mi tío con eso?

—Mamá suele pedir su opinión cuando se aproxima la fecha del evento. No hay nadie en quien confíe más en temas de ocultismo. Exceptuando a Dimitri, claro. Él siempre participa en la planificación de los eventos. —Sonrió al añadir—: Un colaborador incorpóreo.

A Evelyn todo aquello no le hacía ninguna gracia.

—Pero el baile no tiene nada que ver con eso, ¿verdad? Pensaba que se trataba de una fiesta normal. Un evento elegante. Una buena ocasión para que una dama pueda encontrar caballeros solteros respetables durante la temporada.

—Sí, claro. Por cierto, ¿ya ha encargado un vestido?

—Todavía no. Pero si él...

—Mi madre dice que debo acompañarla mañana al taller de madame Elise. Ella podrá confeccionarle algo en una semana si se le paga bien, y no encontrará nada mejor fuera de París.

Evelyn suspiró.

—Todo eso está muy bien. Pero yo no pensaba que fuera a tratarse de un baile ocultista. Si solo van a asistir espiritistas...

—No se preocupe por eso. Habrá muchos caballeros de la alta sociedad. A muchos les encanta. Y ahora que la han visto, estoy segura de que vendrán muchos más. Mire cómo la está mirando el señor Fillgrave. ¿O está admirando su caballo? Tenga cuidado de que no se lo robe. Tiene dos yeguas españolas a las que quiere cruzar.

Evelyn se volvió rápidamente.

—¿Quién es el señor Fillgrave?

—Por el amor de Dios, no sea tan descarada. Nadie debe darse cuenta de que una muestra interés alguno por sus impertinencias. —Lady Anne aminoró el paso de *Azafrán*—. Está junto a esa farola. Es

ese tipo con cara de póker y las patillas en forma de costilla de cordero.

Evelyn también aminoró el paso de *Hefesto* para que fuera al mismo ritmo que *Azafrán*. Miró de soslayo el rostro del hombre cuando pasaron por su lado. No tenía un semblante muy inspirador.

—¿Es un buen partido?

—Hay quien piensa que sí. Aunque no tanto como lord Milburn.

—¿Quién es...?

—El tipo delgado que monta el castrado gris un poco patilargo. La está mirando con bastante descaro.

Evelyn fingió no darse cuenta cuando pasaron de largo.

—Con ese también debe tener cuidado —le advirtió su acompañante—. Trata fatal a sus caballos.

Estaba empezando a pensar que lady Anne se interesaba más por los establos de esos caballeros que por sus posibilidades como futuros maridos.

—Es imposible no preguntarse cómo tratará a las mujeres.

—Es horrendo. Pertenece a esa escuela que considera que es mejor regañar a tiempo que hacer cumplidos.

—¿Hay toda una escuela?

—Sí, la hay, el señor Hartford es el propietario. —Señaló con el látigo hacia un caballero que se acercaba conduciendo una calesa deportiva. Vestía pantalones escoceses y *blazer* de paño, era alto y corpulento. Apuesto, incluso, con una sonrisa traviesa—. Ahí está. El muy sinvergüenza.

Al ver a Anne, el señor Hartford inclinó el sombrero a modo de saludo.

—Buenas tardes, hermosa Furia.

—No haga caso, señorita Maltravers. No hay nada más aburrido que un pesado que se cree ingenioso.

El señor Hartford sonrió. Dejó de mirar a la hija de la condesa para concentrarse en Evelyn.

—¿Señorita Maltravers, dice? Veo que también es amazona.

Evelyn inclinó la cabeza al pasar por su lado sin estar segura del todo respecto a si el desaire era correcto en aquella situación. A fin de cuentas, ella no lo conocía, y era demasiado pronto para quemar sus puentes.

—Que tenga buen día, señora —le dijo él con exagerada educación —. Y a usted también, milady. Salude de mi parte a sus hermanas.

—Qué hombre más exasperante —murmuró Anne cuando él ya no podía oírlas—. Y no, yo no tengo hermanas. Se refiere a la señorita Wychwood y a la señorita Hobhouse. Fue él quien empezó con la tontería de llamarnos las tres Furias.

—Quizá piense que es gracioso.

—Es usted demasiado buena. Le aseguro que es el hombre más irritante que he conocido en mi vida. Siempre molestando a todo el mundo con sus bromitas y sus burlas. Tan convencido de saber lo que es mejor para los demás.

Evelyn la miró con interés.

—Da la impresión de que lo conoce usted bastante bien.

—Lo suficiente. Demasiado arrogante. La mayor parte de los caballeros jóvenes se comportan así durante la temporada. Prefieren salir a mirar a las Preciosas Domadoras de Caballos que preocuparse por conocer jovencitas respetables. —Esbozó una mueca un tanto tensa—. Y ahí están, puntuales como un reloj, malditas sean. En cuanto aparecen, las demás nos volvemos invisibles.

No pudo evitar observarlas cuando pasó por su lado. Ese día solo había dos domadoras, una cortesana morena y otra rubia. Una de ellas montaba un brillante castaño y la otra un caballo gris con lunares. Las dos vestían ajustados trajes de montar negros que enfatizaban su encorsetada cintura.

¿Los habría diseñado el señor Malik? No lo creía. A pesar de que estaban ideados para enfatizar sus encantos, no tenían nada de especial. No poseían la sensualidad de su traje ni ese estilo parisino tan elegante.

—Preferiría que no vinieran a montar aquí a esta hora —protestó lady Anne.

—¿No aprueba su presencia?

—No apruebo la presencia de ninguna mujer que reduzca las pocas posibilidades de que mis amigas encuentren marido.

Evelyn la miró con curiosidad.

—¿Y qué me dice de usted?

Anne se encogió de hombros.

—Si pudiera elegir, yo preferiría quedarme soltera.

—Pero usted va a participar en los festejos de la temporada, ¿verdad?

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? Mi madre y yo vivimos en Londres casi todo el año. Me moriría de aburrimiento si no me relacionara con la alta sociedad. —Frunció el ceño—. No. A mí me preocupan las posibilidades de la señorita Wychwood y la señorita Hobhouse. Tienen que encontrar marido este año. ¿Pero cómo van a destacar con las Preciosas Domadoras de Caballos paseándose por aquí? ¿No ve cómo las miran los caballeros? Son como perros en el escaparate de la carnicería.

—Nosotras no competimos contra las Domadoras —observó Evelyn —. Y aunque así fuera..., su forma de montar no resulta tan impresionante. Mire la postura de la del caballo castaño. Lleva la cabeza del animal completamente por detrás de la vertical. ¿Y qué me

dice del gris? No lleva correctamente colocados los cuartos traseros.

—¿Cree usted que los hombres se fijan en esas cosas cuando la amazona tiene esos pechos? ¿O cuando exhibe una cintura de cuarenta centímetros? —Resopló—. Supongo que podemos agradecer que la señorita Walters no vaya con ellas. Eso sería todavía peor. Los jóvenes solteros habrían salido de sus casas en masa.

Evelyn se volvió y se dio cuenta de que Anne tenía razón. No vio a la famosa Catherine Walters por ninguna parte. No había duda de que estaría con su protector, se rumoreaba que se trataba del marqués de Hartington.

—Habrá algún caballero capaz de resistirse a sus encantos.

—Ninguno que tenga entre quince y cincuenta años. Si tiene intención de casarse durante su primera temporada, será mejor que se busque un viejo con una buena dote. Suelen ser muy amables. Casi paternales. También puede intentarlo con algún militar retirado. Se rumorea que el capitán Blunt ha vuelto a la ciudad en busca de una nueva esposa que le dé algún hijo que no sea ilegítimo.

—¿El capitán Blunt?

—El famoso héroe de Crimea —precisó—. Y el conde de Greshman llegó justo ayer. He oído que él también está buscando. Acaba de enviudar y quiere una hembra fértil que le dé un heredero.

Evelyn reprimió una mueca. Sus posibilidades empezaban a parecerle ínfimas.

—¿Conoce a todos los de por aquí? ¿A todos los caballeros?

—A la mayoría. —Hizo un ruidito para reprender a *Azafrán* al mismo tiempo que tiraba de las riendas para evitar que le mordiera el cuello a *Hefesto*—. Ahí está el señor Phillips, montando junto al señor Edgeware, ambos solteros empedernidos, demasiado amigos de las apuestas en el hipódromo. Y ese tipo tan corpulento de la calesa es sir Newton, un baronet muy aficionado a la caza de Hampshire que quiere casarse por dinero. Y aquel caballero... Mmm. Qué raro. A ese no lo reconozco. Aunque él sí parece conocerla a usted.

Evelyn siguió la dirección de la mirada de su compañera. Junto a la baranda había un joven rubio admirando a los paseantes. Era pálido, delgado y le resultaba asombrosamente familiar.

Sintió un escalofrío que le subió por la espalda.

Hefesto también lo notó y reaccionó arrancando a trotar.

—Ahora hay un poco de espacio —se apresuró a hacerle ver a su amiga—, ¿galopamos un rato?

No esperó a que su acompañante accediera a la proposición. Tocó al animal en el flanco con uno de los talones y salió disparado hacia delante.

Anne hizo lo propio y enseguida la alcanzó.

—¿Quién es? —preguntó—. ¿Lo conoce?

—Sí —admitió Evelyn. Era su antiguo amigo. El hombre con quien, hacía solo tres años, creía que se casaría—. Se llama Stephen Connaught.

Capítulo 11

Para Ahmad, las acciones, por muy bien intencionadas que fueran, siempre tenían consecuencias. Y tendría que pagar el precio por haber rechazado las insinuaciones de la vizcondesa. Temía descubrir cuál sería desde que había salido de su casa para regresar a Doyle y Heppenstall.

Estaba muy intranquilo. Inclinado sobre su mesa de trabajo, apenas era capaz de concentrarse lo suficiente para cortar e hilvanar el patrón que había diseñado para el tercer traje de montar de la señorita Maltravers. Ni siquiera conseguía distraerlo la tela veneciana que había elegido para ella, una exquisita lana de intenso color visón.

El problema era la incertidumbre de la situación. Esa certeza del desastre inminente. Prefería saber dónde estaba, no llevaba nada bien la espera. Cuando lo supiera, podría buscar soluciones. Hasta entonces, estaba atrapado en un limbo a merced de la vizcondesa.

Pero no tardó mucho en descubrirlo.

Tres horas más tarde, mientras estaba guardando en un estante un rollo de tela de lana detrás del mostrador de la tienda, entró en el establecimiento la doncella de lady Heatherton, la señora Crebbs. Vestía una capa negra y un sombrero a juego, y portaba una enorme caja en las manos. La misma caja que Ahmad había entregado esa mañana.

La dejó sin ningún cuidado sobre el mostrador.

—Mi señora no lo quiere.

Ahmad ya esperaba algún tipo de represalia. Pero eso no impidió que la reacción le doliera tanto. Se acercó al mostrador, levantó la tapa de la caja y se quedó mirando el vestido de noche en el que tantas horas había invertido. La prenda estaba dentro, arrugada entre el papel de seda.

—¿Quiere que haga algún cambio?

—No lo quiere —repitió la mujer—. Y tampoco volverá a requerir sus servicios.

Tendría que haber imaginado que lady Heatherton reaccionaría de esa forma. Estaba enfadada y, probablemente, avergonzada.

Pero esas emociones no duraban mucho.

Seguro que se le pasaba en uno o dos días. Entonces recordaría lo bien que le sentaba su diseño y querría recuperar el vestido. Solo era cuestión de tiempo y paciencia.

—Puede decirle a su señora que iré a verla mañana —le dijo—. Cuando se haya tranquilizado un poco.

—Oh, no, de eso nada. —Crebbs se inclinó sobre el mostrador. Ahmad percibió el hedor de su fétido aliento—. ¿Es que no entiende mi idioma? Usted ya no es bienvenido en esa casa. Mi señora ya ha avisado al mayordomo y a los lacayos. Como se le ocurra volver a poner un solo pie en esa propiedad, lo llevarán ante el juez.

A Ahmad se le congeló la sangre. Por muy vacía que fuera la amenaza, no podía tomarla a la ligera. Ya había estado ante el juez en una ocasión. A punto de perder la libertad.

—¿Con qué cargos?

—¡No se haga el listillo conmigo, señor! Conozco muy bien a los de su clase. Usted no tiene nada que ver con mi señora. —La doncella empujó con fuerza la caja del vestido—. Y ella no se pondrá esto ni ninguna otra de las prendas que le ha hecho. Si quiere un vestido de noche, irá a un sastre como es debido, no a un tipo como usted.

—Comprendo.

Observó a Crebbs con meditada impasibilidad. No era la primera mujer inglesa maleducada con la que había tratado, ni tampoco la peor. Había aprendido a controlarse en una durísima escuela. Perder los nervios no era una opción para él. Ni siquiera en esa situación, pues aquella mujer estaba destruyendo su futuro.

Y no solo el suyo.

—¿Y qué hay de la factura de su señoría? —preguntó—. ¿La abonará usted?

La doncella se echó a reír, como si la idea de pagarle por su trabajo fuera demasiado extravagante como para meditarla siquiera.

—Mi señora no piensa darle ni un penique —afirmó—. ¡Qué cara más dura tenéis! El problema es que no entendéis cuál es vuestro sitio. Será mejor que lo aprenda antes de que acabe metido en un buen lío.

Amad permaneció inmóvil mientras ella salía de la tienda. Cerró la puerta a su espalda con tanta fuerza que temblaron hasta los cristales del escaparate. El sonido le sacó de su estupor.

«Santo cielo».

Acababa de perder a su mecenas. La única oportunidad que tenía de hacerse un nombre entre la alta sociedad. Y todo porque había sido demasiado orgulloso, demasiado quisquilloso como para ceder a las demandas eróticas de la dama.

¿Por qué no lo había hecho?

Era una mujer atractiva en la flor de la vida. Tan hermosa como cualquier dama de su clase. ¿Tan difícil le hubiera resultado darle gusto? ¿Tan desagradable hubiera sido? Tener principios estaba muy bien, pero ¿qué sentido tenía aferrarse a ellos si eso lo dejaba en esa situación? Sin trabajo. Sin opciones. Y desprovisto de varios cientos de libras.

Le atenazaba la duda. Ojalá hubiera hecho lo que ella quería. Podría haberla besado. Haberse acostado con ella una vez. Ojalá se hubiera comportado como ella esperaba.

Pero no podía permitirse el lujo de cuestionarse.

En ese mismo momento, Mira estaba en sus aposentos de la calle King William trabajando con diligencia en el resto de los encargos de lady Heatherton. Un encargo que nunca cobraría.

Iba a tener que decírselo. Y lo mejor era que lo hiciera cuanto antes.

* * *

Mira se quedó mirando fijamente a Ahmad con la aguja en alto. Estaba sentada en un sillón junto a la ventana de la sala de estar en los aposentos que su primo alquilaba encima de la tetería, su costurero de madera de palisandro reposaba abierto en una pequeña mesa a su lado. Tenía uno de los vestidos de noche de lady Heatherton extendido sobre el regazo.

—¿A qué te refieres con eso de que ha devuelto el vestido?

—Pues justo a eso. Le ha pedido a su doncella que me lo trajera a Doyle y Heppenstall. —Tomó la aguja enhebrada de la mano de Mira y la dejó en el costurero. Cerró la tapa—. Puedes dejar de trabajar también en el resto de sus vestidos. Tampoco los quiere.

—¿Qué?

—Con suerte, podremos arreglarlos para otra persona. Aunque ahora mismo no sé quién podría ser. —Alcanzó el vestido de noche que su prima tenía sobre el regazo. Estaba confeccionado con una brillante seda azul aciano y tenía una aplicación de abalorios a medio terminar sobre el corsé—. Es una lástima. Este ya estaba casi terminado.

—Espera. —Mira se levantó para seguirle—. Esto no tiene sentido. ¿Me estás diciendo que no le gustó el vestido?

—Soy yo quien no le gusta.

Ahmad abrió un arcón de madera situado en una esquina y dejó la prenda dentro. Ya habría tiempo de guardarla como es debido. De momento, bastaba con quitarla de en medio. Lo último que necesitaba era tener por allí un recordatorio de lady Heatherton.

Menuda mecenas...

De pronto se enfureció mucho. Pero no con ella, sino consigo mismo.

Había estado tan convencido de su talento, tan seguro de que sus diseños le abrirían todas las puertas, que había ignorado todas las advertencias.

Y había percibido muchas.

Él las había reconocido todas. Los cambios de humor de la vizcondesa. Saber que le gustaba. Advertir que ella se mostraba cada vez más atrevida, tanto de palabra como de actitud.

¿De verdad pensaba que el interés de la dama se limitaría a algún contacto pasajero? ¿A alguna insinuación? Debería haber imaginado que en algún momento ella esperaría algo de él. Y el hecho de no haberlo tenido en cuenta —de haberle quitado importancia, más bien —, bastaba para que tuviera ganas de darle un puñetazo a la pared.

Se había convencido de que a ella le bastaría con su trabajo. Que cuando se pusiera el vestido que había diseñado, el resto se desvanecería gracias a la valoración de su trabajo. Y a la admiración. Las mismas emociones que había experimentado la señorita Maltravers cuando se había puesto el primer traje de montar ya terminado y se había mirado al espejo.

«Sabía que me dejaría sin habla».

A Ahmad se le encogió el corazón al pensar en ella. La señorita Maltravers. Evelyn. Esa apasionada sirena enviada para tentarlo.

—¿Por qué no? —preguntó Mira—. ¿Te has peleado con ella?

Él se pasó la mano por el pelo.

—Algo así.

—Ahmad, para. —Mira lo agarró del brazo cuando él iba a pasar de largo por su lado—. Mírame. Cuéntame lo que ha pasado.

Él se volvió a regañadientes. No quería mentir. Su prima no tenía mucho mundo, pero tampoco era una niña.

—Lady Heatherton se me ha insinuado hoy y yo no he aceptado. Por eso ha devuelto el vestido. No porque no le gustara, sino porque yo he herido su orgullo.

La joven se enfureció.

—Lo sabía. Tenía clarísimo lo que buscaba.

—Eso no es precisamente halagador hacia mis aptitudes como diseñador.

—No pretendía...

—Sí que le ha gustado el vestido, ¿sabes? En realidad, estaba muy complacida con él hasta que he rechazado sus insinuaciones.

—¡Pues claro que le gustaba! Tendría que estar ciega para no darse cuenta de que era perfecto para ella. En cuanto al resto... ¿cómo se atreve? Qué le da derecho a...

—Su posición social. Su raza. Muchas cosas. —Se soltó con

delicadeza de la mano de su prima—. No sirve de nada enfadarse, *bahan*.

—No estoy enfadada —afirmó la joven—. Estoy furiosa. Y que tú no lo estés...

—Yo no sé lo que siento. Supongo que todavía estoy desconcertado. —Esbozó una sonrisa desganada—. Me ha amenazado con acudir al juez si vuelvo a presentarme en su casa.

Mira se quedó con la boca abierta.

—¡Qué sinvergüenza!

—En realidad me siento aliviado. Es mejor terminar por lo sano que tener que volver arrastrándome. Y a saber qué hubiera hecho si me hubieran dado la oportunidad de pensar en ello. Me he quedado sin blanca por su culpa.

Mira palideció.

—¿No piensa pagarte los vestidos que ha pedido?

—Ni un penique, según su doncella.

La joven negó con la cabeza.

—Pero no puede negarse a pagarte. Y menos cuando has adelantado tanto dinero para confeccionar sus encargos.

—Pues es lo que ha hecho. No podemos evitarlo.

—Pues claro que sí. Debes decírselo al señor Finchley.

Ahmad frunció el ceño.

—De eso nada.

—Tienes que hacerlo —insistió—. Él podrá hacer algo. Interponer una demanda para recuperar los gastos o...

—¿Y qué imagen iba a dar?

—¡Se haría justicia!

—Sería el fin de mi carrera como modisto. No puedo pretender empezar un negocio demandando a mis clientas. ¿Cómo quedaría mi reputación? —Suspiró—. La realidad es que lady Heatherton me ha puesto en una posición muy comprometida. Espero que sea consciente.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé.

Empezó a pasearse por la sala de estar, iba hasta la ventana y regresaba de nuevo. Tenía la cabeza hecha un lío y los músculos completamente tensos.

Todos sus planes se estaban haciendo añicos a su alrededor y no disponía de ningún recurso del que pudiera echar mano. No podía hacer nada para arreglar las cosas con la vizcondesa, y ninguna otra dama de la alta sociedad esperaba para lucir sus vestidos. No había nadie que pudiera ayudarlo a exhibir sus habilidades frente a la alta sociedad. Solo las cortesanas. Las Preciosas Domadoras de Caballos.

A menos...

De pronto se le ocurrió una idea. Era un poco absurda y más nacida

de la desesperación que del sentido común.

Pero no. No podía funcionar.

¿O sí?

Se le aceleró el pulso. Miró el reloj situado sobre la repisa de la chimenea. Eran las cinco y cuarto. Ya habían pasado quince minutos de la hora punta. Si se apresuraba, todavía tendría tiempo.

—Lo que necesito es salir a tomar un poco de aire fresco —afirmó finalmente. Se volvió hacia Mira—. ¿Vienes a pasear conmigo por Hyde Park?

—¿A esta hora? —Arrugó la nariz—. No vamos a estar muy tranquilos. Nos encontraremos allí a todo Mayfair paseando o a caballo. Incluso estará tu señorita Maltravers, estoy convencida.

Ahmad recogió sus abrigos.

—Eso espero.

Capítulo 12

Mientras volvía a casa a caballo después de su paseo por el parque, Evelyn apenas oyó el primer trueno.

El aviso del mal tiempo que se acercaba.

No había duda de que aquella noche vendría cargada de copiosas lluvias y nubes negras que ya estaban empezando a tapar el sol. Se le congelaron el corazón y las extremidades. Una emoción muy distinta a la sensación de triunfo que había experimentado al entrar en Rotten Row subida a lomos de *Hefesto*. La sensación de sentirse bella y poderosa que la había embargado hasta...

Hasta que lo había visto a él.

¿Qué diantre estaba haciendo Stephen Connaught en Londres? Él era un caballero de campo que jamás había salido de Sussex, a excepción de los años que había pasado en la universidad. Siempre había jurado que odiaba Londres.

—Tú jamás querrás vivir allí, ¿verdad? —le había preguntado en una ocasión.

—Nunca —había asegurado ella—. Me encanta vivir en Combe Regis.

—Eres muy sensata —había contestado él con aprobación—. Demasiado sensata como para participar de alguna de las temporadas de la ciudad. No encajarías en la alta sociedad londinense. Y no tiene sentido que vayas para terminar decepcionándote.

A Evelyn le habían afectado mucho sus palabras. Se sintió dolida y un poco confusa. Como la mayor parte de las cosas que Stephen le había dicho durante su último año de amistad, le había parecido un insulto con apariencia de cumplido. Palabras ideadas para hacerla dudar de su propia valía.

Y su silencio todavía la había llevado a dudar más de sí misma.

Después del escándalo, no solo había dejado de hablarle, había cortado toda relación con ella. Todo el mundo lo hizo. Lo sabían todos.

Pero su reacción le resultó más dolorosa.

Una vez de vuelta en Russell Square, se quitó el traje de montar y las botas y se puso un vestido cómodo y un par de zapatillas. Se envolvió en un viejo chal de cachemir y se fue a la sala de estar. Allí corría menos aire que en su dormitorio y se estaba más calentito. Los candeleros de las paredes estaban encendidos y el fuego ardía en la chimenea.

Se acurrucó en el banco tapizado de la ventana mientras leía las noticias de sociedad del periódico de su tío haciendo un esfuerzo por distraerse.

Era inútil.

Stephen estaba allí, y con él la historia de Fenny. ¿Quién podía saber si él volvería a sacar todo aquello a la luz?

Era su mayor temor. Que la conducta de su hermana mayor pudiera regresar del pasado, una vez más, para arruinar las perspectivas de la familia Maltravers. Ya era suficientemente horrible que el escándalo los hubiera salpicado hacía tres años. Pero que volviera a ocurrir, cuando ella estaba a punto de arreglarlo todo...

No soportaba pensar que pudiera ocurrir algo así.

Sus hermanas pequeñas no merecían que nadie arruinase su futuro. Ellas tenían sus propias esperanzas y sueños; conocía algunos de ellos, y otros los imaginaba.

Gussie tenía un carácter entrañable y solo deseaba un hogar y formar una familia. Caro quería escribir una novela gótica algún día. Bette había mencionado en más de una ocasión la posibilidad de asistir a la universidad para mujeres de Belford Square. E Izzy se moría por viajar. Ver París, Roma y Constantinopla.

¿Qué posibilidades tendrían de conseguir todas esas cosas si ella no lograba su objetivo?

Apoyó la mejilla contra el cristal salpicado de lluvia, haciendo un vano esfuerzo por leer las noticias de sociedad. Seguía allí acurrucada media hora más tarde cuando la señora Quick apareció en el umbral de la puerta.

—Hay un mercader en la puerta de la cocina, señorita Maltravers. Quiere hablar con usted.

Evelyn bajó el periódico.

—¿Conmigo? ¿Para qué?

—Dice que es su sastre.

Se le aceleró el pulso. ¿El señor Malik estaba allí? Se suponía que no iban a verse hasta dentro de una semana. Ya casi se había resignado a ello.

—¿Le pido que se marche? —preguntó la señora Quick.

—No, no. No será necesario. —Dejó el periódico en la mesa y se levantó—. Supongo que mi tío todavía no ha vuelto del museo,

¿verdad?

—Todavía no.

—¿Y Agnes? ¿Ha vuelto ya?

—No, señorita. No creo que vuelva antes de las ocho.

Evelyn alisó su desgastado vestido gris. Era el señor Malik. Habían estado a solas muchas veces en circunstancias mucho más íntimas que aquella. No necesitaba que su tío le diera su aprobación. Y desde luego tampoco requería la presencia de ninguna doncella.

Pero no era la falta de carabina lo que la hacía dudar. Era ese beso.

Ese beso...

Lo había cambiado todo. Y ahora...

—¿Señorita Maltravers?

Evelyn suspiró.

—Está bien. —Se puso delante del fuego—. Dígale que pase.

La señora Quick regresó enseguida.

—El señor Malik, señorita.

El sastre entró en la estancia muy erguido y con una expresión decidida, como si fuera a enfrentarse con un gran enemigo. Vestía levita y pantalones de lana negra. Llevaba una caja para vestidos un tanto abollada en las manos.

—Señorita Maltravers. —Inclinó la cabeza al saludarla.

A Evelyn se le aceleró el corazón.

—Señor Malik. Qué inesperado placer. —Se volvió hacia el ama de llaves—. Gracias, señora Quick. Eso es todo.

La mujer se retiró sin apenas mirarlos con curiosidad.

A Evelyn no le extrañaba. Solo Dios sabía la cantidad de cosas raras que habría presenciado aquella mujer trabajando para el tío Harris. Probablemente la visita por sorpresa de un sastre indio era la última de sus preocupaciones.

—Disculpe la interrupción —dijo Ahmad.

—No interrumpe usted nada. —Enseguida miró la caja que traía—. ¿Es mi nuevo traje de montar? —Se acercó a él; por un momento la emoción borró su nerviosismo—. Pensaba que tenía que pasar por allí a hacer otra prueba.

—Y así es. No es su traje. Es otra cosa. —Le ofreció la caja—. Podré explicárselo mejor cuando la haya abierto.

Ella dejó la caja encima del sofá y lo miró con indecisión mientras retiraba la tapa y el papel de seda del interior. Lo que encontró dentro casi la deja sin respiración.

—¡Oh! —exclamó en voz baja—. Cielos.

Era un vestido de noche. Una asombrosa creación de vaporosas muselinas azules y plateadas. Lo sacó de la caja con mucho cuidado, asombrada de la increíble caída de la falda y del atrevido corte del corsé. Una cascada de finas aplicaciones de encaje adornaba las

delicadas mangas, y el escote era escandalosamente pronunciado.

Miró al señor Malik. Él también la miraba atentamente.

—¿Lo ha hecho usted?

—Así es —admitió—. Hace poco.

—Pero no lo ha hecho para mí, ¿no?

—No. A usted no le sentaría bien.

Evelyn se dolió. Era una realidad, no un insulto. Aquel vestido estaba hecho para una mujer de la realeza. Una dama delgada y frágil que no tuviera el pelo castaño. Y, sin embargo, las palabras del señor Malik la hicieron sentir insignificante. Tal como se había sentido desde que se marchara del parque.

Ver a Stephen había mermado su seguridad. Y la necesitaba más que nunca.

—Ya imagino —admitió, esforzándose por sonreír—. Sé de buena tinta que el azul claro no es mi color.

La expresión del señor Malik se relajó un poco.

—No, no lo es. A usted la imagino con algo distinto.

—¿Me ha imaginado con un vestido de noche?

—Pues sí —admitió—. Uno de mis vestidos.

Ella vaciló un momento, atrapada por la intensidad de sus ojos negros. Aquello era importante para él, eso era evidente. Fuera lo que fuese.

—No sabía que hiciera usted otra ropa para damas aparte de los trajes de montar.

—Nunca lo había hecho para las damas de la alta sociedad, pero pensaba hacerlo esta temporada. —Se le ensombreció el rostro—. Es decir, una dama con título me había hecho un encargo. Este vestido que ve y otros parecidos. Pero después decidió que nos los quería.

—Pues no comprendo por qué. Jamás había visto algo tan hermoso. —Evelyn dobló el vestido de noche con cuidado y volvió a meterlo en su caja—. ¿Acaso no le sentaban bien?

—Sí que le sentaban bien —aseguró—. Demasiado bien.

—¿Y los rechazó de todas formas?

—Esa dama tiene muchos cambios de humor.

Evelyn esperó a que él le diera más detalles, pero no añadió nada. Y había más, lo intuía. Algo había ocurrido: estaba disgustado. Desde que había entrado no dejaba de apretar los dientes y en sus ojos negros brillaba una oscura intensidad que antes no había apreciado. Era como si todo su mundo dependiera de ese momento.

—¿Quiere sentarse? —propuso, indicando hacia el sofá con un gesto.

El señor Malik se quedó de pie y no tomó asiento hasta que lo hizo ella en el sillón que había enfrente.

Se colocó bien la falda, lamentando no llevar puesto uno de sus

vestidos nuevos, haberse pellizcado las mejillas y tener un peinado más presentable. Llevaba un atuendo muy sencillo e iba peinada como el día que lo conoció.

Aunque si él se había dado cuenta tampoco dio ninguna muestra de ello. La estaba mirando tan fijamente como al entrar.

Ella se posó las manos sobre el regazo.

—Como le decía, es un vestido muy bonito. Pero no sé por qué me lo ha traído.

—Porque quería que viera usted de lo que soy capaz.

A ella le costó menos sonreír esta vez.

—Me parece que eso ya lo sé. Solo hay que echar un vistazo al traje de montar que me ha confeccionado para apreciar el talento que tiene. —Vestirlo había sido mágico. Definitivo. A decir verdad, hasta que vio a Stephen Connaught, casi había imaginado ser una de las Preciosas Domadoras de Caballos—. Debería haberme visto hoy en el parque. Me parece que todos los caballeros con los que me he cruzado se han vuelto para mirarme. Su traje ha sido todo un éxito.

—Sí que la he visto —dijo.

Ella lo miró asombrada.

—¿Estaba usted allí?

—Así es. Y usted estaba... —Frunció el ceño mientras negaba con la cabeza.

A ella se le congeló la sonrisa. Enseguida lamentó haber presumido, aunque lo hubiera hecho con cierta modestia.

—¿Qué?

—Estaba usted deslumbrante.

Una ráfaga de calor recorrió todas y cada una de sus venas, enardeciendo sus mejillas y acelerándole el corazón.

«Deslumbrante».

Nadie la había descrito de esa forma. Y menos un caballero apuesto; un caballero por el que cada vez sentía más cariño. Había recibido muy pocos cumplidos en su vida. Pero oír un elogio así de sus labios...

Le fue imposible esconder el efecto que tuvo en ella o fingir que era una belleza sofisticada acostumbrada a oír esa clase de comentarios.

Evelyn suspiró temblorosa.

—¿Lo piensa de verdad?

—No es una cuestión de opinión. Ha eclipsado usted a todas las damas que había hoy en el parque. No me sorprendería que escribieran acerca de su victoria en el periódico de mañana.

Se inclinó hacia delante en su asiento mirándolo esperanzada.

—¿No lo dice porque sí?

Él le clavó los ojos.

—Yo nunca hablo porque sí, señorita Maltravers.

—No. Ya imagino que no. —Sonrió abiertamente. Sintió la necesidad de echarse a reír—. Fue su traje quien lo consiguió, ¿sabe? Su traje y mi forma de montar. —Volvió a recostarse en el asiento—. ¡Ay, qué bien me siento cuando las cosas salen como espero! Ojalá todo en la vida pudiera arreglarse con la misma facilidad.

—Quizá se pueda.

—Sí, bueno... todo dependerá de los solteros que conozca. Me temo que hoy no ha sido un éxito en ese sentido.

Estaba secretamente decepcionada. Las perspectivas masculinas que exhibía aquella tarde Rotten Row no bastaban para acelerar el corazón de una joven.

Más bien al contrario.

La habían dejado fría y un poco desesperada, preguntándose cómo sería su futuro si terminaba siendo la esposa de un lord mezquino o un capitán con una manada de hijos maleducados.

—Pero ha sido solo la primera incursión —se dijo tratando de animarse—. Mañana volveré y también el día siguiente. Seguro que en algún momento aparece el candidato adecuado. Y con los nuevos trajes de montar que me está diseñando...

—¿Y qué me dice del resto de su guardarropa? —preguntó de pronto el señor Malik.

—¿Qué le pasa?

—¿Tiene pensado asistir a algún evento?

—Alguna vez sí.

Estaba convencida de que la invitarían a más de un sitio.

—Y va a asistir usted a un baile, ¿no?

—A más de uno, espero, cuando mi temporada haya empezado oficialmente. En cuanto a lo que debo ponerme, lady Arundell ha insistido en que mañana me acerque con su hija a la tienda de madame Elise en la calle Regent.

Al señor Malik se le ensombreció la expresión.

Evelyn se apresuró a añadir:

—Ya sé que usted desaprueba sus diseños, pero...

—No son sus diseños lo que no apruebo —repuso—. Es su forma de tratar a sus costureras.

Él continuó antes de que ella pudiera preguntar al respecto:

—¿Nunca se ha planteado cómo es posible que una modista de Londres pueda entregar un vestido de baile con tanta rapidez después de recibir el encargo? ¿Cómo, a cambio de sumas desorbitadas, se puede cumplir con esos encargos en solo unos días?

—Lo cierto es que no. Yo nunca he frecuentado esa clase de establecimientos. Cosa que a usted le debe de parecer más que evidente. Incluso su jefe, el señor Doyle, advirtió enseguida lo mal vestida que iba la primera vez que me vio.

—Él no es mi... —El señor Malik guardó silencio. Se puso en pie y se acercó a la chimenea—. Lo que quiero decir es que las modistas como madame Elise no se preocupan en absoluto por las jovencitas que emplean. Las hace trabajar de sol a sol. Tiene más de treinta costureras hacinadas en una sala sin ventilación. Y después, cuando por fin les permite retirarse a descansar, si es que lo permite, lo hacen en estancias todavía más pequeñas. Habitaciones sin ventana, donde duermen dos o tres chicas en la misma cama, respirando los mismos vapores nocivos.

Evelyn se lo quedó mirando con asombro. No recordaba haberle oído hablar nunca durante tanto tiempo ni con esa indignación.

—No tenía ni idea.

—Claro que no. —Se pasó las manos por el pelo. Sus brillantes mechones brillaban a la luz de gas, todavía húmedos por la lluvia—. Discúlpeme. Es un asunto que me altera mucho.

—No me extraña. Si es tan espantoso como cuenta...

—Es peor. Las prendas que confecciona madame Elise están manchadas de sangre. Si acude usted a ella para que le haga un vestido de baile...

—No lo haré —le aseguró.

—Ah, ¿no?

—Ya no. ¿Cómo podría hacerlo? Después de lo que me ha contado usted, sería muy desconsiderado por mi parte.

Ahmad parecía aliviado y un poco dubitativo.

—Pronto descubrirá que tener conciencia en Londres es un lujo. En especial cuando hay que defenderla ante la alta sociedad.

Evelyn alzó la barbilla.

—No será mi caso.

Él reprimió una sonrisa.

—Está usted muy segura de sí misma.

—Me conozco. En cuanto a mi conciencia... —Ya había sacrificado demasiados principios para cumplir su propósito, pensó—. No voy cargarla con el peso de lo que pueda hacer madame Elise, por muy bonitos que sean sus vestidos.

—Me alegro de oírlo.

Ella le escudriñó el rostro.

—¿Para eso ha venido? ¿Para ofrecerse a hacerme un vestido de baile?

—No. Bueno, no solo para eso. —Se serenó un poco y carraspeó—. He venido porque... quiero hacerle una proposición.

Ella parpadeó. «¿Una proposición?».

—Algo que nos beneficiaría a ambos. —Guardó silencio un momento; Evelyn nunca lo había visto tan serio—. Me gustaría ofrecerle mis servicios como modisto. No solo para confeccionarle los

trajes de montar y los vestidos de baile, sino para toda la ropa que necesite para esta temporada.

Capítulo 13

Ahmad aguardaba muy tenso frente a las decrecientes llamas la respuesta de la señorita Maltravers.

Lo de ir a verla había sido una apuesta, y a él no le gustaba jugársela con su futuro, o con el de Mira. Si lady Heatherton no hubiera rechazado sus servicios, jamás se hubiera arriesgado a hacer una cosa como esa. Odiaba sentirse tan vulnerable. Y en aquel momento, se sentía vulnerable. Ofrecer sus servicios a Evelyn Maltravers era comparable a saltar al vacío desde un acantilado.

¿Y si ella no deseaba sus servicios? O peor aún: ¿y si no podía permitírselos?

La casa de su tío en Russell Square era bastante señorial, pero no había nada en ella que indicara que él fuera un hombre de extraordinaria riqueza. Lo más probable era que fuera cosa del pasado. La sala de estar estaba llena de alfombras desgastadas y muebles anticuados.

La señorita Maltravers también parecía un poco apagada. No solo eso, parecía más bajita. Ya lo había advertido justo después de haberla visto montar. A lomos de su caballo se la veía señorial. Casi majestuosa. Parecía otra persona.

Al acercarse a la valla de Rotten Row, Ahmad se había quedado hipnotizado al verla. La había visto trotar por un camino acompañada de una dama rubia que montaba un semental dorado, seguidas de sus respectivos mozos.

—¿Es esa? —había susurrado Mira a su lado—. ¿La del caballo alazán?

—Sí.

A Ahmad se le había encogido el corazón al ver pasar a la señorita Maltravers. La palabra «hermosa» se quedaba corta para describirla. Estaba formidable. Una auténtica diosa a caballo que atraía las miradas de todo el mundo al pasar.

—¿Estás seguro de que no es cortesana? —le había preguntado su

prima.

Al mirarla en ese momento, sentada en su sillón con un viejo chal de cachemir sobre los hombros y las gafas caídas en el puente de la nariz, no le parecía que guardara ningún parecido. Ya no quedaba ni rastro de la poderosa sensualidad que desprendía montando.

—¿Toda la ropa? —repitió ella incrédula.

—Sí —afirmó—. A excepción de las prendas que ya le haya encargado a madame Lorraine.

Ahmad tenía lo justo para cubrir los gastos que pudieran ocasional las telas y encajes, y para contratar las costureras necesarias para ayudarlo. Se quedaría sin blanca hasta que la señorita Maltravers le pagara, lo que le proporcionaría los fondos necesarios para ocuparse del contrato de Doyle.

No había duda de que era una gran apuesta.

Y si eso fallaba, él y Mira no tendrían nada.

—No he pedido muchas cosas —admitió la joven—. Todavía no. Confieso que me he preocupado sobre todo por los trajes de montar.

—Es comprensible. Son una parte muy importante de su plan.

Ella le dedicó una débil sonrisa.

—Debe de pensar que soy tonta por haberlo ideado. Por haberme plantado en su tienda afirmando que podía eclipsar los encantos de la señorita Walters y las otras Preciosas Domadoras de Caballos. Teniendo en cuenta sus cualidades...

—Usted tiene más cualidades que ellas.

—¿Cuándo voy a caballo? Sí. —Una chispa de esa determinación que él ya reconocía en ella le iluminó la cara—. En cuanto al resto del tiempo... Me esforzaré, pero no me hago ilusiones.

—¿No piensa que pueda conseguir lo que busca durante esta temporada si no es a lomos de un caballo?

—La verdad es que no. Si no es a caballo, lo máximo a lo que puedo aspirar es a no destacar de un modo demasiado negativo.

Ahmad frunció el ceño. Se negaba a aceptar que ella se rindiera tan rápido. Ella no. Esas palabras no podían salir de los labios de esa joven que había entrado en Doyle y Heppenstall hacía una semana exigiéndole que le confeccionara un traje de montar. La misma joven que montaba de esa forma tan apasionada.

—O está usted siendo modesta o...

—Soy realista.

—No lo creo.

—Yo creo que sí, señor. Una no puede trazar un plan satisfactorio sin tener en cuenta sus fortalezas y debilidades. Yo he hecho ambas cosas. Y añadiría que lo he hecho de un modo bastante sensato.

—Muy sensato. Usted jamás ha participado de una temporada. Por lo que sé, nunca ha estado en Londres. Y, sin embargo, está usted

convencida de que no tiene nada que ofrecer fuera de Rotten Row.

La señorita Maltravers se levantó de repente. Se ciñó el chal alrededor de los hombros y se acercó a él deteniéndose a unos pocos centímetros.

A Ahmad se le aceleró el corazón. Estaba tan cerca que podría tocarla con solo alargar la mano. Y se moría por tocarla. Estrecharle la mano y acariciarle la mejilla. Quería tranquilizarla a toda costa.

—Me conozco bien, señor Malik —afirmó—. Y aunque me encantaría tener uno de sus vestidos de noche, no puedo prometerle nada sobre la acogida que tendré hasta me deje ver en público vistiéndolo.

Se quedó mirándola. Por una parte, estaba molesto con ella por subestimarse de esa forma; por otra, lo excitaba su proximidad.

Cosa que no le convenía nada.

No estaba allí porque se sintiera atraído por ella. Estaba allí porque ella tenía posibilidades. Evidentes posibilidades. Tenía el potencial para lograr un gran éxito aquella temporada, y de conseguir que él también lo tuviera. Y se suponía que él debía convencerla, no seducirla.

—Se refería a eso, ¿verdad? —preguntó ella—. Cuando decía que hacerme los vestidos nos beneficiaría a ambos. —Se subió las gafas—. El beneficio que sacaría yo es evidente. Pero no entiendo en qué podría ayudarle a usted.

Ahmad no se anduvo por las ramas.

—Tengo intención de abrir una tienda de vestidos dentro de seis meses. Y para hacerlo necesito que las damas de la alta sociedad vean mis diseños. —La miró con complicidad—. Y usted se va a mezclar con la alta sociedad.

—Pues sí, pero no hay garantías.

—Va a asistir al baile que celebrará la condesa de Arundell, ¿no?

La señorita Maltravers guardó silencio. Apartó la mirada.

—¿Si o no? —le preguntó de nuevo.

—Sí. Aunque no será la clase de baile que usted imagina. —Suspiró con fuerza—. Tampoco yo lo imaginaba. —Se dio media vuelta y se marchó hacia la ventana. Las cortinas estaban abiertas y se veían los cristales salpicados de lluvia. Fuera, el cielo estaba tan gris como una losa—. Es una especie de celebración anual relacionada con la sociedad de espiritualistas a la que pertenecen lady Arundell y mi tío.

—Ah. —La siguió hasta la ventana.

—Así que ya ve...

—El espiritualismo está bastante de moda últimamente.

—Eso me han dicho. —Se volvió hacia él—. Pero en cuanto si nos servirá como escaparate para sus vestidos... ¿Cómo saberlo?

—La alta sociedad es la alta sociedad, lores y las damas con título.

Si viste usted mis diseños, los verán las personas adecuadas.

—Sí —repuso ella con tristeza—. Me los verán puestos a mí.

—Causará usted sensación, se lo prometo.

—No sé si eso es posible. —Ahmad percibió cierta emoción en su voz. Quizá fuera amargura, o quizá melancolía—. Nunca he tenido mucha suerte en los salones de baile. Ni siquiera en las fiestas que se celebraban en Combe Regis. Siempre me ha ido mejor sobre cuatro patas que sobre dos.

El sastre apoyó el hombro en el marco de la ventana y la miró. Permanecieron unos segundos en silencio, solo roto por la lluvia que golpeaba los cristales sin parar.

—¿Qué tiene la equitación que le da tanta seguridad? —le preguntó al fin.

—Eso es fácil. Es porque no estoy sola. Estoy con *Hefesto*; él es mi pareja.

—¿Solo por eso?

—No —repuso—. Supongo que es porque comprendo las normas. Sé lo que tengo que hacer para conseguir el efecto deseado. La mejor forma de utilizar el peso de mi cuerpo y la presión que debo aplicar con las manos o las piernas.

—¿Y todo eso lo sabe por instinto?

Evelyn se echó a reír.

—No. Hay una parte que sí, pero casi toda mi habilidad se debe a la práctica. Años y años de práctica.

—A la práctica con su pareja.

—Y con los que vinieron antes que él. Caballos con experiencia. Ellos me enseñaron mucho más de lo que yo les enseñé a ellos.

—¿Y nunca se sintió observada cuando estaba con ellos?

—No. Eran como mis socios. Ahora mi socio es *Hefesto*.

—Quizá sea eso lo que le estoy proponiendo —dijo él—. Una sociedad.

* * *

—¿Con usted?

Solo con pensarlo a Evelyn se le revolvió el estómago. Aunque no sabía distinguir si la sensación se debía a la emoción o a los nervios.

—¿Por qué no? —preguntó el señor Malik.

—Porque... —De pronto le costaba encontrar las palabras—. Porque no es lo mismo, por eso. Para empezar, usted no me acompañaría a ninguno de esos eventos.

—No —reconoció—. Pero mis diseños sí.

—Y los vestidos me darían valor, ¿no? Solo por llevarlos.

No era tan descabellado como parecía. Debía admitir que no. Su traje de montar la había transformado. ¿Cómo sería lucir uno de sus

vestidos? ¿Un vestido tan radiante y revelador como el que había en la caja que le había traído?

—Usted ya es una mujer valiente —le recordó—. Mucho. Por eso vino a verme.

Ella se cruzó de brazos y se ciñó un poco más el chal. No tenía ningún motivo para rechazar su oferta. Sabía que el vestido sería precioso. Aun así, dudaba de sí misma. Una cosa era dar una imagen concreta subida a un caballo y otra hacerlo en un salón de baile.

—Si lo que le preocupa es el coste...

—No es el coste —repuso ella—. O más bien... tengo que ceñirme a un presupuesto. Pero no es eso lo que me hace dudar.

—¿Y qué es entonces? —preguntó.

Ella se apoyó en el cristal de la ventana sin dejar de mirarlo.

—¿Lo ha meditado bien? ¿Ha pensado en lo que esto supondrá para su futuro? ¿Está seguro de que quiere depositar todas sus esperanzas en mis probabilidades de éxito?

—Tendrá usted éxito.

—¿Y si no? ¿Qué pasa si lo echo todo a perder?

El señor Malik encogió un hombro.

—Tengo fe en usted.

Lo dijo como si nada. Con absoluta despreocupación. Y, sin embargo, sus palabras le llegaron a Evelyn al corazón. Era un sentimiento precioso. Especialmente para ella. ¿Pero cómo podía aceptarlo? ¿Cómo confiar en que lograría su objetivo?

—Usted no me conoce —le advirtió.

—La conozco lo suficiente.

—No es cierto. Usted no tiene ni idea de cómo soy con otras personas. En un baile o una cena.

—¿Tan rara es?

—No se trata de eso.

Se sentía bastante segura en la mayoría de situaciones. Incluso demasiado. Compartía libremente sus opiniones, también cuando eran contrarias a las de otras personas.

—¿Es necesario que seas tan obstinada, querida? —le había preguntado la tía Nora en una ocasión cuando ambas regresaban en carruaje de una cena espantosa un domingo en la vicaría—. Si no estás de acuerdo con un caballero, es mejor no decir nada que dejar ver tu descontento.

—Pero él estaba equivocado —había replicado Evelyn—. Citó mal el pasaje entero. Y además lo había malinterpretado. Qué otra cosa podía hacer si no...

—Podrías haber elegido guardar silencio. Los sabelotodo no gustan a nadie. En especial si son mujeres.

A Evelyn le había parecido muy injusto. Y lo seguía pensando.

Y esa era una de las ventajas de montar a caballo. No tenía que enfrascarse en conversaciones comprometedoras. No había motivo para mostrarse de acuerdo o en desacuerdo con ningún charlatán. Ni tenía por qué reírle sus absurdas gracias.

Cuando iba a caballo nunca tenía que hacer mucho más que saludar al pasar. Si se daba alguna conversación, siempre era muy breve, y lo más probable era que versara sobre asuntos equinos.

Pero no era solo la conversación —o la falta de ella— lo que le gustaba tanto de la equitación. Era la fuerza que se le permitía demostrar. El único momento donde podía hacerlo sin temor a la censura. Nadie esperaba que se mostrara tranquila y complaciente a lomos de un semental. Tenía que ser fuerte y decidida. Atrevida y valiente. Y mientras se la viera mínimamente hermosa al hacerlo, los caballeros la elogiarían por ello. Incluso la admirarían.

—Lo que me preocupa no es que pueda parecer rara —comentó—. Es que sencillamente no encajo. No proyecto la clásica imagen de feminidad. No como...

—¿Como su hermana? —Sus palabras destilaban cierta desaprobación.

—Pues sí, ya que lo pregunta. Yo... yo soy rara. Intentaré serlo un poco menos esta temporada y hacer todo lo que pueda para encontrar marido, pero las probabilidades de que alguien considere que soy la dama más hermosa o la mejor vestida son tan frágiles como una brizna de hierba. Lo que me ayudará a destacar es mi forma de montar, no lo que pueda ocurrir en un salón de baile.

—Ahí es donde entran en juego mis vestidos. —Parecía muy confiado. Completamente seguro de sí mismo—. Si acepta usted llevarlos...

—Pues claro que los llevaré —le aseguró—. Será un honor.

El señor Malik hizo un gesto de alivio. A Evelyn le sorprendió mucho verlo. Cielos. ¿De verdad había contemplado la posibilidad de que ella pudiera negarse? ¿Qué pudiera preferir a madame Lorraine o a cualquier otra modista antes que a él?

—Gracias.

Ahmad se separó del marco de la ventana y se acercó a ella tendiéndole la mano.

Ella se la estrechó un tanto vacilante, preparándose para la inevitable reacción física. Esa punzada de calor e intensa conciencia del contacto. La forma en que se le ponía la piel de gallina y se le encogía el corazón.

Se miraron a los ojos durante un asfixiante segundo.

Y antes de darse cuenta, antes de poder apretar los dientes para evitar que se le escaparan las palabras, se oyó decir:

—Hay algo más que podría perjudicarnos.

El señor Malik se quedó inmóvil sin soltarle la mano. La estrechó un poco más fuerte antes de soltarla. El gesto de alivio se había esfumado de su semblante y, en su lugar, había aparecido una expresión extremadamente seria.

Ella advirtió el cambio en él mientras sus palabras seguían escapando sin control.

—Lo que ocurre es que usted me gusta.

«¿Qué?».

Evelyn estaba horrorizada. Era la verdad, pero... ¡por Dios! Una cosa era hablar claro, pero aquello era...

Se estaba exponiendo por completo.

Era ridículo. Como si él no se hubiera dado cuenta ya... Aunque el breve beso que se habían dado pudiera considerarse accidental, seguía existiendo su encuentro casual en Hatchards. Y él se había percatado de su forma de reaccionar a su presencia en aquella situación. Había advertido lo nerviosa que se había puesto en su presencia. Recordaba cómo le había sonreído, aparentemente divertido por la evidente atracción que sentía por él.

Pero ya no sonreía.

Solo la miraba con más fijeza que antes.

Evelyn siguió hablando.

—Lo que ocurrió entre nosotros en Doyle y Heppenstall... Cuando yo... Cuando nosotros... —Oh, ¡Por qué le costaba tanto decirlo!—. Lo que intento decir es que siempre que estoy con usted siento algo. Una especie de conexión. No sé cómo llamarlo. Pero si vamos a trabajar juntos con cierta frecuencia, e imagino que no quedará otro remedio si tiene usted que confeccionarme todos los vestidos para esta temporada, será mejor que seamos sinceros con esas cosas. Seguro que ninguno de los dos querrá que se repita lo de la última vez.

Pero él seguía sin decir nada. Evelyn empezaba a pensar que lo había dejado sin habla.

Se le sonrojaron las mejillas.

—Supongo que solo soy yo. Ya imagino que usted habrá tenido muchas...

—No es solo usted —reconoció él con la voz ronca.

—Ya lo sé. Eso es lo que intentaba decirle. Que muchas mujeres deben de sentirse así en su presencia...

—No —la interrumpió—. No es eso lo que quería... —Dio un paso adelante y se paró justo delante de ella. La miró fijamente—. No es usted la única que lo siente. Yo también lo sentí.

Evelyn se alegró de tener el marco de la ventana a la espalda. De no haber sido así, quizá se hubiera desmayado en medio de la sala de estar.

—Lo sintió —dijo—. ¿En tiempo pasado?

El señor Malik esbozó una fugaz sonrisa.

—Lo siento cada vez que estoy con usted. —Guardó silencio durante un momento interminable—. Lo estoy sintiendo ahora mismo.

A Evelyn se le entrecortó tanto la respiración que a duras penas conseguía llenarle los pulmones.

—Jamás había experimentado nada igual. Con nadie.

—Yo tampoco —admitió él.

—¿Y qué cree qué es? ¿Alguna forma de poderosa atracción? ¿Algo químico? ¿Qué le parece?

Ella pensaba que debía tratarse de eso. Un sentimiento primitivo y elemental. ¿Qué iba a ser si no? Evelyn había conocido caballeros apuestos en otras ocasiones y nunca había reaccionado ante ellos de esa forma.

—No lo sé —admitió Ahmad—. Lo único que sé es que usted me inspira. Que cuando la miro, siento algo aquí. —Se tocó el pecho.

—Ah, ¿sí?

Lo preguntó con un hilo de voz. Tan bajo que se sorprendió de que los fuertes latidos de su corazón dejasen oír sus palabras.

—Me ocurre cada vez que la veo —dijo—, y me parece lógico pensar que pueda ocurrir lo mismo a otros.

A ella se le paró el corazón.

—¿Está hablando de sus diseños?

Él inclinó la cabeza asintiendo en silencio.

—Tendremos que trabajar juntos con frecuencia durante las próximas semanas, pero conmigo no tiene nada que temer. Lo que hay entre nosotros, esa conexión a la que alude usted..., me han comentado que a veces ocurre en el mundo del arte. Cuando un artista tiene suerte, a veces llega a conocer a su musa. Y yo creo que a mí me ocurrió el día que usted entró en Doyle y Heppenstall.

Evelyn tragó saliva. ¿Cómo era posible sentirse conmovida y decepcionada al mismo tiempo? Ella lo inspiraba. Eso no quería decir nada.

No era amor.

—Una conexión artística —repitió ella—. No se me había ocurrido.

—No es común. Pero espero que nos permita a los dos conseguir lo que tanto deseamos.

—Una tienda de vestidos para usted —dijo ella.

—Y un marido rico para usted —concluyó él.

Evelyn se recolocó las gafas. Él tenía razón. Aquello no era amor. Era imposible. Sus objetivos y el lugar que cada cual ocupaba en el mundo eran diametralmente opuestos. Aquello era una sociedad. Una relación de negocios que si salía bien les favorecería a ambos.

—Está bien —dijo ella—. ¿Cuándo empezamos?

Capítulo 14

La mañana siguiente, a solas en el comedor del desayuno de la casa de su tío, Evelyn leía las noticias de sociedad mientras se comía su tostada con mermelada. El señor Malik había dicho que tal vez ella apareciera en el periódico y aquella era la última edición. Paseó la vista por las diminutas letras impresas.

A pesar de toda la atención que había captado mientras montaba, no esperaba leer ninguna mención acerca de su debut en Rotten Row. Y cuando lo vio, casi se le sale el corazón por la boca. Aparecía al final de la página, entre un reportaje sobre los sombreros franceses y un apunte sobre la última moda en prendas de luto:

> LAS PRECIOSAS DOMADORAS DE CABALLOS
>
> Dicen que nuestra preciosa Anónima se ha marchado a América dejando atrás muchos pretendientes lamentándose de su ausencia, pero en su lugar ha aparecido otra de estas Preciosas Domadoras de Caballos. ¿De dónde ha salido esta hechicera pelirroja?, se preguntan los abandonados admiradores de Anónima.

¿Hechicera pelirroja? Ella no era pelirroja. Quizá su cabello fuera castaño rojizo, depende de cómo le diera la luz. Pero no era pelirroja.

¿El artículo se estaría refiriendo a otra persona?

Le planteó la posibilidad a lady Anne cuando llegó la mañana siguiente a buscarla para ir juntas de compras.

—No hay duda de que es usted —afirmó en la sala de estar—. Casi me atraganto con el té cuando lo he leído.

—¿Es muy asombroso?

—Es todo un triunfo. Ha conseguido usted que la mencionen en las columnas de chismorreos nada más llegar. Y en el mismo artículo en el que se habla de la señorita Walters. A saber si de verdad se ha ido a América...

—Eso explicaría que no la hayamos visto.

Evelyn le hizo señas para que tomara asiento.

—No tenemos mucho tiempo. Es mucho mejor ir a la tienda de

madame Elise antes del mediodía.

—En cuanto a eso...

Le ofreció una escueta justificación de por qué no podía acompañarla.

Anne se hundió en el sofá. Llevaba un vestido de calle negro con el cuello y los puños de las mangas blancos, y la melena rubia recogida con una redecilla de seda.

—Por Dios —exclamó mientras atusaba su voluminosa falda—, no me diga que apoya usted el reformismo social.

Evelyn se sentó delante de ella.

—¿Una persona debe interesarse por el reformismo social para negarse a participar de esas espantosas situaciones? Es una cuestión de humanidad.

—Estoy completamente de acuerdo. Pero no todo el mundo se mostrará igual de comprensivo. Entre las clientas de madame Elise hay esposas e hijas de muchos duques, marqueses y condes. Pocas estarían dispuestas a renunciar a sus vestidos de fiesta por los derechos de una jovencita que se vea obligada a trabajar y dormir en esas condiciones.

—Yo solo puedo responder de mí misma. Y no pienso ir a su tienda, por muy bonitos que sean sus vestidos.

—Pues yo tampoco —repuso la solidaria hija de la condesa de Arundell—. ¿Tiene otro modisto en mente? Le advierto que no hay nadie que pueda hacerle sombra a madame Elise. A menos que pueda ir hasta París a comprar una de las creaciones del señor Worth.

—No es el señor Worth —repuso Evelyn—. Es alguien mejor.

La joven alzó las cejas.

—¿Mejor que Worth? Me tiene usted intrigada. ¿De quién se trata?

—Del caballero que me diseña los trajes de montar.

—¿Su sastre de la calle Conduit?

Asintió.

—También hace vestidos, y ha accedido a confeccionarme todas las prendas que vaya a necesitar para esta temporada. Ahora mismo está eligiendo las telas y los encajes para mi vestido de baile.

—Vaya. Qué pena.

Evelyn se sintió un poco culpable.

—Ya sé que debería haberle mandado una nota para excusarme, pero no lo pensé. —Esbozó una sonrisa pesarosa—. Tenía muchas ganas de pasar el rato con usted.

—Y yo también. Esperaba que este fuera el primero de muchos encuentros para salir de compras. Mi madre nunca me pierde de vista, a menos que vaya a montar o que ella haya aprobado previamente mi salida. Y parece muy dispuesta a aprobar mis salidas con usted.

—¿Porque es amiga de mi tío?

—Porque mi madre se vanagloria de juzgar muy bien a las personas. Y enseguida le pareció usted una mujer digna de confianza, o eso dice. Creo que es porque lleva usted gafas. Nunca se le ocurriría pensar que una intelectual pudiera ser peligrosa.

—Yo no soy una intelectual.

—No se ofenda. Yo también me considero intelectual. —Guardó silencio un momento—. O una intelectual honoraria, al menos.

Evelyn lo dudaba mucho. Con aquel perfecto rostro de alabastro y su envidiable figura, parecía el polo opuesto a una intelectual. Era demasiado equilibrada. Demasiado elegante. La dama inglesa perfecta.

—Mi madre estará esperando que salgamos —dijo.

Evelyn miró hacia la puerta.

—¿Su madre está aquí?

—Al apearse del carruaje se ha metido directamente en el estudio de su tío. Están emocionadísimos con un artículo nuevo que se ha publicado en Birmingham. Por lo visto hay un chico que asegura haber recibido un mensaje del príncipe Alberto. Si es verdad...

—¿Usted cree que podría ser cierto?

—Yo no soy muy creyente. ¿Pero quién sabe? «Hay más cosas en el cielo y la tierra, Horacio».

Evelyn reconoció la cita de *Hamlet*. Entre los libros que quedaban en la modesta biblioteca de su familia había un volumen maltrecho titulado *Obras completas de William Shakespeare*. De niña lo había leído de cabo a rabo y había quedado tan prendada de las obras románticas como de las más impactantes.

—Si el príncipe Alberto quisiera mandar un mensaje desde el más allá, ¿no tendría más sentido que lo entregara directamente en Buckingham Palace?

—Es posible. A menos que Birmingham le haya resultado más conveniente por algún motivo.

—¿Cuál podría ser?

—Por el chico. Mi madre dice que debe de poseer una antena espiritual. Como el poste de un telégrafo.

A Evelyn le temblaron los labios al reprimir una carcajada.

Una risa cómplice iluminó los ojos de lady Anne.

—Ríase cuanto quiera, señorita Maltravers, pero yo tengo que vivir con esa farsa.

—Oh, por favor, llámame Evie.

—Y tú puedes llamarme Anne. Nunca empleo el título honorífico si puedo evitarlo. Por lo menos cuando estoy con mis amigas.

Evelyn sonrió. Una amiga. Era la primera que tenía en Londres, y esperaba que no fuera la última.

Anne se puso en pie.

—¿Te apetece a hacer alguna otra cosa?

Ella hizo lo propio.

—¿En lugar de ir de compras?

—Mi madre está esperando que vayamos a alguna parte. ¿Por qué no lo hacemos? El cochero no nos delatará, y el lacayo tampoco. Podemos pedirles que nos lleven donde nos apetezca.

—¿Y dónde podemos ir?

—Pues a visitar a Julia Wychwood, claro.

* * *

Veinte minutos después, el carruaje lacado en negro de la condesa de Arundell paraba delante de la residencia de los Wychwood, en Belgrave Square. Los ventanales de la enorme casa de estuco blanco estaban cubiertos con telas y habían quitado el pomo de la puerta. Parecía que la hacienda estuviera abandonada.

—¿Estás segura de que los encontraremos en casa? —preguntó Evelyn cuando el lacayo la ayudó a bajar del carruaje.

Anne bajó detrás de ella. Se sacudió la falda.

—No te fijes mucho en la apariencia. Los Wychwood siempre están luchando contra alguna enfermedad. Dicen que en una ocasión el padre de Julia, sir Eustace, llegó incluso a poner paja en los escalones cuando temía que se acercaba su final.

Evelyn observó la casa con recelo.

—¿Qué clase de enfermedad?

—Afecciones biliares, apoplejías, migrañas, parálisis, fiebres... Un buen número de desafortunadas dolencias, e incluso alguna que otra sin diagnosticar. —Anne subió los escalones de piedra de la entrada principal—. Los padres de Julia acaparan los servicios de la mitad de los médicos de Londres.

—Mientras no sea nada contagioso...

No podía permitirse ponerse enferma. Y menos a esas alturas del plan.

—Cielos, no. Los Wychwood solo te pueden contagiar algún catarrillo.

Cerró con fuerza el puño enguantado y tocó a la puerta con energía.

Abrió un lacayo calvo ataviado con una librea amarillo canario.

—Buenos días, Jenkins —saludó—. Hemos venido a ver a la señorita Wychwood. Está en su habitación, ¿verdad?

—Sí, milady. —Se retiró para dejarlas pasar—. El médico acaba de marcharse.

—Vaya... —Anne se quitó los guantes y el sombrero de seda negra y se los entregó al lacayo.

Evelyn hizo lo mismo. Paseó la vista por el vestíbulo de la entrada. Estaba demasiado oscuro como para distinguir las telas que ocultaban

las paredes y los muebles. La casa estaba extrañamente caliente.

Se estremeció incómoda.

Cuando su madre había estado enferma, su habitación había tenido ese mismo aspecto. Oscura y cerrada, justo después de haber dado a luz a la pequeña Isobel. Evelyn todavía recordaba el olor a cobre de la sangre. Había tanta...

El recuerdo sirvió para convencerse de la urgencia de la misión que tenía entre manos. Sus hermanas dependían de ella. Tenía que casarse bien por ellas. Por Gussie, Caro, Bette e Izzy. Todas y cada una de ellas merecían tener una oportunidad de ser felices y sentirse seguras. Una oportunidad de encontrar el amor. Y si Evelyn tenía que casarse sin eso para poder proporcionarles a ellas la oportunidad, juraba por Dios que lo haría.

¿Y por qué tenía que ser ella la que hiciera ese sacrificio? Pues porque ella era la menos sentimental de todas.

O por lo menos lo había sido hasta que había conocido al señor Malik.

Pero estaba convencida de que esos sentimientos desaparecerían. Las mariposas que revoloteaban en su estómago cada vez que lo veía. Cómo se le entrecortaba la respiración y se le aceleraba el pulso. Pronto conocería a otro. A alguien adecuado. La vida seguiría su curso y ella nunca volvería a sentir esas exquisitas palpitaciones de nuevo.

Bueno...

Olvidaría que lo había sentido alguna vez. Seguiría siendo tal como era cuando había llegado a Londres: sensata y pragmática. Decididamente fría.

—El señor Eustace está fuera de sí —confesó Jenkins en voz baja—. Lo han tenido que meter en cama.

—Qué lástima. —Anne se dirigió a la escalinata de roble—. No hace falta que nos acompañe, ya conozco el camino.

Evelyn subió los escalones tras ella.

—Da la impresión de que la señorita Wychwood estará demasiado enferma como para recibirnos.

Anne le dedicó un resoplido muy poco femenino.

—Julia tiene la constitución de un caballo.

—Pero...

—Ya verás.

Anne guio a Evelyn por un pasillo enmoquetado hasta una enorme puerta con paneles de madera. Llamó dos veces.

Se oyó un fuerte susurro en el interior. Al final, una vocecilla respondió:

—Adelante.

Anne le lanzó a Evelyn una mirada cómplice mientras abría la puerta.

El dormitorio de la señorita Wychwood estaba tan oscuro y cálido como el resto de la casa. Las cortinas de terciopelo ocultaban completamente los ventanales y en la chimenea chisporroteaba un fuego prácticamente apagado. En el centro de la estancia había una cama con un dosel de damasco azul. Julia estaba acostada, tapada hasta las orejas y con la cabeza apoyada sobre un montón de almohadas de plumas. Se volvió hacia la puerta en cuanto las vio entrar. Estaba pálida como la cera.

—Por la vocecita que pones da la impresión de que estés a punto de estirar la pata —espetó Anne con sequedad.

—¡Anne! —Julia se incorporó como pudo. Las mantas le resbalaron por el pecho dejando entrever su arrugado camisón blanco—. Gracias a Dios que has venido. ¿Esa es la señorita Maltravers?

—Sí —afirmó Anne—. Cierra la puerta, ¿quieres, Evie?

Evelyn cerró la puerta a su espalda. Se acercó a la cama.

—No sabía que estaba usted enferma, señorita Wychwood, espero que se encuentre un poco mejor.

—Ahora muchísimo mejor —aseguró—. Me encanta que haya venido a verme. Lo cierto es que me preguntaba cuándo volvería a verla. Aunque nunca pensé que sería en estas circunstancias. —Se sonrojó—. Disculpe mi escaso atuendo.

Evelyn sonrió.

—No se preocupe. Me alegro de volver a verla en cualquier circunstancia.

—Por el amor de Dios, Julia. ¿Cómo puedes soportar este calor tan sofocante? —Anne cruzó la estancia—. Tenemos que abrir la ventana.

—Sí, ábrela. Pero solo un poco. Si papá se da cuenta...

—No se enterará. Jenkins nos ha dicho que lo han metido en la cama.

—Ah, ¿sí? Pues qué alivio. —La señorita Wychwood señaló una silla con el respaldo de cuchara que había junto a la cama—. Por favor, siéntese, señorita Maltravers. —Y después añadió, dirigiéndose a su amiga—: Ahora que mamá se ha ido a Bath, él se pasa todo el día controlándome como una gallina clueca.

Anne estuvo forcejeando con la ventana hasta que consiguió abrirla unos centímetros. Volvió a cerrar las cortinas.

—Tú tampoco ayudas mucho, querida. Y menos si no dejas de fingir que estás a las puertas de la muerte.

Evelyn se sentó, recolocándose la falda.

—No es para tanto —replicó Julia—. Y yo no finjo. No he sentido absolutamente nada durante los tres últimos días.

Anne volvió hasta la cama.

—Tú no has sentido absolutamente nada durante las tres últimas temporadas. —Se sentó a los pies del colchón—. Pensaba que por lo

menos saldarías a ejercitar a *Cossack*. Pero no te he visto. Y Evie tampoco. No me digas que le has pedido a tu mozo que lo haga por ti.

La aludida miró su amiga un tanto avergonzada.

—Tenía intención de salir a montar con él esta mañana, pero mi padre estaba convencido de que yo tenía fiebre.

—Esta casa le daría fiebre a cualquiera —afirmó Anne.

—Papá ha ordenado que enciendan todos los fuegos. Está convencido de que se le han congelado los pulmones. —Retiró las mantas dejando al descubierto una caja de bombones y un libro encuadernado con tela azul y letras doradas en el lomo—. ¿Le apetece uno? —dijo ofreciéndole la caja a Evelyn.

—Oh, sí, gracias. —Eligió un bombón.

—¿Anne? —Julia le tendió la caja—. Toma todos los que quieras.

Su amiga alcanzó unos cuantos. Se metió uno en la boca y cerró los ojos mientras masticaba y tragaba.

—Su madre no deja que Anne coma dulces —le aclaró la señorita Wychwood a Evelyn—. Es muy estricta con la comida.

—Sí. Pero no te hagas la loca. Te estás volviendo a esconder.

—¿Y puedes culparme?

—La verdad es que no. Si yo tuviera la compañía de una caja de bombones y una novela, quizá también me metería en la cama. Pero no es excusa. Todas debemos enfrentarnos a la temporada, nos guste o no.

—¿Tan terrible es? —preguntó Evelyn mordiendo su dulce.

A la señorita Wychwood se le hinchó el pecho al suspirar.

—Esto es lo que ocurre cuando ya has pasado varias temporadas y no has conseguido ni una sola proposición de matrimonio.

—Ese no es el motivo. —Anne se comió otro bombón—. Es porque el señor Hartford y sus ridículas bromas han arruinado nuestra vida en Londres. No podemos salir a la calle juntas sin que alguien haga algún comentario.

—Es un tipo muy desagradable —reconoció Julia—. Pero lo peor es...

—¿Qué puede ser peor?

—Ser invisible. Que te ignoren como si fueras un tarro de conservas que ha caducado en la estantería.

Anne frunció el ceño.

—Las conservas no caducan.

—Aguantan como tres años —aseguró Evelyn—. Siempre que no se abran.

—Ahí lo tienes —afirmó Anne con tono enérgico—. Un tarro de conservas sin abrir. Todavía tienes mucho que ofrecer. Todas nosotras tenemos mucho que ofrecer a cualquiera que se tome la molestia de prestar un poco de atención.

—Yo prefiero seguir soltera —aseguró Julia entre dientes.

—Y un pimiento —repuso su amiga—. Precisamente tú tienes que encontrar una forma de salir de las faldas de tus padres. Como sigan viniendo médicos a sangrarte al final no te quedará ni una gota en las venas. Ya parece que estés medio muerta.

—Estoy perfectamente. Excepto por el calor y porque tengo que esconder la novela bajo las sábanas cada vez que entra mi padre.

Evelyn se inclinó hacia delante para examinar el lomo del libro de la señorita Wychwood.

—¿Qué está leyendo?

—El tercer volumen de *El secreto de lady Audley*. Es muy emocionante. Una de mis favoritas. Habla de una preciosa joven que...

—No nos lo cuentes —le advirtió Anne.

—No pasa nada —terció Evelyn—. Ya lo he leído. —Cuando se había publicado a principios de ese mismo año, la biblioteca circulante de Combe Regis consiguió añadir los tres volúmenes a su colección. La novela se había hecho muy popular entre las jovencitas del pueblo, incluidas las hermanas Maltravers —. Te atrapa enseguida, ¿verdad?

—Oh, sí. Lady Audley es mi personaje preferido.

Anne se echó a reír.

—La villana, claro.

—Es verdad que es la mala de la historia —reconoció—. Pero es imposible no admirarla un poco. Imagina ser tan retorcida, tan deliciosamente diabólica, como para cambiarte el nombre y crearte toda una vida nueva.

Evelyn nunca lo había visto de esa forma, pero suponía que la señorita Wychwood tenía parte de razón. Una dama que sabía lo que quería y no vacilaba en ir a buscarlo era digna de reconocimiento.

—Si hubiera evitado la bigamia y no hubiera tratado de asesinar a varias personas para conseguirlo...

—Sí —reconoció Anne, terminándose sus bombones—. Ahí se pasa de la raya.

—A mí lo de la bigamia no me parece tan mal —confesó Julia—. Yo soy incapaz de encontrar un marido, ya no hablemos de dos. —Volvió a acomodarse entre los almohadones—. Ojalá pudiera marcharme a algún lugar donde no me conociera nadie. Un sitio donde pudiera reinventarme y empezar de cero. Como lady Audley, pero sin las partes violentas.

Anne se sacó un pañuelo del interior de la amplia manga de pagoda y se limpió el chocolate de los dedos.

—Sí, pero allí donde fueras habría algo que siempre seguiría siendo igual.

—¿El qué?

—Pues tú, claro. Una persona no puede cambiar del todo.

—En el fondo no —admitió Evelyn—. Pero por fuera sí. Con la ropa y el marco adecuado.

Las dos se quedaron mirándola.

Ella vaciló un momento antes de confesar:

—Yo pretendo conseguirlo.

El pálido rostro de la supuesta enferma se iluminó.

—Ah, ¿sí? ¡Qué emocionante!

—Tú eres la única de nosotras que puede hacerlo —admitió Anne —. Tú eres una página en blanco. Nadie te conoce en la ciudad, excepto ese caballero que te estaba mirando ayer en el parque. ¿Quién dijiste que era? ¿Stephen *nosequé*?

—Connaught.

La mera mención de su nombre bastó para hundirle el ánimo.

Habían pasado menos de veinticuatro horas desde que lo viera en Rotten Row y ya estaba segura de que su presencia en la ciudad era su espada de Damocles. No sabía qué podía hacer o cuándo, pero su plan podía estar en peligro.

La señorita Wychwood alternó la mirada entre las dos muchachas.

—¿Quién es?

—Un vecino que tenía cuando vivía en Sussex. Solíamos salir a montar juntos. Y durante una época pensé que tal vez acabaría declarándose.

Anne se guardó el pañuelo.

—Imagino que no lo hizo.

—No. Lo cierto es que ni siquiera somos amigos. Ha pasado mucho tiempo desde entonces.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Julia.

Antes de que pudiera responder, alguien llamó a la puerta.

La señorita Wychwood respondió al sonido con cómica inmediatez. Volvió a esconderse bajo las mantas con la rapidez del rayo, apoyando la cabeza en la almohada y escondiendo la caja de bombones y la novela.

—Adelante —dijo con un hilo de voz.

La puerta se abrió unos centímetros. Una joven se asomó a la habitación. Llevaba una capa de lana y la capucha todavía puesta.

—Soy yo.

—¡Stella!

Anne se levantó de la cama de un salto para ir a recibirla. Las dos se dieron la mano y se besaron en la mejilla.

Evelyn se puso en pie. Debía de ser la señorita Hobhouse, la tercera de las Furias. Era una joven extrañamente hermosa, con unos enormes y luminosos ojos azules, tan pálidos que parecían plateados. Jamás había visto un color como ese. Parecían de otro mundo.

—¿Cuándo has vuelto? —preguntó Anne.

—Ayer por la noche, después de cenar. Pensaba que te vería montando por el parque esta mañana. Estaba allí sobre las ocho.

—Saldré a montar esta tarde, y Julia no piensa hacerlo en todo el día a menos que consigamos convencerla para que se levante de la cama. —Tiró de la recién llegada—. Ven a conocer a la señorita Maltravers. Acaba de llegar de Sussex. Evie, esta es Stella Hobhouse, la mejor amazona de todas nosotras.

La aludida sonrió.

—Lo dice porque salgo a montar muy a menudo. Y eso se debe más al temperamento nervioso de mi caballo que a mis habilidades como amazona. —Le tendió la mano—. Es un placer conocerla.

Evelyn se la estrechó.

—Lo mismo digo.

—La señorita Maltravers tiene un alazán español —precisó la señorita Wychwood—. La primera vez que la vi, lo montaba solo con filete.

—Vaya. Debe de estar muy bien entrenado. —Stella se quitó la capucha.

Evelyn abrió los ojos de par en par. Llevaba todo el pelo trenzado y completamente recogido. Su cabello brillaba y se veía muy sano. Pero era completamente gris.

La joven advirtió la mirada de Evelyn. Esbozó una sonrisa de medio lado.

—No te asustes. Lleva así desde que cumplí los dieciséis.

—Mi madre está convencida de que tiene que ver con el mundo espiritual —comentó Anne.

—Y eso es justo lo que pienso decirle a cualquier caballero que me lo pregunte esta temporada. —La señorita Hobhouse se sentó en un lado del colchón—. El problema es que nunca preguntan. Solo me miran horrorizados.

Anne se sentó en la cabecera de la cama al lado de la señorita Wychwood.

—Evie también ha venido a pasar la temporada.

—Su primera temporada —apuntó Julia.

—¿La primera? —Miró a Evelyn con curiosidad—. No acaba de salir usted de la escuela, ¿no?

—Claro que no —respondió mientras volvía a sentarse—. Tengo veintitrés años.

La señorita Wychwood puso gesto de sorpresa.

—¿Tan mayor es?

—Julia... No hagas caso. Nosotras no somos mucho más jóvenes —terció Anne.

—Sí, pero tú y yo ya vamos por nuestra tercera temporada, y Stella

por la segunda. La señorita Maltravers acaba de empezar.

La señorita Hoghouse frunció el ceño.

—Maltravers. Tengo la sensación de haber oído ese apellido en alguna parte. Tiene usted una hermana, ¿verdad?

—Varias. Cuatro más pequeñas. —Se preparó mentalmente antes de añadir—: Y una mayor.

—Debe de ser esa —concluyó Stella—. Estuvo involucrada en algún incidente, ¿verdad?

Evelyn intercambió una mirada con Anne. Ella era la única que lo sabía. Su madre sin duda estaría al corriente, porque el tío Harris se lo habría contado. Solo Dios sabía cuántos detalles habría compartido.

—Fue hace años —medió Anne—. Pasado y olvidado.

—¿Hubo un escándalo? —preguntó Julia.

—Un escándalo. —A Stella se le iluminaron los ojos—. Ahora lo recuerdo. Huyó, ¿verdad? Con el hijo de un baronet, o... —Se calló de golpe, con las mejillas encendidas—. Ay, lo siento. Debe de resultarle doloroso recordarlo. Y yo aquí tirando del hilo.

—No es doloroso —aseguró Evelyn—. Solo inconveniente.

—Lo entiendo perfectamente. —la señorita Hobhouse la miró con complicidad—. Le pido disculpas de nuevo, señorita Maltravers.

Evelyn creía en su sinceridad. Ninguna de aquellas muchachas parecía cruel o maliciosa. En realidad, parecían exactamente iguales a ella, damas que no acababan de encajar.

—Por favor —dijo—, preferiría que me llamaran por mi nombre de pila. O Evie, si les gusta más. Me parece una tontería seguir con tantas formalidades.

La señorita Hobhouse accedió enseguida.

—Sería un honor, siempre que tú aceptaras llamarme Stella.

La señorita Wychwood asintió.

—Y a mí puedes llamarme Julia.

—Ahora que ya hemos terminado con las formalidades —intervino Anne—, ¿creéis que podemos centrarnos en la semana que tenemos por delante? El baile de mi madre es el próximo viernes, y después de ese evento nuestra temporada habrá comenzado oficialmente. Eso nos deja ocho días de libertad, y no se pude desperdiciar ni uno solo metida en la cama.

Julia arrugó un poco el ceño.

—Pero Anne...

—Propongo que salgamos a montar mañana. Podemos quedar al alba si queréis, para evitar a la multitud. —Miró a Julia con complicidad—. Ya no podrás seguir en la cama. Si no, todo habrá empeorado cuando por fin te levantes.

Stella agarró la mano a Julia.

—Después te sentirás mejor. Galopar un poco siempre lo pone todo

en su sitio.

—Estoy de acuerdo —admitió Evelyn—. Nunca me siento más despejada que después de un buen paseo a caballo. Es la única forma que tengo de poner toda mi vida en perspectiva.

Julia se incorporó un poco.

—Supongo que podría ir. Siempre que sea lo suficientemente pronto y que estemos juntas.

Anne rodeó a Julia por los hombros.

—Pues claro que sí.

Capítulo 15

Ahmad bajó del ómnibus abarrotado y cruzó Commercial Road sorteando el tráfico para internarse en los suburbios del East End, su hogar durante una época de su vida. Nunca había tenido ningún motivo para regresar desde que dejara de trabajar para la señora Pritchard. No había tenido por qué volver a aquellas calles que tan bien conocía o visitar las tiendas donde había comprado de adolescente.

Hasta ese momento.

De pronto le vino a la mente la imagen de Evelyn Maltravers. El elegante contorno de su rostro ensalzado por la obstinada posición de la barbilla y el decidido brillo de los delicados ojos.

«Lo que ocurre es que usted me gusta», le había dicho.

Se le calentó la sangre al recordarlo.

Últimamente no conseguía borrarla de sus pensamientos.

Era comprensible. A fin de cuentas, ella era su musa. La motivación que lo había llevado hasta allí esa mañana.

Se preguntó qué pensaría ella de ese lugar, del vecindario en el que él había pasado trece años de su vida. ¿Se sentiría asqueada? ¿Repugnada? Quizá fuera una chica de pueblo muy sensata, pero seguía siendo una dama. Una mujer inglesa bien educada y de buena cuna, protegida de la peor cara de la sociedad.

Estaba convencido de que ella jamás habría puesto un pie en aquella zona de la ciudad.

Al subir por un callejón y doblar por el siguiente, percibió el hedor de una ráfaga de aire fétido procedente de los muelles de las Indias Orientales. Y con el olor, el aluvión de recuerdos.

No había cambiado nada.

Incluso las personas parecían iguales.

No le sorprendía. La gente de por allí no gozaba de muchas oportunidades de marcharse. Nunca tenían ocasión de ascender en la escala social, ni en su propia esfera ni en el mundo que los rodeaba.

Los que no habían fallecido a causa de la bebida o la desesperación seguían empujando los mismos carros y vendiendo las mismas mercancías, seguían pasando el rato en los mismos bares y apoyándose en los mismos umbrales. Sinvergüenzas con la cara sucia y mujeres ebrias de ginebra que convivían con niños andrajosos, lánguidas prostitutas y pescadores destrozados.

Entre esas gentes, Ahmad advertía de vez en cuando el rostro de algún indio. Marineros lascares, bengalíes y yemeníes que disfrutaban de sus permisos al bajar de las embarcaciones inglesas. O bien se habían quedado sin trabajo al llegar y trataban de buscarse la vida en una tierra extraña, lejos de sus casas.

No era tan extraño.

Durante los primeros años que había pasado en el establecimiento de la señora Pritchard, conoció una pequeña comunidad de indios musulmanes que vivían cerca de allí. Todo el mundo sabía que se reunían a menudo para rezar. Él podría haberse unido a ellos si hubiera estado dispuesto a aceptar su fe. Y se había sentido tentado de hacerlo.

Pero no.

Su tía los había educado a Mira y a él con pocas referencias religiosas, una ligera imitación del cristianismo que practicaban los colonizadores. Otra forma de fingir comportamientos ingleses. Era una consecuencia de ser medio blancos, ese continuo deseo de comportarse igual que los ingleses. De ser británicos. Como si negar su condición india los hiciera más respetables ante los ojos de los *sahib* y los *memsahib* que gobernaban su país.

Pero nunca había sido así. Por lo menos según su experiencia.

Por mucho que fingieran, Mira y él nunca consiguieron encajar en un mundo al que no pertenecían. Por eso siempre había sentido curiosidad por la presencia de otros indios en el East End. El motivo de que se planteara unirse a ellos a pesar de su falta de fe. De niño había sido importante para él ver a personas parecidas a él, incluso a pesar de no tener nada en común. Aunque fueran extranjeros.

Había algo que sí se podía afirmar de las zonas portuarias: quizá no fuera especialmente deseable vivir en ellas, pero gozaban de una diversidad inexistente en Mayfair.

Ahmad se caló bien el sombrero y siguió caminando hasta que llegó a la esquina de Lost Hope Yard. Allí se erigía un edificio de madera que se inclinaba peligrosamente sobre sus cimientos. En la fachada principal se abrían dos ventanas manchadas de grasa que conferían a la siniestra estructura la apariencia de un hombre invidente que oteara a ciegas en la plaza desierta.

El local de abajo albergaba la tienda de un trapero. La misma que conoció cuando era más joven. El primer piso disponía de dos

pequeños cubículos —no mayores que un armario— que pertenecían a Becky Rawlins. Era lo más parecido a un alojamiento respetable que la joven había conseguido encontrar después de abandonar el establecimiento de la señora Pritchard.

La campanilla de latón que colgaba delante de la puerta tintineó al entrar Ahmad. Lo recibió el olor a sábanas mohosas y madera podrida.

La señora McCordle estaba sentada al pie de la escalera revisando una pila de ropa vieja. Lo miró.

—¿Quién anda ahí?

Ahmad no creyó oportuno identificarse.

—¿La señorita Rawlins se encuentra en casa?

—Sí. Está arriba. Pero no quiero líos. Esta no es esa clase de establecimiento.

—Esperaré a que vaya a avisarla.

La mujer frunció el ceño.

—¿Espera que yo suba la escalera? ¿Con el reuma que tengo? —Siguió rebuscando entre sus harapos—. Vaya a buscarla usted mismo. Y rapidito, o sabré lo que se propone.

Ahmad subió los escalones desvencijados. Crujían bajo su peso. Un sonido siniestro. El corto pasillo que encontró en el piso superior no era menos inestable, los tablones del suelo estaban hundidos y en el techo había manchas de agua que goteaba por las esquinas. Olía a descomposición y a humedad. Estaba completamente podrido.

Llamó a una de las dos puertas.

—¡Un minuto! —gritó una voz estridente.

Pasaron varios segundos antes de que la puerta se abriera un palmo, todo lo que daba de sí la cadena, y Ahmad viera al otro lado el rostro preocupado de Becky.

Era joven. Más que Mira, aunque era imposible adivinarlo por su aspecto. Tenía arruguitas en las comisuras de los ojos y se le había encorvado la espalda de pasar tantas horas cosiendo. Había conseguido ser libre e independiente, que no era poco, pero no había tenido una vida fácil desde que dejara el negocio de la señora Pritchard.

—¡Ahmad Malik! ¿Eres tú? —Quitó la cadena—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a invitarte a dar un paseo —afirmó—. Busca tu chal.

Becky alzó las cejas, pero no hizo preguntas. Desapareció dentro de la estancia un momento. Cuando volvió a salir, llevaba un chal de punto sobre los hombros y un viejo gorrito de tela en la mano. Se lo colocó sobre su apagado cabello rubio y se lo anudó bajo la barbilla.

—Me vendrá bien tomar un poco de aire fresco.

—No es todo lo fresco que debería para mi gusto —puntualizó Ahmad mientras bajaban las escaleras.

—Bueno, no tiene nada que ver con el aire que tenéis en Mayfair. Pero lo prefiero al que tengo que respirar en mi habitación. Hay días que pienso que jamás saldré de ahí. —Le gritó a la señora McCordle cuando pasaron por su lado—: ¡Salgo un momento, señora McCordle!

—Pórtate bien, querida —le advirtió la anciana—. Yo no alquilo habitaciones a muchachas que se meten en líos.

Ahmad le abrió la puerta. La campanilla volvió a tintinear anunciando su salida.

—¿Cómo te va todo?

—¿Con la costura? —La joven salió al patio—. Me mantiene ocupada. Y eso es bueno. Cada vez que me aumenta el trabajo, la señora McCordle me sube el alquiler.

Ahmad la siguió, dejando que la puerta se cerrara de golpe a su espalda. Empezaron a caminar juntos.

—No tiene ningún derecho. Y menos por este agujero.

La habitación de Becky no era más que eso. Y la ubicación, todavía menos recomendable. Mientras algunas de las calles más pobres del vecindario conservaban cierta dignidad a pesar de su suciedad, Lost Hope Yard resultaba tan lúgubre como sugería su nombre.

A la sombra de las torres de las chimeneas, la calle que tenían por delante estaba completamente vacía, salvo por la muchacha andrajosa que iba seguida de un grupito de niños igual de harapientos. Cuando pasaron por su lado, los pequeños miraron a Ahmad con sus caritas sucias y una mezcla de curiosidad y desconfianza.

—*Ei*, Becky —dijo la muchacha.

—*Ei*, Lizzy. —Sonrió a la chica antes de volverse de nuevo hacia Ahmad—. ¿Agujero dices?

—Siendo generoso.

—Algunos nos conformamos —contestó molesta—. No todas tenemos el lujo de acabar siendo doncellas de alguna dama o servir a los ricos.

—Los Finchley no son ricos. Y yo ya no soy su sirviente.

La joven lo miró preocupada.

—¿Te has quedado sin trabajo?

—No. Por fin estoy haciendo lo que siempre he deseado.

—No me digas que estás diseñando vestidos para las damas.

—Pues sí.

La joven sonrió, dejando ver un hueco en la dentadura.

— Dios, ¡mírate! ¡Te has convertido en modisto!

—Por eso he venido a verte. Tengo un encargo para ti. No creo que pueda acabarlo a tiempo, ni siquiera con ayuda de Mira.

Becky se cruzó de brazos.

—Dime.

—Necesito otro par de manos. Alguien que sepa coser siguiendo

mis instrucciones y sea capaz de trabajar con distintos adornos. Cuentas de cristal, plumón de cisne y esas cosas.

Ahmad había esbozado media docena de ideas la noche anterior al regresar de Russell Square. Diseños para vestidos de baile, de noche y de día. Prendas que realzaran los muchos encantos de la señorita Maltravers y consiguieran llamar la atención de la alta sociedad. Tenía que lograr que todos lo vieran como lo veía ella.

—¿Y dónde habría que hacer el trabajo? —preguntó Becky—. No tienes tienda, ¿verdad?

—Todavía no tengo establecimiento propio. Pero suelo trabajar en una sastrería que está en la calle Conduit. Si consigo convencer al propietario, lo que me gustaría es que Mira, tú y yo trabajemos juntos en el taller de ese local. Si no...

—Yo podría hacerlo en mi habitación —se ofreció ella—. Como la costura...

Pasaron junto a la puerta desvencijada de una posada. Una mujer muy dejada con el rostro sonrojado por la bebida se asomó por la ventana del segundo piso a gritarle a una vecina del otro lado de la calle.

—Es una posibilidad —admitió Ahmad—. O podrías hacerlo en el lugar donde me alojo yo. Es mejor que esto. Y está mejor ventilado.

—¿Y dónde vives? —preguntó.

—En la calle King William.

—¿Y Mira estaría allí?

—La mayor parte del tiempo, sí.

—¿Y tú?

—Yo seguiría trabajando en la sastrería. Es más práctico. Y de esa forma, no tendrías que estar a solas conmigo.

Ella resopló con desdén.

—Eres el último hombre del mundo que me preocupa en ese sentido. Después de lo que hiciste por mí...

—Lo que me preocupa es tu reputación.

—¿Mi reputación? —Se echó a reír—. Solo tú podrías decir una cosa así. Para el resto del mundo, no soy más que una prostituta.

Ahmad frunció el ceño. La agarró del brazo un momento para ayudarla a sortear un charco de la calle.

—Tú no eres prostituta. Eres costurera.

—Ya no importa cómo me gane la vida en este momento. Cuando te la has ganado abriendo las piernas, ya no puedes limpiar tu imagen.

—Tonterías.

A él no le gustaba verla de esa forma, como si no hubiera modo de superar el pasado en el negocio de la señora Pritchard. Ya no había forma de vivir feliz cuando te habías arruinado a ojos de la sociedad.

Su madre siempre lo había creído.

Ella había sido incapaz de enfrentarse al desdén de su comunidad. Había elegido rendirse antes que vivir con vergüenza. Como resultado, había dejado a Ahmad al cuidado de su tía. Él había crecido en un pueblo donde los hombres utilizaban y abandonaban a las mujeres. Mujeres fuertes, supervivientes. Como la mayoría de las que había conocido en el establecimiento de la señora Pritchard.

—Recuerda bien lo que te digo —repuso Becky—. Yo viviré en el segundo piso de la casa de la señora McCordle hasta el día de mi muerte, y eso con suerte. Ahora mismo no sirvo para nada más. Por no hablar del matrimonio. Yo nunca me casaré ni podré tener una familia. Ningún hombre bueno me aceptaría nunca.

—Si no te quieren por tu pasado, no son buenos hombres. Por lo menos así es como yo lo veo.

La joven le dio un empujoncito con el hombro.

—Qué tonto eres. Has vivido demasiado tiempo rodeado de mujeres como yo. Un auténtico caballero inglés de verdad jamás le ofrecería trabajo a una chica así.

—Yo nunca he aspirado a ser un auténtico caballero inglés. —La miró—. ¿Qué me dices? ¿Tienes tiempo?

Ella se encogió de hombros.

—Podría ser. ¿Me pagarías lo mismo que gano con los arreglos?

—Espero poder pagarte más.

—¿Más?

—Además de las ventajas.

Ella se echó a reír.

—¡Como si el dinero no fuera suficiente!

—Además del dinero, tendrás la satisfacción de haberme ayudado a labrarme un futuro. El futuro de todos nosotros, si las cosas salen tal como espero.

—¿Y eso qué significa? ¿El futuro de todos?

—Si consigo que la gente vea mis diseños... que los vean y quieran encargar nuevos vestidos... Al final de la temporada podría estar en situación de abrir mi propia tienda.

La comprensión iluminó los cansados ojos de Becky.

—Y necesitarás buenas costureras.

Ahmad sonrió.

—Exacto.

* * *

Al día siguiente, cuando amaneció en la ciudad, Evelyn entró en el parque con *Hefesto*, seguida de cerca por Lewis. El paisaje estaba todavía envuelto por la niebla de la mañana, que se agarraba a los arbustos y a las ramas de los árboles. El día era frío y húmedo, pero las sombras empezaban a disiparse rápidamente gracias a los

brillantes rayos de luz solar que se colaban por entre las nubes.

Evelyn levantó la vista al cielo y observó cómo clareaba. Sintió cierto alivio. Ya no quedaba ni rastro de la tormenta que le había impedido salir a montar la tarde anterior.

Confió en que no volviera a llover. No podía permitirse perder más días, debía salir a montar a diario, pues su propósito dependía de lo mucho que se luciera durante la hora punta.

Hefesto dio unos saltitos debajo de ella al tiempo que masticaba su bocado.

—Tranquilo, chico —murmuró, alargando la mano para rascarle el cuello.

—Esta mañana está muy engreído —apuntó Lewis—. Tenga cuidado de que no intente nada con esa yegua de allí.

—¿Qué yegua?

—Aquella —indicó el mozo.

Entonces Evelyn vio a Stella Hobhouse al otro lado del prado, acercándose a lomos de una imponente yegua con el pelaje blanco plateado. A pesar de su gran tamaño, los rasgos del animal eran refinados, con un elegante morro cóncavo y los ojos muy grandes. Arqueaba el cuello y la cola como acostumbran a hacer los caballos árabes cuando están nerviosos.

Stella gobernaba muy bien a la apasionada criatura, llevaba las manos relajadas y su postura era impecable, incluso mientras la yegua bailaba y se movía inquieta.

Evelyn estaba impresionada. Agarró con fuerza las riendas de *Hefesto* y se acercó a ella.

—Buenos días.

—Buenos días —saludó Stella—. ¿Somos las primeras en llegar?

—Eso parece. —Evelyn llevaba a *Hefesto* al paso—. Espero que a Julia le apetezca salir a montar esta mañana.

—Seguro que sí. —La señorita Hobhouse acercó la yegua a *Hefesto*. Una suave brisa agitó el velo de su sombrero de montar. Estaba hecho con una redecilla negra y ocultaba prácticamente del todo su cabello plateado—. Anne ha ido a buscarla.

—¿Entonces vamos hacia Rotten Row? —preguntó Evelyn.

—Creo que será lo mejor. *Locket* no puede pensar con claridad hasta que se ha dado una buena carrera al galope.

—¿*Locket*? ¿Así es como se llama? —Le pareció un nombre muy bonito para un precioso animal—. Anne dijo que era un cruce de pura sangre.

Stella asintió.

—Es de *Stockwell*.

Evelyn conocía el nombre. *Stockwell* era uno de los mejores sementales de Inglaterra.

—¿Y la madre?

—Una yegua mestiza. Medio árabe medio vete a saber qué. Por lo visto, el propietario de la yegua pensó que el resultado sería un animal muy resistente. Pero lo que obtuvo fue una yegua asustadiza y despreciada cuando la encontré.

Evelyn no se lo podía creer.

—Pero si *Stockwell* es el padre...

—Así es. Podrían haberla utilizado para criar. Por desgracia, estuvo a punto de matar a su último jinete, la muy tonta. Era el hijo de un conde. Se creía un jinete de primera. —Sonrió con ironía—. Me parece que la experiencia dejó un poco tocada su masculinidad.

—Es una suerte que aparecieras tú.

—Mucho. La primera vez que la vi, *Locket* estaba encerrada en un corral en las afueras de mi pueblo. Se la compré a aquel hombre enseguida. Fue muy irresponsable por su parte vendérsela a una jovencita. O eso dijo mi hermano. Estaba indignadísimo. —Hizo un alto en el relato para precisar—: Es mi tutor, y es muy estricto. Solo me permite salir a montar porque lo considera una actividad noble ante la que nadie podría objetar nada en su congregación.

—¿Tu hermano es miembro del clero?

—Así es. Y muy severo. —Frunció el ceño, pero enseguida adoptó una expresión divertida—. Imagínate cómo fue mi primera temporada bajo su permanente vigilancia.

—¿Fue muy duro?

—Horrible. Todo el mundo se metía conmigo por mi pelo gris. Un caballero incluso llegó a componer unos versos muy groseros sobre mí. La gente se estuvo riendo durante varios meses.

—Qué horror.

—La verdad es que sí. —Recolocó las riendas—. Lo único bueno del año pasado fue conocer a Anne y a Julia. Fueron ellas las que me convencieron de que participara en la segunda temporada. De no haber sido por ellas y por *Locket*, creo que hubiera desistido.

—Montas muy bien —reconoció Evelyn mientras entraban en Rotten Row.

—Conozco muy bien a esta yegua. Ella necesita cansarse, eso es todo. De lo contrario, su energía la confunde. —Espoleó al animal para que empezara a avanzar a medio galope—. ¿Vamos?

Hefesto resopló y agitó su espesa crin negra. Él sabía comportarse en compañía de yeguas, pero seguía siendo un semental. Estaba tenso y brincaba un poco más de lo habitual, no le iba a costar arrancar.

Evelyn se aseguró de que estaba bien sentada y llevaba las riendas bien agarradas antes de animarlo a seguir, primero a medio galope para después abandonarse a galopar sin freno.

El viento le azotaba el rostro y le silbaba en los oídos mientras la

falda de su traje de montar verde se agitaba a su espalda. Tenía la impresión de estar participando en una carrera de caballos. En la de san Leger o en Newmarket Stakes.

Hefesto era más grande y poderoso, pero *Locket* tenía la zancada más larga. Cada vez que la adelantaba, ella lo alcanzaba enseguida con las orejas hacia atrás y el hocico estirado como si fuera en busca de una línea de meta imaginaria.

—Está decidida a no dejarse ganar por ningún semental —dijo Stella riendo, mientras tiraba de las riendas para conseguir que la yegua redujera a medio galope—. Aunque sea un apuesto demonio como el tuyo.

Evelyn se acomodó a su paso y los dos caballos empezaron a avanzar a la par.

—Será cosa de su linaje de caballo de carreras.

—Es posible. Siempre quiere correr y ganar. Es una lástima que tuviera fama de ser complicada. Podría haber hecho una carrera brillante.

—¿No me digáis que ya los habéis agotado? —gritó una voz femenina.

Era Anne, que se acercaba subida a lomos de *Azafrán*. Julia trotaba a su lado montada en su enorme cazador negro. Dos mozos ataviados con sus respectivas libreas las seguían a caballo.

—No seas ridícula —respondió Stella—. Podría montarla todo el día y ella seguiría teniendo ganas de galopar.

—Siento el retraso —se disculpó Julia.

Anne esbozó una mueca.

—Ha sido culpa mía. Ya estaba casi en la puerta cuando mi madre me ha interceptado. Ha pasado la noche en vela, preocupada. Por lo visto, oyó por casualidad a lady Heatherton decir que el baile anual de Arundell ha perdido el encanto.

La brisa agitó las plumas del altísimo sombrero de montar de Julia.

—Eso no es cierto.

—Y menos este año —apuntó Anne—. Mi madre no ha reparado en gastos. Incluso ha invitado a ese tipo que escribe el almanaque astrológico. Vendrá a hacer de adivino. Mi madre estaba muy emocionada. De no haber sido por lady Heatherton...

—No hay que dar importancia a nada de lo que diga esa mujer —replicó Stella—. Es una gata maliciosa que araña indiscriminadamente.

—Ya lo sé —reconoció su amiga—. Pero esa mujer crea tendencia. Y todo lo que dice tiene mucho peso, por muy malicioso que sea.

—¿Quién es lady Heatherton? —preguntó Evelyn.

—La esposa del vizconde de Heatherton —le aclaró Julia—. Es rica y hermosa.

—Y su marido es muy viejo —añadió Stella.

La señorita Wychwood asintió.

—Muy viejo.

—Por eso ella siempre está al acecho. —Anne colocó bien los pliegues de su traje de montar—. Debemos andarnos con cuidado y mantener las distancias con ella esta temporada. La edad no le ha mejorado el ánimo. A decir verdad, es cada día más desagradable.

Stella hizo un ruidito de fastidio.

—Por increíble que parezca.

—Siento pena por ella —añadió Julia.

—Yo antes sentiría pena por una cobra —repuso Stella.

—Imagino que nos evitará a las tres —comentó Anne—. Es la ventaja de haber fracasado estrepitosamente en el mercado del matrimonio. —Miró fijamente a Evelyn—. Es a ti a quien verá como una amenaza.

—¿A mí? —repitió asombrada—. ¿Y por qué?

—Le encanta cebarse con las jovencitas debutantes —respondió Stella—. Y tú eres nueva, diferente.

Anne intercambió una mirada con Evelyn.

—Stella tiene razón. Tu paseo a caballo del miércoles ya ha despertado el interés de todo el mundo.

Sintió una punzada de emoción en el pecho. Ya sabía que había causado sensación paseándose con *Hefesto* por Rotten Row. Había visto la reacción de todo el mundo en primera persona. Pero quedarse mirando a una dama y mostrar el interés suficiente como para acercarse a hablar con ella eran dos cosas completamente distintas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Tengo ojos —afirmó Anne—. Y no es solo eso. El señor Fillgrave cenó con mi madre ayer por la noche. Vino con la excusa de hablar sobre algo relacionado con la sociedad de anticuarios, pero enseguida encontró la forma de preguntarme por mi «hermosa amiga ecuestre».

—Señor Fillgrave. —La emoción de Evelyn se apagó al recordar al caballero de las pobladas patillas—. ¿El de las yeguas españolas?

—El mismo. —Anne chasqueó la lengua para que *Azafrán* avanzara —. Va a venir al baile.

—¿Ese hombre es lo mejor que podemos esperar de esta temporada? —preguntó Stella.

Julia parecía horrorizada.

—¡Espero que no!

—No lo sé —admitió Anne—. La muerte del príncipe Alberto ha ensombrecido mucho los ánimos. No creo que viaje tanta gente a Londres este año, y si lo hacen, esperarán a junio o julio.

—Mientras vengan... —dijo Evelyn.

Julia condujo a *Cossack* al lado de *Hefesto*.

—No te desesperes. Siempre nos quedará la próxima temporada.
Evelyn apretó las riendas sin darse cuenta.
—A mí no.

Capítulo 16

Ese mismo día, un poco más tarde, Evelyn estaba sentada sobre el caballo de madera del taller de Doyle y Heppenstall mientras el señor Malik cosía los bajos de su segundo traje de montar. Estaba confeccionado con una brillante tela negra muy fina y tenía un corsé que descendía hasta la cintura por la espalda. Por delante era más corto, tenía unas solapas muy anchas, conocidas como reversos, que se abrían para revelar un estiloso chaleco debajo. La falda era acampanada, las mangas pegadas a los brazos, y en el cuello llevaba un pañuelo de seda de color burdeos.

Evelyn estaba tan arrobada por aquel traje tan moderno que estuvo a punto de no darse cuenta de que el señor Malik estaba arrodillado a sus faldas.

A punto.

Trabajaba con la cabeza agachada y le brillaba mucho el pelo negro. Iba en mangas de camisa, como siempre que se afanaba poniendo alfileres y marcando las prendas para los arreglos. Y eso confería una intimidad a todo lo que hacía que ella percibía con absoluta claridad.

Como si las cosas no fueran ya lo bastante íntimas.

Cielo santo. La última vez que lo había visto, ella le había confesado que él le gustaba. Que se sentía atraída por él. Y él le había asegurado que sentía lo mismo.

Todo tendría que ser distinto entre ellos. Los dos volvían a estar solos en el probador, porque Agnes había ido a la tienda de guantes a por un encargo de Evelyn; no tardaría en volver.

—Este lo ha terminado muy deprisa —comentó ella.

—He tenido ayuda —repuso sin levantar la cabeza.

—Ah, ¿sí?

—He contratado a dos costureras para que me ayuden. Espero que pueda conocerlas pronto.

—¿No están aquí?

Negó con la cabeza.

—Doyle no deja entrar mujeres en el taller. —Insertó un nuevo alfiler para marcar el dobladillo—. Hasta que cambie de opinión, Mira y Becky trabajarán en mis aposentos.

«Mira y Becky».

Evelyn se preguntó si serían jóvenes y hermosas. Si hablarían con el señor Malik con confianza. Imaginaba que sí. Y además estaban en sus aposentos y podían ver una faceta de él que ella jamás llegaría a conocer.

—¿Vive cerca de aquí?

—Vivo encima de la tetería que hay en la calle King William. Es una lástima que no podamos hacer las pruebas allí. Necesito otro par de manos para probarle el vestido de baile.

—Podrían venir a Russel Square —sugirió—. A mi tío no le importará teniendo en cuenta que su trabajo redunda en su propio beneficio.

Ahmad la miró con curiosidad.

—Cuanto antes me empareje, antes se deshará de mí.

Él frunció el ceño. Pareció dudar unos momentos.

—Está bien. Será mejor que nos aprovechemos de los servicios de Mira y Becky mientras podamos disponer de ellas.

—¿No las ha contratado de forma permanente?

—Mira es mi prima. Me ayuda siempre que puede.

«Su prima».

Evelyn sintió un evidente alivio.

—¿Y Becky? ¿También está emparentada con usted?

—No. A ella la conozco desde hace mucho tiempo. Es una costurera muy competente que necesitaba trabajo. Su empleo depende de lo que ocurra esta temporada. De los encargos que yo reciba.

—En otras palabras —dijo ella—, depende de mí.

Los dedos de Ahmad se congelaron en el dobladillo. Volvió a levantar la cabeza.

—¿Nerviosa?

—Un poco. —Esbozó una tímida sonrisa—. Más que un poco.

Él se puso en pie.

—Tengo algo que podría ayudar.

Salió del probador y regresó unos segundos más tarde con varios metros de una luminosa seda de color blanco crema extendidos sobre el brazo.

Evelyn se enderezó.

—¿Es mi vestido de baile?

—Una parte.

Le acercó la tela. El suave tono perla era tan delicadamente seductor como la luz de la luna.

Evelyn la rozó con los dedos. Lo más probable era que Anne y lady Arundell fueran a ir de negro al baile, pero ella no tenía restricciones respecto al color de su vestido. Y había dejado la elección en manos del señor Malik.

—¿Ve cómo se complementa con su piel? —Acercó la cabeza al mostrarle la tela y sus hombros prácticamente se tocaban—. Se verá todavía mejor en el salón de baile. Mira está bordando cuentas de cristal en la parte superior de la falda, solo algunas, las suficientes para que reflejen la luz cuando usted baile.

—Caramba —murmuró ella.

—Tiene un don para los bordados. Le garantizo que ninguna otra dama del baile llevará nada que se pueda comparar.

—Da la impresión de que va a ser una prenda muy elegante. Espero estar a la altura.

—Lo estará. Créame.

Ella levantó la vista. Se miraron a los ojos.

Un temblor de deseo la recorrió de pies a cabeza.

Habían estado precisamente así cuando sus labios se rozaron. ¿Estaría él pensando lo mismo? ¿Recordaría lo que había sentido cuando casi la había besado?

O tal vez él no lo viera como un beso. Tal vez para un hombre con su vasta experiencia no hubiera sido más que un intercambio incómodo. El equivalente íntimo a que alguien se chocara contra él en medio de una multitud.

¡Qué horror!

—Yo confío en usted —admitió ella—. Sé que conseguirá sacarme el mayor partido. Pero eso no evita que me preocupe por cada detalle.

Él asintió, parecía comprender sus miedos.

—Cuando nos veamos para la próxima prueba, le traeré mis bocetos. ¿Cree que eso ayudará?

Ella relajó los hombros. No se había dado cuenta de la tensión que estaba acumulando.

—Sí. Gracias.

—No hay de qué. —Se fue a dejar el rollo de seda sobre la mesa del probador—. Debería haberlos traído hoy. De esa forma podría haber visto lo que tengo en mente.

—No pasa nada. Solo hace dos días que llegamos a un acuerdo. No esperaba que hubiera tenido tiempo de pensar en demasiados diseños para mí.

Él la miró desde la otra punta del probador. Había un brillo reflexivo en sus ojos negros. La misma expresión que a menudo la había llevado a pensar en un ángel caído.

—Solo he sido capaz de pensar en usted.

Evelyn notó los fuertes latidos del corazón en la garganta. No lo

decía en serio. No en el sentido que ella imaginaba. Era por los trajes, solo eso. Nada personal. Sin duda no se trataba de nada romántico. Y, sin embargo, no podía apartar los ojos de él.

A los labios del sastre asomó una irónica sonrisa.

—Ya le dije que es usted mi musa. Me ha tenido despierto toda la noche. —Regresó hasta ella y le alisó la tela de la manga. Fue casi como una caricia—. El problema no es que no tenga las ideas suficientes para usted, sino que tengo demasiadas.

* * *

Ahmad pasó los días siguientes cortando y cosiendo el vestido de baile de la señorita Maltravers. Hubo madrugones y noches largas. Momentos en los que creyó que quizá sus intenciones estuvieran por encima de su habilidad. Jamás en su vida había hecho algo que significara tanto para tanta gente.

Encorvado sobre la mesa de trabajo, deshacía puntadas y recosía costuras sin dejar de comparar lo que iba haciendo con su diseño.

En sus esbozos había plasmado un vestido de seda con una falda formidable. La parte inferior llevaba pliegues, la superior estaba hecha con gasa bordada y recogida a ambos lados con unos lazos. Esa misma gasa tan delicada enmarcaba el intrincado cuello del corsé. Era pronunciado, tanto por delante como por detrás, estaba pensado para dejar al descubierto una buena superficie de piel desnuda.

Y no cualquier piel.

Mientras trabajaba no dejaba de pensar en Evelyn Maltravers, a la que no conseguía apartar de su pensamiento ni un momento. Aquel vestido era tanto de ella como de él, hasta el bolsillo oculto que había cosido en la costura de la falda.

—Estás agotado —lamentó Mira, mientras él la acompañaba de vuelta a la calle Half Moon la noche previa a la prueba final de la señorita Maltravers.

Al contrario que Becky, que se marchaba de su casa pronto para llegar al East End antes de que anocheciera, su prima siempre esperaba que él la acompañara a casa por tarde que fuera.

—¿Y tú no? —La miró preocupado. Iba sentada frente a él en el coche de caballos alquilado. La lámpara del interior del vehículo proyectaba una tenue luz sobre el rostro de la joven—. Tienes ojeras, *bahan*.

—Cuando todo termine habrá valido la pena —aseguró—. Me encantaría poder verla con él puesto.

—La verás mañana.

Lo habían citado en Russell Square por la mañana. Y Mira lo acompañaría. En cuanto a Becky, ella continuaría con otro de los vestidos que Ahmad tenía en mente para la señorita Maltravers.

Había trabajo suficiente como para mantenerlos ocupados a los tres durante varias semanas. Esbozos para vestidos de día, vestidos de noche y de viaje. Faldas coloridas y camisas Garibaldi. Las prendas modernas para que una joven hiciera su debut, todas ellas influidas por su gusto por las líneas elegantes y las siluetas sensuales, y por la propia Evelyn Maltravers.

—No es lo mismo que verla en el salón de baile —afirmó Mira—, con las velas ardiendo y las lámparas del techo encendidas. Brillará como una estrella cuando esté bailando. Como un rayo de luna.

Ahmad se sentía satisfecho al pensarlo. A fin de cuentas, era su vestido. Su diseño. Pero imaginar a la señorita Maltravers bailando en brazos de algún caballero inglés desconocido no le gustaba nada. Por mucho que ella destacase como una estrella luminosa. Aunque ella brillara con tanta fuerza que todas las damas de Londres se presentaran en Doyle y Heppenstall pidiendo que les hiciera un vestido igualito al suyo, la idea no le hacía ninguna gracia.

Aquello era muy inoportuno. Los sentimientos que tenía por ella... Su musa. Su amazona de melena rojiza.

La quería para él.

* * *

La mañana siguiente, Mira y Ahmad partieron juntos hacia Russell Square con las distintas partes del vestido de la señorita Maltravers dentro de cajas. Cuando llamaron a la puerta de la cocina, los condujeron hasta la escalera del servicio en dirección al comedor del desayuno. Las cortinas estaban descorridas y el fuego encendido.

La señorita Maltravers aguardaba junto a la ventana y la luz del sol le iluminaba el pelo. Cuando se adelantó para saludarlos esbozó una sonrisa que le brilló en los ojos antes de extenderse por la suave curva de los labios.

—Señor Malik, ¿cómo está?

A él se le apelmazó el pecho cuando ella se acercó.

¡Aquella maldita reacción física!

Y ni siquiera habían llegado a tocarse.

Solo la había mirado. Había reparado en el delicado balanceo de su falda y en ese rizo rojizo que había escapado del moño para rozar la elegante curva de su mejilla. Los dedos le hormigueaban por la imperiosa necesidad que sentía de volver a ponerlo en su sitio.

El privilegio de un amante. O de un marido.

Ahmad se recordó que él no era ninguna de las dos cosas y que, por muchas intimidades que compartieran —las sesiones para tomar medidas o colocar alfileres—, nunca lo sería.

—Señorita Maltravers. —Inclinó la cabeza—. ¿Me permite que le presente a mi prima Mira?

Evelyn extendió la mano sonriendo con amabilidad.

Mira la observó con recelo antes de aceptarla.

—Me alegro mucho de conocerla. Tengo entendido que ha estado usted bordando mi vestido.

—Sí, señorita. —La prima del sastre retiró la mano.

—Estoy impaciente por verlo. —Hizo un gesto de invitación a que pasasen a la sala—. El ama de llaves de mi tío, la señora Quick, me ha cedido esta estancia. Espero que se adapte a lo que necesitamos.

Ahmad dejó las cajas sobre una silla tapizada con botones. En un rincón había un biombo con las pantallas de tela de seda ilustradas, y al lado vio un taburete tapizado con la altura perfecta para hacer los arreglos.

La señorita Maltravers le pidió a su doncella que la ayudara a cambiarse. Mira desapareció tras el biombo con ellas y después de muchos susurros y del crujido de la tela, Evelyn acabó emergiendo con el vestido de baile.

Era una auténtica joya. Ella resplandecía. El vestido tenía una magnífica falda doble acampanada y una pequeña cola a la espalda. El corsé se ceñía perfectamente a su figura gracias a varias pinzas que le daban forma, y una serie de costuras curvas que le sujetaban el talle formaban un espacio muy sensual a la altura de sus generosos pechos. Las mangas, cortas y con volantes, dejaban la mayor parte de los brazos al descubierto, y el cinturón de seda confería mayor definición a su cintura.

Ahmad se retiró un poco para mirarla, solemne y silencioso, a pesar de que su corazón amenazaba con salirse del pecho.

«Cielo santo».

Ella encarnaba todas aquellas cosas románticas y fantásticas que Mira había pronosticado. El brillo de las estrellas y los rayos de luna. Una visión de luminosa belleza. Cremosa piel marfileña y feroz pelo rojizo que se descolgaba de las horquillas.

Tragó saliva con dificultad.

No era momento de perder la concentración. El vestido no estaba terminado y precisaba toda su atención. En cuanto a la dama que llevaba el vestido...

—No tengo espejo —lamentó la señorita Maltravers—. Y a juzgar por sus expresiones debería sentirme agradecida por no tenerlo. Porque de lo contrario quizá me echara a llorar al verme con algo tan hermoso.

—Oh, señorita —murmuró Agnes—. Es precioso.

Mira recolocó la delicada gasa de la falda superior. Estaba recogida con lazos para revelar el dobladillo plisado de la falda de debajo. La luz del sol se reflejaba en los delicados bordados y hacía brillar las cuentas de cristal como diminutas estrellas.

—Debe tener cuidado de no desgarrar la gasa cuando quiera meter la mano en el bolsillo.

La señorita Maltravers abrió los ojos como platos por detrás de las gafas. Se miró la falda.

—¿Un bolsillo? ¿Qué bolsillo?

—Aquí. —Ahmad se puso delante de ella.

Era dolorosamente consciente de su pronunciado escote. Aunque él había diseñado el corsé para que fuera revelador, no se había preparado para la exuberancia de la imagen.

El calor empezó a treparle por el cuello cuando le tomó la mano y la guio muy despacio hasta aquel bolsillo secreto que había cosido en la seda de la falda inferior.

—Es para sus gafas. Dijo que no las necesitaba para ver de lejos. Así podrá guardarlas cuando no las utilice.

A los ojos de Evelyn asomó un brillo extraño. El mismo brillo inquietante de la primera vez que se había visto con uno de sus trajes de montar.

—Yo no le pedí que lo hiciera.

—No tiene por qué. Mi trabajo es tener en cuenta esa clase de cosas.

Ella metió y sacó la mano del bolsillo.

—Me acaba de resolver un problema que no sabía que tenía.

—Puedo resolverlo en todos sus vestidos, si usted quiere.

—¿De verdad?

—Claro.

—¿Y no echará a perder sus diseños?

—Un vestido puede ser funcional y hermoso al mismo tiempo —aseguró—. Y los diseños son míos. Puedo hacer lo que quiera con ellos.

—Este vestido no es funcional —observó Agnes, paseando el dedo por los finísimos bordados—. Es ligero como la gasa. Como las alas de un hada.

—Tenga cuidado con lo que toca —espetó Mira con aspereza—. La gasa es muy fina.

Ahmad intercambió una mirada con la señorita Maltravers. Sus ojos color avellana brillaban como el terciopelo. Con la misma delicadeza que emanaba de su sonrisa.

En ese momento supo que ella estaba mucho más que complacida con el vestido.

Le estaba agradecida.

Por fin se sintió satisfecho. Y no fue por el vestido ni por cómo le quedaba. Sino porque la había ayudado. Había conseguido que ella sintiera que la veían, le había demostrado que alguien se preocupaba por ella.

Para Ahmad sería un honor poder cuidar de Evelyn Maltravers. Cuidarla como si fuera suya.

En cuanto aquel empalagoso pensamiento brotó en su mente, él lo aplacó con brutal realismo.

No estaba en posición de involucrarse con nadie, y menos con una dama de buena cuna. No tenía nada que ofrecerle. Sobre todo en ese momento. Y aunque lo tuviese, o cuando así fuera, ellos no podían aspirar a ser más de lo que en ese momento significaban el uno para el otro: un hombre y una mujer separados por la riqueza, el rango y toda la historia colonial británica.

—¿Dónde quiere que me ponga? —le preguntó ella.

—Aquí, por favor. —La tomó de la mano y la ayudó a subir al taburete—. Mira se ocupará de la falda mientras yo me concentro en el corsé. ¿Le parece bien?

—Perfectamente.

Durante la media hora siguiente, Ahmad se esforzó para no pensar en nada más que en la seda, la gasa y los adornos. Agujas, alfileres y puntadas. En cualquier cosa menos en la señorita Maltravers.

Fue más sencillo de lo que habría sido en el probador de Doyle y Heppenstall.

Allí, con Mira y Agnes haciéndoles compañía, no había ocasión de compartir miradas o conversaciones personales. No existía la ilusión de la intimidad. Evelyn había quedado relegada al papel de estatua de mármol.

—¿Estará listo a tiempo para el baile? —preguntó ella tras un rato de silencio. Mira estaba arrodillada en el suelo, a sus pies, rehaciendo uno de los pliegues de la falda de seda.

—Sí. —Ahmad prendió otro pliegue de gasa brillante a su cuello con un alfiler. Con los nudillos rozó brevemente la sedosa piel de su pecho. Intentó no darle importancia, igual que a cualquier otro roce —. Le pediré a Becky que se lo traiga mañana por la tarde. Ella podrá quedarse un rato para ayudarla a ponérselo.

Agnes resopló indignada al oír aquella violación de su territorio.

—Querrá contar con la ayuda de una costurera —añadió—, por si acaso hubiera que hacer algún cambio de última hora.

—Sí, claro. —A la señorita Maltravers se le coloreó el pecho y el cuello, el comienzo de un rubor que trepaba hasta su rostro—. Me encantará tener ayuda.

—¿El baile es a las nueve? —preguntó el sastre.

Pero entonces apareció la señora Quick y Evelyn no pudo responder.

El ama de llaves se plantó en la puerta sin que un solo ruido hubiera anunciado su llegada. Una habilidad inquietante que Ahmad consideraba que solo poseían los sirvientes más eficientes.

—Le ruego que me disculpe, señorita —dijo—. Tiene una visita. Un caballero, dice que es el señor Stephen Connaught.

El nombre tuvo un asombroso efecto en Evelyn.

Palideció y le cedieron las rodillas. Por un segundo dio la impresión de que fuera a desplomarse en el suelo bajo una montaña de seda y gasa bordada.

Ahmad la agarró de la cintura para sujetarla.

—¿Está usted bien?

Se volvió hacia él a ciegas, parpadeando tras las gafas, como si intentara enfocar correctamente.

—¿Qué? Ah..., sí. Un poco mareada, eso es todo. Hoy no he comido mucho.

«Mentira».

Había estado perfectamente hasta que el ama de llaves anunció aquella visita.

—Se ha quedado blanca como el papel. —La ayudó a bajar—. Será mejor que se siente.

Su doncella se apresuró hacia ella.

—¿Quiere que le traiga las sales, señorita?

—Estoy bien. —Miró a Ahmad—. De verdad. —Lo agarró un momento del brazo con la intención de tranquilizarlo en silencio.

Él la entendió perfectamente. No quería que nadie se alterara. Y tampoco quería que la trataran como a una damisela en apuros.

Comprender sus sentimientos no le puso más fácil la tarea de soltarla.

Él retiró el brazo lentamente de su cintura.

—¿Dónde está, señora Quick? —preguntó.

—En la sala de estar, señorita —respondió el ama de llaves—. ¿Preparo un poco de té?

—No hace falta —repuso—. La visita no será muy larga.

La sirvienta se retiró.

Y él se recordó que solo era su modisto, no su hermano ni su padre.

Y menos su amante.

No tenía derecho a interpelarla, ni tampoco confianza para hacerlo.

Cuando desapareció detrás del biombo con Mira y Agnes, Ahmad no pudo hacer nada. No le quedaba otra que quedarse allí preocupado y hecho un mar de dudas.

¿Quién diantre era Stephen Connaught?

Capítulo 17

En un abrir y cerrar de ojos, Evelyn volvía a lucir su sencillo vestido de día y bajaba las escaleras hacia la sala de estar. Se esforzó mucho por permanecer tranquila. Nunca había sido esa clase de damas que se desmayan.

Y, además, no había motivo para asustarse.

Ya había imaginado que Stephen Connaught acabaría asomando la cabeza por allí en algún momento. Había estado esperando que ocurriera desde que lo había visto en Rotten Row.

Lo único que podía hacer era pensar en la mejor forma de enfrentarse a él.

Cuando entró en la sala de estar, lo encontró delante de la fría chimenea con un brazo poyado sobre la repisa. Llevaba la levita desabrochada y por debajo asomaba un chaleco con un estampado llamativo.

No había duda de que vestía a la moda, pero al compararlo con la discreta elegancia de los trajes negros de tres piezas del señor Malik, Stephen parecía un pavo real.

A decir verdad, no había nada en su presencia que pudiera compararse con el apuesto sastre que había dejado en el comedor del desayuno.

El señor Malik era moreno y Stephen era rubio. El señor Malik era alto y musculoso y Stephen era más bajo y delgado, con un rostro infantil que, más que parecer esculpido en granito, daba la impresión de haber sido confeccionado por un artista desinteresado que empleara un molde utilizado infinidad de veces.

Evelyn se dio cuenta de que no había nada de especial en él. No poseía nada único o diferente.

Y eran las diferencias de una persona las que determinaban la auténtica belleza. ¿No era eso lo que le había dicho Ahmad?

Una persona bien parecida resultaba agradable, pero no removía el alma.

Al mirar a Stephen en ese momento, Evelyn sintió una profunda indiferencia. Ni mariposas ni sonrojos. Lo único que le producía era irritación por los inconvenientes que le estaba causando.

—Señorita Maltravers —saludó con una reverencia.

Ella se puso tensa.

Hubo un tiempo en que la llamaba Evelyn. Por lo visto, ya no era digna de ese trato.

—Señor Connaught. —Le pagó con la misma formalidad—. ¿Qué hace usted aquí?

Él señaló hacia un sillón. Sus formas eran imponentes, pero a sus veinticuatro años, todavía carecía de la autoridad que poseía un hombre de la edad del señor Malik.

—¿No quiere sentarse?

Ella no se movió.

—¿Qué está haciendo aquí? —insistió.

Él apretó los labios.

—Traigo noticias sobre su hermana.

Evelyn reculó como si la hubiera golpeado.

De todas las cosas que él podría haber dicho, esa era la que menos esperaba.

Apoyó una mano en el respaldo del sofá con los reposabrazos redondeados.

—¿Ha tenido noticias de Fenny y su hermano?

—Pues sí. —Se separó de la repisa de la chimenea—. Y tengo motivos para pensar que están en Londres.

Evelyn se sentó en el sofá tapizado en damasco. Era mejor que arriesgarse a que sus rodillas cedieran bajo su peso.

—¿Aquí? —No podía creerlo—. ¿Les ha visto?

—No. —Se sentó en el sillón situado justo delante del suyo—. Anthony le escribió a mi padre proponiendo una reconciliación. No dijo dónde se alojaban, solo que estaban en Londres. Le pidió a mi padre que contestara cuanto antes haciéndole llegar la carta a Hoare's Bank. Y lo ha hecho, pero no le ha dicho lo que Anthony quería oír. Por eso me ha mandado mi padre. Debo encontrar a mi hermano y hacerlo entrar en razón. Solo le pido a Dios que no haya regresado ya a Francia.

Evelyn estaba asombrada.

—¿Es ahí donde han estado todo este tiempo?

—¿Tanto le sorprende?

—Sospechábamos que habrían cruzado el canal, pero no teníamos ninguna prueba.

—Nosotros tampoco hasta que mi hermano escribió desde París suplicando que le diéramos permiso para casarse con su hermana. Naturalmente, mi padre se negó rotundamente.

—¿Cuándo fue eso?

—Hará unos dos años.

Ella se quedó mirándolo con recelo.

—¿Me está diciendo que su familia ha estado manteniendo correspondencia con ellos todo este tiempo?

—Con mi hermano sí. Aunque no creo que se pueda considerar correspondencia. Escribe desde distintos puntos del extranjero cuando necesita dinero. Mi padre se lo envía al banco que le especifica, a condición de que no se case sin su consentimiento.

Evelyn se sintió ultrajada. Todos aquellos años esperando y preocupándose, y entretanto... ¡los Connaught conocían el paradero de Fenny y Anthony!

—¿Por qué diantre nunca dijo nada?

—Porque pensábamos que lo sabían. Por eso he venido. Para decirle que si tiene alguna noticia de su hermana debe comunicármela enseguida.

Evelyn fue incapaz de reprimirse y levantó la voz.

—¡Mi familia no ha tenido noticias de Fenny en tres años!

Él entornó los ojos.

—¿Y entonces por qué está usted en Londres?

—No tiene nada que ver con ella.

—¿Pues por qué entonces? Usted nunca mostró ningún interés en visitar la ciudad. Solo podría haberla empujado a hacerlo alguna obligación. Si no es por su hermana...

—Yo no tenía ni idea del paradero de Fenny. Ella nunca nos ha escrito ni una sola palabra a ninguna de nosotras.

Aquella afirmación pareció calar por fin en el cerebro de Stephen.

—Bueno —dijo—, si es el caso, debo admitir que estoy asombrado. Su hermana nunca fue una muchacha muy sensata.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir? —Evelyn fue incapaz de contener su ira y perdió las formas—. ¡Por Dios, Stephen, no sabíamos si estaba viva o muerta!

—Nunca estuvo en peligro. Esa clase de mujeres siempre caen de pie. Es mi hermano el que...

—¿Disculpe?

—Anthony es el heredero de mi padre. No puede casarse sin su consentimiento, y no podrá acceder a su dinero hasta su cumpleaños. Si su hermana piensa que podrá retenerlo otro año...

—Su hermano arruinó a mi hermana.

Stephen resopló con desdén.

—Y sus acciones han estado a punto de arruinar a mi familia. ¿Por qué no pudo dejar tranquila a Fenny? —añadió ella.

—No intente culpar de esto a mi hermano.

—No es todo culpa de mi hermana.

—Ella siempre estaba coqueteando. —Stephen pronunció aquella mordaz palabra con un tono insinuante.

Evelyn se levantó de golpe.

Tenía que soportar que la tía Nora criticase a Fenny, pero no estaba dispuesta a las críticas de nadie más.

—¿Por eso su padre sigue negándoles el permiso para casarse? ¿Porque Fenny sonreía o se reía demasiado? ¿Porque era una chica divertida?

Él también se levantó.

—No sea ridícula. Se niega por el mismo motivo por el que se ha negado siempre.

—¿Por la falta de fortuna y estatus de mi familia? —preguntó con desdén—. Esas preocupaciones apenas importan ante un escándalo como ese.

—¿Eso piensa? —La mirada del joven parecía dura como el pedernal—. ¿Acaso cree que a mi padre le gusta la idea de que su título de baronet pueda recaer en un nieto mitad Maltravers? Mi padre, un hombre que puede remontar su linaje hasta los Tudor...

Evelyn se contuvo para no recordar que sir William no parecía tener objeciones por lo que se refería a su segundo hijo. De haberlas tenido, ella nunca se hubiera atrevido a esperar que Stephen llegara a declararse algún día. Pero las normas siempre habían sido diferentes para Anthony.

—No hay nada de malo en un nieto mitad Maltravers —afirmó—. Y debería darle vergüenza decir eso.

Pero él no se arrepentía.

—La posición social de su hermana no es la única objeción de mi padre.

—¿Y qué más hay?

—Ya que insiste, sepa que se niega a permitir que mi hermano se una a una mujer que ha vivido con un hombre fuera del matrimonio.

—¡El hombre con el que vive es su hermano!

—Menuda forma de comportarse para la futura lady Connaught. —Stephen se alisó el chaleco—. Vengo decidido a hacerles entrar en razón. Con suerte, podré convencer a Anthony de que vuelva a casa. Siempre me ha hecho más caso a mí que a mi padre.

—¿Y Fenny? Si los encuentra, ¿qué le ocurrirá a ella?

—Su tía puede hacer con ella lo que quiera. —Frunció los labios con desagrado—. Lamento que su conducta haya mancillado su reputación y la del resto de sus hermanas. Son ustedes dignas de lástima.

Evelyn no quería su compasión. Lo único que quería de él era su silencio.

—La conducta de Fenny es cosa suya. Mi reputación y la de mis

hermanas pequeñas está intacta. Siempre que no vaya usted por ahí removiendo de nuevo todo este escándalo.

—¿Y qué importancia puede tener eso ahora?

—Claro que importa. La noticia sobre la indiscreción de Fenny podría perjudicar mis perspectivas. Le agradecería que fuera discreto al respecto.

—¿Sus perspectivas? —Alzó exageradamente las cejas—. ¿Por eso está aquí? ¿Por eso estaba dando el espectáculo esta mañana montando en el parque?

—He venido a pasar la temporada. Lo que yo haga durante ese tiempo no es de su incumbencia.

—Desde luego. Pero si acepta un consejo...

—Claro que no. —Se acercó al cordel de la campana que colgaba junto a la chimenea y tiró de él con fuerza—. Y ahora, a menos que tenga más información para mí, le pediré que se marche.

Stephen la fulminó con la mirada. Nunca había podido soportar que le dejaran con la palabra en la boca. Separó los labios para decir algo, pero se vio obligado a callar cuando apareció la señora Quick.

—El señor Connaught ya se marcha —le comunicó al ama de llaves.

—Muy bien, señorita. —El ama de llaves señaló con un gesto hacia la puerta—. Por aquí, señor, si es tan amable.

—Señorita Maltravers. —Stephen inclinó la cabeza con gesto áspero —. Si por casualidad tiene alguna noticia de su hermana, puede hacérmela llegar al hotel Brown.

Evelyn lo vio marchar; su enfado crecía a medida que él se alejaba.

¡Cómo se atrevía a presentarse allí y echar a perder sus planes!

No había tenido ningún problema en olvidarla durante tres años, en fingir que ni siquiera existía. ¿Qué diantre pretendía apareciendo precisamente en ese momento? Y encima para decirle que Fenny estaba en Londres, precisamente.

No sabía qué hacer ante algo así.

Lo único que sabía con cierta seguridad era que debía escribirle una carta a la tía Nora inmediatamente. Y decírselo al tío Harris. E incluso a lady Arundell. Lo último que los tres desearían era que Fenny apareciera de la nada y destruyera las expectativas de Evelyn sin remedio.

Abrumada, bajó las escaleras para dirigirse al estudio del tío Harris.

Estaba confusa. Cuando pasó por el comedor del desayuno, apenas advirtió la presencia del hombre allí presente. Hubiera pasado de largo de no haber sido porque él se asomó a la puerta para detenerla.

—Señorita Maltravers...

Se detuvo al oír aquella voz ya familiar.

—¡Señor Malik! —La luz del sol que se colaba por las ventanas de la estancia, justo por detrás del sastre, la deslumbró por un momento

—. Espero que usted y su prima no se quedaran esperándome.

—Le pedí a Mira que regresara a la calle King William con su vestido de baile.

Ella frunció el ceño.

—Pero usted sigue aquí.

Le escudriñó el rostro. Sus corpulentos hombros casi ocupaban todo el umbral. Ahmad Malik era más imponente y más formidable que cualquier hombre que hubiera conocido en su vida.

Y el efecto que causaba en ella era igual de poderoso.

Le subió la temperatura y un temblor la recorrió de pies a cabeza.

Cielos, hacía solo unos minutos había tratado de aguantar la respiración mientras él le prendía una tira de gasa al cuello del corsé, además de reprimir los sofocos que la asediaban cada vez que él le rozaba el pecho. De no haber sido por la enérgica seriedad con la que trabajaba, la estoica profesionalidad que le permitía hacer su trabajo sin ofenderla de modo alguno, ella podría haber empezado a arder de forma espontánea.

Se recordó que no debía pensar esas cosas después de las pruebas. Pero en cuanto lo miraba, le resultaba imposible evitarlo.

—Estaba preocupado por usted —dijo.

—No debería.

—Ha estado a punto de desmayarse.

Ella se cruzó de brazos poniéndose un poco a la defensiva.

—Ya le he dicho que estaba mareada, eso es todo.

—De no comer.

—Exacto. —No era del todo mentira. El baile de lady Arundell se celebraría al día siguiente y estaba empezando a ponerse nerviosa. Llevaba toda la mañana con un nudo en el estómago. Apenas había tomado nada para desayunar—. He estado tan ocupada que...

—¿Quién es Stephen Connaught? —preguntó.

Ella lo miró a los ojos.

Era una pregunta impertinente. Algo que un vendedor no tenía ningún derecho a hacer a una clienta.

Pero él ya no era solo su sastre, ni siquiera su modisto. Era su socio.

Ese había sido el acuerdo.

Y si su reputación estaba en juego, la de él también. Tenía derecho a saberlo.

—Es alguien de mi pueblo —aclaró—. Es muy complicado.

El señor Malik esbozó una sonrisita. Pero no había ni un ápice de humor en ella.

—Como todo, ¿no?

—Sí. Es cierto. —Guardó silencio unos segundos—. ¿De verdad quiere saberlo? Le advierto que es una historia larga y triste. Y cosas peores.

Él alzó las cejas.

—Pero hay un romance —añadió Evelyn.

Vio parpadear una emoción en los ojos del señor Malik. Pero le costaba identificarla.

—¿Su romance?

—No. Nada de eso. —Stephen y ella nunca habían llegado a tener nada parecido. Ahora lo comprendía—. ¿Le gustaría dar un paseo conmigo por el jardín? Allí podremos hablar tranquilos. Aunque quizá no tenga tiempo, ni ánimo. No le culparía en ninguna de las dos circunstancias.

* * *

Ahmad aguardó mientras la señorita Maltravers subía al piso de arriba a buscar su chal. Cuando regresó, lo acompañó hasta el jardín.

Se accedía a través de unas puertas situadas en la parte trasera de la casa y era una extensión de terreno que pedía a gritos los cuidados de un jardinero cualificado. Los árboles estaban desatendidos y las rosas y los arbustos crecían salvajes, invadiendo el camino y colgando de las verjas que daban a las callejuelas.

Pero el lugar era discreto. Y eso era lo único que le importaba.

Paseaba por el destartalado jardín junto a Evelyn Maltravers con las manos entrelazadas a la espalda mientras ella le contaba el origen de la desgracia de su hermana.

—Cerca de la casita de mi familia en Combe Regis hay una gran hacienda llamada Babbington Heath. Es la propiedad de sir William Connaught, un baronet. Sus dos hijos, Anthony y Stephen, son prácticamente de la misma edad que mi hermana Fenny y yo. Crecimos juntos.

—¿De niños eran amigos?

Pasaron por debajo de un arco formado por ramas. La luz del sol se colaba entre la vegetación e iluminaba el rostro de la señorita Maltravers.

—Más que eso —afirmó—. Ya desde una edad muy temprana, Anthony y Fenny se comportaban como si fueran novios. Pero no tenía importancia. Eran unos niños. Sin embargo, a medida que iban pasando los años, él seguía mostrando interés por mi hermana. Mi tía Nora decía que eran caprichos de juventud. Ella nunca pensó que se tratara de algo serio. Desde luego, nada que pudiera impedir que Fenny hiciera su debut en Londres.

—¿Esto fue hace tres años?

Evelyn asintió con seriedad.

—Acababa ya nuestro periodo de luto por la muerte de papá y era el momento de que debutara. Era la más hermosa de todas nosotras. La muchacha más hermosa de todo Sussex. Mi familia estaba

convencida de que se casaría muy bien. Y ella parecía proclive a ello. Pero no llevaba en la ciudad ni dos meses cuando Anthony se fue tras ella.

Ahmad la miró con el ceño fruncido.

—¿Para qué?

—Es lo mismo que me he preguntado yo infinitas veces. La quería, eso está claro. Y se negaba a renunciar a ella. Pero, si Anthony se casa sin el consentimiento de su padre, se quedará en la pobreza. Y su padre jamás consentirá que se case con mi hermana.

—¿Por qué no?

—Porque en el fondo sir William es muy estirado. La hija de un campesino sin título no es lo suficientemente buena para su heredero. Eso lo ha dejado bien claro desde el principio. Ha puesto a Anthony en una situación límite. Él no tendrá dinero propio hasta que cumpla los veintiséis, y solo podrá acceder a él si no se casa sin el consentimiento de su padre. Así que, como ve, tampoco podría haberse casado con Fenny aunque hubiera querido.

—Podría haberlo hecho muy fácilmente —repuso Ahmad.

Ella lo miró perpleja. Una ráfaga de viento agitó uno de sus rizos. El mismo pertinaz tirabuzón rojizo que él había deseado tocar hacía un rato.

—¿Y cómo la hubiera mantenido?

—Podría haberse buscado un trabajo.

—Es un caballero —dijo.

«Un caballero».

Ahmad odiaba esa palabra. Estaba más teñida de rancio privilegio masculino que cualquier otro término que hubiera oído en su vida.

Bueno, quizá salvo «inglés».

—¿Y eso lo excusa? —preguntó.

—No —admitió ella—, pero lo explica.

No para él.

Conocía la aversión de la alta sociedad por el trabajo honrado, pero no la aceptaba.

No había nada de vergonzoso en hacer lo que fuera necesario para cuidar de la familia. Y esos caballeros que se negaban a hacerlo, que huían del trabajo y preferían dejar que sus propiedades y sus familias acabaran en la ruina, merecían su desprecio, no su compasión. Y, desde luego, nunca los comprendería.

La señorita Maltravers se ciñó el chal alrededor de los hombros.

—Un día, cuando regresé de dar un paseo a caballo, me encontré a mi tía llorando por una carta que le había escrito la carabina de Fenny desde Londres. Decía que había huido con Anthony y mucho se temía que se habían marchado al continente. La tía Nora pasó los meses siguientes escribiendo a todos sus amigos, tratando de averiguar algo.

Le suplicó a sir William que la ayudase. —Evelyn frunció el ceño—. Pero él estaba demasiado enfadado como para complacerla. Estaba enfadado con Fenny. Estaba enfadado con mi tía. Incluso conmigo. Y la relación entre nuestras familias enseguida se deterioró.

—¿Culpó a su familia en lugar de responsabilizar a su hijo?

—Ya lo creo. Estaba convencido de que mi hermana había seducido a Anthony. Que ella lo había atrapado con el propósito de llegar a convertirse en lady Connaught. Como si fuera lo suficientemente astuta para llevar a cabo semejante plan... Pero sir William no quiso oír nuestros argumentos.

—¿Y cómo actuó Stephen Connaught ante todo eso?

Evelyn suspiró.

—Él y yo siempre salíamos a montar juntos y yo lo consideraba mi amigo. Pero enseguida empezó a pensar igual que su padre. Y jamás volvió a hablarme.

—¿Hasta hoy?

—Hasta hoy. —Guardó silencio unos momentos antes de continuar —: Parece ser que mi hermana y su hermano nunca estuvieron perdidos. En realidad, los Connaught habían tenido noticias de Anthony en varias ocasiones a lo largo de todos estos años, y le habían mandado dinero a distintos bancos del continente. Entretanto mi familia seguía sin saber nada. Y ahora Stephen dice que Fenny y Anthony están aquí, en Londres.

—¿Casados?

—No —le aseguró—. Parece que no. Pues si Anthony se hubiera casado con mi hermana, sir William jamás hubiera accedido a enviarle dinero.

—Podrían haberse casado en secreto —sugirió Ahmad.

—Es posible. —No parecía creerlo—. Stephen está decidido a encontrarlos. Quiere convencer a su hermano de que abandone a Fenny y vuelva a casa. Y tengo miedo de que, al hacerlo, recuerde a toda la sociedad algo que quedó olvidado hace mucho tiempo.

—Y eche por tierra sus posibilidades. —Ahmad sintió una punzada de amargura—. ¿Tan importante es para usted casarse con un hombre rico?

Ella se paró en seco.

—¿Eso es lo que piensa?

—No la estoy juzgando. Es el objetivo de la temporada, ¿no es así? Para damas como usted.

Ella lo miró con las mejillas sonrojadas.

—Damas como yo —repitió con irónica serenidad.

—Mujeres de buena cuna —puntualizó—. Mujeres inglesas.

—Por lo visto no aprueba usted ni a unas ni a otras.

Él se encogió de hombros.

—Ya le dije que yo no juzgo a nadie.

—Pero sí que lo hace. Es evidente. Y usted no puede comprender...

—Porque no soy inglés.

—¡Porque es un hombre! Usted no tiene ni idea de lo que es ser una mujer. Tener todas las cargas de la vida y ninguna ventaja. Mis hermanas y yo dependíamos de que Fenny se casara bien para poder tener una oportunidad de vivir felices y seguras. ¿De quién cree que dependen ahora mis hermanas?

Él se quedó mirándola fijamente al comprender la situación.

—Lo está haciendo por ellas.

—Pues claro. —Siguió caminando.

El sastre la alcanzó.

—Se está sacrificando.

—Eso significaría que soy altruista. Y no lo soy. También estoy pensando en mis intereses.

—¿Cómo por ejemplo?

—Como asegurarme de que podré vestirme y comer. La generosidad de mi tío tiene un límite. Y mi tía no es rica. En algún momento se quedará sin fondos y nosotras tendremos que valernos por nosotras mismas. ¿Qué haremos entonces si ninguna tiene marido?

—Podrían buscar trabajo. —Ahmad esperaba que ella resoplara. A fin de cuentas, era una dama.

Pero la señorita Maltravers ni se inmutó.

—Aunque lo hiciéramos, o lo hiciera yo, no bastaría. Y menos para lo que yo me propongo.

El descuidado camino por el que avanzaban terminó y llegaron a la verja del jardín.

Ella se detuvo y posó la mano en la cerradura. Pareció tomar una decisión, abrió la puerta y salió.

—Venga a verlo usted mismo.

Ahmad la siguió hasta las caballerizas y la cochera donde su tío tenía los caballos que tiraban de su carruaje. En aquel momento estaba vacía, no había ningún mozo que pudiera presenciar el paseo de la pareja. Solo los veían los caballos, uno en particular.

Evelyn se acercó a la cuadra de la esquina. Su gigantesco semental alazán estaba dentro con el hocico metido en un montón de heno. La saludó con un delicado relincho balanceando la cabeza por encima de la puerta. De la boca le salían algunas briznas de hierba.

—Aquí —murmuró agarrándole del hocico. Le dio un beso en la nariz—. Este es mi motivo.

Ahmad se puso a su lado. Hasta aquel momento, solo había visto al semental de lejos, en el parque. La enorme bestia alazana le había parecido formidable bajo la silla de montar. Allí parecía incluso más

grande y poderoso. Lo más probable es que midiera más de dieciséis manos, era corpulento y musculoso, perfil convexo y abundante crin y cola negras. Los acuosos ojos marrones del animal denotaban inteligencia.

—¿Puedo? —preguntó Ahmad.

—Claro. Es muy tranquilo.

Alargó la mano y la posó sobre el reluciente cuello del caballo. Era sólido como un bloque de mármol cubierto de terciopelo.

—Mi padre era muy aventurero —continuó la señorita Maltravers —. Tras la muerte de mi madre, él se pasaba el tiempo viajando. Y encontró a *Hefesto* en el sur de España. Su intención era entrenarlo a la española y después mandarlo a Inglaterra como semental. —Rascó la peluda barbilla del animal—. Pero mi padre murió en España tras unas largas fiebres. Su mozo se trajo a *Hefesto* junto al resto de sus pertenencias.

—Lo siento.

—No se preocupe. Yo no conocí muy bien a mi padre, o al menos todo lo que debería, y él no me conocía a mí en absoluto, salvo por un pequeño detalle. Él sabía que a mí me gustaba montar. En su lecho de muerte garabateó una nota en la que me dejaba a *Hefesto* en herencia. «Para mi hija Evie», decía. «Espero que ella pueda hacer algo por él».

«Evie».

Ahmad añadió el afectuoso diminutivo a la lista secreta de las cosas que había descubierto sobre Evelyn Maltravers. Era una retahíla de detalles que crecía cada minuto que pasaba, en la que memorizaba cada nuevo dato para poder volver a pensar en él durante las largas horas de trabajo, o por la noche, mientras permanecía despierto, inquieto y rebosante de deseo en la cama.

—¿Lo entrenó usted?

—No lo hice enseguida. *Hefesto* tenía solo dos años entonces. Todavía era un potrillo. Él y yo pasamos gran parte de aquel año conociéndonos. Pero después sí, lo entrené con ayuda de Lewis. Él conocía los conceptos básicos de la *haute école* gracias a los viajes que hizo con mi padre, y me ayudó con los pasos. Pero fui yo la que consiguió domarlo y que aceptara la silla y la brida. Le enseñé a interpretar mi forma de montar, los movimientos de las piernas y las manos. Solo ha tenido una amazona. Si me viera obligada a venderlo...

—¿Su familia se lo ha sugerido?

—No. Jamás se les ocurriría. Pero sería muy egoísta por mi parte si no me lo planteara. Los caballos de monta son caros, y este es todavía más valioso. Si yo fuera hombre, podría hacer lo que deseaba mi padre y ofrecería a *Hefesto* como semental. Pero no soy un hombre. Soy una dama soltera procedente de una casa llena de damas solteras. Si hiciera algo así, nos arruinaría a todas.

—¿Y no tiene otra alternativa?

—No. Y menos cuando toda mi familia sabe que podría venderlo por una buena suma. —Dejó resbalar la mano por el hocico del caballo—. Por suerte todavía no hemos llegado a eso. Pero en algún momento ya no podré mantenerlo sabiendo que todas nos vamos a la ruina. Y cuando llegue ese día se me romperá el corazón.

—¿Tanto significa para usted poder salir a montar?

—Significa todo para mí. Es lo único que se me da bien. Lo único que me gusta hacer. Soy incapaz de imaginar mi vida sin él. —Se alejó de la cuadra y se quitó las gafas poniéndose de espaldas a Ahmad—. Tal vez usted sienta lo mismo respecto a su profesión de modisto.

No estaba seguro.

Sentía pasión por sus diseños, eso estaba claro. Su trabajo lo completaba, y también se enorgullecía cuando veía sus creaciones en alguien como la señorita Maltravers. Pero había aprendido ya de muy pequeño que había muy pocas cosas sin las que un hombre no pudiera vivir.

—No es comparable —dijo al fin—. Las telas con las que yo trabajo no son seres vivos. No se me rompería el corazón si me las arrebataran.

Ella se pasó las manos por la cara.

—Pero se sentiría decepcionado si perdiera la oportunidad de confeccionar sus diseños, ¿verdad? ¿No le angustiaría que sus planes se fueran al traste?

Ahmad no sabía si Evelyn se estaba limpiando las lágrimas o el polvo de los ojos. Temía que fuera lo primero.

Se le encogió el corazón.

Se moría por acercarse. Agarrarla de los brazos y hacer que se diera la vuelta.

Pero no se acercó.

Se quedó donde estaba con las emociones descontroladas.

—Pues claro que me sentiría decepcionado.

—Por eso la aparición de mi hermana en Londres es más peligrosa para usted que para mí. —Volvió a ponerse las gafas—. Después del baile de Arundell su reputación estará indisolublemente vinculada a la mía. Y si yo caigo en desgracia...

—Eso no ocurrirá —afirmó—. Usted no ha hecho nada digno de censura.

Evelyn se volvió hacia él.

—¿Y cuándo ha importado eso? Cualquier mujer puede acabar perjudicada por mera asociación.

—¿Y qué se propone a hacer?

—Le diré lo que no pienso hacer. No pienso quedarme sentada esperando a que el mundo se me caiga encima. —Regresó a la cuadra

cruzada de brazos; el dobladillo de la falda iba arrastrando la paja del suelo—. Si consigo encontrarlos yo primero, quizá consiga convencer a Fenny para que se marchen de Londres antes de que cause más daños. —Se le formó una arruga entre las cejas—. ¿Pero cómo voy a encontrarlos? Parece imposible.

—No es imposible, siempre que uno conozca la ciudad.

—Pero no es mi caso. Y no tengo medios para contratar un detective.

Ahmad valoró rápidamente las posibles consecuencias de la situación. Ninguna parecía demasiado buena. A menos que alguien interviniera en favor de la señorita Maltravers.

Tardó unos segundos más en llegar a una solución.

—No tiene por qué contratar a nadie para que encuentre a su hermana. Lo haré yo.

Ella lo miró asombrada.

—¿Usted?

—¿Por qué no?

Ya había ayudado a localizar al desaparecido conde de Castleton. Y aquella búsqueda había sido por un país trece veces mayor que Inglaterra. Londres no era nada en comparación.

Ella negó lentamente con la cabeza.

—Le agradezco el ofrecimiento, pero... no puedo aceptarlo. Mi conciencia no lo soportaría. Usted ya tiene suficiente trabajo con mis vestidos. No puedo pedirle que se ponga también a buscar a mi hermana. Para empezar, no tiene usted tiempo.

Ahmad admitió que tenía parte de razón.

—Está bien. Pues si no lo hago yo, lo hará otra persona. Conozco un abogado que podría ayudarnos.

—Yo no puedo permitirme...

—No le pedirá dinero. —Por lo menos eso esperaba—. Y menos por algo que requiere tan poco trabajo. Para un hombre como él esto no supondrá ningún esfuerzo.

Finchley no era un hombre que trabajara exclusivamente con fines lucrativos. Él negociaba con la información. Solo tenía que susurrar unas palabras al oído de uno de sus antiguos contactos y tendría una red de informadores que se pondrían en marcha.

—¿Conoce bien a esa persona? —preguntó ella.

—Él y su mujer me acogieron cuando yo dejé el establecimiento de la señora Pritchard. Y Mira sigue trabajando para ellos. Son buena gente, aunque un poco excéntricos.

A los labios de Evelyn asomó una pequeña sonrisa.

—No puedo poner muchas objeciones a la excentricidad.

—¿No pondrá reparos entonces?

—No. Siempre que usted considere que es buena idea recurrir a ese

hombre.

Ahmad asintió.

—Déjelo en mis manos.

Parte de la tensión desapareció del rostro de la señorita Maltravers.

—Gracias.

—Todavía no he hecho nada.

—Claro que sí. —La emoción le tiñó la voz—. Se ha ofrecido a ayudarme. Y... me ha escuchado. Le estoy agradecida por ello. Por todo lo que...

Se le apagó la voz cuando él hizo lo que llevaba toda la mañana muriéndose por hacer.

Le apartó el mechón de la mejilla y se lo puso por detrás de la oreja con mucha delicadeza. Su gesto fue tan impulsivo como la pregunta que lo siguió:

—¿Puedo llamarla Evelyn?

Ella lo miró fijamente a los ojos. Estaba adorablemente nerviosa.

—Si quiere...

A Ahmad se le aceleró el pulso.

«Evelyn».

No tenía intención de pedir ese privilegio. Pero no pudo contenerse.

Dios, por supuesto que quería.

Se obligó a apartar la mano de su rostro. Demasiado rato había pasado... Si seguía tocándola no podría dar a entender que había sido una reacción despreocupada. Un mero movimiento para arreglarle el pelo, algo que haría cualquier modisto.

Si seguía tocándola se convertiría en una caricia. Un gesto de ternura y no meramente profesional.

Todavía no se había apartado de ella cuando el caballo de Evelyn sacó la cabeza por encima de la puerta y la metió entre ellos con la decisión de una carabina.

Evelyn se agarró al enorme hocico del animal y lo acarició sin pensar.

—¿Cómo debo llamarle yo?

—Como usted quiera.

—Me gustaría llamarle por su nombre en cristiano.

Él reprimió una sonrisa.

—No puedo asegurarle que sea cristiano.

—Ya sabe a qué me refiero. Me gustaría... es decir, sería un honor poder llamarle Ahmad. Si no tiene usted objeción a...

—No tengo ninguna.

Ella volvió a mirarlo a los ojos un tanto indecisa. Ahmad tuvo la impresión de que se sentía tan perdida como él.

—No tiene por qué significar nada —le dijo Evelyn.

—No —concedió. Y, sin embargo...
Mucho se temía que sí significaba algo.

Capítulo 18

Ahmad, entra y toma asiento.

Tom Finchley se levantó tras el escritorio para recibir al sastre en su despacho de la calle Fleet. La pared a su espalda estaba forrada de vitrinas repletas de pulcras hileras de libros encuadernados en piel y protegidos detrás del cristal.

Ahmad ocupó una de las sillas tapizadas ante el abogado.

No era la primera vez que se veía en esa situación.

Ya había estado allí tras el incidente ocurrido en el establecimiento de la señora Pritchard. En aquel momento, el joven se enfrentaba a una posible deportación. Y su protector lo había librado de esa amenaza. Después lo había vuelto a salvar al ofrecerle empleo como sirviente de su futura esposa, Jenny Holloway.

—Eso es todo, Poole —dijo Finchley, despidiendo al delgaducho empleado que había acompañado a Ahmad escaleras arriba.

El joven se retiró tras una reverencia y cerró la puerta tras de sí.

El abogado volvió a sentarse. Tenía la corbata y el chaleco arrugados y estaba despeinado, como si se hubiera revuelto el cabello de tanto pensar. Era evidente que se encontraba inmerso en uno de sus casos. Tenía toda la mesa llena de papeles y montones de documentos atados con sus respectivos lazos.

—Te ofrecería un té, pero me temo que no puedo dedicarte más de diez minutos. Tengo que ir al juzgado.

—No me llevará mucho tiempo.

—Espero que no sea por Mira.

Ahmad frunció el ceño.

—¿Por qué iba a ser por ella?

—Últimamente parece preocupada por algo.

—Y lo está. Le he encargado mucho trabajo de costura.

—¿Y estás seguro de que es por eso? ¿No hay nada más que pueda tenerla alterada?

No lo creía.

Aunque, a decir verdad, tampoco veía mucho a su prima. Mientras ella trabajaba en la calle King William con Becky, él se pasaba el día entero en el taller de Doyle y Heppenstall.

¿Seguiría sintiéndose sola? ¿Con esa sensación de no pertenecer a ninguna parte? ¿Incluso en ese momento, que podía coser vestidos en compañía de Becky?

—¿Te ha mencionado algo? —preguntó.

—No, no. Es solo una sensación. Supongo que la habré interpretado mal. Yo también estoy un poco ausente —respondió, quitando importancia a su comentario.

—El trabajo le viene bien —afirmó Ahmad—. Le da un propósito.

—Y no te lo discuto. Pero has dicho que no has venido por Mira.

—No. Es por otra dama.

Expuso rápidamente el caso. O, más bien, el problema de Evelyn.

Finchley atendía en silencio con el ceño fruncido y una expresión pensativa en sus amables ojos azules.

—He pensado que quizá podrías hacer correr la voz entre tus informadores —sugirió Ahmad cuando terminó—. Si sigues en contacto con ellos.

El abogado reprimió una sonrisa.

«Sí».

La expresión lo decía todo.

Aquellos últimos años, felizmente casado y acomodado en su recién descubierta vida doméstica, Finchley ya no trabajaba defendiendo a los tipos más siniestros de la sociedad. Había decidido dedicar tu talento a causas más nobles.

Pero la información seguía siendo poderosa.

Ahmad no creía que aquel hombre estuviera muy dispuesto a renunciar a sus fuentes.

—¿Lo harás? —preguntó.

—Pues claro —repuso el abogado—. Pero hay una cosa que me preocupa.

El sastre miró a su antiguo jefe desde el otro lado del escritorio. Conocía esa mirada y no le gustaba.

—¿El qué?

—Me dijiste que la señorita Maltravers solo era una joven dama de Sussex. Una clienta que te había encargado unos trajes de montar como los que habías hecho para Catherine Walters.

—Exacto.

—¿Y eso es todo?

No contestó.

—Es evidente que ella significa más para ti. Si te esfuerzas tanto por ella...

—Esforzarme. ¿Esto es esforzarme? Y eso lo dice el mismo hombre

que siguió a la dama que amaba por toda Francia y Egipto, en barco, tren, carro, hasta llegar al rincón más recóndito de la India.

En los ojos de Finchley brilló una sonrisa.

—Es eso, ¿verdad?

Ahmad deseó poder negarlo. Pero no podía si quería ser sincero con su amigo y consigo mismo.

—Sí —admitió—. Supongo que sí.

* * *

Evelyn aguardaba ante el espejo de cuerpo entero de su dormitorio. Se veía reflejada de pies a cabeza, desde el elegante peinado hasta las puntas de los zapatos de baile de seda.

Era la primera vez que se veía vestida de aquella forma. La primera vez que apreciaba, realmente, el esplendor del diseño de Ahmad.

Había pasado la mayor parte del día presa de una ingobernable ansiedad, imaginando las muchas cosas que podían salir mal aquella noche.

Menuda tontería.

Solo era un baile, no la batalla de Waterloo. Se había consolado pensando que aquella era la primera vez que la invitaban a asistir a uno, pero no sería la última.

A menos que hiciera un ridículo espantoso.

Y eso parecía menos probable en ese momento.

Con aquel atrevido corsé, la voluminosa falda de seda y el revestimiento de brillante gasa bordada, el vestido de baile que Ahmad había diseñado para ella era la prenda más hermosa que había visto en su vida. Y desde luego, mucho más bonita que cualquiera de las que se hubiera puesto hasta entonces.

Pero no era solo su aspecto lo que la dejaba sin aliento. Era cómo se sentía al llevar el vestido. Como si su cuerpo no fuera solo algo digno de estrechar, apretar o moldear hasta darle la forma deseada, sino un objeto de deseo en sí mismo.

Se sentía hermosa. Poderosa. Igual que cuando cabalgaba por Rotten Row con uno de los trajes de montar de Ahmad.

—¿Cómo lo consigue? —se preguntó en voz alta.

—No sabría decirle, señorita. —Becky Rawlins le ajustó el cinturón de seda del vestido alrededor de la cintura. Era una joven a la que se veía cansada del mundo, y esa circunstancia imprimía cierta dureza a sus rasgos. Su costurero yacía abierto a los pies de la cama que tenía detrás, junto a la caja vacía del vestido—. El señor Malik tiene un don excepcional.

—Ya lo creo. —Evelyn levantó la mano para atusarse el pelo. Se había recogido los tirabuzones para formar uno mucho más grande en la nuca. Agnes lo había sujetado usando una peineta con joyas

incrustadas, horquillas metálicas y medio vaporizador de bandolina—. Y Mira y tú también. Las dos habéis ayudado.

—Sí. Mira tiene talento. Pero yo... —resopló—. Yo solo soy una costurera. Si el señor Malik no me hubiera enseñado, yo solo sabría lo básico.

Evelyn la miró con curiosidad.

—¿Él te enseñó a coser vestidos?

—Claro.

Se puso a arreglarle la parte superior de la falda. No parecía muy dispuesta a hablar.

Su reticencia desató la curiosidad de Evelyn.

—¿Hace mucho que lo conoces?

—Desde que vine a Londres. Estuvimos trabajando un tiempo en el mismo establecimiento. Y siempre fue bueno conmigo.

Esperaba que siguiera contándole cosas, pero Becky no se animó a hacerlo. Imaginó el motivo. Ahmad solo había mencionado haber trabajado en un establecimiento. Una casa de mala reputación, había dicho. Un burdel.

¿Sería una de las mujeres que había trabajado allí con él? ¿Ahmad habría tenido especial interés por ella?

Sintió una punzada de celos.

—¿Vosotros no estaréis...?

—Oh, no. —Se echó a reír—. Y la verdad es que todas hubieran aprovechado la oportunidad. Él era el hombre más guapo que veíamos por aquel entonces. Yo no lo hubiera rechazado, pero siempre fue como un hermano para mí. Además, el señor Malik no buscaba esas cosas.

—¿No tenía a nadie especial?

—¿Especial? —Arrugó la nariz—. ¿Como una novia quiere decir?

Evelyn asintió. Se avergonzaba de sus ganas por saberlo. No tenía ningún derecho a estar celosa. Ahmad no le pertenecía. Aunque sus labios se hubiesen rozado. Aunque la hubiera tocado y estrechado la cintura y la hubiese visto en ropa interior. Formaba parte de su trabajo creativo, nada más. Las ventajas de un modisto. Igual que cuando le había apartado ese mechón de pelo de la cara.

—No que yo supiera —admitió la ayudante del sastre.

—¿No?

Negó con la cabeza.

—Es un poco rarito. Muy reservado. Pero respeta a las mujeres. Siempre estaba cuidando de nosotras. De no haber sido por él... —Se contuvo al darse cuenta de que ya había dicho demasiado.

—¿Qué? —preguntó la señorita Maltravers, buscando los ojos de la costurera en el espejo.

La joven alisó el ribete de gasa del corsé de Evelyn.

—Una vez conocí a un caballero. Un bruto enorme. Perdió la paciencia conmigo por una tontería. Me hubiera matado si el señor Malik no llega a aparecer.

Evelyn la escuchaba arrebatada.

—¿Y eso ocurrió en el establecimiento donde trabajabais?

La joven se avergonzó.

—Era una especie de taberna. No era el lugar más elegante del mundo, pero él consiguió que fuera un lugar bastante seguro. Si no le hubiera roto la clavícula a aquel tipo, él quizá todavía seguiría trabajando allí. Es curioso cómo suceden estas cosas. Yo ya imaginé que lo echarían. Y ahora está confeccionando vestidos para damas como usted.

—Sí. Muy curioso. —No estaba segura de haberlo entendido del todo. ¿Ahmad había rescatado a Becky de un hombre violento? ¿Había echado a ese tipo del burdel y le había roto la clavícula en la escaramuza?—. Disculpa... ¿Me estás diciendo que el señor Malik se metió en problemas por lastimar a ese hombre?

—Eso es. El hombre era un baronet, ¿sabe? No hubiera quedado contento si no hubiesen castigado a Ahmad. —Becky le hizo un último arreglo al vestido de baile—. Ya está. Así está bien. Y muy elegante. —Se volvió hacia su costurero y después de guardar la aguja y el dedal lo cerró de golpe—. ¿Va a necesitar alguna cosa más, señorita?

«Sí», quería responder. «Háblame más de él. Cuéntamelo todo».

Pero cuando Becky se volvió de nuevo, ya se había encerrado en sí misma.

No necesitaba ser adivina para saber que la conversación había terminado.

* * *

El carruaje del tío Harris avanzaba lentamente hacía la casa de lady Arundell en Grosvenor Square. Las ruedas traqueteaban por la calzada irregular meciendo a Evelyn sobre el asiento. Ya casi eran las nueve en punto. La noche era fría y húmeda, y el cielo estaba negro como un tizón. No se veía ninguna estrella. Cabía esperar que todo el mundo estuviera encerrado en casa.

Pero no en Londres.

Y menos durante la temporada.

Los brillantes carruajes abarrotaban las calles iluminadas por las luces de gas y el ruido de los cascos resonaba entre los aullidos de los cocheros y las risas de quienes paseaban entre la niebla.

—Te lo vas a pasar en grande esta noche —le prometió el tío Harris, a su lado en el carruaje. Vestía un traje de noche negro, llevaba un bastón de ébano en la mano y una alegre capa con forro de satén sobre los hombros—. Su excelencia ha contratado los servicios

de un adivino. Un tipo muy reconocido que se hace llamar Zadkiel. Utiliza una bola de cristal que se rumorea que perteneció a un mago egipcio.

Evelyn recordó el vidente que había mencionado Anne.

—¿No es el caballero que escribe el almanaque astrológico?

—El mismo.

—¿Nos hará algunos trucos de magia?

El tío Harris la miró con recelo.

—La cristalomancia no es ningún truco de magia, querida. Y menos cuando la practica alguien con tanta pericia en dicho arte.

—¿Y el tal Zadkiel es muy bueno?

Su tío adoptó una expresión sombría.

—Es el mejor. Él predijo la muerte del príncipe consorte.

Ella no sabía que alguien hubiera vaticinado la muerte del príncipe Alberto, y menos un famoso vidente.

—¿Y cuándo fue?

—El año pasado. Si le hubieran tomado en serio, la muerte podría haberse evitado. Pero esta clase de misterios siempre son muy incomprendidos.

Podía imaginarlo. A ella le parecía todo bastante absurdo. La misma excentricidad aristocrática que lo del espíritu familiar de lady Arundell. Estuvo a punto de decirlo, pero no quería resultar ofensiva. Se acomodó en su asiento y se reprimió para no seguir hablando.

Su tío apenas había conversado con ella desde su llegada y jamás había tocado el tema del espiritualismo. Y no quería pelearse con él. Ya le daría un disgusto cuando le dijera que Fenny podría estar en Londres.

Todavía no se lo había mencionado y tampoco había escrito a la tía Nora para contárselo. Tras su conversación con Ahmad, había pensado que era mejor esperar.

Había confiado en él sin pensarlo.

Cosa que le había sorprendido a ella misma.

Nunca había tenido a alguien en quien confiar por completo. Alguien que cargara con algo por ella. Que intentara solucionar un problema suyo. En el pasado, siempre había recaído todo sobre sus hombros.

Pero aquella vez no había sido así.

Ahmad le había dicho que lo dejara en sus manos. Y eso era precisamente lo que pensaba hacer.

Había prometido informarla pronto. Hasta entonces, no tenía sentido contárselo a toda su familia. Y menos cuando gozaba de la oportunidad de poder resolverlo sin que ellos intervinieran.

El carruaje frenó hasta detenerse. Evelyn descorrió la cortina de terciopelo para echar un vistazo por la ventana. La magnífica fachada

de piedra de la casa de los Arundell se erigía frente a ella. Y había una larga fila de carruajes aguardando para llegar a la puerta.

El tío Harris se asomó.

—¿A qué viene tanta espera?

—Supongo que son los demás invitados. Quizá tengamos que esperar un poco.

—Tonterías. —Tocó el techo del vehículo con el bastón para llamar la atención del lacayo—. Nos apearemos aquí.

Era una acertada decisión. Llegaron a la puerta principal antes de que la mayoría de los invitados se hubieran bajado siquiera de los carruajes.

Lady Arundell aguardaba para recibirlos en el vestíbulo de mármol. Lucía un vestido de terciopelo negro adornado con encajes del mismo color en el escote y las mangas. Y en el pecho llevaba un broche negro enmarcado por una trenza de pelo.

Anne aguardaba medio escondida junto a su madre. Sus brillantes tirabuzones dorados permanecían ocultos bajo una espesa redecilla de seda negra. Conjuntaba con su vestido de baile, del mismo tono y género, cuyo único adorno era un delicado cordel, también negro, que le rodeaba el modesto escote, las mangas cortas y el dobladillo. Era un vestido muy apagado. Una prenda más adecuada para una mujer de mediana edad que estuviera de luto.

—Fielding —saludó la condesa—. Señorita Maltravers. —Señaló a Evelyn con su abanico de encaje azabache, haciéndole señas para que se diera la vuelta—. Acércate, muchacha, deja que te vea.

Evelyn se quitó la capa y se la entregó a un lacayo. Después hizo un giro rápido para lady Arundell. El brillo de la lámpara del techo reflejó las cuentas de cristal de la parte superior de la falda y produjo destellos en los intrincados bordados.

Anne abrió los ojos como platos.

—Vaya, desde luego no exagerabas.

—¿Cómo dices? —le preguntó la condesa a su hija.

—La señorita Maltravers me aseguró que su modisto era mejor que el señor Worth. Y me parece que decía la verdad.

Lady Arundell sacó los impertinentes de la manga y sometió a la joven a una minuciosa exploración.

—Extraordinario.

—Es un diseño de un modisto nuevo de la calle Conduit —precisó Evelyn—. El señor Ahmad Malik.

—¿Un indio? Mmm. No apruebo el color. Demasiado alegre, ¿no crees?, dadas las circunstancias... Pero parece que tu modisto tiene talento. —Plegó las gafas—. A decir verdad, Fielding, apenas reconozco a la chica. Tal vez haya esperanza para ella.

Aquello era lo más parecido a un cumplido que aspiraba a oír de

labios de su señoría.

—Cierto, cierto —reconoció el tío Harris distraídamente—. ¿Ha llegado ya Zadkiel?

—Hace una hora —asintió la condesa—. Ha preparado una mesa en la biblioteca. Necesita silencio absoluto para establecer contacto.

Mientras el tío Harris y la anfitriona se enfrascaban en una conversación, Anne enlazó el brazo con el de Evelyn y la alejó en silencio de la bulliciosa entrada del vestíbulo.

—¿No deberías recibir al resto de invitados?

—Ahora que ha llegado tu tío ya no. Mamá y él se ocuparán de todo. —Guardó silencio un momento—. Tiene razón, ¿sabes? Estás impresionante. Apuesto a que serás la más bella del baile.

Evelyn se sonrojó.

—¿Te gusta de verdad?

—¿Gustarme? Estoy verde de envidia. —La acompañó hasta un amplio pasadizo. A su lado pasaron varios lacayos ataviados con sus correspondientes libreas que corrían para asistir a los recién llegados —. La mayoría de damas lucirán vestidos de colores esta noche, pero mamá me ha obligado a ceñirme al negro como muestra de respeto al príncipe Alberto. Un vestido de baile negro. Parezco la joven viuda de algún noble anciano.

—No es cierto. Ese color te sienta bien.

—Pues hay mucho. El corsé negro, la falda negra, los adornos negros... Si es que alguien ve los adornos. —Anne volvió a admirar el vestido de Evelyn—. Me preguntó qué podría hacer tu señor Malik si solo dispusiera de tela de un color y algunos retales de adornos como el carbón.

Evelyn respondió sin vacilar.

—Podría hacer magia.

—¿Tú crees?

—Estoy convencida. Estaría encantado de hacerte un vestido.

—Tendré que convencer a mamá —admitió—. Tal vez acepte si él se ciñe a sus requisitos.

—¿El negro?

—Y más negro. Mamá asegura que vestir de luto la ayuda a estar más cerca del mundo espiritual. Y esta noche toda su ropa recuerda la muerte: un broche negro hecho con el pelo de mi padre, un relicario de ónice con un retrato *post mortem* de mi tía fallecida, y una peineta lacada en negro que, según dice, está hecha con el hueso del dedo índice de un adivino del siglo XVI.

Evelyn se quedó asombrada.

—¿Un hueso humano?

—Ya lo creo. Todo es ridículamente asqueroso. Pero mi madre está muy obsesionada con sus rituales.

—¿Cómo de obsesionada? ¿Te dejará bailar?

Fueron pasando de una lujosa estancia a otra. Había apliques alineados por el pasillo y pequeñas luces de gas que iluminaban las paredes forradas con papeles de seda, recubiertas de punta a punta con oleos de robustos marcos donde se representaban elegantes caballos, caserones palaciegos y un sinfín de ancestros muy rubios.

—Para cualquier otra dama que fuera vestida como yo, lo de bailar se vería como una excentricidad —admitió Anne—. En realidad, si de verdad estuviéramos de luto, habríamos cancelado el baile. A fin de cuentas, ¿qué sentido tiene actuar sin público?

Evelyn detectó un tono extraño en el desenfadado discurso de su amiga.

—¿Te pone las cosas muy difíciles?

—Depende de lo que entiendas por dificultades. No soy pobre y no estoy enferma. —Esbozó una sonrisita—. Confieso que mi situación es un tanto complicada a veces, pero hay que tener sentido del humor.

—Supongo que tienes razón.

—Claro que sí. Además, no estoy sola. Stella, Julia y yo hemos afrontado las dificultades juntas a lo largo de varias temporadas. —Tiró de Evelyn para seguir adelante—. Vamos a buscarlas.

No las encontraron en la siguiente sala por la que pasaron. Y tampoco estaban en el salón de baile, que se estaba llenando rápidamente. Bajo el techo abovedado decorado con pinturas y un trío de enormes lámparas de araña, los miembros de la orquesta afinaban sus instrumentos en el estrado.

Evelyn advirtió los primeros destellos de pomposidad —damas ataviadas con vestidos de voluminosas y abigarradas faldas y caballeros de blanco y negro con atuendo de noche— antes de que Anne la guiara hacia las puertas cerradas de una estancia al fondo de la casa.

—El estudio de mi difunto padre —anunció.

Y allí fue donde encontraron a Stella y a Julia, sentadas una junto a la otra en un sofá tapizado en piel. Julia bebía de un vaso de cristal que tenía en las manos enguantadas.

—No te lo bebas como si fueras un colibrí —le aconsejaba Stella—. Tómatelo de un trago, como la espantosa medicina que es.

—Si tú lo dices... —Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y se bebió el resto del líquido de golpe. En cuanto se lo tragó empezó a toser entre grandes arcadas—. Uff ¡Qué asco!

—¿Qué diantre estáis haciendo? —Anne entró resueltamente seguida de Evelyn—. ¿Es el *whisky* de mi madre?

—Es lo que había en el decantador de la mesa de bebidas —respondió Stella—. Un líquido ambarino. Supongo que podría ser *whisky*.

—¿El *whisky* quema como el fuego? —preguntó Julia con los ojos llenos de lágrimas.

—Todos los licores queman. —Anne le quitó el vaso de la mano y lo volvió a dejar en la mesa de caoba donde reposaba la bandeja de las bebidas—. Pensaba que estaríais en el salón de baile.

—Y estábamos allí —admitió Stella.

Julia volvió a toser.

—Es culpa mía. Estaba con las debutantes cuando de pronto he notado un peso en el pecho tan intenso que no era capaz de respirar.

—Oh, querida. —Anne relajó la expresión—. Te has puesto nerviosa, ¿verdad?

—Esta vez ha sido peor —reconoció.

—Mucho peor —concedió su acompañante—. Se le ha acercado un caballero.

La anfitriona miró sorprendida a Julia.

—¿Qué caballero?

—Era alto y serio, con el pelo moreno y la piel curtida por el sol. —Se humedeció los labios—. Me parece que era un soldado. Tenía una cicatriz horrible en la cara.

—¿El capitán Blunt? —Anne se quedó boquiabierta.

—Iba con lord Ridgeway —precisó Stella—. Su señoría pretendía presentarlos, pero todavía no había terminado de hacerlo cuando nuestra amiga sufrió el ataque.

—¿El capitán Blunt? —repitió la hija de la condesa—. ¿El héroe de Crimea?

Evelyn ya la había oído mencionarlo en alguna ocasión.

—¿No será ese que tiene una colección de hijos ilegítimos?

—Y esa casa encantada en Yorkshire —confirmó Stella—. Su reputación lo precede. Todo el mundo sabe que está buscando a alguna pobre que llevarse al norte con él.

Julia parecía bastante impresionada.

—Ha venido directo hacia mí.

—¿Y qué te ha dicho? —preguntó Anne.

—No lo sé —respondió aturdida—. Tenía un zumbido en los oídos y no podía respirar. Pensaba que me iba a desmayar.

Anne esbozó una mueca de desagrado.

—Pero no ha pasado, ¿no es así?

—Claro que no. —Stella le frotó el brazo a Julia con intención de reconfortarla—. Ha salido del salón de baile con la cabeza bien alta. Y ahora ya se encuentra mejor, ¿verdad, querida?

Ella refunfuñó un poco.

—Deberíais haber visto cómo me miró. Sé que se ha quedado disgustado.

—A los soldados no les gustan las damas que se desmayan —dijo

Anne—. A menos que el soldado sea joven y galante.

—Y el capitán Blunt no es ninguna de las dos cosas.

Stella se levantó del asiento que ocupaba junto a la afectada amiga, permitiendo así que la anfitriona ocupara su lugar.

—Te ha sorprendido, ya está —dijo—. Me preguntó a qué estará jugando.

—Quizá solo quisiera mostrar interés —sugirió Evelyn—. No sería tan sorprendente. Esta noche estás preciosa.

Y era verdad. Lucía un vestido de baile de color añil. Tenía demasiados volantes y excesivos adornos, no se podía comparar con el diseño de Ahmad, pero el color acentuaba el brillo de sus ojos azules consiguiendo que brillasen como dos zafiros bien pulidos.

—Es cierto —admitió Anne—. ¿Pero tiene que ser el capitán Blunt? No puedo decir que me guste.

—A mí tampoco —se sumó Stella—. A fin de cuentas, estaba en compañía de lord Ridgeway. Y ya sabemos cómo es Ridgeway.

Evelyn se apartó un poco de ellas, se sentía un tanto fuera de lugar.

Sus tres nuevas amigas conocían bien a los caballeros en cuestión. Si no por experiencia, sí por reputación. Ellas sabían de quién podían fiarse y de quién no. Conocían cuál de esos hombres sería capaz de tratar mal a sus caballos y cuál estaba buscando a una pobrecilla que se ocupara de una casa llena de hijos ilegítimos.

Entre esos canallas, descarados y libertinos ella tendría que encontrar un marido. Y por mucho que quisiera quedarse con aquellas jóvenes, no lo iba a encontrar si seguía allí escondida.

Stella intercambió una mirada con ella. Parecía que estuviera pensando lo mismo.

—Deberíamos volver al salón de baile.

—¡Yo no puedo volver! —exclamó Julia—. Todavía no.

—Marchaos Evie y tú —le dijo Anne a Stella—. Yo me quedaré un rato sentada con Julia hasta que recupere el valor.

Stella salió junto a Evelyn y cerró la puerta del estudio a su espalda.

—Debes comprender —dijo mientras regresaban por el pasillo— que la timidez de Julia no es solo temperamental. Es algo que se refleja también en su cuerpo como una enfermedad. Y un salón de baile lleno de gente es como una tortura para ella.

—Ha sido muy valiente viniendo esta noche.

—No tiene alternativa. Sus padres están esperando que se esfuerce todo lo posible esta temporada. La única excusa que podrían aceptar sería la falta de salud. Por eso siempre se mete en la cama cuando las situaciones la superan.

—¿Cómo hizo la semana pasada?

Stella asintió.

—Es una lástima que no pueda hacerlo más a menudo. Pero simular enfermedades en casa de los Wychwood conlleva sus peligros. Sus padres son proclives a recurrir a curanderos de toda clase. Es más, son firmes creyentes en las sangrías. Es el precio que paga cada vez que se finge enferma.

Evelyn sintió un escalofrío que le recorrió toda la espalda. Ella no soportaba las sangrías. El médico de Combe Regis ya sabía que no podía siquiera sugerírselas.

—Parece espantoso.

—Y lo es. Además de una auténtica lástima. Julia es una chica dulce y alegre, pero cada vez está más cohibida por la situación. Esa devastadora timidez y la ansiedad... Anne dice que tiene que aparecer en su vida un caballero muy especial para romper el hechizo.

«Un caballero especial».

Se le vino a la mente uno, no un desconocido precisamente, sino un hombre con el pelo negro y las espaldas anchas, pegado a ella —muy pegado— mientras le rodeaba la cintura con la cinta métrica.

Stella soltó una risotada.

—Sí, ya lo sé. ¿No es eso lo que buscamos todas?

Evelyn fue incapaz de encontrar las palabras para contestar.

La realidad la golpeó como un rayo que le cortó la respiración y le robó el pulso. Se quedó impactada por la inconveniente certeza que acababa de revelarse en su pensamiento.

¡Santo cielo!

Ella no tenía que buscar un caballero especial.

Ya lo había encontrado.

Capítulo 19

Evelyn no tuvo tiempo de meditar acerca de su epifanía sobre Ahmad Malik. En cuanto entró al salón de baile, lady Arundell se ocupó de presentarle a los ancianos aristócratas presentes.

Enseguida empezaron a invitarla a bailar.

Tuvo que esforzarse muchísimo para memorizar los nombres de los caballeros de su carné de baile, además de recordar los pasos cuando la guiaban al son de la música.

Anne había pronosticado que ella sería la estrella del baile y, mientras tendía la mano para empezar a bailar con su cuarta pareja de la noche, empezó a pensar que podría ser cierto.

Era el vestido. El modo en que relucía a la luz de las velas, el corsé forrado en gasa pegado a su pecho y la falda doble flotando alrededor de sus piernas. Le daba el aspecto voluptuoso propio de una cortesana y la elegancia de una duquesa. Una fragante flor de invernadero esperando a que la cortaran.

—¿Todas las jóvenes de su pueblo son tan encantadoras como usted, señorita Maltravers? —le preguntó lord Trent mientras se movía junto a ella al compás de una animada danza rural—. Hace usted que me arrepienta de no haber viajado nunca a Sussex.

Era una conversación muy superficial, casi idéntica a la que había mantenido con todos los caballeros esa noche. Pero a ella se le daba fatal alentar esa clase de cháchara. Ni siquiera lo intentó. Solo serviría para animar a lord Trent. Y no tenía ninguna intención de hacerlo. A pesar de lo mucho que se esforzaba por coquetear un poco, el hombre era tan mayor que podría ser su padre.

—No habla usted en serio, milord —le dijo.

—¿Le parece que intento tomarle el pelo, querida?

No tenía ni idea. Se había quitado las gafas al entrar al salón de baile metiéndoselas en el bolsillo secreto del vestido. De esa forma veía mejor de lejos y podía admirar el techo pintado y los paneles de espejo de las paredes. Sin embargo, en ese momento, pegada como

estaba a su pareja de baile, se arrepentía de habérselas quitado. Veía completamente borrosa la cara de lord Trent.

No así a sus amigas.

Distinguía perfectamente a Stella y a Julia, que se habían sentado juntas en el otro extremo del salón. La zona de las marginadas, lo había llamado Julia. Anne no estaba con ellas. Estaba bailando en la misma fila que ella con un caballero anciano de pelo blanco.

Los violines de la orquesta empezaron a tocar un *crescendo* a medida que el baile llegaba a su fin.

Lord Trent la soltó e inclinó la cabeza.

Ella respondió con una reverencia. Al incorporarse volvió a sacarse las gafas del bolsillo y se las puso. Entonces pudo ver con claridad la cara de su señoría.

El caballero le ofreció el brazo y la acompañó de vuelta hasta donde aguardaban el tío Harris y lady Arundell, fuera de la zona de baile. Estaban acompañados de otras damas y caballeros y conversaban animadamente sobre el chico vidente de Birmingham que había recibido mensajes espirituales del príncipe Alberto.

—Dicen que tiene una energía espiritual muy potente —aseguraba la anfitriona—. Tanto como el propio Zadkiel.

—No, no —repuso el tío Harris—. Eso es imposible. Un chico sin formación no se puede comparar con un experto en cristalomancia.

Lord Trent se sumó encantado a la conversación.

—¿Es cierto que los representantes del chico están en contacto con su majestad?

Algunos de los presentes murmuraron con renovado vigor.

Fue en ese momento cuando Evelyn notó cómo unos fuertes dedos le rodeaban el brazo. Se volvió sobresaltada para encontrarse con el rostro de un desconocido alto y muy elegante.

Aunque en realidad no era un desconocido.

Era el señor Hartford, el descarado caballero del que Anne le había hablado en Hyde Park. El que se había dirigido a su amiga con alegre tono burlón.

No se había dado cuenta de que se encontraba entre los asistentes.

—Disculpe, señorita Maltravers —dijo—. Pero me parece que este es mi baile.

En otras circunstancias se habría sentido halagada, pues el señor Hartford era muy apuesto. Un hombre ufano que le sacaba una cabeza a la mayoría de los hombres de la sala.

También era peligroso.

Lo hubiera advertido incluso sin las prevenciones de Anne. Desprendía un aire calculador. Tenía un brillo en los ojos que transmitía más estrategia que impulso.

Si le estaba pidiendo un baile, no era por capricho.

—No creo, señor. —Abrió el carné de baile, que colgaba de un hilo de seda atado a su muñeca, y buscó la entrada que había anotado para el vals—. Este baile es del señor Babcock.

—Y el señor Babcock ha sido tan generoso de cedérmelo a mí. —Le tendió la mano—. ¿Vamos?

Evelyn echó una rápida ojeada por el salón de baile. El señor Babcock estaba a cierta distancia, era un hombre mayor, como los otros caballeros con los que había bailado hasta entonces. La miró y encogió los hombros a modo de disculpa.

Ella se empezó a molestar.

—Si es alguna clase de broma...

—Ah. Ya veo que lady Anne le ha hablado de mí. Le daré un consejo. En lo que a mí respecta, será mejor que relativice todo lo que ella diga. —Seguía tendiéndole la mano—. Solo es un vals, se lo prometo. Ni bromas ni jugarretas ni nada parecido.

La orquesta empezó a tocar las primeras notas. Era una pieza de Strauss. Una composición atrevida y apasionada. La música flotaba en el aire.

Y Evelyn estaba allí plantada. Sin bailar. Mirando con aire de enfado a aquel caballero.

La gente empezaba a observarlos.

Aceptó la mano del señor Hartford un tanto reacia y le permitió que la guiara por el salón. Ya no veía dónde estaba Anne. Su ausencia provocó una punzada de incomodidad en Evelyn. No quería que su amiga pensara que la estaba traicionando.

El señor Hartford le rodeó la cintura con el brazo para hacerla girar.

La indecisión la hizo dar un traspié.

La última vez que había bailado el vals había sido en casa de sus padres. Sus hermanas pequeñas se turnaban para bailar con ella mientras la tía Nora tocaba el pianoforte. Todas ayudaban, a su manera, a que Evelyn se preparara para los rigores de la temporada.

Y ellas eran el motivo por el que estaba haciendo todo aquello. Todo, desde el nuevo peinado y el corpiño hasta los elegantes trajes de montar y los vestidos. Debía casarse con un caballero rico por sus hermanas. Tendría que dejar sus sentimientos a un lado. Todo debía pasar a un segundo plano. Sin embargo...

Sin embargo, no conseguía dejar de pensar en Ahmad.

Se preguntaba cómo sería bailar con él. Que la estrechara entre sus brazos.

—Relájese —le sugirió el señor Hartford—. No piense tanto.

Evelyn se agarró a su hombro buscando equilibrio.

—No mire al suelo. Míreme a mí.

Y lo estaba mirando. Por lo menos lo intentaba. Otras parejas

pasaban girando por su lado, contoneándose al ritmo de la música. Daba la impresión de que todos los invitados estuvieran en la pista de baile. Apenas quedaba espacio para moverse entre todas las faldas que flotaban por encima de los abultados miriñaques.

—Hay mucha gente —dijo Evelyn—. Quizá deberíamos...

—Ignore a la multitud. —El señor Hartford bailaba con mucha habilidad por entre el gentío—. Déjese llevar.

Ella tuvo que pelear contra sus instintos para no rechazarlo. Él parecía saber lo que hacía. Y ella se fue relajando y permitiendo que la guiara al compás de la música.

Los asistentes observaban desde los laterales del salón cuando pasaban por su lado, los caballeros la miraban fijamente y las damas susurraban tras el abanico.

Evelyn cada vez se sentía más segura.

Sintió parte de lo que había experimentado cuando debutó en Rotten Row. Esa agradable sensación de poder femenino.

—Eso es —aprobó el señor Hartford—. No es tan difícil, ¿verdad?

—No, complicado no es. Solo es falta de práctica.

—¿No tienen bailes en su pueblo?

—Pues claro que sí. Combe Regis no está en Tombuctú.

—Ya lo sé. Pero es lo que más llama la atención a sus admiradores. Sus humildes orígenes.

—Pues no sé por qué —repuso ella.

—Ah, ¿no? Un pueblecito confiere cierto frescor a una chica bonita. Aunque no sucede lo mismo cuando no es hermosa.

Evelyn lo miró un tanto reticente.

—¿Ese es uno de esos cumplidos suyos que en realidad es un insulto?

Él tensó la mano que tenía apoyada en su cintura.

—¿Otra advertencia de lady Anne?

Evelyn no lo negó.

Hicieron un último giro mientras la pieza llegaba a su fin.

—¿Le podría decir una cosa de mi parte?

—¿Qué? —preguntó ella casi sin aliento.

Él agachó un poco la cabeza para acercarse.

—Dígale que ninguna planta puede crecer a la sombra de otra.

Ella lo miró con el ceño fruncido, deseando poder distinguir bien su expresión.

—No sabría decirle si eso es verdad.

—Usted dígaselo —repitió. La música se paró. El caballero la soltó de golpe e inclinó la cabeza—. Señorita Maltravers.

—Señor Hartford.

Cuando levantó la cabeza después de la reverencia él había desaparecido entre la gente. Se quedó mirándolo asombrada.

¡Qué hombre más raro!

Se bajó un momento las gafas para poder ver por encima de las lentes y echó un vistazo por el salón en busca de sus amigas. No tenía ningún compromiso para la siguiente serie de tres bailes y le apetecía tomarse un vaso de limonada. Además, tenía muchas ganas de encontrar a Anne.

No le costó mucho. Llamaba mucho la atención con su vestido negro.

La alcanzó justo cuando ella estaba saliendo de la sala.

—¿Adónde vas?

Su amiga se detuvo en el pasillo.

—Al tocador. Lord Dawlish me ha pisado la falda y tengo que coserme el dobladillo.

Evelyn bajó la vista. Llevaba suelto el cordón que remataba la tela.

—Qué fastidio.

—Así es.

Se hizo el silencio entre ellas.

—El señor Hartford me ha pedido que bailara el vals con él —comentó Evelyn.

Anne tenía una expresión de estudiada indiferencia.

—Ya lo he visto.

—No lo tenía apuntado en el carné. Pero se las ha ingeniado para colarse. No he sabido rechazarlo sin resultar maleducada.

—¿Y por qué ibas a rechazarlo?

—Porque creo que es un sinvergüenza. —Hizo una pausa antes de añadir—: Me pidió que te dijera algo.

En los ojos marrones de la joven brilló un interés que intentó reprimir.

—Ah, ¿sí?

—Que una planta no puede crecer a la sombra de otra. Pero no sé muy bien qué significa.

Anne se puso tensa.

—¿Eso ha dicho? — Su expresión mudó de la curiosidad a la rabia. Y añadió—: Yo tenía razón. Es un sinvergüenza.

Evelyn esperó a que su amiga dijera algo más, pero no lo hizo.

—Antes te he visto bailando. ¿Quién...?

—El conde de Gresham. Busca esposa desesperadamente. Más bien, necesita un heredero. Tiene más de cincuenta años.

—No parecía muy prometedor.

—Podría haber sido peor. La aparición de Gresham ha impedido que acabara bailando con el señor Fillgrave.

—¿Ha venido el señor Fillgrave?

—Por desgracia. Ya ha bailado con Stella, la pobre. Preferiría que hubiera bailado con Hartford que con esa cotorra condescendiente.

—¿Por qué invita tu madre a esos hombres?

—Mamá invita a cualquiera que muestre el mínimo interés por el ocultismo. Mientras sean ricos y ella los considere respetables. Y si son solteros...

—¡Anne! —La estruendosa voz de lady Arundell sonó a su espalda.

Su hija se sobresaltó y se paró en seco. Las dos jóvenes se volvieron hacia la condesa, que se acercaba a ellas como un buque avanzando a toda máquina.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—Al tocador. Necesito arreglarme la falda.

—No te preocupes por tu falda, chiquilla. Zadkiel me está esperando para mi sesión. Y tú tienes que acompañarme. Dimitri dice que toda la familia debe ayudar a atraer a los espíritus.

—Pero...

—No quiero ni oírte. —La anfitriona se volvió hacia Evelyn—. Usted también, señorita Maltravers. Su tío también está citado. Su presencia como pariente de sangre ayudará a dirigir correctamente la energía de Zadkiel. —Siguió avanzando muy decidida por el pasillo—. Vamos, chicas. No os entretengáis.

Anne obedeció a su madre.

Evelyn la acompañó. Miró a su amiga y dijo:

—Esto es...

—¿Una farsa? Sí. —Bajó la voz—. Zadkiel no es vidente. Es un antiguo lugarteniente de la marina retirado, llamado Morrison, que se las ha arreglado para convencer a todo Londres de que puede comunicarse con los espíritus. Diría que incluso lo cree él mismo. No me cabe duda de que se esforzará para ofrecernos un buen espectáculo.

—Mi tío asegura que predijo la muerte del príncipe Alberto —susurró Evelyn.

—Así es. —Anne no parecía muy impresionada—. También dijo que en enero sufriríamos un gran incendio. Y que el mes pasado lord Palmerston debía recibir un «duro golpe». Y no ha ocurrido nada de eso.

Siguieron a lady Arundell hasta la biblioteca, una espaciosa estancia recubierta de paneles de madera con un ligero olor a abrillantador de piel y tabaco de pipa. Las paredes forradas de libros estaban envueltas en sombras y enmarcadas por las pesadas cortinas de los ventanales. Habían bajado la luz de los candiles y en la estancia reinaba un siniestro brillo que flotaba por encima de los muebles de caoba y las tupidas alfombras Aubusson que cubrían el suelo.

En una mesa negra circular cubierta con un tapete, dispuesta al fondo de la estancia, había dos caballeros sentados con el rostro iluminado por una única vela.

Uno de ellos era el tío Harris.

El otro era un hombre que vestía un traje sencillo y un pañuelo anudado al cuello. Tendría unos 65 años, iba muy bien afeitado y su pelo gris asomaba por encima de una rígida expresión.

Evelyn supuso que se trataría de Zadkiel.

Delante de él descansaba una bola de cristal de menos de quince centímetros de diámetro.

—Lady Arundell —saludó, levantándose al mismo tiempo que el tío Harris.

Su señoría les hizo señas a los dos caballeros para que volvieran a tomar asiento.

—He traído a mi hija Anne. Y esta es la sobrina del señor Fielding, la señorita Maltravers.

Zadkiel inclinó la cabeza a modo de saludo antes de volver a sentarse.

—Si es tan amable de ocupar su sitio, milady... Y usted, señorita Maltravers. Les voy a pedir que se quiten los guantes.

Evelyn se sentó en la silla libre que quedaba junto al tío Harris. La condesa y Anne ocuparon asientos contiguos. Los cuatro se quitaron los guantes.

—Las manos en la mesa, por favor —les pidió Zadkiel—. Las palmas hacia abajo y los dedos separados.

Evelyn y los demás presentes obedecieron. La llama de la vela parpadeó y se meció con fuerza, como movida por una racha de viento invisible.

Zadkiel los fue mirando por turnos con actitud misteriosa.

—Percibo dudas entre los presentes.

Lady Arundell carraspeó.

—Las jóvenes no tienen fe en los misterios de la vida.

—Es de esperar —admitió el supuesto vidente—. Y, sin embargo, me resulta extraño dadas las circunstancias. Percibo una energía muy poderosa entre nosotros.

—Ah, ¿sí? —El tío Harris se inclinó hacia delante—. No procederá de mi sobrina, ¿no?

—Es mi hija —dijo lady Arundell—. Tiene que ser ella. Dimitri siempre ha dicho que tiene potencial.

—No es lady Anne. —Zadkiel desplazó los ojos hacia Evelyn—. Procede de usted, señora.

Evelyn parpadeó.

—¿Yo? Pero... yo no soy creyente.

—Los espíritus no son hadas en las que uno pueda creer. Son almas que han trascendido a nuestra comprensión.

La voz de Zadkiel adoptó un tonó hipnótico. Miró fijamente la bola de cristal. La superficie estaba salpicada de imperfecciones que

fracturaban el reflejo de la luz de la vela.

Su amiga tenía razón. Era un buen espectáculo. A pesar de saber que nada de aquello era real, se le aceleró el corazón cuando el maestro de ceremonias anunció al fin:

—Veo a un hombre.

La anfitriona respiró hondo.

—¿Es el príncipe consorte?

El adivino frunció el ceño.

—Las nubes todavía no se han despejado. Su rostro no se aprecia con claridad. Pero los espíritus tienen mucha fuerza esta noche. Pronto estableceremos contacto. —Inclinó la cabeza sobre la bola de cristal—. ¡Ah! Empieza a emerger. Es un guía que han mandado para orientarnos.

El tío Harris se enderezó para poder verlo por sí mismo.

—¿Podemos hablar con él?

—Sí. Tenemos que hablar con él. —La condesa examinó la superficie de cristal—. Permítanos interrogarle.

—Se está disipando —advirtió Zadkiel—. Por favor, milady, debe guardar silencio.

La condesa volvió a apoyar la espalda en la silla con evidente desazón.

Evelyn intercambió una mirada con Anne.

La joven reprimió una sonrisa.

—Silencio —repitió el vidente—. Todos. Está intentando llegar a nosotros, proporcionarnos una visión. Debemos ponérselo fácil.

Pasaron la media hora siguiente en silencio, mirando fijamente la bola de cristal, esperando que algo, lo que fuera, ocurriese.

A Evelyn se le cansó la vista. Casi empezó a imaginar que veía movimiento en la superficie del cristal. La sombra de una figura. Y sí que era un hombre. Un caballero apuesto y moreno. Cuanto más lo observaba más claro lo veía.

Y no era la única que estaba imaginando cosas.

—Veo los restos de un castillo —dijo lady Arundell—. Una estructura de ladrillo rojo en ruinas.

El tío Harris asintió con fervor.

—Yo también lo veo.

Anne miró fijamente la bola de cristal con el ceño fruncido y después a Evelyn, alzando las cejas confundida.

La señorita Maltravers negó tímidamente con la cabeza. Ella no veía ningún castillo de ladrillo rojo, ni en ruinas ni de ninguna manera.

—Veo la casa del guarda —exclamó el tío Harris.

—Y una torre cubierta de hiedra —añadió la condesa.

El tío Harris estaba arrebatado.

—¿Eso podría ser un foso?

—Sí, lo es. —La anfitriona también parecía eufórica—. Cielo santo, ¡es el castillo Kirby!

El tío Harris estuvo a punto de levantarse de un salto.

—¡Diantre, tienes razón!

—¿Conoce ese castillo, señora? —preguntó Zadkiel—. ¿Señor?

—No exactamente —repuso la mujer—. Pero teniendo en cuenta los acontecimientos recientes en el reino de los espíritus, tiene que ser un lugar importante.

—El castillo Kirby está en el condado de Leicester —apuntó el tío Harris—. El chico vidente nació en esa zona. Tiene que ser una señal.

Lady Arundell hinchó su formidable pecho con absoluta satisfacción.

—Los mensajes que recibió el joven del príncipe consorte son legítimos. Tienen que serlo. —Miró a Evelyn—. Y ha sido tu energía lo que nos ha permitido verlo.

—¿La mía? —Retrocedió—. Yo no creo que…

—Su señoría tiene razón —repuso Zadkiel—. La he percibido con fuerza. Tiene usted un don.

El tío Harris miró a Evelyn con orgullo. Era como si la estuviera viendo por primera vez.

—Vaya —murmuró—. Eso lo cambia todo.

Capítulo 20

La afirmación de Zadkiel acerca de Evelyn tuvo un profundo efecto inmediato. No solo aumentó la estima que le profesaba su tío, sino también el del resto de la comunidad ocultista. El lunes por la tarde ya había recibido casi una docena de invitaciones a distintos eventos, todos relacionados de alguna forma con la astrología, la cristalomancia y el espiritismo.

—Hay cosas peores por las que ser conocida que por poseer una energía psíquica positiva —dijo Anne cuando la visitó en Russell Square al día siguiente acompañada de Julia y Stella.

Sentada en la sala de estar, Evelyn les sirvió una taza de té a cada una.

—Desde luego ha ayudado a despertar el interés de mi tío.

—Pero eso es bueno, ¿no? —preguntó Stella.

No estaba tan segura.

—No me importaría recibir más atención si lo que dijo Zadkiel fuera cierto. De lo contrario, me sentiría como un fraude.

—¿Por qué? —preguntó la hija de la condesa—. No has sido tú la que ha afirmado tener un don.

—Desde luego.

Evelyn les dio las tazas de té a sus amigas.

—Quizá sea cierto —comentó Julia desde el sofá con los reposabrazos redondeados—. La mente humana es un misterio.

Stella asintió añadiendo:

—Quizá tengas poderes que todavía no has apreciado.

—Claro que no —replicó ella.

Anne tomó un sorbo de té

—Pero no tiene importancia. Con solo sugerirlo, Zadkiel ha garantizado que recibas invitaciones a los mejores entretenimientos.

—Y visitas —predijo Stella—. Muchas visitas.

En eso tenía razón.

Poco después de que sus amigas se marcharan, llegó lady Blackstone. Era la anfitriona del baile que se celebraría el mes siguiente en los jardines Cremorne. Después de ella llegaron la señora Holt-Simmons y su hermana, dos jóvenes viudas vestidas de negro con mucha fe en la cristalomancia.

En cuanto se marcharon, la señora Quick le entregó la tarjeta de la siguiente visita. Tenía un nombre grabado en elegante caligrafía:

Mildred Lacey, vizcondesa de Heatherton.

Evelyn reprimió una punzada de incomodidad. Al contrario que a las damas de las visitas anteriores, a las que había conocido en el baile de Arundell, todavía no había coincidido con esa mujer. Lo único que sabía de ella era lo que sus amigas le habían contado.

—Hágala pasar, señora Quick —dijo finalmente. Esperó lo peor.

Pero si su señoría tenía zarpas, de momento las llevaba escondidas.

Se deslizó con elegancia hasta la sala de estar con una sonrisa grabada en su perfecto rostro de porcelana. Era una mujer increíblemente bella, delgada y delicada, y con el corpiño muy apretado.

—Señorita Maltravers —saludó, inclinando la cabeza con aire majestuoso.

Evelyn se levantó para devolverle el saludo.

—Lady Heatherton.

—Pensará usted que soy una impertinente por venir a visitarla de esta forma. Todavía no nos han presentado debidamente. Sin embargo, ya conozco a su tío.

Evelyn le pidió que tomara asiento.

—Me temo que no se encuentra en casa.

—No importa. Vengo a verla a usted. —Se sentó en el sofá y se afanó en arreglar bien los pliegues de su falda. No era fácil. Su vestido de tarde confeccionado en seda estaba repleto de borlas, flecos, volantes y lazos. Una evidente muestra de su riqueza. Solo una persona con una economía desahogada podría permitirse esos adornos tan elaborados—. He venido a saciar mi curiosidad.

Evelyn volvió a sentarse.

—Ah, ¿sí?

La recién llegada esbozó una sonrisa que no llegó a asomar a sus ojos.

—Después del artículo que he leído en el periódico de esta mañana, he tenido que venir a verla.

Ella también había leído la breve reseña en las páginas de sociedad de aquella mañana. No la habían mencionado por su nombre. Al contrario, la habían incluido en otra noticia sobre las Preciosas Domadoras de Caballos.

> Se rumorea que nuestra domadora de cabello tiziano ya no es una desconocida, sino una señorita en busca de marido procedente de un condado humilde. Se dejó ver en el baile que celebró lady A. el viernes, y el que suscribe puede afirmar que la joven resulta igual de arrebatadora sobre el

caballo que sin él.

A Evelyn le había hecho ilusión que la mencionaran, aunque indirectamente, pero nada de aquello la había emocionado en exceso. Le costaba mucho entusiasmarse por un plan que ya nada tenía que ver con los deseos de su corazón.

—Debe de estar emocionada de recibir tantos elogios nada más empezar la temporada —dijo lady Heatherton—. Una muchacha como usted, recién llegada del campo...

—No sabría decirle si estoy emocionada —repuso sonriendo. Aunque por lo menos estaba contenta de que aquel artículo pudiera hacerle bien a Ahmad. Cuanto más la ensalzaran a ella, más atención recibirían los diseños de él.

Y si él alcanzaba el éxito, tal vez...

Quizá pudiera tener un futuro a su lado.

Un pensamiento alocado. Y que, desde luego, no debía alentar.

Ni siquiera sabía si él sentía lo mismo por ella. Era cierto que había admitido que ella lo inspiraba. Que la consideraba la musa de sus diseños. Pero sus propios sentimientos iban más allá de los asuntos del mundo de la moda. Se había dado cuenta durante el baile.

—Vamos —insistió la vizcondesa—. No puede fingir que no busca fama. Ya he hablado con tres amigas que han mencionado el vestido que llevó usted al baile de lady Arundell del viernes. Según su opinión, fue un auténtico triunfo.

—El mérito es de mi modisto.

—Dicen que es indio.

A Evelyn se le apagó la sonrisa.

—No sé si eso tiene alguna importancia.

—Es un gran dato, a mí me resulta fascinante. —Evelyn percibió algo en la voz de lady Heatherton, un tono tan afilado como una cuchilla—. ¿Quién es?

Sintió una extraña reticencia a decirlo. A pesar de su gran belleza, aquella mujer desprendía un aire calculador y serpentino que le daba un aspecto de cobra, animal al que Stella había aludido al hablar de ella.

—¿No sabe cómo se llama? —la presionó su señoría.

—Señor Malik —respondió a regañadientes—. Trabaja en Doyle y Heppenstall, en la calle Conduit.

A la vizcondesa le brillaron los ojos.

—Le ha confeccionado otras prendas aparte de ese vestido de baile. —No fue una pregunta.

—Me ha hecho varios vestidos —admitió.

—¿Y este que lleva ahora? Supongo que este también lo ha hecho él.

—Así es. —Evelyn lucía un vestido de día confeccionado con alpaca dorada. Carecía de los exuberantes adornos que tenía el de la visitante, pero le sentaba como un guante y el intenso color combinaba a la perfección con el color del pelo y de la piel—. Tiene mucho talento.

—Y según tengo entendido, también es muy apuesto.

No contestó.

—Una joven debe ser cuidadosa —continuó lady Heatherton—. Permitir que un hombre le haga los vestidos...

—El señor Worth es un hombre.

—Es un inglés que ha estudiado moda francesa. ¿Dónde ha estudiado el señor Malik?

Evelyn sabía perfectamente dónde había aprendido el oficio, pero no tenía ninguna intención de compartir esa información con nadie, y menos con quien tenía enfrente.

—No se lo he preguntado. No me parece importante cuando el modisto en cuestión demuestra tener tanto talento innato.

La sonrisa de la vizcondesa era frágil como el cristal.

—Es usted muy joven, ¿verdad? O tal vez es su procedencia... Las chicas de pueblo saben poco sobre la forma de vivir en Londres. Permítame que le dé un consejo. —Su mirada era tan rígida como su sonrisa—. Tenga cuidado con los lugares que elige para comprar. La reputación de una dama es muy frágil.

A Evelyn se le erizó el vello de la nuca. Aquello sonaba demasiado a amenaza.

¿Sabría algo de Fenny? ¿Del escándalo que había ocurrido hacía tres años?

Suponía que su excelencia no tendría interés en esa clase de cosas.

No. Solo se estaba afilando las zarpas, como había dicho Stella. Dejando claro su dominio en un retorcido esfuerzo por aplastar el reciente éxito de una advenediza como ella.

Decidió hacer caso omiso a sus palabras. Al montar, nadie prosperaba si se entraba en el mal comportamiento del caballo. La única forma de poner fin a la desobediencia y la aspereza era seguir moviéndose hacia delante. Y las cosas se iban resolviendo sobre la marcha.

—Mi reputación está intacta —repuso—. Pero le agradezco el consejo.

* * *

Ahmad dejó la pila de cajas con los vestidos en el sofá del comedor de día. Las cortinas estaban abiertas y el fuego encendido. La luz del sol entraba por las ventanas y dejaba ver las motas de polvo en el aire. Eran las diez y media. La mayoría de damas seguían todavía en la

cama. De haberse tratado de cualquier otra, él hubiera retrasado la hora de visita.

Pero Evelyn Maltravers no era la típica dama londinense.

Era una chica de pueblo con costumbres propias de los pueblos. Él ya lo sabía. A veces salía a cabalgar al alba en compañía de sus nuevas amigas amazonas, la hija de lady Arundell y las otras dos jóvenes, la señorita Wychwood y la señorita Hobhouse.

Las había visto aquella mañana en Hyde Park. Había salido a pasear al amanecer para aclarar sus ideas, y allí estaban las cuatro, hablando y riendo sobre sus respectivos caballos.

Evelyn lucía su traje de montar nuevo. El que él le había confeccionado en tela veneciana color visón. Era una carta de amor en forma de prenda. Había dado cada puntada y cosido cada costura con sensual intención. La tela parecía envolverla con el cariño y la adoración con los que él se moría por abrazarla.

No le gustaba tener que sustituir sus brazos por hilo de lana. Pero en el caso de la señorita Maltravers tendría que bastar.

La alternativa era la nada.

Ella pronto encontraría alguien con quien casarse. Era inevitable. Ya estaba llamando la atención. Ahmad ya había leído cómo la mencionaban dos veces en las páginas de sociedad, la segunda vez había sido justo el día anterior. Una alusión a su aparición en el baile de Arundell.

Al leer el artículo había sentido celos. Le hubiera encantado haberla visto en el baile. Le hubiera gustado bailar con ella.

—Buenos días.

La señorita Maltravers entró en el comedor como si él la hubiera invocado con el pensamiento. Tenía el pelo recogido con una redecilla invisible y las gafas puestas. Lucía un vestido de día de popelina color perla.

Uno de sus diseños.

Llevaba varios adornos de terciopelo cosidos en ondas por toda la falda y por uno de los costados hasta unirse en un brillante y suave lazo entre rosa y morado en la cintura.

Un vestido femenino muy dulce, desprovisto de todos esos accesorios recargados del clásico atuendo de día. Nada de florituras innecesarias. Ni volantes, ni flecos o cintas. Solo se la veía a ella. Su delicado contorno y sus formas, todo enaltecido.

—Cuando la señora Quick me dijo que estabas aquí, temía haber olvidado una de nuestras citas —dijo ella sonriendo con cariño—. Pero no habíamos quedado en vernos esta mañana, ¿verdad?

—Hoy no.

Ella desvió la atención hacia la pila de cajas.

—¿Es mi último pedido?

—Una parte. Las faldas y las blusas, y algunos vestidos de día más.

Evelyn se acercó al sofá y levantó la tapa de la primera caja.

—Qué rápido los has terminado.

—Algunos diseños requieren menos tiempo que otros. —Gracias también a la ayuda de Mira y Becky y a la máquina de coser de Doyle y Heppenstall—. Las prendas con adornos intrincados y bordados tardarán un poco más.

Ella lo miró con curiosidad.

—Normalmente no vienes a traerlos tú.

Era cierto. No tenía tiempo. Y menos cuando había tanto por hacer.

Pero ese día era distinto.

—Necesitaba una excusa para verte —admitió.

Ella se quedó de piedra.

—¿Tienes noticias de mi hermana?

—Sí. Finchley me ha hecho llegar una nota hace aproximadamente una hora.

Sacó un papelito doblado del bolsillo interior de la chaqueta.

Ella volvió a acercarse a él, envuelta en un murmullo de enaguas y faldas de popelina.

—¿Y qué dice?

Ahmad se la dio.

—Es una dirección cerca de los muelles. Una pensión.

—¿Y Fenny está allí? ¿Con Anthony?

—Eso parece.

Evelyn se llevó la mano a la cintura.

—Oh, gracias a Dios. —Suspiró algo intranquila—. No me atrevía a creerlo. —Desdobló el papel y leyó la dirección—. Tengo que ir a verla.

Ahmad se puso tenso. Aquella era la parte difícil. El momento de excederse de los límites del papel que le correspondía. Y a ella no le iba a gustar.

Pero era inevitable.

—No puedes ir ahí —espetó.

—Claro que puedo —replicó ella—. Tengo que ir.

—No puedes —repitió—. No es un lugar seguro.

—Fenny está ahí. Apuesto a que es lo bastante seguro.

—No puedo hablar sobre la seguridad de tu hermana, pero conozco bien esa zona de Londres. No es segura para una dama, ni siquiera a plena luz del día. Corres peligro de ser asesinada. O algo peor.

Evelyn resopló.

—¿Qué podría ser peor que ser asesinada?

Él le clavó los ojos.

Ella se sonrojó al comprender lo que insinuaba.

Ahmad se sintió aliviado de no tener que decírselo.

—No tengo intención de quedarme mucho tiempo —arguyó, poniéndose ligeramente a la defensiva—. Solo quiero hablar con Fenny. Me iré enseguida.

—¿Crees que eso es suficiente? Allí hay más personas. Personas desesperadas. Hombres que te cortarían el cuello nada más verte. No tardarían más de cinco minutos.

—No tengo miedo.

—Pues deberías. Y si no temes por tu vida, deberías tener en cuenta tu reputación. ¿Cómo crees que quedaría si te sorprendieran paseando por las callejas del puerto? Tu honor quedaría en entredicho. Y tus expectativas de casarte bien, completamente arruinadas.

Ella apretó los labios. En su rostro se reflejó una creciente frustración. Volvió a doblar la nota muy lentamente.

—¿Y qué me sugieres?

—Deja que vaya yo. Hablaré con ella en tu nombre.

—¿Y por qué te iba a hacer caso? Ella no te conoce. Es muy posible que ni siquiera te reciba. —Negó con la cabeza—. No. Tengo que ir yo. Me puedo llevar a Lewis, o...

—¿A tu anciano mozo? Cielo santo, Evie, esto no es tu pueblo de Sussex.

Ella lo miró a los ojos.

Ahmad se dio cuenta un poco tarde de que no solo había empleado su nombre de pila, la había llamado por el afectuoso diminutivo reservado a los más allegados. Más íntimo imposible.

«Maldita sea».

—Disculpa —dijo—. No pretendía...

—Está bien. No me importa. Es solo que...

—Estás preocupada por tu hermana. Lo entiendo. —Se pasó la mano por el pelo—. Si insistes en ir allí...

—Insisto.

—Necesitarás un acompañante que conozca la zona. Alguien que no acabe metiéndose en algún lío, o terminaréis los dos heridos.

—Un acompañante. —Lo miró fijamente—. Te refieres a... ¿vas a venir tú?

«Porras».

Eso pretendía.

Ella no era responsabilidad suya. Ni de lejos. Solo era su modisto, no su protector. Una vez entregada la nota debería mantenerse al margen. Y lo sabía.

Pero no podía confiarle su seguridad a nadie.

—Tendrá que ser de noche —anunció—. Al amparo de la oscuridad. De lo contrario, corres el riesgo de que nos vean juntos.

Un desafiante rubor tiñó el rostro de Evelyn.

—No me avergüenza que me vean contigo.

Ahmad sintió cómo el calor amenazaba con trepar también por su cuello. Pero no llegó a ruborizarse.

—No lo digo por eso. Que alguien te vea conmigo fuera de la sastrería podría lastimar tanto tu reputación como que te vieran en una pensión del puerto.

Evelyn no se lo discutió.

Él lo agradeció. Era una mujer decidida, pero no tonta.

—De noche, entonces —repuso—. Pero que sea pronto. —Se hizo un silencio—. Hoy mismo.

Ahmad se quedó mirándola en silencio con el corazón acelerado.

Tenía la sensación de que estaban cruzando una barrera invisible. Un muro que habían ido derribando poco a poco. Había estado allí, entre ellos, desde el día que se conocieron. Era la misma barrera inexpugnable que separaba a hombres y mujeres de distintas razas y clases. Un muro forjado mucho tiempo atrás, fortalecido por siglos de miedo, resentimiento y desconfianza.

No sabía qué había al otro lado. Pero una vez lo cruzara, ya no habría vuelta atrás.

Asintió.

—Esta noche.

Capítulo 21

Ahmad ayudó a Evelyn a acceder al oscuro interior del carruaje que habían alquilado. Ella había ocultado su rostro y su figura con una capa de lana. El coche se balanceó cuando él subió. Cerró la puerta y se sentó a su lado. En la berlina solo cabían dos personas. Había poco espacio. Tenía el hombro y la pierna pegados a ella. Se ladeó un poco para dejarle más espacio.

Y no lo hizo solo por eso.

Quería verle la cara.

Cuando la berlina se puso en marcha, la lamparita del interior empezó a mecerse al ritmo de los cascos del caballo, que resonaban al chocar contra los adoquines. La luz iluminaba el rostro de Evelyn de forma intermitente.

Tras ellos, la puerta de atrás de la casa de su tío desaparecía engullida por la niebla.

—¿Has tenido problemas para salir? —le preguntó.

Ella se quitó la capucha. Llevaba el pelo trenzado y recogido en un sencillo moño en la nuca.

—Tuve que decirle a Agnes que salía. De lo contrario hubiera dado la alarma. Y me parece que la señora Quick también lo sabe. Ella sabe todo lo que pasa en casa de mi tío.

—¿Y se lo dirá?

—Lo dudo.

Eran las diez y media. Todavía pronto para las costumbres de la alta sociedad londinense, pero lo bastante tarde para lo que ellos se proponían. La oscuridad reinaba sobre la ciudad, apenas disipada por las escasas luces de gas repartidas por la calle y los faros de los carruajes.

—Nunca había ido en berlina —admitió ella—. ¿La has alquilado para toda la noche?

Él asintió. Era menos aparatosa que un carruaje tirado por dos caballos, y proporcionaba más privacidad que un cabriolé, al estar

completamente cubierta.

—Adonde vamos, necesitaremos movernos con rapidez. Y no querrás que nadie te vea.

—Tienes que decirme lo que te debo por los gastos —le dijo.

—No tiene importancia.

—Claro que sí. No pienso permitir que te gastes el dinero por mí.

Ahmad sintió una punzada de irritación.

«Estúpido».

Tendría que sentirse agradecido de que ella tuviera en cuenta esas cosas. Dios sabía que no podía permitirse malgastar sus fondos. Y Evelyn no parecía dispuesta a permitirlo. Y menos por ella.

Ya le había pagado varias facturas por los vestidos. Cosa poco habitual entre las damas de la alta sociedad, que no solían saldar sus cuentas tan deprisa. Eso le recordó que su relación era puramente comercial.

Una certeza que no le gustaba. Y que preferiría no tener.

Tras pagar los salarios de Mira y Becky, había invertido el resto del dinero en el negocio. En la compra de las telas y los adornos del siguiente vestido de baile y los de noche de Evelyn.

Ella necesitaba los trajes. Pero a él no le había parecido correcto aceptar su dinero teniendo en cuenta lo que sentía por ella.

—Ya lo arreglaremos si es necesario —repuso con aspereza.

Ella no insistió. Se alisó la falda y se acomodó en el asiento.

Durante varios minutos la berlina traqueteó incesantemente por las calles de Londres. El silencio entre ellos era cada vez más opresivo.

La joven intentó llenarlo.

—No te he contado cómo fue el baile de lady Arundell.

Él la miró con gesto de prevención. Lo último que deseaba en ese momento era imaginársela bailando con un sinfín de ingleses ricos.

—Supongo que tendrías un gran éxito.

—No como estarás imaginando —repuso—. Todos quedaron muy admirados con tu vestido, desde luego. Muchas damas me preguntaron por el diseño. Pero yo no triunfé en el salón de baile. —Esbozó una sonrisa desganada—. En realidad, ocurrió algo bastante divertido.

Él alzó las cejas.

—Lady Arundell invitó a un famoso vidente al baile. Un hombre llamado Zadkiel que acudió con su bola de cristal. Anne y yo nos vimos obligadas a asistir a la sesión que el adivino hizo para su madre y mi tío.

Le contó su experiencia con el adivino de la bola de cristal y cómo el tal Zadkiel afirmó que ella poseía una fuerte energía psíquica.

—Como resultado, ahora lady Arundell espera que yo asista a más eventos ocultistas. Ya he aceptado invitaciones al baile y los fuegos artificiales de los jardines Cremorne, a una cena con la Sociedad de

Anticuarios, y a otros eventos.

El carruaje pasó por encima de un bache y los hizo chocar. Ahmad apoyó la mano en el respaldo del asiento.

—Además —continuó—, la condesa está intentando organizarme una cita con ese niño de Birmingham. Ese que dice que ha recibido mensajes del príncipe Alberto. Ella y mi tío quieren confirmar que no miente, y creen que yo podría ayudarlos.

—Gracias a tu don —añadió él con ironía.

—No te rías.

—No me estoy riendo.

—Si hubieras estado allí, habrías comprobado que hablaban muy en serio. Parecían convencidos de que habían visto algo en la bola de cristal.

—¿Y tú lo viste? —le preguntó.

Evelyn apartó la vista. Se alisó los guantes.

Su reacción despertó el interés de Ahmad.

—¿Viste algo?

—Nada notable. —Vaciló—. O sea... Quizá sí. —Otro silencio—. Cuando llevaba unos minutos mirando fijamente la bola de cristal, me pareció ver el rostro de... de alguien que conozco.

—Pues claro.

Ella le miró asombrada.

—¿No te sorprende?

—En absoluto.

—No tengo ningún don —le aseguró.

—No es necesario tener ningún don para ver cosas en una bola de cristal. Es como la escritura automática. Las visiones y las palabras que se materializan no tienen nada que ver con los espíritus. Proceden de la propia mente del practicante.

La berlina volvió a hacerlos chocar. La rodilla de Evelyn rozó la suya un momento por debajo de las numerosas capas de enaguas y el miriñaque.

—¿Estás diciendo que es todo un engaño?

—No en el sentido que piensas. —Guardó silencio un momento—. Cuando era niño, había un hombre en mi pueblo que se quedaba mirando fijamente un cuenco lleno de agua. Era una forma de meditación. Algo que hacía para ordenar sus pensamientos y concentrarse. Le ayudaba a tomar decisiones. A decidir lo que verdaderamente quería.

—Estás hablando de adivinación con el agua.

—Puedes llamarlo como quieras —replicó él—. Lo de la bola de cristal no es muy distinto. Cuanto más rato pasa uno mirando fijamente, más probable es que se manifiesten los pensamientos y los deseos propios. Imágenes de seres queridos y cosas así.

—Pero no se manifiestan solo los muertos.

—No. También es muy probable que vean reflejados los deseos más profundos. Tanto los oscuros como los luminosos. Un enemigo al que uno desee algún mal. O una persona por la que se sienta un cariño especial.

—En otras palabras: las visiones están en tu cabeza.

Ahmad se encogió de hombros.

—Cada cual ve lo que desea ver. Y quedarse mirando una bola de cristal o una llama solo ayuda a revelar lo que verdaderamente desea cada cual.

Evelyn se quedó muy callada.

Él se preguntó si la habría ofendido.

—No estoy negando la presencia de otras fuerzas. Si crees en los espíritus... —añadió.

—Yo no creo en eso. Lo que dices tiene todo el sentido del mundo. —Tiró del pulgar de uno de sus guantes con cara de preocupación—. Me pregunto por qué Zadkiel le diría a mi tío que yo poseo una energía poderosa.

Ahmad no tuvo que pensarlo mucho.

—Esos charlatanes hacen fortuna relacionándose con los miembros más selectos de la alta sociedad.

—Pero yo no pertenezco a ese grupo.

—Todavía no. Pero eres hermosa y fascinante. Y no hay ninguna dama que vista igual que tú en todo Londres. Habría que estar ciego para no verlo. Tu estrella está ascendiendo.

Evelyn se removió en el asiento y chocó contra su brazo extendido. Él le apoyó la mano en el hombro para estabilizarla. Un movimiento instintivo. No era su intención hacer nada indecoroso.

Sin embargo, la intimidad entre ellos aumentó varios grados.

«Santo cielo».

Él la rodeaba con el brazo. Era prácticamente un abrazo. Y... no parecía inapropiado.

Más bien al contrario. Parecía profunda, extraña y gloriosamente adecuado.

El sastre tragó saliva.

Aquello empezaba a ser ridículo. La escandalosa conexión que había entre ellos, esa tensión, como un cable tan estirado que estuviera a punto de romperse...

—¿De verdad te crees todas esas cosas? —le preguntó ella.

Él se esforzó para esbozar una sonrisa burlona.

—Claro. Yo he conseguido pegarme a ti, ¿no?

Ella frunció el ceño.

—No tiene nada que ver.

A él se le borró la sonrisa. No podía seguir fingiendo que le hacía

gracia todo aquello, o ella.

—No —repuso—. Supongo que no.

La berlina aminoró el paso. Empezaron a oír ruido al otro lado de las cortinas: crecientes voces vulgares, borrachos y una chirimía con una estridente melodía. Era la música de los muelles. Un ruido que a Ahmad le resultaba demasiado familiar.

Se puso tenso enseguida. Levantó el brazo del respaldo del asiento.

—Ponte la capucha. Ya casi hemos llegado.

* * *

Mientras la berlina se detenía, Evelyn se puso la capucha ocultando su rostro y el pelo.

A su lado, Ahmad se ocupaba de su propio atuendo, alzando el cuello del abrigo y ciñéndose un poco mejor el sombrero. Vestía todo de negro y parecía capaz de desvanecerse entre las sombras en un momento, pese a ser un hombre alto, imponente. Un auténtico ángel caído.

Evelyn sintió un escalofrío cuando él abrió la puerta del vehículo. No tenía miedo estando con él.

La enorme mano enguantada estrechó con fuerza la suya cuando la ayudó a bajar.

Ella enseguida percibió el hedor que emanaba del Támesis. Siempre era un olor desagradable, pero allí, tan cerca del agua, resultaba completamente nauseabundo.

También percibió un perfume a tabaco y ron, mezclado con el acre humo negro que emanaba de las altas chimeneas del vecindario.

Los muelles parecían despiertos y dormidos al mismo tiempo. En los almacenes reinaba el silencio, mientras que las calles rebosaban vida, atestadas como estaban de hombres de todas las clases posibles. Evelyn enseguida notó que la observaban con interés. La mayoría eran marineros.

O eso pensó.

Entre aquellos ingleses de rostros rubicundos había personas de todas las etnias y tipologías.

Vio a un grupo de tipos rubios que cantaban juntos en alemán. A un hombre chino apoyado en la pared de un edificio fumando de su larguísima pipa. Y a un marinero negro, con un colorido pañuelo anudado al cuello, que paseaba del brazo de una mujer con un vestido barato de satén.

Cuando pasaron por delante, la mujer le guiñó el ojo a Ahmad con lascivia.

Evelyn se puso tensa.

—¿La conoces de algo?

—No.

—Pues ella parecía conocerte.

—En eso consiste su negocio, en conocer a los hombres.

—¡Ah!

Evelyn se volvió para mirar por encima del hombro. Las únicas cortesanas que había visto eran las Preciosas Domadoras de Caballos. Pero esa mujer pertenecía a una clase completamente diferente, llevaba mucho colorete y polvos en la piel, y una peluca muy despeinada.

«Una mujer de la calle»; ¿no era así como Ahmad se había referido a ellas en una ocasión? Y lo había hecho sin prejuicios de ninguna clase. Él le agarró la mano y se la apoyó en la fosa del codo mientras la guiaba por la atestada calle hacia la entrada de la pensión. Era un edificio muy deteriorado, los tablones de madera estaban encorvados a causa de los efectos de la sal y el viento. Sobre la puerta colgaba un cartel maltrecho donde se leía el nombre del establecimiento: The Jolly Tar.

Evelyn no pudo evitar una mueca de dolor.

«Oh, Fenny, qué bajo has caído».

—Tú agacha la cabeza —dijo Ahmad—. Y déjame hablar a mí.

Ella no discutió. Ya le había advertido que no debía hacer nada que pudiera llamar la atención. Por eso había dejado las gafas guardadas en el bolsillo.

Cuando entraron en la posada, se encontraron un espacio muy iluminado por quinqués. Daba la impresión de que todas las mesas del comedor lleno de humo estuvieran ocupadas. Las conversaciones a voz en grito se mezclaban con fuertes risotadas y el tintineo de los vasos y las jarras de cerveza.

Un hombre canoso asomaba por detrás de la barra y se afanaba en llenar una hilera de vasos sucios con los contenidos de una botella igual de mugrienta. Alternó la mirada entre Ahmad y Evelyn mientras se acercaban. En sus rollizos labios se dibujó una mueca lasciva.

—¿Buscan habitación?

—La de un cliente que se aloja aquí. —Ahmad se sacó una moneda de media corona del bolsillo. La dejó sobre la barra—. Una dama y un caballero de buena casa.

El camarero aceptó la moneda con cierta reticencia. Volvió a ocuparse sirviendo las bebidas.

—Primer piso. La tercera habitación a la derecha.

Evelyn suspiró.

—Ha sido más fácil de lo que imaginaba —murmuró mientras acompañaba a Ahmad por la estrecha escalera del fondo del establecimiento.

Aunque tampoco sabía qué esperar. Más peligro, quizá. Una posible pelea, o algo peor.

No cabía duda de que las cosas hubieran sido distintas de haber ido ella sola. Se sentía enormemente agradecida de que no fuera así.

—Todavía podríamos tener algún sobresalto —advirtió Ahmad—. No bajes la guardia.

—De acuerdo —le prometió.

Ahmad se detuvo en la tercera puerta a la derecha del pasillo.

—Yo esperaré aquí.

—No tienes por qué...

—Esto es entre tu hermana y tú —dijo.

Y tenía razón. Era muy probable que Fenny no la dejara hablar en presencia de otra persona. Se armó de valor y llamó a la puerta con delicadeza.

No hubo respuesta.

Estaba levantando la mano para volver a llamar cuando una mujer gritó con fuerza desde el interior.

—¿Quién es?

Era la voz de Fenny.

Al oírla, a Evelyn se le saltaron las lágrimas, cosa que no esperaba. Agachó la cabeza y la apoyó en el panel de madera de la puerta. Bajó la voz y susurró:

—Fenny, soy Evie.

—¿Evie? —Apenas unos segundos después se abrió la puerta. Al otro lado apareció su hermana con la melena morena suelta sobre los hombros y los labios sonrosados y separados en una mueca de sorpresa. El corsé de su vestido se tensaba sobre la tripa hinchada—. Por todos los santos. ¿Qué diantre estás haciendo aquí?

Capítulo 22

Evelyn se apoyó las manos en el regazo para que dejaran de temblarle. Sentada en una silla desvencijada situada junto a un lavamanos igual de viejo, observaba a su embarazadísima hermana deambulando por aquella habitación alquilada. Fenny llevaba un vestido desgastado sin corpiño ni medias. Pisaba con los pies desnudos una alfombra salpicada de quemaduras.

Parecía mayor que la última vez que la había visto.

Y no solo en años.

En su rostro se adivinaban arrugas que delataban penurias y las consecuencias de una existencia complicada.

—¿De cuánto estás? —le preguntó.

—De seis meses.

—¿Por eso has vuelto?

Fenny se puso tensa.

—Anthony estaba convencido de que su padre finalmente accedería a darle permiso para que nos casáramos. Pero sir William no ha cedido ni un ápice. Su orgullo no se lo permite. Sigue sin perdonar a su hijo por desafiarlo y marcharse a Londres a buscarme.

—¿Sir William sabe que estás embarazada?

—No le importa. Dice que muchos caballeros engendran hijos con sus amantes, pero que no están obligados a casarse con ellas.

Evelyn esbozó una mueca de indignación.

—¿Cuándo ha dicho eso?

—Lo escribió en una carta en respuesta a otra de su hijo. Anthony se puso muy furioso. Dijo que volveríamos a Francia inmediatamente, pero no tenemos dinero suficiente para los pasajes. Hemos tenido gastos. La comida y lo que nos cuesta alojarnos en este agujero. Sir William nos hizo esperar su respuesta durante una semana. Debió de imaginar que esperar aquí nos dejaría sin fondos.

Las ásperas voces de los marineros y estibadores borrachos se hicieron oír desde el piso de abajo. El ambiente resultaba inquietante.

Evelyn agradeció que Ahmad estuviera esperando en la puerta.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó.

Su hermana se encogió de hombros.

—Encontrar el dinero como sea. Eso es lo que está haciendo Anthony ahora mismo. Intentando ganar los pasajes jugando a las cartas con unos marineros que conocimos en el barco de vapor en el que viajamos desde Francia.

A Evelyn no le gustó la idea. Parecía imprudente... y peligroso.

—¿Estás segura de que apostar es lo mejor?

—¿Cómo crees que estamos consiguiendo alargar tanto la asignación trimestral de sir William? De no ser por la habilidad de Anthony en las mesas de apuestas, no quiero ni imaginar dónde estaríamos.

—Ni siquiera sabía que estabais en contacto con su padre —admitió Evelyn—. Me lo dijo Stephen. Imagínate cómo me sentí cuando descubrí que estabas vivita y coleando en Londres.

Fenny dejó de pasearse por la estancia. Apretó los labios contrariada. No se disculpó. No preguntó por la tía Nora ni por sus hermanas. Sencillamente se quedó allí plantada, fulminando a su hermana con la mirada.

Reconoció aquella expresión que tantas veces había visto de niña. Siempre había sido obstinada. Tozuda y egoísta. Era uno de los motivos por los que no estaba tan unida a ella como a sus hermanas pequeñas.

Pero eso no significaba que no se preocupara por ella. Por muy difícil de trato que fuera, también habían compartido algunos momentos de afecto fraternal.

—¿Por qué no nos escribiste?

—¿Y qué os iba a decir?

—Podrías haberte justificado.

—¿Después de que la tía Nora hubiera gastado todos sus ahorros en mi debut y que vosotras contarais conmigo para salvar la situación? No había nada que decir.

—Podrías habernos dicho dónde estabas. La tía Nora ha estado muy preocupada por ti. Y yo también.

—¿Tú? Pensaba que te habrías alegrado de perderme de vista. Nunca aprobaste que me divirtiera.

Evelyn frunció el ceño. ¿Eso era lo que su hermana pensaba de ella? No era verdad. Ni se acercaba a la verdad.

—Siento que tuvieras esa impresión —se disculpó—. Nuestras vidas eran muy distintas. Tú con tus amigos y tus fiestas...

—Y tú con tu caballo. Siempre cabalgando sin preocuparte por nada.

—Yo tenía tantas responsabilidades como tú.

Fenny resopló.

—Nadie esperaba que tú fueras la que nos salvaras a todas. Que renunciaras a tu felicidad, a tu futuro, por el bien de la familia.

A Evelyn se le hizo un nudo en el estómago.

Quizá no se esperase entonces, pero sí en ese momento.

Cuando había partido hacia Londres, tenía la impresión de que el sacrificio valía la pena. Pero ya no. Y menos desde que sus afectos habían cambiado.

Y habían cambiado mucho.

Aquella noche, durante el trayecto con Ahmad en la berlina, ella había tenido la impresión de que todo encajaba.

Él era el hombre perfecto para ella. El único. No podía haber otro.

En apenas unas semanas, se había convertido en una pieza fundamental para su felicidad. Incluso en ese momento, cuando él apenas estaba a unos pasos de distancia, lo único en lo que podía pensar era en volver a verlo.

¿Eso era lo que se sentía cuando una le entregaba su corazón a un caballero? ¿Esa sensación de que podría arriesgarlo todo, renunciar a cualquier cosa, solo para estar con él?

—Por eso estás aquí, ¿verdad? —preguntó Fenny—. Ahora que yo me he marchado, tú eres la siguiente oveja para el sacrificio. Pues acepta mi consejo y ahórrate los inconvenientes. Nuestras hermanas no te lo van a agradecer. A menos que hayan cambiado mucho durante los últimos tres años.

—No sé a qué te refieres.

—Ah, ¿no? —Parpadeó con condescendencia—. Es posible que Gussie se divirtiera pasando una temporada en Londres, ¿pero Caro? ¿Bette? La última vez que las vi parecían mucho más ansiosas por unirse al equipo de las intelectuales siguiendo tus pasos.

—Yo no.

—Claro que sí.

Evelyn se puso tensa. Pero se negaba a dejarse arrastrar a una discusión. Había ido hasta allí para hablar de los problemas de Fenny, no de los suyos.

—Me hubiera gustado que nos escribieras —dijo—. Tenía miedo por ti.

—Pues no deberías.

—Temía que te hubiera ocurrido lo mismo que a mamá.

Su hermana se serenó un poco. Ella apenas tenía dieciséis años cuando su madre murió al dar a luz y había lamentado mucho su pérdida.

—Hasta ahora había conseguido evitarme problemas. Los franceses conocen los métodos, ¿sabes?

Evelyn la miró asombrada.

—Formas de evitar el embarazo —aclaró Fenny con tono impaciente—. Pensábamos que serían de fiar. Pero no lo son, evidentemente, y por eso me encuentro en este estado. Todo es muy inconveniente.

«Inconveniente».

Era una forma de describirlo.

Evelyn se levantó de la silla. No le quedaba mucho tiempo. Le había prometido a Ahmad que sería rápida.

—¿Tienes intención de casarte con él?

—En cuanto Anthony cumpla los veintiséis nos plantaremos ante el pastor. Y entonces él tendrá acceso a los fondos de su madre. Es más que suficiente para que podamos vivir tranquilos.

—¿Y hasta que llegue ese momento?

Fenny se encogió de hombros.

—Mientras no nos casemos sin su consentimiento, sir William seguirá mandándole su asignación. Tendremos que apañarnos con eso.

—¿Y dónde viviréis?

—En Francia, claro. Los barcos de vapor salen de Calais dos veces por semana. Partiremos en cuanto Anthony consiga los pasajes. Y entonces, yo tendré mi bebé y tu podrás disfrutar de tu temporada. Aunque te sugiero —añadió con cierta aspereza— que si de verdad te preocupa tu reputación, evites visitar esta clase de sitios en el futuro.

—He venido a verte.

—Por la noche. Acompañada de un hombre. Y de tu modisto, nada menos. —Fenny se echó a reír—. Seguro que a la tía Nora le encantaría saberlo.

—No veo por qué ninguna de las dos debería preocupar a la tía Nora contándole nada de todo esto.

Su hermana se quedó de piedra.

—¿No le has dicho lo mío?

—Todavía no.

—Imagino que tampoco querrá saberlo. Y menos después de lo que hice.

Evelyn sintió una punzada de compasión por ella.

—¿De verdad quieres volver a Francia y tener a tu bebé tan lejos de casa?

Fenny esbozó una sonrisa forzada.

—Pensaba que querrías que me marchara. Eso sería mucho mejor para ti y tus perspectivas matrimoniales.

—Y sería lo mejor. Pero no pienso presionarte. Y menos en este estado. —Lo decía con sinceridad. Para su hermana no resultaría nada sencillo regresar a Combe Regis. No lo sería para ninguna de las dos. Pero era evidente que sería lo mejor para Fenny y su hijo—. Tienes que volver a casa.

—¿A Sussex? ¿Y vivir a las órdenes de la tía Nora? —Se sentó en la cama deshecha. Las sábanas estaban revueltas y las almohadas descolocadas, daba la impresión de que se hubiera acabado de levantar—. Ya hace mucho tiempo que Combe Regis no es mi hogar.

—¿Y Francia sí lo es?

—Francia tampoco —repuso—. Es Anthony. —Se rodeó la barriga con el brazo—. Lo entenderás el día que te enamores. Si es que te enamoras. Hay mujeres que no llegan a experimentarlo nunca.

—¿Esto es el amor? —Evelyn señaló la estancia destartalada—. ¿Renunciar a todo por un hombre? ¿Huir de tus responsabilidades? ¿Decepcionar a tu familia?

Fenny se sonrojó.

—Ninguno de los dos deseábamos que sucediera esto.

—¿Y entonces por qué...?

—Porque no había otra forma. Tuve que elegir.

No quería creerla. El amor no podía poner a una en tal encrucijada. No podía ser. Tenía que haber una forma de tenerlo todo. Debía existir la posibilidad de que una dama pudiera cumplir con sus obligaciones y estar con el hombre al que amaba.

Que Fenny no la hubiera encontrado no significaba que no la hubiera.

* * *

Evelyn estaba extrañamente callada mientras Ahmad la acompañaba a la salida del Jolly Tar para internarse de nuevo en la noche. No había tiempo de preguntarle cómo se encontraba. Al salir de la pensión, Ahmad había percibido un evidente cambio en el ambiente. Con cada minuto que pasaba, el peligro aumentaba en los muelles. Envalentonados por el alcohol y al amparo de la noche, los peores sujetos de la zona salían a la calle en busca de diversión. Tipos repugnantes que no vacilarían ni un segundo en cometer cualquier acto violento.

Guio a Evelyn hasta la berlina. Un grupo de marineros se quedó mirándolos al pasar.

—¿Adónde vas, cariño? —gritó uno.

—No seas tímida —dijo otro—. Déjate ver.

Los hombres los siguieron.

Evelyn se agarró con más fuerza al brazo de Ahmad.

—No les hagas ningún caso —le aconsejó él.

Al llegar a la berlina, le abrió la puerta y la ayudó a subir.

El cochero llevaba pistola. Estarían a salvo. Lo único que debía hacer él era dar ejemplo con uno de los marineros.

Ahmad estaba preparado.

—No mires atrás —le dijo a Evelyn.

—Ahmad...

Le cerró la puerta del vehículo en las narices antes de que pudiera objetar nada.

Se dio media vuelta y se encontró frente a frente con tres sinvergüenzas. La bruma del río envolvía las piernas de los tipos que avanzaban hacia él. Al acercarse, los focos del coche les iluminaron el rostro; no eran extranjeros de países exóticos, sino ingleses. Uno de ellos sonrió al advertir que Ahmad era indio.

—Un carruaje muy caro para un mestizo —apuntó.

—Y una mujer de primera —añadió el segundo marinero—. ¿Cuánto quieres por su compañía?

El tercero y más corpulento se adelantó.

—Vamos a echarle un vistazo.

—Yo no haría eso —le advirtió Ahmad.

El marinero se echó a reír. Alargó el brazo para apartar al sastre de un empujón.

Ahmad agarró al tipo del cuello de la camisa. Retorció la tela con la mano y poco le faltó para levantar al tipo del suelo.

—Me parece que no me has oído bien.

El marinero forcejeó contra la mano mientras se esforzaba por maldecirlo y amenazarlo sin apenas aliento.

Sus amigos corrieron a ayudarlo.

Ninguno de ellos era un gran oponente. Sus golpes eran imprecisos y el ron apenas les permitía mantener el equilibrio.

La escaramuza terminó en pocos segundos.

Desaparecieron cojeando, engullidos por la niebla, dos de ellos cargando con el tercero.

Ahmad se subió al carruaje y se sentó junto a Evelyn. El cochero inició la marcha animando al caballo a adoptar un ligero trote.

Evelyn parecía horrorizada.

—¿Te has peleado con ellos?

—Eso no ha sido una pelea.

—¡Estás sangrando!

Ahmad se tocó la comisura del labio sorprendido de percibir cierta humedad.

—Una tontería. No es nada.

Ella se sacó un pañuelo de la manga.

—Ven. Déjame a mí. —Se acercó un poco a él y le limpió la sangre con delicadeza—. No sé en qué estabas pensando. Podrían haberte matado.

—Eso era imposible.

—Pero eran tres.

—Estaban borrachos.

—Pero eran tres.

Le limpió la pequeña herida con creciente vigor.

Él la agarró de la mano interrumpiendo sus cuidados.

—No he corrido ningún peligro. Afrontar esta clase de situaciones... Fue mi trabajo durante casi la mitad de mi vida. No me afecta.

Ella lo miró fijamente a los ojos.

—¿Eso es lo que hacías en el establecimiento de la señora Pritchard? ¿Pelearte con esa clase de tipos?

—Ya te lo he dicho. Eso no ha sido una pelea.

—¿Y entonces qué ha sido?

—Se estaban poniendo molestos y los he despachado. —Le estrechó la mano—. No pretendía asustarte.

—Han sido ellos los que me han asustado. Gritándome de esa forma, y luego a ti... ¿Cómo te han llamado?

Ahmad se puso tenso.

—No es nada. —Le soltó la mano—. Así es como los ingleses llaman a las personas que son medio indias.

Ella frunció el ceño. Daba la impresión de que quisiera seguir hablando del asunto. Querría saber por qué hacían eso. Pero no se lo preguntó.

Cosa que él agradeció.

Evelyn dobló el pañuelo antes de guardarlo.

—Lamento que hayas tenido que aguantar eso por mi culpa.

—Aguantaría mucho más con tal de que estuvieras a salvo.

Ella lo miró a los ojos bajo la tenue luz del interior del carruaje. Advirtió un brillo inexplicable en ellos.

A Ahmad se le apelmazó el pecho. Desearía no haber dicho nada.

—Eres muy bueno por haberme traído hasta aquí y enfrentarte a esos tipos por mí.

—Me parece que todo este alboroto ha desmerecido el encuentro con tu hermana.

—Ah. Eso...

—¿Ha ido todo bien?

—¿Preguntas si he conseguido convencerla para que se marche de Londres? —Suspiró—. Ella quiere marcharse. Pero deberías haber visto el estado en el que se encuentra.

Ahmad lo había visto. Y no le había sorprendido. A decir verdad, aquel era el aspecto menos sorprendente de la situación.

Pero no emitió juicio alguno. Se limitó a atender a Evelyn mientras hablaba del dilema de su hermana.

No podía mostrarse muy compasivo. Y menos cuando la situación podía resolverse con un rápido matrimonio y un empleo fijo.

—Me pregunto si he hecho bien en traerte aquí —dijo cuando ella terminó de contarle lo sucedido.

—¿Por qué dices eso?

—Porque me da la impresión de que la visita no te ha dejado más tranquila.

Seguía con la misma expresión preocupada que tenía cuando habían entrado en la taberna. Permanecía agobiada por sus problemas. Como si después de ver a su hermana, las dificultades se hubieran multiplicado.

—No eres tú —respondió—. Aprecio tu ayuda y te estoy muy agradecida por... —Se calló.

Ahmad se preguntó qué hubiera dicho de haber continuado. ¿Tu bondad? ¿Tu amistad?

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Soy demasiado débil. No puedo dejar de pensar en lo injusta que es esta situación. Si Anthony abandona a Fenny y regresa con su hermano a Sussex, él podrá reanudar su vida como si nada hubiera ocurrido. No tendrá que afrontar las consecuencias de lo que ha hecho. Los hombres nunca tienen que enfrentarse a ello. Son las mujeres las que deben llevar la carga, no solo de sus propias negligencias, sino también por los errores de los caballeros.

—Lo culpas a él.

—Los culpo a ambos. Culpo al mundo en el que vivimos, un mundo que no permite que un hombre y una mujer se casen como y cuando quieran. —Se le apelmazó la voz—. Y me culpo a mí misma.

Ahmad frunció el ceño.

—¿Y qué tienes que ver tú en todo esto?

—Estos últimos años había empezado a pensar que Fenny era una egoísta. Ella debía casarse pensando en el bienestar de todas. Yo estaba convencida de que era su deber. Nunca pensé en lo que ella podría querer. A quién podría amar. Y no fue hasta que llegué a Londres cuando empecé a comprender lo mucho que amaba a Anthony. Yo nunca había sentido nada parecido.

A Ahmad se le aceleró el corazón.

—¿Y ahora sí?

Ella volvió a mirarlo a los ojos bajo la tenue luz del carruaje.

—Eso creo. O algo parecido, al menos.

Él creía entender lo que quería decir. Aunque le costaba verbalizarlo.

—Por lo que ha surgido entre nosotros.

—Sí.

Él también buscó sus ojos. Y lo que vio en ellos le robó el aliento.

—Evelyn...

—Me has preguntado si vi algo en la bola de cristal la otra noche en casa de lady Arundell...

—Has dicho que habías visto a alguien conocido.

—Y tú has comentado —le recordó— que las imágenes que

aparecen en la superficie de la bola son proyecciones de la mente de cada cual. De aquello que más desean. Lo que más quieren en el mundo.

Él negó con la cabeza.

—Evie... no lo digas.

—Eras tú la personas que vi en la bola de cristal —susurró—. Tu cara. Porque es contigo con quien estoy destinada a estar.

Capítulo 23

Evelyn esperó la respuesta con el corazón en un puño. No había planeado decirle nada. Especialmente allí. Pero después de todo lo que había ocurrido aquella noche, no podía callar lo que sentía. Y menos cuando estaban los dos solos, juntos en aquella oscura berlina, con su falda invadiendo las piernas de Ahmad.

La tensión reinaba entre ellos. Era palpable después de que ella le curase la herida y él hubiera posado la mano sobre la suya.

Ahmad la miró a los ojos.

—Te equivocas. Yo no soy hombre para ti.

Ella lo miraba fijamente. Tenía el pulso acelerado. Se sentía como cuando galopaba sobre *Hefesto*. La embargaba el mismo miedo teñido de excitación. La certeza de que estaba arriesgando su integridad física y su vida.

—Yo creo que sí —insistió—. Y sé que es verdad. Lo que sentimos el uno por el otro...

—¿Y dónde nos llevarán esos sentimientos si les damos rienda suelta? Directamente a la ruina. Justo al mismo lugar en el que has encontrado a tu hermana. Pobre. Desgraciada. Exiliada de la sociedad decente.

Evelyn negó con la cabeza.

—A nosotros no nos pasaría eso.

—No. Sería peor. —Le puso la mano en la mejilla. Al sentir el contacto a ella se le entrecortó la respiración. Ahmad la tocaba con delicadeza. Casi con reverencia. Como si estuviera hecha de la seda francesa más fina—. ¿Cómo iba a mantenerte, Evie? ¿Cómo te haría feliz?

—Ya me haces feliz —le aseguró.

Él agachó la cabeza. Estaban peligrosamente cerca. Un mínimo movimiento los acercó todavía más.

A ella se le aceleró el corazón. Sabía que iba a besarla un segundo antes de notar el contacto de sus labios.

Fue una caricia breve. Muy parecida al beso accidental que habían compartido en el probador de Doyle y Heppenstall.

Pero no.

Fue más que eso... y distinto. Aquel beso había sido intencionado. Una tierna y minuciosa tentativa. Le estaba pidiendo permiso.

Ella se lo dio enseguida. Se arqueó contra él y sus labios se rindieron bajo su muda pregunta. «Sí, por favor».

Y él la volvió a besar, con suavidad y ternura.

Fue dolorosamente dulce. El beso le aceleró el pulso y le calentó la sangre. Y sin embargo...

Evelyn reconoció enseguida la sensación de poder contenida en aquel gesto. Bajo la superficie. La conocía a la perfección gracias a las muchas veces que había cabalgado a lomos de *Hefeso*. Pero aquello no era solo poder contenido. Aquello era algo más. Algo más fuerte y más peligroso.

Era pasión.

La pasión que Ahmad sentía por ella. Y que estaba reprimiendo. Como si ella necesitara que la protegiera de esa emoción.

Evelyn subió la mano hasta posársela en la nuca. Enredó los dedos en su pelo.

—No tienes por qué ser cuidadoso conmigo.

Ahmad apoyó la frente en la suya.

—Claro que sí.

—Si de verdad me deseas...

—Claro que te deseo —admitió—. Mucho. Pero esto... no puede ser.

A ella se le encogió el corazón. Se estaba apartando de ella. No físicamente, pero sí en todos los demás sentidos.

Quería abrazarlo con más fuerza. Evitar que se alejara.

Un impulso patético.

Hizo acopio de dignidad y le quitó la mano del cuello.

—¿Me he puesto en evidencia?

Él frunció el ceño con preocupación.

—No.

—Pero me estás rechazando.

Ahmad no lo negó. Le acarició lentamente el pómulo con el pulgar.

—Porque esto no funcionaría.

—¿Por qué no? —Había una repentina amargura en sus palabras que no le gustó advertir. Pero cómo dolía.

—Yo no puedo darte lo que tú quieres —le dijo.

Ella abrió la boca para objetar, pero él se lo impidió.

—Tú necesitas un marido rico —le recordó—. Por eso estás aquí. Me lo has dicho tú.

—Eso era antes.

Él esbozó una sonrisa desganada.

—Antes de ver mi rostro en la bola de cristal.

—Vi tu cara en la bola de cristal porque ya te tenía en la mente. Todos los caballeros que conocí en el baile..., Los comparaba contigo y ninguno estaba a la altura.

—Eso es muy halagador, pero...

—No. —Se separó un poco de él—. No me trates con condescendencia.

La mano de Ahmad se despegó de su mejilla.

—No soy condescendiente. Solo quiero que te des cuenta de que estar conmigo no forma parte del plan.

—Los planes pueden cambiar —dijo—. En mi caso ya ha sido así.

Y era cierto. La minuciosa estrategia diseñada para aquella temporada se había venido abajo ya la primera semana. La aparición de Stephen y el regreso de Fenny lo habían cambiado todo. Y también el hecho de que las fiestas y bailes a los que iba a asistir estuvieran relacionados con el espiritismo de un modo u otro.

Ahmad había acabado de trastocarlo todo. Además de alterar sus planes, la había cambiado a ella. En cuanto oyó su voz por detrás de la cortina en Doyle y Heppenstall. En cuanto lo vio detrás del mostrador.

—¿Es eso? —La miró a la cara—. ¿Has cambiado de opinión? ¿Has decidido olvidarte de todo?

—No, pero...

—No —repitió él—. No puedes, ¿verdad? Tienes que pensar en tus hermanas. —Guardó silencio un momento y añadió—: Y en tu caballo.

Evelyn se sintió como si le hubiera tirado un cubo de agua fría por encima.

—Claro que pienso en ellas —reconoció—. Nunca dejo de hacerlo.

—Claro que no. Ellas son tu principal preocupación.

No podía negarlo.

—Así es. Pero eso no significa que en mi corazón no haya espacio para nadie más.

—Evie...

—Tiene que haber una forma de que podamos estar juntos. Tiene que haberla. Solo necesitamos un poco de iniciativa. Si mejoramos nuestras fortunas y...

—No es solo por el dinero —repuso con aspereza.

Ella se quedó sin respiración.

—¿Y qué es entonces?

—Tú y yo somos distintos. Tu mundo..., no es el mundo en el que vivo yo.

—A mí me parece bastante parecido —opinó ella.

—No desde mi punto de vista.

—¿Porque eres indio? —Frunció el ceño—. Pero también eres inglés.

—Soy ambas cosas. Y ninguna. No pertenezco a ninguno de los dos mundos. No pertenezco a ninguna parte.

A ella se le hizo un nudo en la garganta.

—No digas eso.

—Es la verdad. Es lo que ocurre con los indios como yo. Y así son las cosas aquí. Y si estuvieras conmigo, tu vida también sería así.

—Haces que parezca que eres infeliz.

Ahmad no contestó.

Ella se lo quedó mirando con el ceño fruncido, con ganas de entenderlo.

Descubrir quién era y por qué. Todos esos rincones secretos de sí mismo que se manifestaban en la belleza de sus diseños.

—¿Eres infeliz?

* * *

Fuera de la berlina, el alboroto de los muelles empezó a apagarse poco a poco y el ambiente se transformó con los sonidos del tráfico, los cascos de caballos y el traqueteo de birlochos y carruajes. Pronto estarían de vuelta en Bloomsbury, y de allí irían a Russel Square. Ahmad dejaría a Evelyn en la puerta del jardín y se marcharía. Y entonces...

Y entonces, con suerte, ella se olvidaría de que había ocurrido todo aquello.

Él la miraba entre las sombras recordando el sabor de su boca. El tacto suave de sus labios medio separados bajo los suyos. Le provocó una dolorosa punzada. Un dolor que aumentó cuando recordó lo que ella había dicho con sincera intensidad.

«Tiene que haber una forma de que estemos juntos».

«Maldita sea», se repetía frustrado y en silencio.

Ya había imaginado que podía ocurrir algo así. Era el peligro de acompañarla aquella noche. Lo que no había imaginado era lo mucho que le afectaría. Lo difícil que les resultaría después recuperar cierta normalidad.

«Santo cielo».

Habían hecho mucho más que abrir una grieta en el muro, lo habían derruido por completo. Jamás podrían volver a reconstruirlo.

—¿Es así? —insistió Evelyn. Tenía la mano enguantada apoyada en el asiento, muy cerca de la suya.

Ahmad no pudo evitar estrechársela.

—No soy infeliz.

—Y, sin embargo, das por hecho que yo lo sería si estuviéramos juntos.

—La diferencia es que yo estoy acostumbrado a vivir al margen de la sociedad. Pero para una mujer..., para una dama... —Guardó

silencio—. Tú no sabes lo que es. Cómo afecta a las personas. Mi madre...

—¿Qué pasa con tu madre?

Él permaneció en silencio unos segundos.

—Poco después de que yo naciera, se metió en el río hasta asegurarse de que moría ahogada.

Notó cómo a ella se le tensaba la mano.

—Oh, Ahmad. Eso es espantoso.

Y lo era, aunque no podía recordarlo. Era la ventaja de haberla perdido durante los primeros días de su vida. Ella nunca había estado. Era casi como si jamás hubiera existido, excepto como una especie de lección.

—¿Por qué lo hizo?

—Por vergüenza.

Ella esperó a que continuara.

—¿Cuánto sabes acerca de la ocupación británica en la India? —le preguntó.

—Me temo que no sé nada. Excepto lo que leí en los periódicos durante el levantamiento. Me parece que llevamos allí mucho tiempo.

«Nosotros».

No hacía falta que se lo recordara.

Pero era inevitable. Los dos sabían quiénes eran. Y no podían afrontarlo si primero no lo aceptaban.

—Muchísimo tiempo. Es habitual que los soldados británicos se unan a mujeres nativas. Tienen hijos. Familias enteras. Hoy en día se insta a los soldados a legalizar esas uniones; pero, durante varias décadas, esos acuerdos no eran más que alianzas ilegales que solo tenían en cuenta el bienestar del hombre. Cuando ellos regresaban a Inglaterra, acostumbraban a dejar allí a sus familias indias.

Evelyn empezó a comprender. Y a sentir una inmediata compasión.

—¿Eso es lo que os pasó a tu madre y a ti?

Ahmad asintió.

—Ella creía que estaba casada con un soldado; pero, cuando él tuvo la oportunidad de regresar a casa, la verdad sobre su alianza quedó al descubierto. No estaban casados. La unión no era legal. Y él la dejó allí, sola y embarazada. Ya no podía volver con su familia. Había sido deshonrada. No tenía adonde ir. Y la única persona que la ayudó fue su hermana pequeña.

Fue ella la primera en contarle la historia a Ahmad. Una especie de cuento para él, cuando era niño.

—Muchas personas creyeron que había sido un accidente, pero mi tía sabía la verdad. Mi madre se metió en el río a propósito. Por suerte para mí, esperó a que yo hubiera nacido para hacerlo. Mi tía decía que no había querido agravar su pecado. Pero quién sabe...

—Lo siento —dijo Evelyn—. No tenía ni idea.

—Fue hace mucho tiempo. Mucho antes de lo que alcanza mi memoria.

—Pero sigue siendo tu madre.

—Mi tía fue la única madre que yo conocí. —Pasó el pulgar por la mano de Evelyn sin apenas darse cuenta de lo que hacía—. Ella también cayó presa del hechizo de un soldado británico. Era difícil evitarlo teniendo en cuenta la vida que llevábamos.

—¿A qué te refieres? ¿Cómo vivíais?

—En las afueras —explicó—. En la periferia de la sociedad colonial. Mi tía estaba atrapada en aquel lugar, y me crio en el mismo pueblo donde vivían otras personas mestizas, con sangre india e inglesa. Era un privilegio un tanto ambiguo. Imitábamos a los ingleses, tanto su forma de hablar como sus costumbres. Su religión. Pero eso era lo que había. Una copia. Una forma de vida inglesa bastarda. —Ahmad no consiguió disimular la rabia—. Entiendo que mi tía pensara, al mandarnos aquí, que nos estaba proporcionando a Mira y a mí algo que nos pertenecía por derecho de nacimiento. Pero nunca fuimos ingleses. Y tampoco éramos completamente indios. No éramos nada.

Evelyn le estrechó la mano con más fuerza. Ella tenía la mano pequeña y elegante y, sin embargo, lo bastante fuerte como para controlar a un caballo. El gesto significaba una evidente reprimenda.

—No deberías decir esas cosas.

—Las digo por tu bien. Para que sepas lo que es vivir de esa forma. Lo que acaba haciéndole a una persona después de un tiempo. Eso de sentir que uno no pertenece a ningún sitio no está hecho para débiles, Evie. Implica no llegar a tener una identidad propia. Y para una dama es una ecuación que no suele conducir a la felicidad. ¿Entiendes lo que digo?

—Claro que lo entiendo. Pero en tu ecuación hay un error. —Alzó un poco la barbilla—. Me has confundido con una dama con el corazón débil.

A Ahmad se le apelmazó el pecho, presa de una punzada de afecto tan intensa que resultó casi dolorosa. Dios..., ella tenía razón. Y él sintió la repentina necesidad de echarse a reír. Evelyn estaba en lo cierto, pero eso no cambiaba nada respecto al precio a pagar.

—No, no lo eres. —Su voz sonaba más grave—. Tú saltarías con tu caballo por encima de cualquier obstáculo sin pensártelo. Pero te advierto que esta vez el coste es demasiado elevado.

—Te equivocas —protestó—. Nada de esto es como cabalgar a galope tendido. Yo no soy una mujer imprudente como mi hermana. Y a estas alturas ya deberías saberlo. Yo no lo dejaría todo, ni siquiera por alguien a quien... Por alguien a quien tengo cariño.

Ahmad oyó la latente declaración de Evelyn con tanta claridad

como si la estuviera gritando desde los tejados. No era alguien a quien tenía cariño. Era alguien a quien amaba.

Porque aquello era amor, ¿verdad?

Una intensa atracción enfatizada por una inquebrantable admiración y un respeto mutuo. Ahmad la sentía siempre que estaban juntos. Y también cuando no lo estaban. El deseo de mover montañas por ella. De allanarle el camino sin importar el precio. Y se estaba convirtiendo en una parte de su vida tan importante como respirar.

Se estaban enamorando.

O quizá ya se habían enamorado.

—No quiero que renuncies a nada —le dijo—. Y menos por mí.

—No habrá ninguna necesidad. Estoy segura de que se me ocurrirá algo. Una forma de atender mis responsabilidades y de...

—Ni lo pienses. No quiero que arriesgues nada por mí. Hablo en serio.

—¿Y entonces qué propones que hagamos?

Ahmad se sitió cómo si de pronto se le hubiera formado una bola de plomo en el estómago.

—Lo único que podemos hacer. Debemos olvidarnos de esto, por mucho que nos cueste. Debemos recuperar la relación que teníamos antes. Somos socios. Amigos, espero.

—¿Y nada más? —Ella lo miró abrumada—. ¿A pesar de que hayas admitido desearme tanto como yo te deseo a ti?

—Sí —reconoció con tristeza, justo cuando la berlina se detenía en Russell Square—. Ya estoy acostumbrado a no conseguir lo que quiero.

Capítulo 24

Evelyn llevaba casi todo el día esperando a poder hablarle a su tío sobre Fenny. Después del desayuno, había intentado abordarlo en su estudio. Pero ya se había marchado de casa y no tenía ni idea de adónde había ido.

No volvió a verlo hasta entrada la tarde, y por casualidad. Él regresaba en ese momento y cruzó el vestíbulo cuando ella bajaba la escalera con su traje de montar verde oscuro.

—¿Sales con tu caballo a que te dé un poco el aire? —le preguntó.

—Sí.

No consiguió mostrar mucho entusiasmo. Después de lo ocurrido la noche anterior, la perspectiva de exhibirse en Roten Row le resultaba tan poco estimulante como asistir a otro baile o evento social. Pensaba que ya no tenía ningún sentido. Ya había encontrado al caballero que quería.

Le daba igual que él la hubiera rechazado.

Se hundió al recordarlo. Pero tampoco se regodeó en ese sentimiento. *Hefesto* seguía necesitando salir a hacer un poco de ejercicio. Y también debía exhibir los diseños de Ahmad.

Eso era lo que había conseguido levantarla de la cama aquella mañana al despertar con el corazón roto y muy tentada de abandonarse a su dolor.

Siguió bajando la escalera, deslizando una de las manos enguantadas por la curva de la barandilla.

—¿Adónde has ido hoy?

—He ido a hablar con lady Arundell. —El tío Harris se quitó el sombrero y el abrigo y le tendió ambas prendas a un lacayo—. Han surgido algunas cuestiones relacionadas con ese chico vidente de Birmingham. Es posible que tú puedas serme de ayuda.

—¿En qué sentido?

Su tío se marchó del vestíbulo sin responder.

Evelyn vaciló un instante. Había prometido reunirse con Stella en

Hyde Park, al final de Rotten Row, a las cinco y media. Y no quería llegar tarde.

Y, sin embargo, debía aprovechar la oportunidad.

Corrió tras su tío hasta el estudio. La estancia estaba tan desordenada como siempre. Era la única habitación de la casa donde los sirvientes no podían entrar a limpiar.

El hombre se dejó caer en la silla situada detrás de su escritorio.

—Quiero hacerte una o dos preguntas acerca de la amplificación espiritual.

—¿La qué?

—Esa energía que posees. Su señoría está convencida de que amplifica la capacidad de los espíritus para establecer el contacto con nosotros. Que los ayuda a proyectar un mensaje con mayor claridad.

Evelyn frunció el ceño.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Su espíritu familiar se lo ha anunciado esta misma mañana. Se hace llamar Dimitri. A mí me parece un tipo un poco contradictorio. Pero ha confirmado la opinión de Zadkiel acerca de tu don.

—Con todo el respeto, señor, lo que dijo Zadkiel es una tontería. Y en cuanto a Dimitri...

—Cosa que me lleva a la primera pregunta. —Se inclinó sobre la mesa entornando los ojos por encima de sus gafas de media luna—. ¿Cómo sientes esa energía?

La joven suspiró.

—No siento ninguna energía en particular. Y menos algo que pueda considerarse de naturaleza espiritual.

Él hizo chasquear la lengua.

—¿No tienes sensaciones raras? ¿Vibraciones en las extremidades o la tripa?

Ella se sonrojó un poco. La noche anterior sí que había percibido sensaciones extrañas tanto en las extremidades como en la tripa. Pero las habían provocado los besos de Ahmad.

Y, sin embargo, esas sensaciones no eran sobrenaturales. Eran absolutamente humanas. Emocionales. Físicas.

Deliciosamente físicas.

¿Se suponía que las damas debían disfrutar de esa clase de cosas?, se preguntó.

—No, señor —dijo—. Nada de eso.

—¿Y qué me dices de los mensajes? —preguntó.

—¿Mensajes de quién?

—Cosas importantes procedentes de la otra orilla. Instrucciones que puedan mandar para orientarnos.

Se le ocurrió una travesura.

Dio un paso hacia el escritorio de su tío y eligió cuidadosamente

sus palabras.

—A veces experimento sensaciones muy intensas. La sensación de que debo decirle algo a alguien. Supongo que podría considerarse un mensaje.

Al tío Harris se le iluminó el rostro, presa de la emoción.

—¿Del mundo de los espíritus?

—Supongo que podría ser.

—¿Has recibido algún mensaje de esos sobre mí? —preguntó.

—Sí —repuso ella—. Ahora que lo mencionas...

—¿Y bien? —la presionó con creciente impaciencia.

Ella carraspeó.

—Tengo la clara impresión de que... ha llegado el momento de que dejes de pensar tanto en los muertos y te preocupes más por los vivos.

El tío Harris se quedó mirándola con la boca abierta.

Evelyn se sintió un poco culpable.

«Maldita sea».

No era justo que lo confundiera de esa forma. Ni siquiera por una buena causa. Lo mejor era que se ciñera a la verdad, por inconveniente que resultara.

—Fenny está en Londres, tío —espetó de golpe.

—¿Fenny?

—Fenella. Mi hermana mayor. La que se escapó con Anthony Connaught. Se alojan en una pensión del puerto. Y necesitan dinero para pagar el pasaje a Francia.

Su tío quedó asombrado.

—¿Te lo han contado los espíritus?

—No. De esto estoy convencida. Y si quieres preocuparte por los vivos, quizá quieras empezar con ellos.

Él pareció considerarlo. Y entonces asintió.

—¿Cuánto necesitan?

* * *

—Está claro que seguía pensando que era un mensaje del más allá —dijo Stella situándose sobre *Locket* al lado de *Hefesto*.

—Supongo que sí. —Evelyn acortó las riendas para avanzar juntas sobre las monturas—. No he debido engañarlo.

—Bah. Estos ancianos tan estirados necesitan un poco de humor —opinó su amiga—. Yo siempre estoy bromeando con mi hermano mayor.

—Pero tu hermano no es ningún viejo, ¿no?

—Actúa como tal. Es sobrio y engreído. Muy anticuado. No le gusta que le tomen el pelo. Un claro indicativo de que necesita que se lo tome todavía más.

Las dos recorrían Rotten Row guiando a sus caballos entre los

miembros de la alta sociedad que paseaban por la pista.

A Evelyn le había sorprendido que Stella accediera a montar con ella a esa hora. Anne prefería hacerlo por las mañanas en compañía de Julia. Ella también lo hubiera preferido de no haber sido porque tenía que ceñirse a un plan.

Su plan.

De momento consistía en seguir exhibiendo los diseños de Ahmad ante los ojos de la alta sociedad. En cuanto al resto...

Sintió una punzada de frustración.

Quizá Fenny tuviera razón. Puede que sus tres hermanas pequeñas no necesitaran participar de las temporadas de Londres y casarse bien.

Cabía esa posibilidad.

Pero eso no disminuía sus obligaciones. Todavía necesitaba encontrar una forma de mantenerlas.

Un propósito complicado dadas las nuevas circunstancias.

Por lo menos había conseguido resolver el dilema de Fenny. En cuanto el tío Harris extendió el cheque, ella lo metió en un sobre junto a la nota que había escrito para su hermana y había mandado a un lacayo al Jolly Tar para que lo entregara en mano.

Ahora ya solo tenía que ocuparse de resolver sus propios problemas. Que no era poco. Y menos teniendo en cuenta que Ahmad estaba dispuesto a abandonar el campo de batalla antes de que se iniciara la reyerta.

Quería ser noble. Lo sabía. Por eso le había contado lo de su madre y las muchas dificultades que ella tendría que soportar si se convertía en parte de su vida. Estaba intentando protegerla. Evitar que se olvidara de todo por él.

Lo que no sabía era que conocer las muchas adversidades por las que él había pasado la había llevado a admirarlo todavía más.

—¿Entonces tu hermana regresará a Francia de verdad? —preguntó Stella.

—Supongo que sí.

Evelyn le había contado parte de los problemas de Fenny. Lo justo para que su amiga entendiera el peligro que conllevaba su presencia en Londres.

Stella era una muchacha que le inspiraba confianza. Quizá fuera porque procedía de orígenes tan humildes como los suyos. Mientras que los padres de Anne y Julia eran ricos, ella solo disponía de los fondos de su hermano pastor para mantener su caballo y comprarse algunas prendas modestas con las que pasar la temporada.

O quizá se debiera a la forma que tenía de mirar a los demás, con esa tierna seriedad. Los observaba fijamente con sus ojos plateados y ese cabello gris que le confería una extraña solemnidad.

En ese momento no podía verle el pelo. Siempre que salían a

montar lo ocultaba bajo un sombrero y una redecilla bien ceñida.

—Entonces parece que has conseguido esquivar el problema —dijo.

Evelyn la miró.

—Este problema sí.

Stella se echó a reír.

—¿Tienes muchos más?

—Varios. —Guio a *Hefesto* para que rodeara un carruaje abierto. Esa tarde estaba en plena forma, llevaba el cuello arqueado y las orejas hacia delante. Se le veía cargado de energía. Debía esforzarse mucho para mantenerlo al paso.

Empleaba la pierna y la silla, manteniendo las manos siempre firmes, así conseguía controlar los cuartos traseros del animal. Era una delicado equilibro entre el peso y la presión. Una especie de conversación que mantenía con él en un idioma que *Hefesto* podía comprender.

Y era un idioma que ella hablaba con soltura.

Montar bien era mucho más que patear los costados de un caballo para que corriera más o tirarle de las riendas. Algo que parecían ignorar la mayor parte de jinetes que había esa tarde por el parque. Entre ellos lady Heatherton.

Trotaba por la pista subida a una elegante yegua. Su atuendo era muy glamuroso y cabalgaba con decisión, azotando enérgicamente al animal con la fusta. Cuando pasó por su lado, miró a Evelyn a los ojos.

—Señorita Maltravers.

Evelyn inclinó la cabeza.

—Lady Heatherton.

Su señoría siguió cabalgando sin apenas saludar a Stella.

Pero su amiga no parecía ofendida.

—Menos mal que no se ha parado a hablar con nosotras.

—Me parece que no le caigo muy bien —admitió Evelyn.

—Ya lo veo. Te ha mirado como si te considerara una rival.

—Pues no lo soy.

Antes de que pudiera añadir nada más, se acercó a ellas un nuevo jinete. Ella se puso rígida sobre su silla a la amazona.

—Señorita Maltravers. —Stephen Connaught inclinó el ala del sombrero. Montaba un alazán escuálido.

Evelyn se apresuró a hacer las presentaciones. Stella lo saludó con educación, pero sin ninguna calidez.

Stephen no pareció advertirlo. Estaba demasiado ocupado admirando a *Hefesto*.

—Parece en buena forma —valoró—. ¿Cómo se está aclimatando a la vida en la ciudad?

—Estupendamente —respondió Evelyn—. Igual que yo.

El joven la miró de arriba abajo antes de concentrarse en su rostro.

—Le sienta bien.

Hubo un tiempo en el que ese cumplido hubiera significado algo. Pero ya no.

—¿Qué me dice de usted? ¿Cuánto tempo piensa quedarse en Londres?

—Hasta que concluya mi negocio —dijo.

Su negocio con Fenny y Anthony.

Evelyn rezó para que Stephen no los encontrara. Con un poco de suerte, en cuanto su hermana recibiera el cheque, se subirían al siguiente barco de vuelta a Francia.

—No quisiéramos entretenerle. —Azuzó a *Hefesto* y se despidió de Stephen inclinando brevemente la cabeza—. Que tenga un buen día.

Él se volvió montado en la silla para verlas pasar.

—¿El hecho de que él se quede en Londres supone algún inconveniente para ti? —preguntó Stella cuando ya no podía orlas.

—Ahora ya no —admitió—. A menos que sea demasiado indiscreto respecto a la situación de mi hermana.

—¿Le crees capaz?

—Solo por descuido. No se toma muy en serio mi temporada. —Era un poco triste, pero lo tenía asumido—. Nunca me ha considerado una muchacha hermosa que pueda atraer a ningún pretendiente.

—Pues me parece que ahora sí que te ve así.

—Por mí puede pensar lo que quiera. Ya no tengo ningún interés en él.

—¿De veras? No es feo. Me recuerda bastante a esos cándidos jóvenes héroes rubios de las novelas de Julia.

—Stephen no es ningún héroe. Un héroe no abandona a una dama cuando está pasando por su peor momento. Y no la humilla durante tres años fingiendo que no existe. —Esbozó una mueca de desagrado —. Pero dejemos ya de hablar de mis aburridos problemas. ¿Qué hay de ti? ¿No hay nada que debas solucionar esta temporada?

—Mmm. Podrías encontrarme un novio respetable. ¿Alguno de tus jóvenes descartes tal vez?

—Yo no tengo descartes, ni jóvenes ni de ninguna clase. En el baile todos los hombres con los que bailé eran ancianos.

—Te va mucho mejor que a mí. Solo hay que ver cómo te miran los caballeros. Atraes todas las miradas. Y ese tipo de ahí no es ningún anciano. Ni tampoco ese del caballo castaño. Qué asco. Te mira con lascivia.

Evelyn era tan consciente de las miradas de los hombres como siempre que iba al parque. Pero ya no le impresionaba tanto después de asumir lo que sentía por Ahmad.

—Es a *Hefesto* a quien admiran, y el traje de montar que llevo. Cuando lo encargué lo hice con idea de llamar la atención.

Stella sonrió.

—No es tu traje de montar, tonta. Eres tú. No existe ninguna prenda capaz de conseguir que una dama parezca deseable si no lo es de por sí.

—Los trajes que confecciona el señor Malik pueden conseguirlo.

Evelyn sintió cómo se le apelmazaba el pecho al mencionarlo. Era la misma sensación que la había acompañado desde que se habían separado la noche anterior.

Ni siquiera había intentado darle un beso de buenas noches antes de que ella se bajara de la berlina. Y temía que jamás volviera a hacerlo.

Pero le estrechó la mano.

Y su voz había sonado más profunda; y cuando él adoptaba ese tono a ella se le formaba un ardiente nudo en el estómago.

Él la deseaba. Lo había dicho él mismo.

El resto era cosa de ella.

—Sus diseños realzan lo mejor de la persona que los lleva —añadió —. Es una especie de magia que tiene.

—Quizá debería encargarle uno —repuso Stella—. Y ya que me pongo, también un vestido de baile.

Evelyn se animó.

—Ya lo creo. Seguro que te hace uno precioso.

Su amiga sonrió con incredulidad.

—Tienes mucha fe en él.

—Tengo motivos. —Guardó silencio unos segundos antes de admitir—: Para mí es muy importante que su negocio sea próspero.

Stella llevó a *Locket* más cerca de *Hefesto*.

—¿Y por qué te importa tanto?

—Porque para mí es el mejor caballero del mundo —admitió con un tono cargado de cariño y emoción.

Stella enmudeció por un momento.

—Vaya, vaya —repuso al fin—. Entonces tendremos que ver qué podemos hacer por él.

Capítulo 25

Ahmad estaba sentado a su mesa de trabajo en la trastienda de Doyle y Heppenstall cortando una tela de damasco de color verde rojizo cuando el señor Doyle asomó la cabeza en la estancia.

—Han venido un par de damas —dijo con un tono muy sombrío—. Preguntan por tus vestidos.

Ahmad dejó las tijeras y dobló con cuidado la fina tela de gasa que había elegido para uno de los vestidos de día de Evelyn.

Ya esperaba recibir nuevas clientas. Tras la asistencia de la joven al baile de lady Arundell era previsible. Y, sin embargo, sintió una oleada de emoción.

Ese era su objetivo. Él no perseguía romances. No quería enamorarse, sino conseguir una buena cartera de clientas. Y ya iba siendo hora de que se concentrara en eso en lugar de pasar todo el día pensando en Evelyn.

Y eso era lo que había hecho.

Habían pasado dos días desde que la había besado. Desde que le hablara de su madre y de su infancia en la India. Secretos que jamás había compartido con nadie.

Era una historia sórdida, pero era su historia. Y no lamentaba haber confiado en ella.

Le había contado todo para advertirla. No había sido hasta más tarde, cuando la berlina se detuvo frente a la verja del jardín de la casa de su tío y dejó a Evelyn sana y salva en su casa, cuando comprendió lo mucho que había deseado que ella lo supiera. Y no solo por ella, sino por él.

Otro exasperante aspecto de esa atracción que sentía. Aquel horrible deseo de compartir hasta el último detalle de sí mismo con ella.

Era absurdo. Peligroso.

Si no se andaba con cuidado, esos impulsos podían acabar arruinándolos a ambos.

Se levantó de la silla y se puso la levita.

Beamish y Pennyfeather, que estaban sentados muy cerca de él, lo observaron con reticencia cuando pasó junto a ellos hacia la cortina de la puerta. En ese momento eran ellos los responsables de confeccionar los trajes de caballero que le encargaban a Doyle, pero las peticiones cada vez eran más escasas.

Aunque eso no era asunto de Ahmad.

Entró en la soleada tienda y se encontró con dos damas que aguardaban ante el mostrador. Una iba completamente vestida de negro. La otra —a pesar de tener poco más de veinte años— tenía el cabello de un espectacular tono gris.

Las reconoció enseguida. Eran las chicas que salían a montar con Evelyn: lady Anne Deveril y la señorita Stella Hobhouse. Iban acompañadas por una doncella muy bien vestida y un lacayo con la librea de los Arundell. El sirviente portaba un buen número de paquetes muy bien atados con sus respectivos cordeles.

—Supongo que usted es el señor Malik. —Lady Anne lo miró de arriba abajo—. ¿Usted hace los trajes de montar de la señorita Maltravers?

—Así es —confirmó.

—¿Y también le hace los vestidos? —preguntó la señorita Hobhouse.

—También.

Las damas intercambiaron una mirada cómplice.

Ahmad las observó con creciente incomodidad.

¿Evelyn les habría dicho algo más?

Lo dudaba. Seguro que no les había mencionado el beso. Pero quizá les hubiera dicho otra cosa. Las jóvenes solían compartir confidencias sobre los hombres. Durante su estancia en el establecimiento de la señora Pritchard, había sido objeto de miradas secretas, risitas y susurros. Ya no tenía edad de avergonzarse de esa clase de cosas.

Pero esto era diferente.

Esta vez se trataba de Evelyn.

El calor le trepó por debajo del cuello de la camisa.

—¿Puedo ayudarla, milady? —preguntó.

—Espero que sí. —Lady Anne posó los dedos enguantados sobre la pulida madera del mostrador—. Necesito un vestido de baile negro. Algo con pocos adornos, ni volantes ni florituras. La señorita Maltravers me ha asegurado que es usted la persona indicada para hacerlo.

—Negro —repitió él frunciendo el ceño.

—Exacto. Y también necesito un traje de montar negro. Del mismo estilo que el verde que hizo para la señorita Maltravers.

—Yo también necesito un traje de montar —intervino la señorita

Hobhouse—. Pero lo quiero como el que la señorita Maltravers tiene en color visón.

—Puedo confeccionarle algo similar, pero no idéntico. Nunca duplico mis diseños. Lo que encargue lo haré exclusivamente para usted.

—En cuanto a eso... —Una sombra de incertidumbre cruzó por el rostro de la señorita Hobhouse—. La señorita Maltravers dijo que tenía usted un vestido de noche que había devuelto otra dama. Me comentó que quizá pudiera pedirle que lo arreglara para mí con un poco de descuento.

Él frunció un poco el ceño.

—¿Eso le dijo?

—Siempre que el color me quede bien.

Ahmad pensó en el vestido de muselina azul hielo que tenía pulcramente doblado en el arcón de su apartamento. Ya se había resignado a las pérdidas que le había ocasionado. Lo había hecho ex profeso para lady Heatherton. Pero ese tono de azul tan frío también le quedaría bien a alguien con la piel de la señorita Hobhouse. A decir verdad, con su cabello gris y sus ojos plateados, podría resultarle una prenda espectacular añadiéndole algunos ajustes.

—¿La señorita Maltravers les ha comentado algo más que quieran comunicarme? —preguntó.

Lady Anne se alisó los guantes.

—Espero que los encargos para los vestidos sean suficiente.

Y lo eran.

Evelyn no lo había olvidado. No solo había dado sus señas a las damas que habían admirado su vestido en el baile de Arundell, también había mandado a sus amigas a encargarle confecciones.

El gesto lo conmovió.

Mucho.

Y también estaba agradecido. A fin de cuentas, los negocios eran los negocios.

Lady Anne y la señorita Hobhouse no pertenecían a la más alta sociedad, pero se iban a mover en esos círculos durante toda la temporada. Si lucían sus diseños, seguro que él se beneficiaría.

Pasó la hora siguiente enseñando a las jóvenes algunos de sus bocetos y hablando con ellas sobre telas y adornos. Cuando terminó de tomarles medidas, ya era más de la una. Volvió al taller con la cabeza llena de ideas para el vestido de baile de *lady* Anne.

Le resultaba extraño que ese fuera el encargo que captara su interés creativo.

Negro. Era algo insólito. Ninguna dama que estuviera de luto osaría asistir a un baile. Pero la joven no estaba de luto, ni tampoco su madre. No en el sentido estricto de la palabra. Eran espiritistas que

honraban al fallecido príncipe Alberto. Y el negro era la señal universal para mostrar respeto por los muertos.

Tendría que plantear minuciosamente el diseño, de la misma forma que lo hacía con los trajes de montar. Como ocurría con los trajes de las damas, un vestido de luto se distinguía por su falta de adornos. Si se podía expresar algún estilo, debía hacerse a través del lujo de las telas y la elegancia del corte.

Y él se destacaba precisamente en eso.

Era lo que las Preciosas Domadoras de Caballos habían admirado de su trabajo. Y también Evelyn.

Por suerte para él, no eran las únicas.

Al día siguiente, otra dama visitó Doyle y Heppenstall, y al otro, tres más. Aquel fue el patrón de la atareada semana: estuvo muy ocupado tanto el lunes como el martes, y todavía más el miércoles. Cuando la última clienta se hubo marchado, volvió a retirarse al taller a ocuparse de los encargos. Estaba comparando tonos de terciopelo burdeos para el vestido de una viuda cuando Doyle se plantó delante de él cortándole el paso.

—Esta semana han venido muchas damas —dijo—. Están empezando a superar en número a los caballeros.

Ahmad lo rodeó para llegar a su mesa de trabajo.

—Esa era la idea cuando llegamos a nuestro acuerdo.

Doyle lo siguió.

—¿Ya ha llegado el momento?

—Casi. —Se sentó en el borde de la mesa—. Tendré que contratar otra costurera. Quizá dos.

Beamish y Pennyfeather dejaron su trabajo y alternaron la mirada entre Doyle y Ahmad con evidente ansiedad.

—¿Y las vas a instalar aquí? —preguntó Doyle.

—Desde luego.

—¿Y qué hay de Beamish y Pennyfeather? ¿Qué será de ellos?

—Eso depende de lo dispuestos que estén a aprender a confeccionar mis diseños —repuso.

Beamish se puso en pie de un salto.

—Señor Doyle, protesto acaloradamente. No pienso dejar que me enseñe mi oficio un... un... —Se puso muy colorado—. Un extranjero.

—Yo también protesto, señor. —Pennyfeather se levantó en solidaridad con su compañero—. Desde que murió el señor Heppenstall, la imagen de este establecimiento se ha deteriorado de tal forma que ya no puedo...

—Pues vete —replicó Ahmad tranquilamente—. No estás obligado a quedarte.

—Tú no me das órdenes —repuso con la voz temblorosa—. Yo trabajo para el señor Doyle.

Doyle suspiró.

—Me estáis decepcionando, muchachos. —El anciano sastre se acercó a la mesa de trabajo de Ahmad y acarició un trozo del damasco de color verde rojizo que el modisto ya había cortado e hilvanado. Su retorcido pulgar se desplazó por la gasa ondulada de la tela con expresión contemplativa—. ¿Ninguno de los dos se ha preguntado nunca por qué tantos de nuestros clientes piden que sea el señor Malik quien les haga los trajes? ¿O por qué las damas vienen a buscar sus vestidos de montar?

Beamish y Pennyfeather aguardaban en silencio.

—Nuestros clientes reconocen su talento —continuó el anciano—. Y vosotros también lo veríais si tuvierais una pizca de él. —Volvió a dejar la tela en la mesa—. Por eso he accedido a traspasarle el negocio cuando me retire.

—¡No, señor Doyle! —exclamó Beamish.

Pennyfeather se sumó a la protesta.

—¿No pensará de verdad dejar en sus manos la sastrería de Doyle y Heppenstall?

El anciano levantó la mano.

—El señor Malik ha dicho que os podéis quedar. Os aconsejo que lo consideréis. Tal vez aprendáis algo de valor. Pero si no conseguís adaptaros a trabajar con él, os pagaré el sueldo de la semana y os desearé buena suerte.

Ahmad no se hacía ilusiones acerca del camino que elegirían los jóvenes cortadores. Siempre lo habían mirado con desconfianza. Nunca habían mostrado ningún interés por su trabajo. Cuando los empleados se marcharon muy tensos, los vio desparecer sin inmutarse.

—Es lo mejor —le dijo Doyle con tono de cansancio—. Ya casi nadie viene a encargar trajes. Quizá tú puedas...

Ahmad negó lentamente con la cabeza.

—A mí no me interesa seguir haciendo trajes para caballeros.

—Claro. ¿Por qué ibas a querer hacer eso cuando puedes trabajar con estos géneros? —Fijó su mirada acuosa en la tela de color verde rojizo—. Muselinas, terciopelos y sedas ondulantes. Es un cambio agradable respecto a las telas superfinas en negro y gris.

Ahmad lo miró un buen rato. Recordó todas las veces que lo había sorprendido examinando su trabajo.

—¿De verdad piensa lo que ha dicho sobre mi talento?

El rostro del anciano sastre se veía tan apagado como de costumbre. No se apreciaba en su expresión ni un atisbo de cariño.

—Supongo que sí —admitió—. ¿Por qué si no iba a permitir que te quedaras con mi tienda?

Capítulo 26

Una carta para usted, señorita —anunció la señora Quick entrando en el comedor del desayuno.

Evelyn levantó la vista del periódico de la mañana. Estaba sola a la mesa frente a los restos del desayuno: un té frío y media ración de huevos con tostadas y jamón.

—El correo nunca llega tan pronto, ¿verdad?

—No ha venido con el correo. —La mujer le tendió la carta. Era poco más que una nota mal doblada sellada con una gota de cera roja —. La ha traído un muchacho.

Evelyn se alarmó enseguida. Dejó el periódico a un lado y rompió el lacre mirando al ama de llaves con agradecimiento.

—Gracias, señora Quick.

El ama de llaves inclinó la cabeza.

—Pediré que le traigan una tetera caliente —dijo antes de retirarse.

Evelyn apenas la oyó. La carta era de Fenny. Una apresurada nota redactada con su característica escritura:

Querida Evie:

Debería reprenderte por haber interferido, pero no soy capaz. Cuando llegó tu nota estábamos completamente desesperados. ¿Cómo diantre conseguiste convencer al tío para que se desprendiera de su dinero? Hicieras lo que hicieses, te lo agradezco, y Anthony también.

Ya ha comprado los pasajes para el próximo vapor con destino a Francia. Cuando recibas esta carta, ya habremos llegado a Calais y estaremos de camino a París. Di firmes instrucciones al dueño de la taberna para que no te hiciera llegar la carta hasta que Anthony y yo hubiéramos cruzado el canal. Debemos ser cuidadosas sabiendo que Stephen anda fisgoneando por aquí.

Cuando nos hayamos instalado, te haré llegar la dirección. Podríamos escribirnos. Será bonito poder darle la noticia a alguien cuando nazca el bebé.

Con cariño, tu hermana
Fenny

Evelyn se sintió muy aliviada cuando terminó de leer. Fenny se había marchado de Londres y estaba sana y salva, de camino a Francia y sin provocar más daños a la imagen de los Maltravers.

Le deseó buena suerte en silencio. No aprobaba lo que había hecho para estar con Anthony, pero de pronto comprendía mejor que nunca las motivaciones de su hermana.

Si se le presentaba la oportunidad, ¿qué otra cosa podía hacer una dama más que seguir los designios de su corazón?

* * *

El lunes siguiente, Evelyn aguardaba en lo alto de la plataforma elevada de Doyle y Heppenstall mientras Ahmad ponía varios alfileres en el corsé de su nuevo vestido de día en color granadina. No habían vuelto a estar a solas desde la noche de los muelles.

Pero en ese momento lo estaban.

Ella se había asegurado de ello. Hacía unos minutos había mandado a Agnes a hacer un recado a la calle Bond. No había sido más que un pretexto, y Ahmad lo sabía.

—Estás decidida a ignorar las leyes del decoro —dijo. Tenía el espeso pelo negro despeinado y se había remangado los puños de la camisa hasta los codos para trabajar mejor.

Evelyn admiraba los músculos de sus antebrazos. Sintió una conocida punzada en la tripa.

—Podrías haber venido a Russel Square. Allí tengo muchas carabinas.

—Hoy estoy demasiado ocupado para marcharme de la tienda. —Le clavó un alfiler al final de la manga—. Si no termino de hacer los arreglos de tus vestidos esta mañana, ya no tendré tiempo de hacerlo durante toda la semana.

Evelyn tenía tres vestidos pendientes de los últimos arreglos: el de día que llevaba en ese momento, uno de tarde y otro de baile. Los dos últimos reposaban sobre la mesa de la esquina, esperando su turno. Y los tres debía entregarlos el miércoles.

Ella no le había hecho más encargos. Ya no necesitaba más vestidos ni trajes de montar. Tenía ropa de sobra para el tiempo que pasaría en Londres y no osaría poner a prueba la generosidad de su tío.

Además, ya no pensaba seguir participando de la temporada. Desde

luego, no del modo que había imaginado en un principio. Aunque seguía asistiendo con regularidad a cenas, bailes y eventos nocturnos, ya no lo hacía con el objetivo de encontrar marido. Su único propósito era exhibir los vestidos de Ahmad. Siempre con la esperanza de que otras damas los admirasen lo suficiente como para que fueran a encargarle los suyos.

No le parecía apropiado seguir gastando el dinero de su tío como si se estuviera aprovechando de él.

Había sido muy generoso por lo que se refería a su guardarropa. Y más aún en ese momento, cuando esperaba que ella lo acompañara a algunos de sus eventos ocultistas. Pero hasta él tenía un límite.

Y eso significaba que se terminarían sus visitas a Doyle y Heppenstall. Ya no tendría más oportunidades de estar a solas con Ahmad.

Era dolorosamente consciente de ello.

—¿Ha ido bien el trabajo? —le preguntó.

—Ha sido interminable. Por no mencionar a las dos costureras que se van a instalar, y el taller es un caos.

—¿Costureras nuevas? —preguntó un poco desconcertada—. ¿También son amigas tuyas, como Becky?

—No son como Becky. Pero sí, ya las conocía. Llevan un año trabajando con madame Elise y están ansiosas por cambiar.

—¿Por eso conocías tan bien las condiciones de los trabajadores en su tienda?

Asintió.

—Pensaban que les iría estupendamente trabajando en la calle Regent. Pero madame Elise enseguida las sacó del engaño.

—Tienen suerte de que las contrataras tú.

—El afortunado soy yo. Tengo más encargos de los que puedo atender, incluso con ayuda de Becky y Mira. Cada día llegan clientas nuevas.

—Deben de estar impacientes por recibir sus encargos —supuso ella —. A mí no me importa esperar por mis vestidos si necesitas terminar primero los otros.

Ahmad le lanzó una oscura mirada.

—Lo primero eres tú.

Fue como si esas palabras encendieran un fuego en el pecho de Evelyn. No había sido consciente de lo mucho que necesitaba oír algo así.

Había pasado toda la semana oyendo de boca de varias damas de la alta sociedad que habían encargado vestidos a «ese sastre tan apuesto de la calle Conduit». Y ella recibía esas noticias con una mezcla de orgullo y tristeza. Había imaginado a todas y cada una de esas mujeres —más hermosas que ella en muchos casos— de pie en el mismo lugar

en el que estaba en ese momento. Había imaginado a Ahmad tomándoles medidas. Tocándolas y hablando con ellas.

Y cosas peores.

Sintiéndose inspirado por ellas.

Había pensado que a alguna no le costaría mucho suplantarla y hacerse con su afecto. Ya ni siquiera estaba segura de cuál era el lugar que ocupaba en todo aquello, y menos desde que él le había asegurado con toda claridad que lo que había entre ellos, aquel romance, no podía funcionar.

—Mi vestido de baile es precioso —dijo.

La pálida seda ambarina se derramaba por el borde de la mesa de trabajo dejando entrever una capa de clarísimo crepé también en color ámbar y una berta de encaje y tul. También llevaría adornos hechos con flores el día del baile en los jardines Cremorne. Una mezcla de rosas y hojas heladas que adornarían su falda y el corsé.

—Estarás muy hermosa con él —auguró Ahmad.

Ella se dio cuenta de que era un cumplido, pero lo había dicho sin pensar. Estaba completamente concentrado en terminar el vestido.

Como debía ser.

Y, sin embargo, sintió una punzada de frustración.

—No sabía qué clase de vestido sería más adecuado para un baile al aire libre. Nunca he estado en un sitio como los jardines Cremorne.

Ahmad siguió poniendo alfileres. O no la había oído o estaba demasiado concentrado en lo que estaba haciendo como para poder contestar.

Evelyn aguardó en silencio durante varios minutos mientras él trabajaba y dejó que el pesado silencio se extendiera entre ambos. La frustración que sentía fue dando paso a una muda angustia, la sentía en el pecho, pesada como una roca. ¿Acaso él no sabía que aquel sería el último momento que pasarían juntos?

Intentó de nuevo iniciar una conversación.

—Lady Anne me ha dicho que ya tienes muy avanzado su vestido de baile.

—Sí. Te agradezco que me recomendaras.

—Ella y la señorita Hobhouse se alegraron mucho de haber venido. —Lo cierto era que las amigas de Evelyn estuvieron varios días alabando a Ahmad. Les había parecido un hombre con mucho talento y muy apuesto—. Ya se puede decir que son grandes admiradoras de tu trabajo.

Ahmad se inclinó para ajustar las costuras del corsé.

—Han venido otras damas.

—Lo sé.

—También te doy las gracias por eso.

—No tienes por qué dármelas. Lo único que he hecho es ponerme

las prendas que has cosido. Estoy segura de que me han ayudado tanto a mí como a ti. —Estaba decidida a arrancarle alguna reacción. Era un impulso infantil, e incluso desesperado. Pero no parecía poder controlarse—. Eso era lo que perseguíamos cuando sellamos nuestro acuerdo. Que los dos consiguiéramos lo que queríamos. —Su despreocupado tono se contradecía con el temblor de su estómago—. Y eso hemos hecho.

Él dejó de mover las manos a la altura de su cintura.

—¿Ya tienes un pretendiente?

—Tengo varios.

Y no era mentira. Siempre que contara a los ancianos lord Trent y lord Gresham, y al deprimente señor Fillgrave. Este último incluso había llegado a visitarla en Russel Square. Evelyn había pasado diez dolorosos minutos con él en la sala de estar, mientras el hombre hablaba sin parar sobre el linaje de sus yeguas españolas. Un asunto que a ella en realidad le parecía muy interesante, pero el señor Fillgrave nunca le dio la oportunidad de intervenir. Aquel tipo hablaba ante ella en lugar de con ella.

En cuanto a los caballeros más jóvenes, parecían contentarse con admirarla de lejos. Incluso Stephen Connaught. Llevaba varios días apareciendo por Rotten Row, y siempre se le acercaba para desearle un buen día.

—Me alegro por ti —dijo Ahmad.

Pero había dejado de ponerle alfileres en el vestido.

La miraba con el ceño fruncido y los hombros visiblemente tensos bajo las líneas de su chaleco negro.

—Y yo me alegro por ti. Espero que tus nuevas clientas... que todas... —No pudo seguir. Ya no sabía qué esperar. Todo aquello era muy confuso.

—¿Qué? —le preguntó él.

—Nada. —Se le nubló la vista—. Es que... No sé qué significo para ti en todo esto.

Él frunció el ceño.

—Evie...

—¿Soy una clienta más?

—Ya te he dicho lo que significas para mí. —A Ahmad se le había apelmazado la voz—. Eres mi musa.

—Sí. Bueno. Eso es maravilloso. —Se quitó las gafas—. Pero supongo que quiero ser algo más que eso.

—Y lo eres.

—Pues dímelo —susurró.

Ahmad apretó los dientes. Le quitó las gafas que ella sostenía en la mano, se sacó un pañuelo del bolsillo del chaleco y limpió las lentes empañadas.

—No tiene sentido.

—¿Por qué no?

—Porque no se puede hacer nada al respecto.

Pero ella se negaba a aceptarlo.

—Que no dejes de decir eso no significa que sea cierto. Yo creo...

—Lo que tú creas es irrelevante. —Volvió a ponerle las gafas con delicadeza. Paseó los dedos por las patillas de metal al pasárselas por encima de las orejas—. Yo sé cómo funcionan estas cosas por propia experiencia.

Y ahí estaba el problema. Ella no tenía experiencias con la que rebatir las de Ahmad. Solo tenía su corazón y su determinación. Las ganas de afrontar la situación desde una posición de fuerza, como le había enseñado su madre. Y eso tendría que bastar.

Pero no era así.

Evelyn lo vio claramente en el rostro de Ahmad. A pesar de la ternura con la que la tocaba. A pesar de lo grave que se le ponía la voz y la forma tan protectora que tenía de moverse sobre ella. A pesar de todo eso, él lo tenía claro: no podían estar juntos.

Sintió un nudo en la garganta, presa de una emoción inesperada.

—Ya sé que no sé nada. Al vivir en Combe Regis, el resto del planeta parece ajeno. Y allí pasaba los días preocupada por el bienestar de mi familia. No tenía mucho tiempo de pensar en nada más. Ya sé que eso me convierte en una persona con poco mundo, una pueblerina, pero estoy intentando mejorar. Observar y aprender. Si me dieras una oportunidad...

—Tú no tienes poco mundo. Eres inocente. Es imposible que comprendas cómo es mi vida de un día para otro. O que imagines las miradas de recelo y los comentarios e indirectas que recibo. Son tan frecuentes que ya no me doy ni cuenta. Pero tú lo harías. Y sufrirías.

Se sentía cada vez más frustrada. Él intentaba protegerla. Y eso era adorable e irritante al mismo tiempo.

—Ahmad...

—No puedes venir aquí sin carabina. Ya no podemos seguir viéndonos a solas. Es demasiado peligroso.

Se dio media vuelta para alejarse de ella.

Evelyn le posó la mano en el antebrazo. Su piel desnuda estaba increíblemente cálida y sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo.

Se dio cuenta de que él lo había notado. Se quedó inmóvil cuando lo tocó y mudó de expresión hasta mirarla aparentemente enfadado.

No resultaba muy alentador.

Ella bajó la mano e hizo un último intento.

—Soy más fuerte de lo que piensas.

Él volvió la cara un momento.

—Esto no tiene nada que ver con la fortaleza.

—Claro que sí —insistió ella—. Yo soportaría lo que fuera por alguien a quien tengo cariño.

Creyó ver un frustrado deseo en su mirada oscura.

—Ya sé que lo harías. Pero yo jamás te pediría algo así.

Capítulo 27

Para comprar flores, hojas y frutas falsas no había mejor establecimiento en Londres que el de los señores Valmar y Richardson, en Cripplegate. Era un local pequeño, pero disponía de un amplio muestrario.

Con las manos en los bolsillos de los pantalones, Ahmad caminaba junto a Mira, que pasaba de una vitrina a otra. Había flores de todos los colores y tamaños. Rosas de todas clases —humildes rosas caninas y exquisitas variedades francesas híbridas— compartían espacio con flores de naranjo, jazmines y exuberantes camelias rosas y blancas.

—¿Me enseña esta de aquí, por favor? —preguntó Mira—. La de color rosa pálido.

El dependiente del almacén sacó la bandeja de las camelias de la vitrina y la dejó sobre el mostrador.

—¿Es para un sombrero, señora?

—No, solo es un complemento más para una dama. —Mira se quitó el guante y alcanzó una de las flores. Los pétalos eran prácticamente translúcidos.

—Está hecha de papel de arroz —precisó el dependiente—. Y tiene un tallo flexible.

La joven miró a Ahmad. Su expectante rostro estaba enmarcado por un estiloso sombrerito con el ala encorvada hacia arriba y dos cintas atadas en un enorme lazo debajo de la barbilla.

—¿Qué te parece?

Él negó con la cabeza.

Ella apretó los labios. Volvió a dejar la camelia de papel de arroz en la bandeja.

El sastre se acercó a la siguiente vitrina. Se detuvo a examinar una guirnalda de rosas a través del cristal. Estaba muy bien hecha y parecía muy real, incluso los toques marrones de algunas de las hojas.

Su prima se puso a su lado.

—¿Esa te gusta más? Podría quedar bien en la falda.

—No.

—Dijiste que querías una guirnalda.

—De flores frescas —repuso—. No de mentira.

Siguió caminando hasta el siguiente expositor. Dentro había una gran cantidad de hiedra salpicada de piezas de fruta.

—No te ha gustado nada de lo que hemos visto hoy —comentó ella mientras lo seguía.

—Ya te advertí que pasaría.

—Sí, porque si por ti fuera, todos los vestidos que diseñas tendrían la misma cantidad de adornos que ese vestido negro que has hecho para lady Anne. En otras palabras, ni uno solo. —Resopló—. ¿Por qué te molestan tanto los adornos?

Ahmad se encogió de hombros.

—No me gusta la ostentación.

—La moda es ostentosa. Los vestidos del señor Worth...

—No quiero hablar del señor Worth.

Ahmad siguió hasta la siguiente vitrina.

Mira lo seguía de cerca. El frufrú de su falda parecía expresar su irritación.

—No sé por qué has accedido a venir.

—Necesitaba un poco de aire fresco. He pensado que lo mejor sería acompañarte.

—Lo que necesitas es una buena regañina. —Tiró de él hacia un mostrador donde no había ningún empleado. Bajo la voz hasta susurrar—: Últimamente estás siempre triste. Y trabajas demasiado. Ni siquiera te tomas cinco minutos para comer como es debido.

Aquel no era ni el lugar ni el momento para hablar de eso. Pero eso no impidió que Ahmad respondiera:

—¿Yo? ¿Y qué me dices de ti?

Su prima se puso tensa.

—¿Qué pasa conmigo?

—Tú estás igual de triste que yo. —Tomó su mano desnuda y le dio la vuelta. Tenía las yemas de los dedos teñidas—. Manchas de tinta —la acusó—. Has estado escribiendo un montón de cartas.

La joven retiró la mano con decisión.

—¿Y qué? —Volvió a ponerse el guante—. Escribir cartas no es ningún crimen.

—¿A quién escribes?

—No es de tu incumbencia.

—¿A quién? —insistió. No le gustaba mostrarse tan brusco, pero últimamente su prima no estaba bien. Incluso Finchley lo había comentado. Estaba preocupada. Ensimismada por alguna inquietud personal.

Ella había reconocido que estaba perdida. Que no sabía cuál era su

lugar en el mundo.

Ahmad había intentado distraerla. Le había ofrecido libros para leer durante sus horas de asueto. Y le había ofrecido trabajo. Una ocupación que a ella le encantaba, coser vestidos y entretenerse con bordados y adornos. Y eso había llenado sus días, parecía que le había dado un propósito.

Pese a su empeño, nada parecía disipar esa bruma de preocupación que le nublaba los ojos.

La joven lo fulminó con la mirada.

—¿Es que tienes que saber todo lo que hago?

Ahmad no vaciló:

—Si se trata de algo que te preocupa, sí.

—Estoy bien —le aseguró—. No soy yo la que está sufriendo. O la que está perdiendo peso porque no come.

—No cambies de tema.

—Empiezas a parecer un lobo salvaje. Y eso asusta a las clientas.

Ahmad se lamentó para sus adentros.

—No creo que estén tan asustadas. Siguen viniendo, ¿no?

Había conseguido cuatro nuevas clientas solo en aquella última semana.

—Oh, sí, ya lo creo, las damas siguen acudiendo a ti. No me cabe duda de que les resulta muy emocionante, les pasaba lo mismo a las chicas del negocio de la señora Pritchard.

—¿Estás insinuando que nuestras clientas pertenecen a la misma categoría?

—¿Por qué no? Tú lo haces. Nunca has visto ninguna diferencia entre esas mujeres y las demás. Para ti son todas iguales. Solo son figuras a las que poder vestir con tus diseños. —Se cruzó de brazos—. Hasta que la conociste a ella.

Ahmad miró a su prima con desolación.

—¿Por qué no vas a buscarla? —le preguntó.

Él se entristeció todavía más. Algo que no creía posible: ya estaba demasiado deprimido.

Habían pasado dos semanas desde la última vez que Evelyn había estado en Doyle y Heppenstall. Una quincena entera desde que la había tenido ante él, ataviada con las piezas hilvanadas del vestido de día rojo verdoso que le había hecho. El corsé y la falda estaban adornados con un cordel verde oscuro que se acaba ciñendo alrededor de la cintura a modo de cinturón. Estaba preciosa. Vibrante como la primavera.

Y él la había deseado mucho.

Todavía la deseaba.

Cosa que no le hacía ningún bien.

—No tengo nada que ofrecerle —reconoció.

Solo conseguiría despojarla del estatus social que le correspondía. Convertirla en una descastada. Como le ocurría a cualquier dama inglesa que se uniese a un hombre de otra raza.

Y ese no sería más que el primer obstáculo que hallarían en su camino.

Aunque pudieran superarlo —de un modo u otro— seguirían teniendo el problema de la falta de fortuna.

—¿No tienes nada que ofrecerle? —se burló Mira—. ¡Dentro de un año serás el modisto más famoso de Londres!

Él reprimió una sonrisa.

—Tienes mucha confianza en mí, *bahan*.

—Hablo de lo que veo. No me digas que no estás de acuerdo conmigo.

—En eso no. —A pesar de todo, él nunca había perdido la fe en su propio trabajo—. ¿Un año? ¿Esa es tu estimación?

—Si el negocio se mantiene a este ritmo, sí. ¿Por qué? ¿No es lo bastante pronto para ti?

No. No era lo bastante pronto para las necesidades de Evelyn. Ella necesitaba un marido rico en ese momento, no doce meses después. Un caballero respetable con la solvencia económica suficiente como para ocuparse de su familia, de la casa y de alimentar a su caballo. Un hombre con seguridad económica, no un modisto recién estrenado en el oficio que dependiera de los antojos de la alta sociedad londinense.

—Un año es mucho tiempo. Demasiado.

¿Dónde estaría Evelyn cuando hubiera pasado todo ese tiempo? Probablemente casada con otro. Con uno de los muchos pretendientes que asistían a los bailes a los que iba, coqueteaban con ella en las fiestas o se sentaban a su lado en el teatro. Las páginas de sociedad hablaban sobre ello a menudo y especulaban sobre cuál sería el caballero que la acabaría conquistando.

Con solo imaginarlo, se sentía como si alguien le estuviera atravesando el corazón con un cuchillo. Como si se desangrara por dentro.

Mira le puso la mano en el brazo.

—Vámonos de aquí.

—¿No quieres echar un vistazo en el piso de arriba?

La segunda planta de Valmar y Richardson estaba dedicada exclusivamente a las plumas. Avestruz, pavo real, marabú... Allí se encontraban adornos de cualquier color o estilo que pudiera imaginar un modisto o un sombrerero, todos expuestos en vitrinas con la misma pulcritud que los artículos del piso bajo.

Ahmad no tenía ninguna gana de ir a verlas en ese momento, pero no se hubiera negado si Mira quería subir.

—Hoy no —repuso ella—. Vendremos en otro momento, cuando

estés de mejor humor. —Tiró de él hacia la puerta—. Vamos. Te sentirás mejor después de comer algo.

* * *

Evelyn entró en la librería Hatchards con dos libros encuadernados en tela sobre los brazos. Los dejó encima del mostrador con gran estruendo.

El dependiente levantó la vista sobresaltado. Era el mismo caballero mayor que la había atendido en sus dos visitas anteriores.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita?

—Claro —repuso—. Necesito un libro sobre la India.

El dependiente alzó las cejas.

—¿Otro?

—Necesito uno mejor. Estos no son lo que yo busco exactamente. —Empujó los libros hacia el hombre. Había comprado el primero hacía dos semanas y el segundo una semana después. En ambas ocasiones había quedado decepcionada—. Me gustaría devolverlos.

—¿Con qué motivo? —El dependiente alargó la mano hacia uno de los volúmenes. Abrió la cubierta y observó la elaborada portada—. Pidió usted libros sobre la historia de la India. Y no hay ninguno mejor que el que escribió Fletcher, este, *Inglaterra y sus colonias*. Y si lo que quiere es conocer más sobre las costumbres locales, tampoco hay ninguno mejor que el relato del capitán Atkinson.

—Eso me dijo usted. Pero no los han escrito personas que vivan realmente en la India.

—El capitán Atkinson sí que vivió allí, señorita —replicó el dependiente—. Y describe su experiencia con gran detalle.

—Sí, sus descripciones son dolorosamente detalladas, pero no era indio.

—Ya entiendo. Prefiere usted la narración de un nativo.

—Sí —afirmó con decisión—. ¿No tiene nada así?

Al otro lado del escaparate no paraban de pasar gentes que disfrutaban de un paseo bajo el luminoso sol del mediodía. Eran las dos y media. Evelyn no disponía de mucho tiempo. Tenía que regresar a Russell Square y prepararse para cualquier visita que pudiera aparecer durante las horas estipuladas para ello.

Agnes estaba disfrutando de su medio día libre. Ella había tomado el ómnibus hasta la calle Picadilly, aliviada por estar sola y encantada de poder librarse de las restricciones del decoro, aunque fuera por poco tiempo. Durante la última hora, se había sentido tan libre como la esposa de cualquier comerciante, yendo y viniendo por la ciudad a su antojo amparada por el anonimato.

Aunque a esas alturas ya la reconocía bastante gente. Damas y caballeros con los que había coincidido en partidas de cartas, bailes y

cenas, o que la habían visto montar por Rotten Row. Era consciente de las miradas de soslayo que atraía mientras negociaba en el mostrador.

Quizá no debería haber salido sola.

Pero ya era tarde para arrepentirse.

—Es posible que tengamos algo así —le comentó el dependiente—. Pero no creo que se pueda considerar una narración muy fiable. Para eso será mejor que se encomiende a alguna de las crónicas militares. ¿El diario del coronel Brough-Cholmondeley, tal vez?

—No, gracias. Ya me he cansado de las tediosas divagaciones de soldados licenciados.

De pronto un hombre carraspeó a su espalda.

Evelyn miró por encima del hombro. Y se quedó de piedra.

Era el capitán Blunt, el famoso héroe de Crimea.

Solo lo había visto en una ocasión y todavía no los habían presentado formalmente, pero aquel rostro lleno de cicatrices era inconfundible. Tenía una espantosa marca que le cruzaba la cara desde el ojo derecho hasta la boca. Y eso confería a su expresión una permanente mueca de desdén.

El resto de su aspecto no ayudaba a borrar esa impresión. Era un tipo alto, moreno y huraño, con un porte militar que recordaba automáticamente a un soldado en el campo de batalla. A decir verdad, parecía que pudiera partirla en dos con sus propias manos.

A Evelyn no le extrañaba que Julia hubiera estado a punto de desmayarse cuando él pidió que los presentaran.

—Si disculpa mi intromisión, señora... ¿Está buscando un relato sobre la India escrito por un indio nativo?

—Así es —confirmó ella.

—En ese caso debería leer *Las dos hermanas*, de Shahid Khan.

Se quedó mirándolo y parpadeó sorprendida.

—¿Es un libro de historia?

—Es una novela. Una historia sobre la importancia de la educación femenina que se acaba de traducir del urdu.

Evelyn era incapaz de dejar de mirarlo boquiabierta, sorprendida de que aquel hombre no solo supiera algo sobre novelas y escritores indios, sino que le interesase la educación de las mujeres.

—No tenemos ese libro —intervino el dependiente.

—Pero seguro que pueden encargarlo si la dama desea leerlo —repuso el capitán Blunt.

—Claro que sí —repuso Evelyn—. Gracias, señor.

El capitán inclinó la cabeza. Llevaba en la mano un libro encuadernado en tela marrón y esperaba a que ella terminara para poder comprarlo.

Evelyn echó un vistazo al lomo con disimulo. Abrió los ojos como platos. Cielo santo. Era *La dama de blanco*, de Wilkie Collins.

Volvió a mirar al capitán Blunt. Jamás había visto un caballero que pareciera menos sentimental. Y, sin embargo... leía novelas.

—Preguntaré por el libro del señor Khan —anunció el dependiente. Empujó los que ella había dejado sobre el mostrador—. Pero no puedo aceptar la devolución de estos. Ya los ha leído.

—Pues sí —admitió ella—. Pero...

—Esto no es una biblioteca circulante, señorita.

Hubiera seguido discutiendo, pero a su espalda se estaba formando una hilera de clientes. Después de facilitarle su dirección al dependiente, recogió sus libros de mala gana, se despidió del capitán Blunt inclinando la cabeza y salió de la tienda.

Por la calle pasaban cabriolés, calesas y toda clase de carruajes. Evelyn se apresuraba hacia la parada del ómnibus cuando un vehículo se detuvo a su lado.

Era el carruaje de Arundell. Anne bajó la ventanilla.

—¿Adónde vas con tanta prisa?

—Vuelvo a casa, a Russell Square —dijo Evelyn.

—Sube. Te llevo.

Un lacayo ataviado con su librea se bajó del pescante para abrir la puerta.

Evelyn murmuró unas palabras de agradecimiento mientras él la ayudaba a subir. Se sentó junto a su amiga.

—Te lo agradezco mucho.

—No hay de qué. Yo agradezco la compañía.

—¿Estás sola esta mañana?

—De momento. Mamá está reunida con un representante de ese chico vidente de Birmingham. ¡Menudo drama! Pronto celebrarán una sesión espiritista.

—¿Con el chico?

—Desde luego. Mamá está muy emocionada, demasiado como para pensar en mí. Ha dicho que podía utilizar el carruaje para hacer algunas compras. Y he tenido toda una hora para mí. —Se alisó la falda del vestido negro mientras el carruaje volvía a internarse entre el tráfico—. ¿Acabas de salir de Hatchards?

—Pues sí. Y nunca adivinarías con quién me he encontrado. —Describió su encuentro con el capitán Blunt—. ¿Crees que ese hombre podría tener una faceta escondida? —preguntó al terminar.

—Supongo que sí —reconoció su amiga—. Pero por muchas novelas que lea nunca podrá borrar el hecho de tener un montón de hijos ilegítimos viviendo con él. Podría entender que tuviera uno. Incluso dos, probablemente. Pero... ¿la casa llena?

—Una casa llena de niños y encantada, según la descripción de Stella.

—No lo dice solo ella. También he oído historias sobre su casa

encantada de boca de otras personas. —Frunció el ceño—. No. Ninguna de nosotras puede considerar al capitán Blunt como un buen pretendiente. Y menos Julia. Ella necesita un caballero agradable y sosegado.

—¿Tienes a alguien en mente?

—Todavía no. Pero tengo los ojos bien abiertos. —Se inclinó hacia delante para examinar los libros de Evelyn—. ¿Qué has comprado?

—No he adquirido nada nuevo. Intentaba devolverlos.

—¿Qué les pasa?

—No es más que basura pretenciosa —dijo con tono desdeñoso.

Anne mostró el primer libro. Leyó el título en voz alta.

—*Inglaterra y sus colonias*.

—Escrito por un entusiasta colonizador.

—Vaya. ¿Y qué le pasa a este? —Levantó el segundo libro—. *Arroz y curry en cuarenta platos, o los ingredientes de la vida social en nuestro puesto en la India*.

—Más basura.

Le había resultado absolutamente ofensivo. Era un ejercicio despectivo y condescendiente sobre los indios nativos y mestizos con sangre india e inglesa. Algunos pasajes le habían revuelto el estómago.

—Veo que todos tratan el mismo asunto. —Anne le dedicó una mirada sarcástica—. Si quieres saber más sobre la India, ¿por qué no le preguntas?

No necesitaba preguntarle a quién se refería.

—Porque no es responsabilidad suya. La ignorante soy yo, así que es cosa mía ponerle remedio.

—Pues sería mucho más fácil que leerse estos mamotretos de cabo a rabo. —Pasó las páginas del primer libro—. «Los hindús y los mahometanos enseguida aceptan la superioridad del hombre europeo» —leyó en voz alta—, «y se sienten inclinados a esperar de él instrucciones y protección». Madre mía. Suena fatal. —Cerró el tomo de golpe—. Me parece que será tan espantoso en el papel como en la realidad.

—¿Desapruebas la presencia británica en la India?

—Desapruebo la intromisión en todas sus formas. Y nosotros somos un país de entrometidos, a menudo con consecuencias desastrosas. Es imposible no condenarlo.

—No todo el mundo es tan tolerante.

Anne encogió un hombro.

—Si me preocupara de lo que piensan los demás, jamás saldría de mi dormitorio. —Dejó el ofensivo volumen en el asiento—. ¿Qué piensas hacer cuando termines de investigar? ¿Irás a hablar con él?

Se le aceleraba el corazón solo de pensarlo.

—No. No pienso volver a molestarle en la tienda.

Ahmad le había sugerido que no volviera allí sin carabina. Que no podían estar a solas. No pensaba imponerle su presencia. Dios sabía que ya había sido lo bastante imprudente con él.

—¿Y entonces qué? —preguntó Anne.

—Esperaré. Si el señor Malik quiere volver a verme, tendrá que venir a buscarme él.

Capítulo 28

Al día siguiente, durante las horas que tenía reservadas para recibir visitas, Evelyn aguardaba sentada en la sala de estar de Russell Square tomando té y leyendo la edición de la tarde del periódico de su tío. La señora Quick apareció en el umbral de la puerta.

—El señor Connaught, señorita —anunció.

Stephen pasó junto al ama de llaves y entró en la estancia luciendo todavía el abrigo y los guantes. Llevaba el sombrero en la mano.

—Señorita Maltravers —la saludó con una inclinación de cabeza.

Se sintió ligeramente inquieta.

Entre la una y las tres solía recibir muchas visitas. Ya se había acostumbrado, podía ser cualquiera, desde lord Gresham hasta el señor Fillgrave. Pero Stephen nunca iba a verla. Desde su desagradable visita de la última vez, solo se habían saludado al cruzarse por Rotten Row.

—Señor Connaught.

Evelyn dejó la taza de té y se levantó del sofá. Su falda de sedosa popelina crujió con delicadeza al rozarle las enaguas y el miriñaque. Combinada con una blusa Garibaldi de cremosa muselina blanca, el conjunto era —gracias a Ahmad— tan confortable como hermoso.

No podía ponerse ni una sola prenda de ropa sin pensar en él.

Ahmad estaba en lo cierto cuando dijo que le darían seguridad.

A pesar de no haberlo visto desde hacía semanas, él siempre estaba con ella. Allí, en las costuras que le encorsetaban la cintura y las mangas que se le ceñían a los brazos. En el cuello de un vestido de noche y la elegante tela acampanada de la falda. La hacía sentir fuerte. Hermosa.

Stephen miró su figura de arriba abajo con sincera aprobación.

—Me he comprado una calesa nueva —anunció—. He venido a preguntarle si quiere acompañarme a dar un paseo.

Se sorprendió ante la invitación.

—No sé si es muy buena idea.

—Es un carruaje abierto. No resultará indecoroso que la vean conmigo en ese vehículo.

—No pongo en duda la corrección de la propuesta. Solo me pregunto si es inteligente...

Él dio un paso adelante con una expresión suplicante en el rostro.

—Agradecería tener la oportunidad de hablar con usted a solas.

Ella se sobresaltó.

—¿Es sobre Fenny y su hermano?

—Sí. Y también sobre otros asuntos.

Evelyn se llevó una mano a la tripa. Daba por hecho que su hermana ya estaba sana y salva en Francia. Pero eso no significaba que estuviera libre de todo peligro, como toda mujer embarazada. Sobre todo viviendo entre desconocidos tan lejos de casa.

—Está bien —aceptó—. Deme un momento para ir a buscar la capa y el sombrero.

—Nos vemos en la plaza —propuso Stephen.

Poco después, él la ayudaba a subir a su calesa nueva. Era un vehículo elegante, con un brillante cuerpo pintado de negro y relucientes ruedas amarillas. Dos caballos negros se mecían inquietos equipados con los arreos.

—Son muy elegantes —comentó ella, metiéndose las gafas en el bolsillo de la falda.

—Y eso se paga. —Se subió de un salto al pescante, tomó las riendas y dio la señal a los caballos para que echaran a andar—. Estoy seguro de que podría haber conseguido todo el conjunto por menos si lo hubiera comprado en Sussex.

—¿Y por qué no lo ha hecho? —le preguntó—. Pensaba que habría regresado hace tres semanas.

Los caballos empezaron a rodear la plaza. Sus cascos de acero resonaban con fuerza sobre los adoquines.

—Yo también.

Evelyn se ciñó el sombrero de ala ancha a la cabeza.

—¿Ha tenido noticias suyas?

—¿De mi hermano? Sí. Ha regresado a Francia, ¿puede creérselo? Y su hermana se ha ido con él.

—Ah, ¿sí? —Se esforzó en parecer sorprendida—. Supongo que es lo mejor.

—Quizá para su hermana. ¿Pero para Anthony...? No sabría decirle. A veces pienso que se ha vuelto loco. —Chasqueó a los caballos para que empezaran a trotar—. Aunque usted estará contenta.

—Lo estoy.

—No por ellos, por usted. Le preocupaba que su hermana pudiera arruinar sus expectativas.

Evelyn percibió cierta intención en sus palabras, como una especie

de burla.

La miró a los ojos.

—Cuando me lo dijo no terminé de comprenderla —admitió—. Pero ahora ya lo entiendo.

—Ah, ¿sí? —Lo dudaba mucho. No le daba la impresión de que fuese muy comprensivo.

—No negaré que me sorprendió. Me faltó imaginación.

Eso sí le parecía más realista.

—Usted nunca me vio como nada más que una vecina.

—Una vecina. Sí. Y lo era, ¿no?

—Yo pensaba que éramos amigos —replicó ella—. Hasta que dejamos de serlo.

—No puede culparme por eso. Ya sabe cómo es mi padre.

Lo sabía, pero eso no excusaba su comportamiento.

—Su padre no estaba en el pueblo hace tres años, cuando usted me negó la palabra en la calle.

—Hace tres años no era más que un chiquillo.

—Tenía usted veintiún años. Casi la misma edad que yo. —Se agarró con fuerza a la calesa para evitar chocar con él a causa del traqueteo—. No tiene sentido discutir sobre el pasado. Lo hecho, hecho está.

—Sí —convino él—. Dejemos atrás ese episodio tan desagradable. No tiene ninguna trascendencia para nuestro futuro.

—¿A qué se refiere con eso de nuestro...? —Enmudeció de pronto y se volvió con brusquedad sobre el asiento—. ¡Va usted en dirección contraria! Hyde Park está por allí.

—No vamos a Hyde Park. —Él guiaba los caballos por entre el tráfico de la calle—. Quiero enseñarle algo al otro lado de la ciudad. Está a quince minutos. Podemos hablar durante el trayecto.

—¿Qué quiere enseñarme? —le preguntó.

Stephen miraba hacia delante mientras conducía. No le contestó. No directamente.

—No tenía ni idea de que estaba usted en Londres. Cuando la vi cabalgando por Roten Row, apenas la reconocí. Ha cambiado mucho desde que está aquí.

Evelyn veía el avance de la calesa con creciente inquietud.

—Stephen...

—No es una crítica. Quiero que sepa que me gustan mucho esos cambios. Es parte del motivo por el que me he quedado en la ciudad. Y nosotros siempre hemos estado cerca. Tenemos intereses y temperamentos compatibles.

A Evelyn se le heló la sangre.

«Santo cielo».

Se iba a declarar.

Todos aquellos años que había pasado esperanzada, soñando que algún día le pidiera que se casara con él... Había llegado el momento, y lo único que quería hacer era saltar del carruaje y salir huyendo.

—Por favor, no digas nada —le pidió—. De verdad. Es mejor que...

—Ya sé que te molesta que nos hayamos distanciado durante estos últimos años. Pero eso no tiene importancia alguna en realidad. Debes pensar en el lugar que ocupamos en el mundo. Seguro que quieres una vida confortable. Y que alguien cuide de *Hefesto*. Y yo puedo proporcionártelo.

—Eres muy generoso, pero de verdad te digo que yo no...

—Quiero ser generoso —Llevaba a los caballos a un paso bastante rápido—. Espera a ver la casa que he encontrado.

Ella lo miraba incrédula.

—¿Has encontrado una casa para nosotros?

Él asintió.

—Estuve recorriendo toda la ciudad cuando buscaba a mi hermano. Empecé por todo Mayfair y seguí por Bloomsbury. Y desde allí me dirigí al este, hacia Saint Paul.

Evelyn no podía creérselo. La alarma inicial ante una inminente declaración dio paso a la sorpresa que le producía aquella evidente estupidez.

—¿Y nunca se te ocurrió buscarlo cerca de los muelles?

—¿En los barracones de los barcos de vapor que vienen de Francia? Claro. Pero no había ni rastro de ellos.

—No solo en los barracones. También en las pensiones y las tabernas de por allí.

Él resopló.

—Anthony jamás se dejaría ver en esos antros. En cuanto a tu hermana, ¿crees que consentiría alojarse en una posada de esas?

—Sí —repuso secamente—. Sin ninguna duda.

—Pues yo no. Y pensé que era mejor limitarme a buscar en lugares donde se dignarían a buscar alojamiento. No pasé de la calle Gracechurch. Y allí es donde encontré la casa que te llevo a ver —añadió.

«¿En la calle Gracechurch?».

—No está en la zona más frecuentada por la alta sociedad. No te gustaría encontrarte todo el tiempo con personas que conozcas de antes.

Evelyn empezó a atar cabos.

—¿Qué es exactamente lo que me estás proponiendo?

—Un acuerdo —le dijo.

—Un acuerdo —repitió ella—. ¿No me propones matrimonio?

Stephen sacudió las manos con las que sostenía las riendas y los caballos adoptaron un suave galope. Tuvo que esforzarse mucho para

conseguir que retomaran el trote.

—Así que nada de matrimonio —siguió ella—, a juzgar por tu reacción. —El carruaje avanzó en silencio durante unos incómodos segundos. Aquello confirmaba sus peores temores—. Te agradecería que volvieras a llevarme a casa de mi tío.

—Pero qué hay de...

—No quiero ir a la calle Gracechurch. Quiero regresar a Russell Square. De inmediato, por favor.

La miró. Estaba muy sonrojado.

—¿No habrás pensado en serio que yo pudiera declararme?

Hubo un tiempo en el que esas palabras le hubieran hecho mucho daño. Pero en ese momento solo le provocaron indignación. Ella ya no lo quería. Pero eso no implicaba permitir que la insultara.

—¿Y por qué no ibas a hacerlo si me tienes cariño?

—Porque mi padre no lo aprobaría. Y porque tú no eres la clase de mujer con la que se casaría un caballero.

Evelyn se quedó mirándolo.

—Ya debes de saberlo —continuó él—. ¿Por qué, si no, estarías dedicándote a exhibirte por Hyde Park con tus trajes de montar? Te has puesto en evidencia.

—¿Crees que pretendo convertirme en cortesana? —Evelyn se recostó en el asiento. No sabía por qué la indignaba tanto esa insinuación. Ahmad había pensado lo mismo la primera vez que había acudido a él para que le confeccionara los trajes de montar. Pero aquello era distinto. Ahmad respetaba a las mujeres, a todas las mujeres. Mientras que Stephen pretendía humillarla—. Y tú has pensado que... ¿qué? ¿Has pensado en limitarte a contratar mis servicios?

—No seas vulgar.

—El vulgar eres tú, no yo. ¿Qué clase de caballero sugeriría un acuerdo así a una dama respetable? Es un insulto.

—¡Respetable! —Se echó a reír—. El apellido de tu familia jamás será respetable. Tu hermana ha convivido con mi hermano sin estar casada con él. Y sigue viviendo con él sin estar casada. Estás arruinada. Tú y todas tus hermanas. Cuanto antes lo aceptes...

—Detén el carruaje —ordenó.

—No pienso hacerlo. Tienes que tranquilizarte y pensar racionalmente en esto. La única forma que te queda de seguir adelante es que yo...

—He dicho que pares el carruaje. Ahora mismo.

Cuando vio que no le hacía caso, hizo ademán de ponerse en pie.

—¡Por el amor de Dios! —La agarró del brazo—. ¿Acaso quieres matarte?

—¡Para el carruaje y déjame bajar! —repitió con tono rotundo.

Finalmente, Stephen obedeció y desvió la calesa hasta detenerse a un lado de la calzada.

—¿Qué pretendes hacer, Evelyn? Ni siquiera sabes dónde estamos.

—Sé perfectamente dónde estoy —mintió—. Y permíteme decirte antes de bajarme, que no me casaría contigo aunque fueras el último hombre de la faz de la Tierra. Tienes razón. No eras más que un chiquillo hace tres años, pero sigues siendo un chiquillo. Te sugiero que antes siquiera de plantearte la idea de tener amante, madures un poco.

Evelyn no esperó a que la ayudara a bajar. Se agarró la falda con una mano y saltó de la calesa al sucio pavimento.

Stephen maldijo entre dientes.

Ella no le hizo ningún caso y miró a derecha e izquierda tratando de recuperar la compostura. No conocía aquella parte de la ciudad. La calle estaba salpicada de tiendas y almacenes, parecía una zona más comercial que residencial. Por la carretera pasaban carros guiados por caballos de tiro y un vendedor ambulante anunciaba sus productos a voz en cuello.

—Ya lo has dejado claro —dijo Stephen—. No seas tonta.

—Adiós, Stephen.

Empezó a caminar por la calle muy decidida.

—Espera, maldita sea. No puedo perseguirte. No tengo a nadie que sujete los caballos. Evelyn. ¡Evelyn!

Ella siguió caminando cada vez más rápido, empujada más por la rabia que por el sentido común. La voz de Stephen se apagó a su espalda entre los gritos de los vendedores de la calle y los mozos. No tenía ninguna duda de que él la seguiría con la calesa.

Y no quería que la siguiera.

En el primer cruce dobló a la derecha por una calle más bulliciosa que la que había dejado atrás. Era muy larga, llegaba hasta donde alcanzaba la vista. La calzada estaba salpicada de barriles de madera. Evelyn los rodeó y se agachó para pasar por debajo del toldo de una tienda. Un hombre fornido estaba descargando un carro.

Silbó al verla pasar.

—¡A ver esa sonrisa, guapa!

El miedo la llevó a acelerar el paso. Fijó la vista en la calle con la esperanza de ver algún coche de caballos que pudiera alquilar o, en su defecto, un ómnibus.

Un poco más lejos vio a dos mujeres con vestimentas humildes y sendas cestas en los brazos; estaban examinando la fruta de un puesto. Una de ellas la miró con curiosidad.

Evelyn le sonrió.

—Disculpe, señora. ¿hay alguna parada de ómnibus por aquí?

—Te has perdido, ¿verdad?

—Sí. Ni siquiera sé el nombre de esta calle.

La otra mujer se echó a reír.

—Esta es la calle King William, señorita.

—¿La calle King William?

A Evelyn se le cortó la respiración.

Santo cielo. Allí era donde vivía Ahmad. En una ocasión le dijo que se alojaba en el piso de arriba de una tetería.

Observó los carteles de las tiendas con el pulso acelerado. Y allí estaba, una manzana más allá: la tetería.

—Hay un ómnibus que pasa con regularidad al final de la calle —dijo la primera mujer.

—Sí, la mayoría de días pasa cada diez minutos —añadió la otra.

Evelyn les dio las gracias a las dos antes de seguir caminando. Se acercaba a la tetería. No podía despegar los ojos del cartel. Lo miraba y pensaba en Ahmad. Estaba tan absorta en sus ensoñaciones que no vio al hombre que las causaba hasta el último segundo.

Pero él sí la vio a ella.

Se quedó plantado en el sitio, como si al verla se hubiera convertido en una estatua:

—¿Señorita Maltravers?

Evelyn también se detuvo con el corazón acelerado. No estaba del todo segura de que no se lo hubiera imaginado.

—Señor Malik. Buenas tardes.

El ruido de la ajetreada calle pareció desvanecerse de pronto, como si solo existieran ellos dos.

Ahmad recuperó la compostura y avanzó hasta ella. Vestía un traje negro de tres piezas, como de costumbre, y estaba insoportablemente apuesto. Pero había algo distinto en su aspecto. Parecía más delgado. Como si hubiera estado enfermo últimamente.

Y ese no era el único cambio.

Su semblante había perdido parte de esa perfección artística que ella admiraba tanto. Se le veía cansado y de mal humor. Parecía otro.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó deteniéndose delante de ella.

—Estoy intentando encontrar el ómnibus —le explicó.

—¿No has venido a verme?

—No. Bueno, no intencionadamente. Hace cinco minutos que he descubierto dónde estaba. Pero ahora estoy aquí… —Evelyn se había prometido que no lo presionaría. Que esperaría a que fuera él quien la buscara. Pero aquello era diferente. Se irguió—. ¿Hay algún sitio donde podamos hablar que no sea la calle?

Temió que dijera que no. Que se mostrara impaciente por subirla al ómnibus, o peor aún, que se marchara lavándose las manos por completo.

Pero Ahmad la miró en silencio. Y entonces asintió.

—Yo vivo aquí arriba. Podemos subir.

Capítulo 29

El asombro que sintió Evelyn al oír cómo Ahmad la invitaba a subir a sus aposentos, desapareció enseguida.

—Mira y Becky están aquí —le dijo.

—Ah, ¿sí? —Lo siguió por las ruidosas escaleras situadas al fondo de la tetería. Admitió la decepción para sus adentros—. ¿No trabajan en Doyle y Heppenstall?

—No siempre. Han tenido algunas diferencias con las otras costureras.

—Lamento oírlo.

Las escaleras conducían a un pasillo angosto, con una puerta igual de estrecha al final.

—No es inusual. —La miró mientras sacaba la llave del bolsillo—. Aprender a tratar a las costureras es todo un arte. Yo todavía no lo domino.

Abrió la puerta para dejarla entrar.

Ella pasó por debajo de su brazo y se internó en lo que parecía ser una sala de estar. No había muchos muebles, solo una mesa de madera redonda en una esquina y un sofá y un sillón desgastados delante de la chimenea apagada.

También estaba completamente vacío.

Ahmad entró detrás de ella y cerró la puerta a su espalda.

—¿Mira? ¿Becky?

No contestó nadie.

Evelyn aguardó con las manos entrelazadas al frente mientras él se metía en las habitaciones. Paseó la vista por la sala de estar. Las cortinas y las alfombras estaban tan desgastadas como los muebles, pero la estancia se veía impoluta. Era limpia y acogedora. Los cojines del sofá estaban ahuecados e invitaban a sentarse, y había libros, revistas y libretas apilados por todos lados.

—No están —anunció al salir—. Deben de haber ido a buscar algo para comer. Hay una panadería en la calle de al lado.

—Supongo que volverán enseguida entonces.

—Imagino que en cualquier momento. Quizá deberíamos...

Pero no terminó de decir lo que debían hacer. Se quedó mirándola con el ceño fruncido, como si se hubiera quedado en blanco.

—Tampoco pasa nada si esperamos, ¿no? —sugirió ella—. Como ya estamos aquí...

Él seguía frunciendo el ceño. Dio un paso hacia ella y se detuvo de nuevo. Tenía una expresión en los ojos difícil de descifrar.

—¿Qué haces aquí? Me has dicho que ni siquiera sabías dónde estabas...

—Y no lo sabía.

—Pero entonces cómo...

—Salí a dar un paseo. En realidad, había salido con Stephen Connaught.

Pensó en la mejor manera de contar el incidente que la había llevado hasta la calle King William. Pero no había forma de quitarle hierro. Como de costumbre, lo mejor sería decir la verdad.

Mientras se lo contaba, a Ahmad se le oscureció el rostro.

—¿Él hizo qué...?

Evelyn reculó un paso sin darse cuenta. Su falda rozó la pared de detrás.

—Es idiota.

Ahmad se acercó a ella.

—¿Por qué has salido con él?

—Me dijo que quería hablarme de Fenny y de su hermano. He pensado que quizá tendría alguna noticia sobre ellos. Jamás imaginé que me haría esa clase de insinuaciones. Ni siquiera me había dado cuenta de que pensara eso de mí.

—¿No te ha lastimado?

—No. Solo ha sido un insulto. Lo superaré enseguida. Mañana ya me estaré riendo de esto.

Él se acercó un poco más.

—Estás temblando.

Y era cierto. Era una sensación inquietante. Se apoyó en la pared para mantenerse en pie.

—Yo... yo no esperaba verte.

Él agachó la cabeza.

—Hace dos semanas que no pasas por la tienda.

—Me dijiste que no fuera.

—Te dije que no fueses sin carabina. No te dije que no volvieras.

—¿Y con qué excusa iba a ir? Ya has terminado todos mis vestidos. Y no tengo dinero para encargarte más. Además..., todavía me queda dignidad.

—¿Y qué tiene que ver la dignidad con todo esto?

—Si tú no me deseas...

Él murmuró un rabioso juramento.

—¿Piensas que no te deseo?

Antes de que pudiera responder, Ahmad se había pegado a ella atrapando su falda entre los dos. Le agarró el rostro con sus enormes manos.

Y ella no podía moverse. No podía respirar. Solo era capaz de mirarlo fijamente, hipnotizada. Tenía el corazón desbocado, golpeándole el pecho como los cascos de *Hefesto* cuando trotaba por la pista de Rotten Row.

Ahmad bajó la mirada y habló con la voz teñida de una emoción que a duras penas era capaz de controlar.

—Lo que yo siento por ti es tan poderoso que nos destruiría a ambos si me dejara llevar.

Ella pensó que iba a besarla. Quería que lo hiciera. Pero a pesar de la tensión del momento, le pareció más probable que él la soltara.

Y no podía permitirlo. Todavía no.

Le agarró las muñecas.

—¿Cómo?

* * *

«¿Cómo?».

Ahmad pensaba que era evidente.

—La gente podría hablar. Solo por verte conmigo. Y cualquier ápice de escándalo bastaría para arruinar tus posibilidades en el mercado del matrimonio.

—Ah, eso.

—Sí, eso. El motivo por el que estás aquí.

Él le pasó los pulgares por los pómulos. Por lo visto era incapaz de dejar de tocarla. Era tan suave..., tan cálida, dulce y hermosa.

Y era suya.

Todos los nervios de su cuerpo lo confirmaban sin dejar lugar a la duda.

Evelyn Maltravers era suya.

Hacía varias semanas que lo sabía. Había estado peleando contra esa idea con todas sus fuerzas. Pero se acabó. Ella estaba allí. Había entrado en su guarida por su propio pie. Y él ya no tenía fuerzas para seguir negándoselo.

—Eso ya no me preocupa —dijo ella.

—Tus pretendientes...

—Yo no tengo pretendientes. No debería haber dicho que los tenía.

Se le encogió el corazón. ¿No tenía pretendientes? Le parecía imposible. Había pasado las dos últimas semanas imaginando cómo la cortejaban.

—Hay algunos ancianos que coquetean conmigo en cenas y bailes y que han venido a visitarme a casa de mi tío, pero no hay nada serio. No se puede considerar un cortejo. La verdad es que no hay muchos jóvenes solteros disponibles en la ciudad, y los que hay no son muy impresionantes.

—Que todavía no hayas conocido a nadie no significa...

—Sí que he conocido a alguien —corrigió—. Te he conocido a ti.

Sus palabras fueron como una caricia tan reconfortante para su alma como el contacto de sus dedos sobre las muñecas.

Tragó saliva con dificultad.

—He seguido asistiendo a los eventos sociales para que todos pudieran verme luciendo tus diseños. Y porque mi tío me lo pide. —Esbozó una delicada sonrisa—. Esta semana me ha pedido que lo acompañara a una partida de cartas espiritista y a tomar el té con otros aficionados al ocultismo. Cosa que, ahora que lo pienso, no difiere mucho de una partida de cartas normal o compartir un té con alguien, solo que todos hablaban sobre ese chico vidente de Birmingham.

—Evie...

—Se celebrará una sesión ocultista en algún momento de las próximas semanas. Lady Arundell todavía no ha confirmado dónde tendrá lugar, pero estoy segura de que tendré que ir. Anne me ha dicho que necesitaré un vestido de tarde negro. Así que, como ves, tendré que volver a verte, aunque solo sea por eso.

—Evie, no puedo...

A ella le temblaron los labios.

—Por favor, no vuelvas a rechazarme.

Ahmad se pegó un poco más a ella. Atraído casi contra su voluntad. En ese momento, ella parecía una sirena, y él no era más que un pobre marinero loco que se abalanzaba hacia las rocas.

—¿Rechazarte? Cielo santo, lo único que quiero...

—Es lo mismo que quiero yo —le aseguró ella.

La fragancia de Evelyn le nublaba los sentidos. Flores de naranjo y ropa almidonada, todo mezclado con un olor inconfundiblemente suyo. Tan potente como cualquier afrodisíaco. Ahmad quería enterrarle la cara en el cuello. Besarla. Poseerla.

Se le apelmazó la voz.

—No tienes ni idea de lo que me estás pidiendo. Eres muy inocente.

Ella le soltó las muñecas y dejó caer las manos. Levantó la barbilla.

—Soy una mujer. Y me sigues gustando. Si tus sentimientos han cambiado...

—Mis sentimientos son los mismos. Pero si empezamos algo... No creo que sea capaz de parar.

—Pues no pares —susurró.

* * *

El calor se había adueñado de las venas de Evelyn solo de mirarlo. De sentir cómo le acariciaba la cara con infinita dulzura. Resultaba completamente encantador que un hombre de su envergadura pudiera ser tan cuidadoso. Pero Ahmad no era un caballero cualquiera, capaz de manosear a una dama sin consideración. Él estaba acostumbrado a manejar objetos delicados. Y entre sus manos, ella se sentía entre algodones.

Resultaba embriagador sentirse objeto de su completa atención. Y ya no era por su ropa, sino por sí misma.

Bajó una de las manos desde la cara e inclinó la cabeza para pegarla más a la suya. Le dio un beso en los labios, tan suave como el último que habían compartido.

—Ya te he dicho que no tienes por qué ser tan cuidadoso conmigo —murmuró con los labios pegados a su boca.

—Qué impaciente... Solo acabo de empezar.

—Disculpa. Continúa.

Evelyn notó cómo sonreía. ¿Se estaría riendo de ella? No lo parecía. Volvió a besarla. Fue una dulce y lenta caricia que la dejó sin aliento.

Ella suspiró.

Y entonces desapareció la contención. Ahmad la rodeó por la cintura y le dio un beso tan apasionado que la calidez que sentía Evelyn subió de temperatura hasta convertirse en puro fuego.

Cerró los ojos y se abandonó contra él. Una sensación extraña, medio victoria, medio rendición.

Y entonces le devolvió el beso.

No tenía mucha experiencia. Tan solo la de los besos que los dos se habían dado en el probador y la berlina. Pero se enorgullecía de tener habilidad para discernir las sutilezas físicas. Notó cómo cambiaba la presión del beso de Ahmad, cómo su boca buscaba... algo. Respondió separando los labios. Sus alientos se mezclaron. Y...

—¡Oh! —exclamó ella—. ¿Así?

—Justo así —repuso él con la voz entrecortada, estrechándola con más fuerza.

—No lo sabía.

Nadie le había dicho nunca que un beso pudiera ser tan cálido e íntimo. Que podía conseguir que las extremidades se debilitaran hasta el punto de correr el riesgo de derrumbarse, incluso hasta provocar un peculiar dolor, como un apelmazamiento en el pecho. Volvió a sentirse rara. Más si cabe cuando él empezó a repartir cálidos y narcóticos besos por su mandíbula y en ese rincón secreto y sensible detrás de la oreja.

Cuando le posó los labios sobre en el cuello, a ella le flaquearon las rodillas. Se agarró a él al mismo tiempo que Ahmad se pegaba a su

cuerpo.

Le enredó los dedos en el pelo haciendo caer las horquillas que Agnes le había colocado con tanto esmero aquella mañana. Algunas tintinearon al tocar al suelo. Evelyn las miró medio aturdida. Se habían caído en una esquina, al lado de la chimenea, junto a un trocito de papel blanco doblado. En él figuraba el nombre de Ahmad escrito en tinta negra.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Continuó besándola.

Evelyn se agarró al pañuelo que él llevaba anudado al cuello.

Finalmente, Ahmad se detuvo. Levantó la cabeza desde el cuello de Evelyn y siguió la dirección de su mirada.

Pasó un buen rato hasta que se alejó un poco.

Ella se quedó pegada a la pared, temerosa de moverse. Tenía la sensación de que se habían asomado al precipicio de una intimidad mucho mayor. Y no ignoraba del todo adónde llevaba ese abismo. Pero desde luego, jamás había planeado dejarse caer en él antes de casarse.

Y de pronto se dio cuenta de que cualquier propósito planificado no tenía cabida en todo aquello.

Cuando una estaba en brazos de un hombre, ardiente, temblorosa y tan abrumada por el deseo, lo único que se esperaba era más y más y más.

Y era lo único que ella quería.

La distancia la ayudó a enfriar solo un poco sus anhelos.

Ahmad se agachó para recoger la nota.

—Debe de haberse caído de la repisa de la chimenea cuando he abierto la puerta.

Evelyn se puso las gafas.

—¿Es de Mira?

—Sí.

Leyó el mensaje del papel y mudó el gesto.

Nunca lo había visto tan preocupado.

—¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo?

—Ella y Becky se han marchado.

—¿Adónde?

—A donde vivíamos antes. Al East End. Mira dice que han ido a ver a alguien conocido. Se marcharon a las nueve. —Se volvió hacia ella ya sin rastro de pasión en el rostro—. Ya deberían haber vuelto.

Ella se separó de la pared. No había nada como una crisis para volver a la realidad. Se acercó a él.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a ir a buscarlas.

—Te acompaño.

—No. Ese sitio... No quiero que te acerques allí. Te buscaré un coche de alquiler para que vuelvas a casa.

Parecía desolado. Todo lo afrontaba solo. A ella se le encogió el corazón al mismo tiempo que tomaba la decisión de desafiarlo.

—De eso nada. —Levantó la mano para posársela en la mejilla mientras lo miraba fijamente a los ojos. En su gesto había consuelo. Y también algo más. Algo que había nacido entre ellos, pero todavía no habían expresado—. Voy contigo.

Él no dijo nada. No hablaba. No se movía. ¿Cuánto tiempo habría pasado solo en el mundo, sintiéndose como si debiera forjarse su propio camino sin ningún aliado?

Evelyn quería convertirse precisamente en eso. Quería que encararan juntos el futuro. Y si debían enfrentarse primero juntos a su pasado, así sería.

Ahmad la miró y pareció advertirlo. Lo que ella sentía por él. No se trataba de un capricho pasajero. Era un sentimiento fuerte, tanto como ella. Fuerte, sincero e inmune a las dificultades.

Y cuando por fin habló, no le discutió nada.

—Está bien.

Capítulo 30

El coche que habían alquilado traqueteaba por las calles de Londres a demasiada velocidad. Era una berlina reconvertida; el blasón del antiguo propietario todavía se divisaba vagamente en la puerta por debajo de varias capas de pintura desgastada. Ahmad le había prometido al cochero que le daría media corona más si los llevaba hasta Commercial Road el doble de rápido. No había pensado en lo incómoda que resultaría la velocidad. Evelyn iba pegada a su costado, desde el hombro hasta la rodilla, y se golpeaba contra él mientras el vehículo se tambaleaba al pasar por encima de cada grieta y cada bache.

Evelyn le devolvió la nota después de haberla leído.

—Mira no menciona el establecimiento de la señora Pritchard.

—No tiene por qué. —Se metió la nota doblada en el bolsillo del chaleco. Solo conocía dos lugares a los que Mira podría haber ido, o a casa de Becky o al establecimiento de la señora Pritchard. Y teniendo en cuenta los acontecimientos recientes, la última opción parecía más probable—. Me dijo hace poco que se había estado escribiendo con alguien que dejó allí. Pero sabe que yo no apruebo que vaya de visita. Cuando nos marchamos hace dos años...

—Becky me dijo que hubo una especie de altercado.

—Es una forma de decirlo.

Ahmad se reclinó en el asiento del vehículo y se pasó una mano por el pelo.

—Me dijo que le rompiste la clavícula a un hombre. Un baronet que la había tratado con demasiada agresividad. —Él esbozó una mueca—. ¿Es cierto?

—Por desgracia, sí. —Era una de las pocas veces que había perdido los nervios. Y tuvo unas consecuencias espantosas—. Él le pegó. Le había puesto el ojo morado de un puñetazo y le había roto un diente. Ella era solo una chiquilla, acababa de llegar del pueblo. Y él estaba borracho. Beligerante e impenitente. Yo lo saqué a rastras hasta el

callejón y lo empotré contra una pared.

—Cielos.

—Se le rompió la clavícula. Cosa que merecía sobradamente.

—Becky dice que le salvaste la vida.

Ahmad suspiró.

—No lo sé. Es probable. Pero no debería haberle hecho tanto daño a aquel tipo para conseguirlo.

—Supongo que no se lo tomaría muy bien.

—No. Ni tampoco la señora Pritchard. —Recordó las semanas que siguieron a aquel episodio. Se enfrentó a la posibilidad de acabar en la horca o deportado, obligado a dejar a Mira allí sola—. El baronet quiso que me procesaran, cosa que consiguió. Por suerte, la cosa no llegó a nada. El señor Finchley solía ocuparse de casos como el mío. Decía que era cuestión de conciencia. En cuanto empezó con mi defensa, ya no volvió a hablarse de la posibilidad de que me deportaran.

—¿Así es como terminaste trabajando para él?

Asintió.

—Cuando la señora Pritchard me echó, Finchley nos ofreció la posibilidad de trabajar con la señorita Holloway, su futura esposa. Ella se iba a marchar a la India durante algunos meses y necesitaba un sirviente y una doncella.

—Gracias a Dios —murmuró Evelyn.

Pero Ahmad no se había sentido agradecido. Durante un tiempo, después de que le echaran del negocio de la señora Pritchard, no tuvo muy claro lo que debía hacer con su vida.

—¿Te alegraste de volver a la India? —le preguntó ella.

—Fue toda una experiencia. No había vuelto desde los quince años. Mucho antes del levantamiento.

—He estado leyendo sobre eso —confesó Evelyn.

Él frunció el ceño.

—¿Por qué?

—He estado leyendo mucho sobre la India. O al menos lo he intentado.

—Sí, pero... ¿por qué? —insistió.

Un rubor le cubrió las mejillas.

—Porque quiero saberlo todo sobre ti —confesó.

Algo se quebró en el interior de Ahmad. Una parte muy oculta de su ser que el tiempo y la experiencia habían endurecido. Y en ese momento él notó cómo cedía en el interior de su pecho.

—Ay, Evie...

Ella se volvió en el asiento y lo miró con ternura.

—No existen muchos libros que ofrezcan un relato objetivo. Todo lo que hay en Hatchards parece escrito desde el punto de vista

británico.

Él se fue relajando. Parecía muy seria, allí, sentada a su lado. Y estaba increíblemente hermosa. Llevaba la falda de seda marrón topacio que él le había hecho y la chaquetilla Zouave a juego con adornos de trenza negra. Sus abultadas mangas abullonadas dejaban entrever la suave muselina blanca y los puños de lino de la camisa Garibladi que se había puesto debajo.

Y todo era de él. Prendas que había diseñado para ella. Las había cosido con sus propias manos teniendo en consideración todas las curvas del paisaje de su cuerpo.

Verla con sus prendas le proporcionaba una sensación de pertenencia. La sensación de que ella le pertenecía.

Como si necesitara más pruebas.

Hacía menos de media hora la estaba abrazando. Besando sus labios, su rostro y su cuello. Le había enredado los dedos en el cabello y había tirado todas sus horquillas al suelo. Y ella se había agarrado a él y le había devuelto los besos con la boca entreabierta.

De no haber sido por aquella interrupción, solo Dios sabía qué más podría haber ocurrido.

—No aprenderás nada sobre mí leyendo libros —le dijo—. La India que yo conocí no es el país sobre el que se escribe. Y en cualquier caso... forma parte de mi pasado. Cuando volví me sentí como un extranjero. No encajaba en ninguna parte, me ocurrió lo mismo que me pasa aquí.

—Estoy empezando a pensar que lo de encajar no tiene tanta importancia. Todas las personas que he conocido desde que llegué a Londres me han resultado peculiares en algún sentido. Casi tanto como yo.

—Tú eres peculiar, ¿verdad? —murmuró con un hilo de voz grave —. Eres la chica más singular que he conocido en mi vida.

Ella posó la mano enguantada sobre la de él.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Eso espero. Era mi intención.

Había mucho que añadir, pero ninguno de los dos dijo nada. No tenían tiempo. El coche se detuvo con un último traqueteo al final de Commercial Road.

Ahmad se puso tenso al percibir aquellos olores y ver los lugares que tan bien conocía. Era la segunda vez en muchos meses que regresaba. Pero ese día era distinto.

Esta vez no estaba solo.

* * *

El establecimiento para caballeros de la señora Pritchard estaba al final de la estrecha calleja. Era un viejo edificio tiznado de hollín y

suciedad y rebozado por una descuidada capa de pintura blanca desconchada. Cada muesca y grieta reflejaba la luz del inclemente sol del mediodía.

Hacía dos años que Ahmad no veía aquel lugar en el que había vivido durante casi la mitad de su vida. Avanzaba con evidente tensión y los dientes apretados. Y aunque miraba al frente, estaba pendiente de todo lo que ocurría a su alrededor. El ondear de una cortina o las sombras que acechaban tras los umbrales.

Un grupo de niños andrajosos los estuvo siguiendo durante algunos metros, pero acabó asustándolos un tipo que salió a tirar un cubo de desperdicios a la calle. Otra desagradable nota que se sumaba a la pestilente mezcla de basura, alimentos podridos y la fétida agua del río.

Evelyn se tapó la nariz unos segundos.

—Es peor cuando anochece —le dijo Ahmad—. Te acostumbrarás.

Ella lo miró con recelo.

—¿Estás seguro de que Mira está aquí?

—No. —No estaba seguro de nada—. Pero en la nota decía que había ido a visitar a alguien que conocía. Y aquí están las únicas personas que conoce.

Las escaleras principales de la casa estaban rotas por la mitad. Ahmad ayudó a subir a Evelyn hasta alcanzar la vieja puerta de madera. De un clavo medio suelto colgaba un llamador oxidado. Un elemento completamente inútil. Ahmad aporreó la puerta con el puño.

La abrió un anciano muy corpulento que vestía una levita demasiado grande y un par de pantalones desgastados. En su enorme cara se dibujó una sonrisa.

—¡Malik!

Ahmad reconoció a aquel tipo. No podía ser de otra forma. Por aquel entonces Joe Tweed trabajaba en el bar de la esquina echando a los tipos borrachos del establecimiento. Era grande como un buey.

—Tweed —lo saludó Ahmad—. ¿Ahora trabajas aquí?

—Sí, desde que tú te marchaste. —Dirigió su sonrisa mellada hacia Evelyn—. ¿Y quién es esta? ¿Una chica nueva para la señora?

Ahmad se colocó delante de Evelyn. Apretó los dientes. Sintió el impulso de darle un puñetazo en la nariz a su viejo conocido.

—Es mía —dijo—. Y te agradecería que no la miraras.

Tweed alzó las manos entre risas.

—Tranquilo, chico. No insinuaba nada. Solo me preguntaba por qué habrías vuelto, eso es todo.

—Estoy buscando a mi prima. ¿Está dentro?

—¿La pequeña Mira? —Tweed parecía sinceramente sorprendido.

—¿No la has visto?

—No he vuelto a verla desde que os marchasteis.

A Ahmad se le hizo un nudo en el estómago.

Empezó a imaginar las situaciones más espantosas: Mira perdida en alguna parte, vulnerable y en peligro, una presa fácil para cualquier villano que se cruzara en su camino.

Evelyn le estrechó el brazo.

—Está con Becky.

Él asintió muy serio. Que estuvieran juntas era mejor que anduviesen por ahí solas. Pero tampoco podrían defenderse contra los sujetos de la zona si algún sinvergüenza se proponía asaltarlas.

—¿Quieres que vaya a buscar a la señora? —preguntó Tweed.

—Estoy aquí. —Oyeron detrás del portero una voz femenina que anunciaba la llegada de la propietaria: Lily Pritchard. Llevaba un vestido de estar por casa y el cabello gris recogido sobre la cabeza en un moño informal.

Ahmad se estremeció al verla.

Aquella mujer había sido su jefa durante quince años. Jamás le había hecho daño. Nunca lo había obligado a meterse en la cama con ella. Pero su interés siempre había sido evidente. Lo había manoseado con demasiada confianza, consciente de que él tenía que aguantarse si no quería acabar en la calle con su prima.

—Malik. —Lo miró de la misma forma que lo hacía lady Heatherton—. ¿Qué significa esto de aporrear la puerta en plena luz del día como si fueras la ley? Ya sabes que no aceptamos visitas hasta que se pone el sol.

—Está buscando a Mira —le aclaró Tweed.

Los ojos inyectados en sangre de la señora Pritchard se iluminaron.

—Vaya, vaya. —Se apoyó en el marco de la puerta—. ¿Por fin la has perdido? ¿A tu pequeña protegida? —Entonces miró a Evelyn—. ¿Y tú quién eres?

—Una amiga —respondió Evelyn, subiéndose las gafas por el puente de la nariz—. No es de su incumbencia.

—¡Vaya! —exclamó la señora Pritchard riendo—. ¡Menudo genio! Malik se ha buscado una pequeña intelectual.

Ahmad se dio media vuelta con intención de marcharse, ayudando a Evelyn a bajar la escalera. No sacarían nada de provecho quedándose allí a hablar con la señora Pritchard.

—Si viene por aquí, la recibiré encantada —les gritó—. Aquí siempre hay sitio para una muchacha hermosa con ganas de trabajar. Y eso va por ti, milady.

Evelyn se estremeció.

Ahmad tiró de ella calle abajo tratando de poner la máxima distancia posible entre ellos y el burdel.

—No le hagas caso —le dijo.

—Qué espanto de mujer.

—Y apenas la has visto...

—Tampoco me hace ninguna falta. A ti te desagrada en exceso. Y con eso me basta.

Él se relajó un poco.

—¿Tan evidente es?

—Para mí sí. ¿No te trataba bien? Ya sé que te despidió, pero...

—No fue solo eso. —Los dos regresaron a la calle principal—. Es una mujer muy particular. He conocido a muchas como ella desde que vine a vivir a Inglaterra. Su mejor faceta la muestran cuando son desagradables, también pueden resultar peligrosas.

—¿Peligrosas en qué sentido?

—Si las haces enfadar emplearán todo su poder para castigarte. Y tienen mucho poder.

—Pues ella no parecía muy poderosa.

—¿Lo dices por su clase? Sigue siendo una mujer inglesa. —Miró hacia el cruce de calles de más adelante—. Si mi prima no ha ido al burdel, solo se me ocurre un lugar donde puede estar.

—¿Dónde?

—En Lost Hope Yard. Becky vive allí, en el segundo piso de una tienda destartalada.

Se puso la mano de Evelyn por debajo del brazo y la guio por la calle para después doblar a la derecha.

—Pensaba que ahora Becky vivía en el piso de arriba de Doyle y Heppenstall.

—No siempre. La habitación que tiene alquilada en casa de la señora McCordle está pagada hasta fin de mes, y a veces vuelve cuando se cansa de las demás costureras.

Recorrieron una calleja y después otra, siempre a buen ritmo para evitar el contacto con los mendigos y otras personas que deambulaban por entre los edificios.

Finalmente llegaron a la esquina de Lost Hope Yard y al maltrecho edificio que albergaba la pensión. Becky se paseaba justo delante del establecimiento con los brazos cruzados.

Ahmad se sintió inmediatamente aliviado.

—¡Becky!

La joven levantó la cabeza sobresaltada. Se quedó muy asombrada.

—Maldita sea. ¿Qué diantre haces aquí? —Miró a Evelyn—. ¿Y por qué la has traído a ella?

Evelyn soltó el brazo de Ahmad cuando él se apresuró hacia delante.

—¿Dónde está Mira? —preguntó.

—Está arriba, pero... ¡espera! —Levantó los brazos para bloquearle el paso cuando él intentó esquivarla de camino a la puerta de la tienda —. Está con un amigo.

—¿Qué amigo?

—Su antiguo novio.

—¿Qué?

Ahmad se quedó mirándola fijamente. Mira jamás había tenido novio. Ella nunca había tenido ninguna relación con un hombre. Era demasiado tímida.

—Ella sabía que no te lo tomarías bien —dijo Becky—. Porque siempre la tratas como a una niña.

—¿Quién es?

—Un marinero. Volvió ayer. Ella pensaba que tal vez había muerto en el mar. O que la habría olvidado. Últimamente estaba muy alterada por eso.

—Así que tú... ¿les dejas utilizar tu dormitorio?

Apartó a Becky de su camino.

Ella corrió tras él.

—¡No es eso!

Evelyn entró en la pensión con ellos. La campanilla de latón sonó con fuerza anunciando su presencia.

La señora McCordle levantó la vista desde su asiento a los pies de la escalera.

—Oh, no —dijo—. Arriba ya hay un hombre. Esto no es un burdel.

—Esperad aquí —les ordenó Ahmad a Evelyn y a Becky con un tono que no daba lugar a réplicas.

Corrió escaleras arriba. Los escalones de madera crujieron bajo sus pies. Recorrió a toda prisa el corto pasillo del piso de arriba y cuando casi había llegado a la puerta de la habitación de Becky, esta se abrió y de ella salió un hombre.

Era un tipo moreno que llevaba un abrigo de marinero.

Un hombre indio.

Mira salió tras él.

—Te acompañaré —estaba diciendo. Y entonces vio a Ahmad. Se quedó de piedra, con los ojos abiertos como platos.

Becky gritó desde el piso de abajo.

—¡Te dije que no dejaras la maldita nota!

—Tú debes de ser el primo de Mira —dijo el marinero. Su acento era una mezcla del inglés y el bengalí.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Ahmad con fingida calma.

Su prima corrió a interponerse entre ellos temiendo que empezaran a pelearse.

—Ahmad, este es mi amigo, Tariq Jones. Tariq, mi primo, Ahmad.

Ahmad entornó los ojos. Le dio la impresión de que el señor Jones era medio inglés, como ellos.

—¿Tu amigo?

—Eso es.

La joven alzó la barbilla con actitud desafiante. El sutil gesto le hizo pensar en Evelyn.

Pero no se ablandó. Estaba demasiado enfadado. Aunque sí se serenó un poco.

—Tú y yo tenemos que hablar.

—Si quiere decirme algo —repuso el señor Jones—, estoy dispuesto a escucharle.

—No me refería a usted.

—Me lo dice a mí. —Mira empujó suavemente al señor Jones por el hombro—. No pasa nada. Puedes marcharte. Por favor. Te escribiré esta noche.

Ahmad valoró que al menos aquel tipo no saliese corriendo.

—Váyase —le dijo—. Conmigo estará a salvo.

El señor Jones agachó la cabeza. Se volvió hacia Mira por última vez y desapareció escaleras abajo.

El sastre señaló la habitación de Becky.

—Dentro.

Ella se puso tensa al oír la severa orden, pero obedeció de todas formas.

—Becky, cuida de la señorita Maltravers.

—¿La señorita Maltravers? —Mira estaba asombrada—. ¿La has traído aquí?

Él se estremeció. Todavía no había asimilado que verdaderamente hubiera metido a Evelyn en todo aquello. Pero no quería distraerse.

—La señorita Maltravers debería ser la menor de tus preocupaciones en este momento.

Siguió a su prima hasta la pequeña y húmeda estancia y cerró la puerta a su espalda. Miró la cama. Estaba perfectamente hecha, y el cubrecama no tenía ni una sola arruga.

—No ha pasado nada indecoroso —se defendió la joven.

—Estabas aquí sola con él, con la puerta cerrada.

—Tenía que hablar con él a solas. —Se alisó el vestido, una muselina bordada tan pulcra como el cubrecama—. ¿Por qué estabas en casa a esta hora? Normalmente no vuelves a la calle King William hasta las seis.

Y no solía hacerlo. Pero esa tarde se había sentido demasiado inquieto como para quedarse en el taller de Doyle y Heppenstall. Necesitaba un poco de aire, tomarse un momento para aclarar las ideas, y había pensado que lo mejor era volver a casa para ver cómo progresaban los vestidos en los que estaban trabajando Becky y Mira.

—Menos mal que he vuelto —dijo—. De lo contrario, no hubiera visto tu nota.

—Se supone que no debías verla. Solo la dejé por si acaso, por si ocurría algo y no regresaba al atardecer. —Mira pareció darse cuenta

de pronto que no era lo mejor que podría haberle dicho—. No tenía por qué pasar nada —se apresuró a añadir—. No me he puesto en peligro.

—¿Que no has corrido peligro? ¿Acaso este lugar te parece seguro?

—Lo suficiente. Tú has decidido traer a la señorita Maltravers, ¿no?

—Déjala al margen de esto —le advirtió.

—¿Ese es el motivo por el que estabas en tu casa a mediodía? —Su prima le lanzó una mirada desafiante—. Quizá querías disfrutar de un momento en privado con ella igual que yo con el señor Jones.

—La diferencia es que yo pensaba que tú y Becky estaríais en mi casa. No pretendía quedarme a solas con ella. —Levantó la voz sin querer—. Y no tenía a una amiga en la calle haciendo guardia para que nadie me descubriera.

—Becky no estaba haciendo guardia. Solo esperaba a que yo terminara de hablar con Tariq. —Levantó también la voz—. Y tenía que hablar con él. Hasta esta mañana pensaba que lo había perdido en el mar.

Ahmad contó hasta diez en silencio. No tenía sentido que se pusiera a discutir con ella.

—Ya está bien de tanta tontería. Será mejor que me lo cuentes todo.

Su prima frunció los labios. Se cruzó de brazos y se acercó al mugroso ventanal que había delante de la cama.

—Lo conocí hace dos años. Poco antes de que la señora Pritchard nos echara.

—¿Dónde?

—Fue un día que volvía del mercado. Me ayudó a llevar la cesta.

—Qué considerado —apuntó él con hiriente sarcasmo.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Ves por qué no te lo he contado?

—Perdóname. Continúa.

La joven respiró hondo.

—Fue muy amable y respetuoso. Y me hizo reír. No le importó que yo viviera en casa de la señora Pritchard o que...

—¿Y qué derecho tendría de ofenderse?

—¿Puedes dejar de interrumpirme? Estoy intentando contarte que nos gustamos. Él me entiende. Es paciente, amable...

—Eso ya lo has dicho.

—Bueno, resulta que es amable. Y escribe unas cartas preciosas. Pero un día, hace seis meses, dejaron de llegar. Y yo pensé que me había olvidado.

—Y por eso estabas tan triste.

Empezaba a entenderlo todo.

—Sí. La noche que hablé contigo en casa de los Finchley yo había

abandonado toda esperanza de volver a verlo. Hasta que contrataste a Becky; entonces fue cuando descubrí que su barco no había regresado al puerto después de su último viaje. Creían que había naufragado. Escribí cartas a todo el que pude, pero nadie sabía nada. Y me temí lo peor.

—Pensaste que había muerto.

—Así es. Hasta hoy. Cuando Becky ha llegado a la calle King William esta mañana, me ha dicho que su barco había atracado ayer por la noche. Resulta que estaba encalmado, ¿sabes? Y después la tripulación enfermó y tuvieron que parar. Tariq estuvo a punto de no regresar. Pero ahora está aquí, y va a buscar trabajo en los muelles. Si consigue...

—¿Lo quieres? —preguntó de pronto Ahmad.

Ella no vaciló.

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijiste? Si me hubieras dicho algo sobre él, yo podría haber...

—Porque no es lo bastante bueno para ti —repuso ella—. Y porque sabía que dirías que no es lo bastante bueno para mí.

Ahmad negó con la cabeza.

—Mira...

—Ya sé que un marinero no se gana tan bien la vida como un sastre.

Él le lanzó una mirada cargada de ironía. No se podía comparar a un mercader especializado con un trabajador común. Un marinero ni siquiera podía contar con tener trabajo durante todo el año. Y cuando trabajaba, la suya era una ocupación que lo alejaba de su casa, a menudo durante varios meses seguidos. Y su familia se veía obligada a subsistir con sus escasas ganancias.

—A mí no me importa ser pobre. Puedo vivir sin cosas elegantes siempre que tenga a alguien a mi lado. No quiero ser una descastada toda mi vida. Una observadora, como tú.

Él la miró enfadado.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Tú eres así. Por eso nada te hace daño. Tú te quedas fuera, mirando, y no lo haces porque te veas obligado a ello, sino porque lo eliges. Porque es más seguro. Pero yo nunca he deseado eso para mí. Yo no necesito que sigas protegiéndome. Quiero formar parte de esta vida, aunque no pueda ser todo perfecto.

—Entiendo.

La miró durante un buen rato preguntándose cómo se le había pasado por alto todo aquello. Había estado tan concentrado con los diseños de sus vestidos y con Evelyn que no se había molestado en prestarle más atención a su prima. Quizá, de haberlo hecho, las cosas

hubieran sido distintas.

O quizá no.

Mira ya no era la chiquilla de ocho años que se agarraba a su abrigo para esconderse detrás de él. Era una mujer adulta. Talentosa, inteligente y decidida.

Ahmad respetaba mucho su opinión en cuestiones de moda. ¿Era mucho pedir que también respetara su opinión en los asuntos del corazón?

Sabía la respuesta.

—Quiero conocerlo como es debido —dijo.

Ella adoptó una expresión de alivio.

—Claro.

Él sintió una punzada de remordimiento. ¿Tan rígido y poco razonable había sido como tutor? ¿Tan exigente era que la había mantenido alejada de las personas corrientes?

Eso era lo que ella decía que había hecho consigo mismo. Que se había mantenido al margen de la vida, del amor.

Un observador, como le había llamado.

Se preguntó si habría mucha verdad en aquellos cargos.

* * *

Cuando el coche de alquiler llegó a la puerta trasera de la casa del tío de Evelyn, en Russell Square, eran casi las seis de la tarde.

Ahmad había mandado a Becky y a Mira a casa juntas en un carruaje distinto. Evelyn había asegurado que podía regresar sola, pero él había insistido en acompañarla personalmente. Pero no para hablar. Apenas había dicho más de tres palabras desde que salieron de casa de la señora McCordle. Permanecía callado y silencioso. Miraba por la ventana mientras los ruinosos edificios del East End daban paso a las modernas casas del West End.

Evelyn supuso que se arrepentía de habérsela llevado con él. Y no porque hubiera supuesto peligro alguno, sino porque había visto aspectos de su vida que prefería mantener ocultos. Retazos de un pasado que no era tan lejano. El cochambroso burdel con la pintura desconchada y los escalones rotos, y esa pensión igual de destartalada.

Y había personas viviendo en esos sitios.

No solo las trabajadoras de la señora Pritchard, también otras personas. Familias y niños. Amigos y vecinos. Parejas como Mira y Tariq, que se conocían y se enamoraban, y después planificaban la forma de establecerse allí.

En comparación, los obstáculos que Evelyn debía afrontar en busca de la felicidad parecían muy pequeños.

—¿Cuándo volveré a verte? —le preguntó cuando se bajó del carruaje.

—Pronto —aseguró él—. Tendré que pedirte que vengas a probarte el vestido de tarde negro.

—No me refería a vernos en la tienda.

—No. —Frunció el ceño—. Ya lo sé.

Evelyn se agarró la falda. La última vez que habían estado juntos, ella no sabía qué pensar de él. Pero ahora era distinto. Todo había cambiado después del apasionado abrazo en su casa. Recordaba muy bien lo que él había dicho cuando estaban en la puerta del establecimiento de la señora Pritchard.

«Es mía», había rugido Ahmad.

Aquellas palabras le habían llegado al alma. Era suya. Y él era suyo. Ya no podían seguir fingiendo.

—Si quieres volver a verme —dijo ella—, tendrás que presentarte de otra forma.

El rostro de Ahmad estaba medio oculto por las sombras dentro del carruaje.

—¿Quieres que venga a visitarte aquí? ¿A casa de tu tío?

Ella lo imaginó presentándose en la puerta principal, en lugar de hacerlo en la puerta del servicio. Compartiendo con ella un té en la sala de estar. Una auténtica visita propia de un pretendiente.

—Sí —afirmó—. O puedes acudir a alguno de los eventos que asisto.

Él le lanzó una mirada oscura.

—A mí no suelen invitarme a los bailes ocultistas, Evie.

Ella esbozó una sonrisa ladeada.

—¿Quién ha hablado de invitaciones?

Capítulo 31

Evelyn había leído a menudo sobre los jardines Cremorne en el periódico y en las revistas femeninas. Publicaban descripciones de eventos elegantes con malabaristas que paseaban por la cuerda floja, ascensiones en globo y exhibiciones militares. Sobre el papel, Cremorne siempre le había parecido un lugar emocionante. Un auténtico jardín rebosante de placeres donde una podía disfrutar de la música, el baile y los espectáculos bajo un cielo estrellado.

Pero la realidad no era menos mágica.

Cuando se adentró en los jardines con sus amigas, no estaba preparada para la belleza del iluminadísimo espacio: doce gloriosos acres que se extendían a lo largo de la orilla norte del Támesis. Estaban salpicados de fuentes y estatuas, y habían dispuesto mesas en todos los rincones para acomodar a los elegantes visitantes.

Pero seguía siendo un jardín. Un espacio donde crecían árboles milenarios repleto de caminos discretos, rincones escondidos y más de un espacio oscuro para encuentros furtivos.

—Ten cuidado —le advirtió Anne—. La cosa puede animarse cuando se pone el sol.

Los adornos de alabastro de la indumentaria de su amiga relucían a la luz de la luna. Llevaba el vestido de baile negro que le había hecho Ahmad. Una prenda muy elegante confeccionada en seda, con un escote atrevido que dejaba entrever buena parte de su pecho y sus hombros, y una falda acampanada que colgaba por detrás en un juego suntuoso de tela.

Julia paseaba junto a ella agarrando con la mano la falda de seda de su vestido de baile.

—Pero solo si te alejas de la música y la zona de baile.

Un poco más adelante se veía el pabellón que albergaba la orquesta, una magnífica pagoda china iluminada por cientos de lamparitas de colores. Estaba rodeada de una pista de baile circular.

—He leído que puede albergar hasta cuatro mil bailarines —

aseguró Stella.

—Uff —se lamentó Julia—. Me mareo solo de pensar en tanta gente.

Evelyn contempló la imponente pagoda con sincero asombro. El aire fresco de la noche le acariciaba las mejillas y los hombros, y la música de la orquesta resonaba en sus venas.

Su vestido de baile estaba confeccionado con seda y crepé ambarinos que semejaban el brillo de la luz de gas. Becky había acudido aquella misma tarde a Russel Square para coserle rosas doradas y hojas salpicadas de rocío a la falda y el corsé, además de prender también algunas en los estilosos tirabuzones del peinado.

—Lady Blackstone ha reservado la mitad del espacio para nosotros —anunció Anne—. Aunque supongo que será difícil evitar que entren otras personas. Es posible en esta clase de eventos, ni siquiera utilizando biombos.

—¿Por qué no ha celebrado el baile en su salón? —preguntó Evelyn.

—Porque prefiere celebrar sus fiestas al aire libre. —Anne miró a Evelyn con ironía—. Una vez una vidente le dijo que no debía haber nada entre ella y las estrellas. Y que, si había luna llena, mucho mejor.

—Sin embargo —terció Stella—, sigue viviendo bajo un techo cuando no celebra fiestas.

—Yo prefiero estar aquí que en su salón —comentó Julia—. Es menos agobiante.

Evelyn asintió.

—Me recuerda a lo que se siente al montar. El aire fresco y la emoción.

—Estoy de acuerdo —dijo Stella, alisándose los encajes del corsé y las mangas. Ella también lucía uno de los diseños de Ahmad. La muselina de color azul hielo enfatizaba el color gris de su cabello y sus ojos y proyectaba un brillo etéreo a su piel. Nadie podría llegar a imaginar que en principio se había hecho para otra dama—. Siempre que todas podamos encontrar pareja.

—Lo conseguiremos —afirmó Anne.

Stella sonrió.

—Te veo muy segura.

—¿Y por qué no iba a estarlo? Casi todas las personas que ha invitado lady Blackstone son espiritistas. Y las cuatro tenemos mucho que aportar en ese sentido. Yo por mi madre, tú por tu pelo gris, Evie por su presunta energía psíquica, y Julia...

—Yo no tengo nada que aportar. Ni siquiera mi vestido de baile.

—¿Por qué no has acudido al señor Malik a pedirle que te hiciera uno nuevo? —le preguntó Evelyn.

—Porque sus vestidos consiguen que cualquiera que los luzca

parezca hermosa. Y yo no deseo atraer atención. Si llamo mucho la atención me desmorono.

—Oh, Julia —suspiró Anne—. ¿No te encantaría llevar un vestido hermoso por una vez?

—La única prenda que yo quiero llevar es una capa de invisibilidad. —Miró hacia la pista de baile. Las parejas empezaban a aminorar el ritmo con las últimas notas de una animada polca—. Pero eso no significa que no me apetezca bailar de vez en cuando.

—Yo bailaré contigo —le dijo Sella.

Julia se animó.

—¿Lo harías?

—Pues claro. Pero tienes que dejarte llevar.

La orquesta empezó a tocar una danza rural.

Stella y Julia se echaron a reír y, agarradas del brazo, se dirigieron hacia la zona de baile. Enseguida desaparecieron entre la multitud.

—Santo cielo —exclamó Anne—. ¿Y todavía se preguntan por qué no encuentran marido?

Evelyn sonrió.

—Se están divirtiendo.

—La temporada no está para divertirse.

—¿Tú no la disfrutas?

—Supongo que sí, de vez en cuando. Disfruto mucho montando, eso seguro. Y me gusta mi vestido nuevo. —Sonrió—. Nunca imaginé que el negro pudiera sentar tan bien.

—Apuesto a que hoy bailarás todas las piezas.

Y no se equivocó. Sus carnés de baile se llenaron enseguida. Cuando la orquesta empezó a tocar la siguiente pieza, las cuatro estaban en la pista de baile en brazos de un caballero.

Aunque no eran los caballeros que ellas querrían.

Evelyn no pensaba dejar que eso le arruinara la noche.

Era el baile de lo que disfrutaba, no de los hombres. Le producía cierta excitación estar al aire libre, rodeada de música y luces de colores. No era un sentimiento romántico. Esa parte de ella la tenía reservada para otra persona. Pero estaba encantada, como cuando participaba en cualquier actividad física. Y las exuberantes polcas, el reel y las danzas rurales eran decididamente atléticas.

Cuando ya casi eran las once, la hora elegida para el gran espectáculo de fuegos artificiales, se tomó un descanso con Anne, retirándose a un lado de la pista. Las dos muchachas tomaban champán mientras recuperaban el aliento.

—He saltado tanto durante el reel escocés que casi pierdo el corsé —admitió Anne.

Evelyn se echó a reír.

—Pero no lo has perdido.

—He estado a punto. —Se tocó la costura del cuello con los dedos —. Jamás había enseñado tanto el pecho. No me extraña que tuviera tantas parejas.

Un hombre carraspeó intencionadamente a su espalda.

Ambas se volvieron y vieron al señor Hartford acompañado del capitán Blunt. A ella le dio la impresión de que Hartford se estaba esforzando mucho para no reírse.

—Milady. Señorita Maltravers. —Se inclinó—. ¿Puedo presentarles al capitán Blunt?

Al contrario que el señor Hartford, el militar no parecía encontrarle ninguna gracia a la situación. Resultaba demasiado serio para un lugar tan animado como Cremorne. Las saludó con una tensa reverencia marcial.

A Anne se le sonrojó el cuello y el pecho, sus ojos brillaban de puro fuego.

—Vaya, señor Hartford. ¿Cómo puede acercarse por detrás de esa forma?

—Le ruego que me disculpe —dijo—. ¿La he asustado? Solo pretendía pedirle que bailara el vals conmigo.

Mientras ellos hablaban, Evelyn observó al capitán. En un principio le había parecido mayor, pero, de no ser por las cicatrices de la cara, no daba la impresión de tener más de 35 años. Y no eran solo las huellas de las heridas las que lo envejecían. Eran sus ojos. Se veían cansados del mundo. Y un tanto fríos, como si prefiriese estar en cualquier lugar antes que allí.

Debía de estar muy necesitado de esposa para prestarse a soportar los rigores de la temporada. A Evelyn no se le ocurría un hombre menos apropiado para ello.

—Señorita Maltravers —dijo—. ¿Me concede este honor?

—Claro.

Posó la mano sobre el brazo que él le ofrecía y permitió que la acompañara hasta la zona de baile. Se volvió para mirar por encima del hombro.

Anne parecía estar regañando al señor Hartford. Ya no daba la impresión de que él estuviera a punto de echarse a reír. Estaba allí plantado, aguantando estoicamente lo que le estuviera diciendo, tan serio como un vicario en el servicio del domingo.

No vio a Stella o a Julia por ninguna parte. Tampoco había ni rastro de lady Arundell ni del tío Harris. Poco después de llegar, los dos se habían puesto cómodos junto a un grupo de ocultistas con los que se habían enfrascado en conversaciones mientras compartían copas de champán. Seguían en el mismo sitio la última vez que los había visto. Eran las peores carabinas del mundo.

Aunque tampoco pensaba quejarse.

El capitán Blunt le posó la mano en la espalda mientras la guiaba por los primeros pasos de una polca.

Ella sonrió. Pero no porque él le gustara o porque fuera un bailarín particularmente bueno, sino porque la música era animada y la velada le resultaba muy divertida. Le provocaba una extraña euforia.

Estuvieron bailando un buen rato antes de que su pareja de baile se dignara a hablar.

—Veo que su amiga no ha venido esta noche —dijo.

—¿Mi amiga? ¿Qué amiga?

—La señorita Wychwood.

Dudó si debía decirle que Julia sí que estaba allí, pero se desmayaría en cuanto viera a aquel hombre.

—¿Siente un interés especial por ella?

Él no contestó. Al menos no lo hizo directamente.

—Dígame, ¿esa muchacha nunca habla?

—Es muy locuaz —le aseguró—. Pero me temo que no suele hablar mucho en los salones de baile.

A él se le iluminó la mirada con la intensidad de un ave rapaz.

—¿Dónde habla?

—¿Por qué desea saberlo?

Él esbozó una fría sonrisa. El gesto tiró de la cicatriz y a su rostro asomó una expresión amenazante.

—Puede atribuirlo a mi lamentable curiosidad.

Evelyn lo miró fijamente. Se preguntó si sería tan peligroso como parecía. Había sido un héroe de guerra. Pero leía novelas.

—Se muestra más segura mientras monta.

—Ah.

—¿A usted le gusta montar, señor? —le preguntó.

A él se le borró la sonrisa.

—Yo era oficial de caballería.

—En Crimea, tengo entendido.

Él inclinó la cabeza.

Terminaron de bailar en silencio. Cuando la música acabó, él volvió a acompañarla al lado de la pista. Evelyn estaba a punto de bajar de la plataforma cuando vio a alguien aguardando junto al arco que daba acceso a la pagoda.

Alguien que le resultaba familiar, iluminado por el radiante brillo de las coloridas luces.

Se le aceleró el corazón.

—¿Conoce usted a ese hombre? —le preguntó el capitán.

Ella le soltó el brazo.

—Sí. Lo conozco muy bien.

Era Ahmad.

Ataviado con un elegante traje de noche negro y blanco, estaba más

apuesto que nunca. Un auténtico ángel caído en la tierra. Y esa vez no estaba allí de mala gana, sino por voluntad propia.

Había ido a buscarla.

* * *

Ahmad no había tomado a la ligera la posibilidad de acudir a los jardines Cremorne. Era un espacio público, de eso no había duda, pero había muchos obstáculos que debería superar antes de hacer aparición en el evento. Aunque cualquier desconocido podía mezclarse con los invitados de lady Blackstone, seguía siendo una fiesta privada. Los asistentes sin duda advertirían su presencia.

Por muy discreto que fuera al acercarse a Evelyn, la gente hablaría.

Incluso a la luz de la luna, todo el mundo se daría cuenta de que no era del todo inglés. Algunos incluso se darían cuenta de que era un trabajador. Otros reconocerían a su sastre. Su aparición se vería como una reivindicación de igualdad de razas y clases. Una clara declaración de sus intenciones románticas respecto a Evelyn.

No le importaban las miradas, pero no quería que ella se sintiera avergonzada o humillada por su culpa.

Pero Evelyn parecía completamente encantada de verlo. Esbozó una delicada sonrisa y sus ojos se iluminaron de pura alegría.

Apenas advirtió que el huraño caballero con el que había bailado la polca se marchaba mientras ella bajaba de la plataforma con su falda de seda y crepé salpicada de rosas para dirigirse hacia la verja de hierro donde él aguardaba.

—Has venido —celebró ella casi sin aliento.

—Ya ves. —Él tampoco consiguió esconder que se le quebraba la voz—. ¿Quién era ese?

—El capitán Blunt. ¿Te gustaría conocerlo?

—No.

Ella sonrió con más ganas.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—No mucho. He venido directamente al pabellón.

—Ah, ¿sí?

—He pensado que quizá te encontraría aquí —admitió—. Y aquí estás.

Se miraron con intensidad un momento.

—Había soñado con esto —confesó Evelyn—. Que vinieras a algún baile y me vieras con uno de tus vestidos. —Dio un paso atrás—. ¿Qué te parece?

Él la devoró con los ojos. Estaba resplandeciente a la luz de las coloridas luces que colgaban del pabellón. Las lustrosas rosas brillaban en el espeso cabello castaño, y un artístico ribete de tul y encaje de un brillante color ámbar le enmarcaban los hombros y el pecho de tono

marfil.

Alrededor de la cintura lucía un cinturón de seda adornado con una diminuta hebilla. Debajo, la elegante curva de la falda de seda cubierta por una capa de finísimo crepé. La prenda ensalzaba la figura de Evelyn, desde el cuello, la cintura, las caderas… Conseguía que cualquier hombre se muriese por rodearla con sus brazos.

—Estás frunciendo el ceño —observó ella—. ¿No me he puesto bien las rosas? Becky dijo que se suponía que debían estar cubiertas con...

—No son las rosas.

La orquesta empezó a tocar un vals.

Evelyn lo miró emocionada.

Él le tendió la mano. Era un momento decisivo. Cuando ella le ofreció la suya, él tomó conciencia de que las damas y los caballeros de alrededor ya les dedicaban miradas curiosas. Una de las mujeres susurró ocultándose detrás del abanico.

Y a él no le importó.

Había ido hasta allí a declararse, y eso era lo que iba a hacer.

Guio a Evelyn hasta la abarrotada zona de baile. Estaba repleta de parejas que habían empezado a dar vueltas y mecerse al son del vals. La rodeó por la cintura mientras la agarraba de la mano con fuerza para hacerla girar.

Ella se reía encantada.

—¿Dónde aprendiste a...?

Él sonrió.

—Aunque no lo creas, en el establecimiento de la señora Pritchard.

Todas las mujeres que se alojaban allí lo habían utilizado de pareja en algún momento u otro. No lo había disfrutado mucho. Bailar con una chica que no era de su agrado no era lo más divertido del mundo para un arisco muchacho de quince años.

Pero aquello era diferente.

Evelyn era su amiga. Su musa. Y más que eso. Mucho, muchísimo más.

Le gustaba con locura.

—Todos nos miran —le advirtió.

—Pues que miren —repuso ella—. No tiene importancia.

Y mientras bailaba el vals con ella bajo la pagoda, Ahmad empezó a creerlo. Los violines sonaban acompañados de flautas, oboes y las profundas vibraciones del chelo. Y ellos se miraban a los ojos mientras el resto del mundo parecía desaparecer. Solo estaban ellos dos, solos con las luces de colores y la orquesta, bailando el vals bajo las estrellas.

Durante ese efímero momento, ella estaba en lo cierto. Lo que el resto de la sociedad pudiera pensar no tenía importancia. Lo único que importaba era que estaba entre sus brazos.

Y no tenía ninguna intención de soltarla.

Cuando la música terminó, él siguió agarrándola de la cintura para acompañarla hasta el borde de la pista. Por detrás de ellos, la orquesta inició las notas del siguiente baile, una enérgica armonía poblada de flautas, violines y vibrantes trompas. El ruido de los pies al patear la plataforma de madera resonaba en el aire cuando cientos de parejas empezaron a girar sobre ella.

—¿Podemos ir a algún sitio más tranquilo? —le propuso él.

Evelyn lo agarró del brazo.

—Me encantaría.

Dieron la espalda a la pérgola, a los bailarines y a los grupos de elegantes invitados que conversaban sentados en las mesas de alrededor. Ahmad se preguntó si alguno de ellos intervendría. Alguna especie de carabina. El tío de Evelyn o lady Arundell.

Pero nadie los detuvo.

Ella caminaba a su lado sin impedimento alguno y juntos se alejaron del pabellón. Pasearon por la hierba hacia las amplias avenidas salpicadas de árboles por las que Cremorne era tan conocido. Los quinqués colgados de las ramas iluminaban el camino y parpadeaban en la oscuridad. Ya eran casi las once. En el cielo flotaba la luna llena, que proyectaba su luz en el cielo salpicado de estrellas.

—¿Habías estado antes aquí? —le preguntó ella.

—Muchas veces, de joven. Cuando hacía buen tiempo y tenía algo de dinero, traía a Mira a ver las exposiciones. —La miró—. ¿Por qué? ¿Parezco fuera de lugar?

Ella le estrechó el brazo.

—Estás estupendamente. Nunca te había visto vestido de gala.

—No tengo muchas ocasiones de ponerme esta ropa. —Ahmad advirtió un ligero rubor en las mejillas de Evelyn y se le aceleró el pulso—. ¿Te gusta?

—Desde luego —admitió—. Cuando te he visto he tenido la sensación de que el resto del mundo desaparecía. De pronto me ha parecido que estábamos los dos solos.

—Qué romántico.

Ella no contestó y temió haberla avergonzado.

—Evie...

—¿Por qué has venido esta noche? —le preguntó.

Un poco más lejos, un denso camino poblado de árboles se alejaba de la vía principal. Era una senda oscura. Un lugar muy conocido de los placenteros jardines de Londres, en especial por las parejas que buscaban un poco de intimidad. Ahmad acompañó a Evelyn hasta allí y después tomaron otro sendero apenas iluminado por un único candil suspendido de un olmo.

Se detuvo justo debajo de la luz y se volvió hacia ella.

—¿Por qué he venido? —repitió—. Pensaba que era evidente.

—Has venido porque yo te lo pedí.

—Nunca me pediste que viniera a los jardines Cremorne.

—No directamente, pero te pedí que vinieras a buscarme a alguno de los eventos a los que asistiera. Y este es el único evento para el que no se precisa invitación. —Frunció el ceño—. Espero que no te lo tomaras como un ultimátum.

—No. Y no he venido porque me pidieras que lo hiciera... —le aseguró negando con la cabeza.

Una cosa era diseñarle la ropa, ahí podía poner el corazón y el alma en cada puntada, pero expresarse con palabras era algo completamente distinto. Jamás se había sentido tan torpe.

Ella adoptó una expresión que no supo descifrar.

—¿Ha sido por mi vestido?

—¿Qué?

La luz de la luna se reflejó en la montura plateada de sus gafas.

—¿Porque querías verme con él bailando?

—No me importa el vestido.

Ella dio un paso atrás.

—Y entonces por qué...

Ahmad la agarró de los brazos para hacerla callar.

—Me gustas, Evie. Por eso he venido. Estoy aquí porque me gustas.

Ella se quedó mirándolo con los labios entreabiertos y temblorosa esperanza.

—Estas últimas semanas he pensado mucho en nuestra situación. He valorado los prejuicios de la sociedad y las limitaciones de mi economía. He pensado en tus hermanas y en mi prima. Incluso he meditado sobre lo que costaría mantener tu caballo. Y he llegado a una conclusión.

Ella le clavó los ojos color avellana.

—¿A qué conclusión?

—He concluido que no puedo vivir sin ti. —Agachó la cabeza y bajó la voz hasta adoptar un tono ronco—. Y tenías razón. Eres más que una musa para mí. Eres mi amor.

A ella se le escapó un delicado suspiro tembloroso.

—Ahmad...

—Me he enamorado de ti. Pero esto no es...

—Yo no creo que haya nada imposible —se apresuró a decir ella—. Y menos si dos personas se quieren y están dispuestas a esforzarse al máximo.

Él apoyó la frente en la de Evelyn.

Y entonces sintió toda la responsabilidad de amarla. Significaba mucho más que afecto. Más que pasión o deseo. Significaba cuidar de ella.

Una obligación solemne. Tan importante como cualquiera que hubiera adquirido hasta entonces.

—No iba a decir que es imposible. Iba a decir que no va a ser fácil.

Él no podía ofrecerle una vida en la alta sociedad. Una casa elegante con un montón de sirvientes y un establo lleno de carruajes y caballos. Solo podía ofrecerse él. Y una vida modesta con la que empezar, con la posibilidad de llegar a destacar. Un futuro al que quizá pudieran llegar juntos.

Ella le posó en el pecho las manos enfundadas en los guantes de seda. Las deslizó por el chaleco de Ahmad con infinita ternura. Tenía las manos pequeñas, pero firmes. Lo bastante como para aguantar una vida entera.

—No quiero que te hagas falsas esperanzas —continuó él—. El negocio empieza a ir bien, pero no hay garantías. Mi fortuna podría desvanecerse en un abrir y cerrar de ojos. Esto requiere tiempo. Y si fracaso...

—No fracasarás.

—Pero si ocurre... —insistió. Ella tenía que conocer los riesgos por mucho que eso lastimara su orgullo—. Sé que me quedo corto al decir que nuestra vida será humilde. Es posible que te arrepientas muy pronto de haber unido tu destino al mío.

—Jamás. —Le pulso la mano en la nuca—. Tengo fe en ti. —Tiró de él hasta que sus labios quedaron prácticamente pegados—. Y te quiero mucho.

Ahmad cerró un momento los ojos. Los sentimientos de Evelyn no le sorprendían. Ella ya los había revelado en más de una ocasión. Sin embargo, sus palabras le impactaron como una ola en plena tormenta.

—Evie.

La intimidad de la que gozaban era una ilusión. No estaban en una berlina o en casa de Ahmad, en el piso de arriba de esa tetería. Estaban en un camino oscuro de los jardines Cremorne. Y no era el mejor lugar para dar rienda suelta a la intimidad entre una dama y su pretendiente.

Pero en ese momento, a Ahmad no le importaba.

Sus labios encontraron la boca de Evelyn bajo la luz de la luna. Y la besó con dulzura y pasión.

Se pegó a ella empujando su falda hacia atrás.

La rodeó por la cintura y la estrechó mientras la besaba. Era cálida y suave. Y absolutamente voluptuosa.

—Hacía tanto tiempo que quería decírtelo... —murmuró ella.

Él volvió a besarla; se sentía como un tonto completamente enamorado. Como un joven con su primer amor.

—¿Cuánto tiempo?

—Desde que fuimos al Jolly Tar.

—¿Ya me amabas entonces, cariño?

—Sí, aunque no me atrevía a admitirlo. —Le rodeó el cuello con los brazos—. Pensaba que era demasiado sensata para amar. Que no lo necesitaba.

—¿Y ahora?

—Ahora he aprendido.

Evelyn se puso de puntillas para besarlo y sus labios se fundieron en una dulce y apasionada caricia.

En lo alto estalló el primer cohete, iluminando el cielo de la noche con una cascada de colores.

Evelyn suspiró. Se quedó mirando el cielo, donde estalló el siguiente cohete y después otro más.

Ahmad también los contemplaba sin soltarla. Estaba maravillado por el espectáculo, parecía que los estuviera viendo por primera vez.

Cuando los fuegos artificiales terminaron, ella lo miró y sonrió.

—¿Y ahora qué?

—Buena pregunta. —La voz de lady Heatherton sonó desde el final del camino—. Yo también tengo curiosidad por descubrirlo.

Capítulo 32

Evelyn dejó caer los brazos, que se descolgaron por la nuca de Ahmad. Se hubiera alejado enseguida, pero él se lo impidió. Seguía rodeándola por la cintura con actitud protectora.

Ella se lo agradecía, pero no lo necesitaba. No tenía ningún miedo de la vizcondesa.

—Lady Heatherton —dijo—. ¿Podemos hacer algo por usted?

Teniendo en cuenta las circunstancias, se trataba de una pregunta fría hecha con deliberada calma. Evelyn estaba muy orgullosa de sí misma.

Pero ella no pareció oírla siquiera.

Había clavado los ojos en Ahmad, al que observaba con su gélido y hermoso rostro medio oculto por las sombras que rodeaban el quinqué colgado de las ramas de los árboles. Un cerúleo vestido de seda adornado con varios metros de encaje y ribetes de satén se ceñía a sus esbeltas curvas.

—No está mal para ser un tipo que se niega a coquetear con sus clientas. Pensaba que reservarías tu falta de escrúpulos para tu vida personal, pero ya veo que no tienes principios.

Evelyn miró a Ahmad un poco confundida. Él apretaba los dientes y tenía los ojos en llamas. Y no era precisamente fruto de la pasión, sino de la rabia.

Santo cielo. La conocía.

De pronto Evelyn comprendió por qué aquella mujer había ido a verla a Russell Square. Todas las preguntas que le había hecho sobre Ahmad y la advertencia que le había hecho.

—Ha malinterpretado la situación —respondió él—. Algo habitual en usted.

A la vizcondesa le brillaron los ojos.

—¿Nuestra situación? ¿O esta situación? ¿Esto que hay entre tú y tu pequeña amazona de Sussex?

—Ya basta —espetó él.

—¿Qué ocurre, querido? ¿No quieres provocar un escándalo? —Se echó a reír—. Pues ese barco zarpó en cuanto os marchasteis del pabellón.

—¿Nos ha seguido hasta aquí? —preguntó Evelyn.

Lady Heatherton la miró de reojo.

—No sea ridícula.

—Y entonces cómo...

—Usted no es la única invitada que ha salido a pasear por el parque. Hay muchas más por aquí. —Le dedicó otra mirada ácida—. Será mejor que vuelva corriendo con su carabina antes de que su reputación quede completamente arruinada.

Evelyn notó cómo Ahmad tensaba la mano que tenía en su cintura.

—No se irá a ninguna parte.

—Ya le dije que mi reputación está intacta —replicó Evelyn.

—No por mucho tiempo, querida. En cuanto a tu reputación —añadió la dama dirigiéndose a Ahmad—, ¿cómo te has atrevido a darle mi vestido a esa asquerosa criatura con el pelo gris?

—¿Disculpe? —terció Evelyn.

—El vestido no era suyo —repuso Ahmad—. Me lo devolvió.

Todavía indignada por la ofensa a Stella, Evelyn empezó a comprenderlo todo.

Así que aquello había sido lo que había empujado a Ahmad a visitarla en Russell Square aquella tarde para proponerle la sociedad. Había perdido como clienta a lady Heatherton y necesitaba otra dama que luciera sus diseños.

Suponía que debía agradecerle a la vizcondesa que se retirase. De no haber sido así, el sastre jamás hubiera acudido a ella. Pero no se sentía especialmente agradecida en ese momento.

Sintió una creciente ansiedad. La habían sorprendido en compañía de un hombre en los jardines, sin carabina y en un camino oscuro. Si se corría la voz...

Y eso sería lo que ocurriría.

Jamás conseguiría convencer a lady Heatherton para que guardara el secreto.

Tenía un nudo en la garganta. Tras todo aquel tiempo preocupada de que la presencia de Fenny pudiera perjudicarla, allí estaba ella, arruinando por sí misma su reputación.

—Deberíamos regresar al pabellón —dijo en voz baja.

—Sí. Eso deberíamos hacer.

Ahmad la agarró de la mano y juntos pasaron junto a la dama hacia el camino principal. Apenas habían dado algunos pasos cuando lady Arundell apareció ante ellos.

Y no iba sola.

Anne estaba con ella, y también Stella y Julia.

A Evelyn se le encogió el corazón. Por todos los santos, ¿es que los había seguido todo el mundo?

Sus tres amigas corrieron a su encuentro.

—He intentado detenerla —dijo Anne por lo bajo.

—Insistió en venir —susurró Stella.

Y Julia añadió:

—Tu tío también ha estado a punto de acompañarnos.

Se estremeció. ¿El tío Harris lo sabía?

—Señorita Maltravers. —El tono gélido y autoritario de la condesa le aceleró el corazón—. Lady Heatherton. Y usted, ¿señor...?

—Es el señor Malik, señora —le presentó Evelyn.

A la condesa no parecía interesarle mucho su nombre.

—Supongo que estaban disfrutando de los fuegos artificiales, ¿no? Lo cierto es que cuanto más se aleja uno de la pagoda, mejor se ven gracias a la oscuridad.

Lady Heatherton lanzó una feroz mirada al vestido azul hielo de Stella antes de volcar toda su rabia en la condesa.

—No estaban viendo los fuegos artificiales. Si yo no hubiera aparecido cuando lo he hecho...

—Tonterías. La señorita Maltravers es una joven muy sensata. Me preocupas tú mucho más, Mildred. A tu marido no le gustará enterarse de que estabas paseando sola de noche por estos caminos. Ya puedes rezar para que no se entere.

Lady Heatherton le clavó los ojos entornados.

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy recordando que lo de los chismorreos es un camino de doble dirección. Y no pienso dejar que arruines la reputación de una joven bajo mi protección porque tú has sido incapaz de cerrar la boca.

Las dos damas se estuvieron mirando fijamente durante un momento interminable. Si lady Heatherton era una elegante cobra, la condesa era una mangosta vestida de riguroso luto. No solo tenía mejor estatus que su oponente, también la superaba en carácter. En ese momento daba miedo.

Su hija esbozó una orgullosa sonrisa.

—Su protegida no corre ningún peligro por mi causa —dijo finalmente la vizcondesa—. No tengo ninguna diferencia que resolver con ella.

—Me alegro mucho de oírlo. —Lady Arundell señaló hacia el otro extremo del camino—. Te deseo una feliz velada.

Lady Heatherton se puso tensa. Le lanzó una última y gélida mirada a Ahmad y se marchó.

Evelyn no respiró tranquila hasta que ella hubo desaparecido. Aunque solo tuvo un breve respiro antes de que lady Arundell se volviera hacia ella.

—Me ha decepcionado, señorita Maltravers. ¿No se ha dado cuenta de lo que podría pensar la gente? Usted, que estaba a punto de labrarse un nombre entre la alta sociedad.

—Es culpa mía —terció Ahmad.

—Muy cierto, señor —espetó la dama—. Pero usted no es responsabilidad mía. Ese honor recae sobre usted, querida. Y no pienso dejar que ponga mi buen nombre en entredicho paseando por ahí con un desconocido.

—El señor Malik no es ningún desconocido.

—Sí, ya lo sé —repuso con tono impaciente—. Es su modisto. Ya lo ha mencionado las veces suficientes. Pero esto no es la calle Bond o dondequiera que él tenga su negocio. No puede estar a solas con un hombre en estas circunstancias. A menos que sea su marido o estén comprometidos.

Evelyn se tropezó con los ojos de Ahmad.

Y él la miró.

Y cómo la miró.

En sus ojos ya no había ni rastro de ira. Solo anidaba en ellos una tierna preocupación, afecto y un aire de triste disculpa.

—Quizá deberíamos habernos quedado a bailar el galope —dijo él.

Ella sonrió.

—Me alegro de que no lo hiciéramos.

Él no le devolvió la sonrisa. Su rostro parecía una máscara que representara la seriedad y la determinación.

—Pasaré a verte por casa de tu tío mañana, si te parece bien.

A ella se le aceleró un poco el corazón.

—Sí.

Le estrechó la mano por última vez antes de soltarla, y entonces, apremiado por lady Arundell, se marchó.

Su excelencia lo vio marchar con evidente exasperación.

—¡Su modisto indio!

—Lo amo —replicó Evelyn. Y él la amaba. Se lo había confesado. Y al día siguiente iría a visitarla a casa de su tío. Solo podía haber un motivo para esa clase de visita. Sintió que se abría ante ella un horizonte halagüeño.

—¡Amor! —se burló la condesa—. ¿Cómo es posible?

—Le cosió un bolsillo en todas las faldas —intervino Anne.

—Bolsillos —suspiró Julia—. Imagínate.

—Y ella ni siquiera le tuvo que pedir que lo hiciera —añadió Stella.

—¿Bolsillos? —La condesa frunció el ceño mientras las urgía a volver al pabellón—. Todo esto es muy irritante. Sí, desde luego. Tendré que consultar con Dimitri.

* * *

—¿Tiene intención de venir a verme a mí? —El tío Harris miraba a Evelyn en la oscuridad del carruaje. Tenía la ropa de noche arrugada y las mejillas sonrosadas del champán.

Habían abandonado Cremorne en cuanto la anfitriona había vuelto con Evelyn hasta el pabellón. Era casi medianoche, aún temprano para las costumbres de la temporada. Y el tío Harris parecía un poco molesto por haber tenido que acortar la velada.

—¿Y qué tengo que ver yo con todo esto? —preguntó—. Es Nora quien debe dar su aprobación, no yo.

Su sobrina frunció el ceño.

—¿Quieres que vaya a ver a la tía Nora?

—Ella es tu tutora.

—No formalmente. Pero si prefieres que el señor Malik vaya a Sussex...

—Malik —repitió él resoplando—. No sé qué es peor. El hecho de que sea indio o que sea un obrero.

Ella se irritó.

—Es un modisto brillante. Y es tan inglés como indio.

—¿Crees que eso facilita las cosas? Una sola gota de sangre india es tan perjudicial como una laguna llena. La gente dice que es como estar tiznado de alquitrán. —La miró con condescendencia—. ¿No pensarás que puede pasar por inglés?

Ella apretó los dientes. Estaba a punto de perder la paciencia.

—Por favor, tío.

—Es una pregunta justa.

—Es una pregunta ofensiva. El señor Malik no se siente avergonzado de quien es. Si el hecho de que sea medio indio incomoda a la gente, es problema de la gente, no suyo.

—Y si te casas con él, pronto será también tu problema.

No necesitaba que se lo recordara. Era consciente de cuál sería su futuro. Habría muchos obstáculos. Pero los afrontarían juntos.

—La gente puede decir lo que le plazca. No me dan miedo las opiniones de los desconocidos.

—No solo de los desconocidos, querida. Perderás amistades.

—No serán amistades de verdad. No serán las personas que de verdad me importan.

—No lo sabrás hasta que llegue el momento. Podrías perderlo todo. ¿Merece la pena por un hombre como ese?

Recordó su vals el pabellón. Cómo la había abrazado y besado mientras los fuegos artificiales estallaban en el cielo. Una sensación de calidez le inundó el pecho.

—Sí, él merece la pena —aseguró—. En muchos aspectos.

El carruaje avanzaba a buen ritmo entre la niebla. La luz de gas procedente de los candiles alineados en la calle se colaba por las

aberturas de las cortinas que cubrían las ventanas del vehículo e iluminaba de forma intermitente el rostro del tío Harris.

Negó con la cabeza, decepcionado.

—Nora dijo que tú eras la sensata. Y aquí estás, tomando el mismo camino que tu hermana.

—No es lo mismo —se defendió.

Fenny había ignorado sus responsabilidades para huir con Anthony. Había elegido el amor antes que el deber. Ella no pretendía hacer eso. No tenía ninguna intención de olvidarse de todo. Tenía que pensar en *Hefesto*. Y también en sus hermanas pequeñas, que eran mucho más que una obligación, tan importantes para su felicidad como el propio Ahmad. Jamás las arrinconaría para tenerlo a él.

Lo que necesitaba era un nuevo plan.

Y ya estaba empezando a darle forma en su cabeza. De momento solo estaba a medias y no tenía el éxito garantizado, pero era un paso al fin y al cabo.

—Estoy empezando a pensar en mandarte de vuelta a casa —confesó el tío Harris.

Ella se ciñó el chal alrededor de los hombros.

—Puede que me marche.

—¿Qué?

—Si el señor Malik se ve obligado a viajar para pedir el consentimiento de la tía Nora, a mí también me gustaría estar allí. Podría marcharme la semana que viene.

El hombre frunció el ceño por encima de sus gafas de media luna.

—No harás nada de eso.

Ella puso el mismo gesto contrariado.

—Pero has dicho que...

—Ya sé lo que he dicho —espetó—. La sesión espiritista es la semana que viene... Le prometí a lady Arundell y a los demás que asistirías.

—Mi presencia no es necesaria. Los dos sabemos que no tengo ningún talento en ese terreno.

—¿Y qué hay del mensaje que recibiste? Cuando me dijiste que había llegado el momento de que me concentrara más en los vivos que en los muertos.

Ella se sonrojó.

—Esa era una opinión personal.

—Tonterías. Era sabiduría ancestral.

—Era sentido común.

—Era orientación del más allá. Y profético también. Si yo no me hubiera preocupado por tu paradero, lady Arundell nunca hubiera ido a buscarte. ¿Y ahora dónde estarías?

Evelyn parpadeó.

—¿Mandaste a la condesa a buscarme?

—Desde luego. —Se acomodó en su asiento—. Uno jamás prosperaría si ignorase los consejos del reino de los espíritus.

Capítulo 33

Ahmad despertó la mañana siguiente antes del alba, tal como hacía siempre. Se quedó en la cama un rato observando las sombras que se formaban en el techo. Lo ocurrido la noche anterior parecía un sueño.

¿De verdad había irrumpido en los jardines Cremorne para bailar el vals con Evelyn delante de toda la alta sociedad? ¿De verdad le había dicho que la amaba?

Y ella lo amaba también.

Se puso un brazo bajo la nuca y esbozó una sonrisa.

Recordó el resto de lo ocurrido en Cremorne. No solo había bailado con ella y se había declarado, también la había comprometido.

Se le borró la sonrisa.

Santo cielo. ¿En qué estaba pensando cuando la llevó a ese camino oscuro donde podía verlos cualquiera que pasara por allí?

Y los habían visto. Primero lady Heatherton y luego lady Arundell.

Se iba a correr la voz. Era inevitable.

Esa misma tarde pensaba ir a Russell Square para pedirle a su tío formalmente la mano de Evelyn en matrimonio. Con un poco de suerte, la petición mitigaría cualquier daño que pudiera haber causado a su reputación.

Aunque al dar ese paso provocaría un nuevo escándalo.

Pero era de esperar.

Sabían las consecuencias que tendría su posible unión. Y los dos las aceptaban. Solo rezaba para que ella no terminara por arrepentirse de esa decisión.

Se levantó de la cama, se lavó, se vistió y bajó a la calle. Le compró un periódico al chico que los vendía en la esquina antes de parar un coche de alquiler que lo llevase a la calle Conduit.

Siempre pasaba algunas horas solo en el taller de Doyle y Heppenstall antes de ir a buscar a Mira a casa de Finchley. Desde que las costureras vivían allí, era la única hora del día durante la que

podía disfrutar de cierta tranquilidad.

Mientras el carruaje avanzaba por la calle, abrió el periódico. Buscó las noticias de sociedad con el corazón en un puño ante la perspectiva de poder encontrar allí algún comentario sobre la conducta de Evelyn en Cremorne.

Lady Heatherton había dejado muy claro que lo consideraba un enemigo. Y como persona influyente de la alta sociedad, solo tenía que mencionar una palabra a alguno de sus contactos en el periódico y Evelyn quedaría arruinada. No le tranquilizaba que la vizcondesa hubiera prometido mantener la boca cerrada. No confiaba más en la palabra de la que fuera su mecenas que en las intenciones de una víbora.

Mientras repasaba las noticias de sociedad, se dio cuenta de que había cumplido su promesa. En el artículo que encontró, no se mencionaba a Evelyn.

Hablaba de él.

> EL MODISTO DE UNA DAMA POBRE
>
> El ojo crítico de nuestro corresponsal ha advertido una nueva tendencia entre las damas de Londres: una evidente falta de adornos en su guardarropa. Al analizar las prendas con atención, advertimos que no hay en ellas ninguno de los delicados adornos que lucen nuestras vecinas de la ciudad de París. Al contrario, los vestidos del exótico señor M. se caracterizan por una evidente nada. ¿Acaso viste solo a mujeres con dificultades económicas? ¿O el pobre es solamente él? Dejaremos que juzguen ustedes mismas.

A Ahmad se le congeló la sangre al leerlo.

Comprendió enseguida lo que significaban esas palabras para su carrera como modisto profesional. Eran comparables a una herida mortal. Pero en ese momento no pensaba en lo que significaría para él perder su negocio. Solo temía la posibilidad de perder a Evelyn.

* * *

Ahmad llegó a Russell Square a las diez y media. Subió por la escalera principal de la casa y se plantó ante la puerta como un verdadero pretendiente. El ama de llaves lo invitó a pasar y, con una expresión inescrutable, lo acompañó hasta la sala de estar. Evelyn se encontró con él allí directamente. Intercambiaron un rápido saludo antes de que él le pusiera el periódico en la mano.

Ella se sentó en el sofá a leerlo con las piernas arropadas por la elegante batista color cuero de su falda de día.

—¿Qué insinúan?

Ahmad se pasó la mano por el pelo.

—La peor interpretación posible es que las damas que lucen mis diseños son demasiado pobres para permitirse los adornos.

Evelyn lo miró. La luz del sol de la mañana se colaba por entre las cortinas y se reflejaba en los cristales de sus gafas.

—Estoy convencida de que nadie se creerá eso. Solo tienen que mirar. Cualquier necio se daría cuenta de lo hermosos que son tus vestidos.

—Pero no se trata solo de la belleza. Se trata de ostentar riqueza y estatus. —Se sentó junto a ella en el sofá—. Una falda repleta de lazos y flecos puede resultarle fea a muchas personas, pero demuestra que la persona que la lleva puede permitirse el gasto.

Ella dobló el periódico y lo dejó a un lado.

—Lo siento.

—Yo también —admitió él—. Siento haber venido tan pronto, y por este motivo. No debería estar preocupándote por estas cosas.

—No tienes por qué disculparte. Lo hubiera visto yo misma en algún momento. —Se ladeó en el sofá para mirarlo—. Yo suelo leer el periódico mientras desayuno, pero después de lo que ocurrió ayer por la noche, he temido encontrar algo espantoso sobre mí en las noticias de sociedad.

—Podemos darle las gracias a lady Heatherton.

—¿Ha sido cosa suya?

—Imagino que sí. Aunque... también podría ser madame Elise. Le había quitado algunas clientas.

—Y dos de sus costureras —le recordó.

Él sonrió con ironía.

—Sí. Eso también.

Lo miró con curiosidad.

—¿Qué ocurrió entre tú y lady Heatherton?

Se mostró incómodo ante la pregunta. Vaciló un momento antes de contestar:

—No pasó nada.

—Pues no lo parecía. Lo cierto es que aparentaba estar bastante enfadada contigo.

—Y lo está —reconoció—. Está enfadada porque no pasó nada. —No tenía muchas ganas de darle detalles sobre el sórdido episodio. Pero tampoco podía evitarlo—. Por eso devolvió el vestido. Porque rechacé sus insinuaciones.

A Evelyn le cambió la cara; de pronto lo entendía todo. Y se sonrojó.

—Ya veo.

Él empezó a tener la sensación de que también iba a sonrojarse.

Aquella no era la conversación que había imaginado mantener con ella esa mañana. Ni nunca.

—¿Te ocurren mucho estas cosas? —le preguntó.

Él se frotó la nuca.

—A veces. Con ciertas mujeres.

—¿Quiénes?

—¿Quieres que te haga una lista?

Ella parecía fascinada y horrorizada al mismo tiempo.

—¿Tantas ha habido?

—Unas cuantas —admitió.

—Y... ¿siempre las rechazas?

—Siempre. Yo no mezclo los negocios con el placer.

En cuanto dijo eso, se dio cuenta de que ella empezaba a pensar. Y las conclusiones a las que debía de estar llegando.

—¿Y qué hay de mí? —preguntó ella.

—Tú eras diferente. Algo inesperado. Tu forma de entrar en la tienda aquella tarde. Cómo hablaste conmigo y me estrechaste la mano. Me sorprendió.

—No me cabe duda. Debiste de quedarte espantado cuando te besé aquel día en el probador.

Él se asombró y dejó escapar una risa ronca.

—De eso nada. Y yo te devolví el beso, ¿no?

—Ah, ¿sí? Nunca estuve segura.

—Pues sí. Y estuve a punto de decir una estupidez.

Ella esbozó una sonrisa de medio lado.

—¿El qué?

—Algo acerca de lo hermosa que estabas, probablemente. —Le tomó la mano y la estrechó entre las suyas, piel contra piel. Entre ellos saltó la misma chispa del día que se conocieron, calentándole la sangre y acelerándole el pulso—. O sobre lo mucho que te admiro. Algún comentario que nos hubiera hecho sonrojar a ambos.

—Asombroso —murmuró ella.

—Muy asombroso —reconoció él.

Ahmad entrelazó los dedos con los de Evelyn.

—¿Crees que el artículo perjudicará tu negocio?

Respondió con absoluta convicción:

—Sí.

—¿Tan seguro estás?

—Si las damas de la alta sociedad empiezan a equiparar la falta de adornos con la pobreza, dejarán de llevar mis diseños.

—Tus diseños despiertan la admiración de todo el que los ve. Todo el mundo olvidará enseguida esa tontería que han publicado en el periódico.

—Es posible —admitió él.

Pero no contaba con ello.

Tenía la oscura sensación de que aquel era el principio del fin de su breve periodo de popularidad como modisto. Y si su suerte cambiaba, cualquier posibilidad de disfrutar de un futuro junto a Evelyn también desaparecería.

Arrastró la mano de Evelyn y se la posó en la rodilla.

—Evie... Hay otro motivo por el que he venido hoy.

Ella se acaloró un poco.

—Quieres hablar con mi tío.

—Esa era mi intención, pero...

—Me temo que no será posible. Para empezar, se ha ido a su club. Pero, además, dice que no es él con quien debes hablar, sino con mi tía Nora. Y eso significa que, si tienes alguna pregunta que hacerle, tendrás que viajar a Sussex.

—Ah. Pues eso podría ser un poco complicado.

Ella suavizó la expresión.

—Sí, ya lo sé. Estás muy ocupado. No tienes por qué ir inmediatamente.

Ahmad sintió una punzada de amargo remordimiento. No podía ir a Sussex a pedir la mano de Evelyn, y tampoco podía hablar con su tío. Tenía que esperar a ver cómo afectaba a su negocio todo aquello. Si todo se iba al traste durante las siguientes semanas, no estaría en condiciones de casarse.

Pero no quería preocupar a Evelyn con esa posibilidad. Y menos esa mañana. No podía soportar ver la decepción en sus ojos.

—No, claro —le dijo. Se llevó su mano a los labios y le besó los nudillos—. Todavía tengo que terminar tu vestido de tarde.

* * *

Evelyn cabalgaba por la pista de Rotten Row con *Hefesto* y en compañía de sus tres amigas. El viejo semental de Anne, *Azafrán*, iba un poco más lento y a veces se quedaba atrás. Stella se adelantaba de vez en cuando con *Locket*. Y Julia avanzaba a paso constante sobre *Cossack*, pues el ánimo del enorme castrado no decaía nunca.

Ya eran las cinco y media y la alta sociedad londinense se había echado a la calle. Por el parque se veía a muchas damas montando sus carísimos caballos, caballeros conduciendo estilosas calesas deportivas y adineradas viudas paseando en carruajes abiertos.

Evelyn y sus tres amigas cabalgaron hasta que se alejaron de la zona más bulliciosa del parque antes de aminorar el paso y trotar un rato para terminar al paso. Sus mozos las seguían a unos metros de distancia.

—Lo necesitaba —reconoció Anne—. Llevo toda la mañana encerrada con mamá y sus amigos espiritistas.

—¿Más preparativos para la reunión con el chico vidente? —preguntó Stella.

—Son interminables —se lamentó la hija de la condesa.

—Nunca he estado en West Midlans —dijo Evelyn—. Será toda una aventura.

Anne la miró divertida.

—Yo no diría tanto. Probablemente lo pasemos mejor durante el viaje que en la propia ciudad.

—¿Dónde os alojaréis? —preguntó Stella—. ¿Con la familia del muchacho?

—No, de ninguna forma. Hemos reservado dos noches de hotel. —Anne se alisó la tela del traje—. La reunión se celebrará en casa del vidente. Mamá dice que allí es donde mejor se comunica con su guía espiritual.

—¿Él también tiene un espíritu familiar? —Evelyn había imaginado que lady Arundell era la única que gozaba de ese privilegio.

—Ya lo creo —repuso Anne—. Muchos videntes tienen uno. Está muy de moda.

—No según mi hermano —replicó Stella—. Él piensa que el espiritismo es cosa del diablo y que los guías espirituales no son más que demonios que empujan a damas y caballeros a pecar.

—Ojalá fuera tan emocionante —opinó Anne—. La verdad es que Dimitri es peor que una solterona. Siempre le está dando a mi madre instrucciones nuevas acerca de mi comportamiento. Por lo menos ella dice que son cosa suya.

Julia se echó a reír contagiándolas a todas.

Dos elegantes damas que pasaron en una berlina las fulminaron con la mirada. Estaba mal visto demostrar emociones exageradas en público.

A Evelyn se le apagó la risa.

Julia se acercó a ella.

—Me gusta más venir por la mañana. Se puede montar sin censura.

—Siempre habrá alguien observando y juzgando —repuso Anne—. El secreto está en no dejar que te afecte.

Stella se inclinó hacia delante en su silla a la amazona para acariciar el plateado cuello de *Locket*.

—No todos podemos hacer caso omiso a las opiniones de la alta sociedad.

—¿Y por qué íbamos a hacer caso si son equivocadas? —se preguntó Evelyn.

Sus tres amigas intercambiaron sendas miradas cómplices. No fueron precisamente sutiles.

—Estoy de acuerdo —convino Anne—. Una se debe a su propia conciencia.

—Y a su propio corazón —añadió Julia.

—Hablando de corazones... —Stella miró a Evelyn—. ¿El señor Malik ha ido a ver a tu tío?

Ella guardó silencio. Habían pasado dos días desde que Ahmad fuera a Russell Square. Y aquel día había ido a verla a ella, no a su tío. Había percibido cierto recelo en él. No se trataba exactamente de un cambio de opinión, sino de otra cosa.

Había sido ese maldito artículo.

No le cabía ninguna duda de que Ahmad pensaba que aquello terminaría con todo. No solo con su negocio, sino también con su futuro juntos.

—Es complicado —admitió.

Julia alzó sus finísimas cejas.

—Pero... tú lo amas, ¿no?

—Claro. Por desgracia, existen otros obstáculos.

Anne la miró a los ojos.

—¿Obstáculos insalvables?

—Claro que no —repuso.

—Supongo que tendrás un plan —terció Stella—. Un plan magnífico.

—No sé si es magnífico..., pero sí. Tengo en mente los primeros pasos.

De pronto apareció el señor Fillgrave a lo lejos montando un reluciente castrado castaño.

—Oh, no —susurró Julia.

—No lo miréis —les aconsejó Anne—. Seguro que no se para si no establecemos contacto visual.

En cualquier otra ocasión, Evelyn hubiera sido la primera en seguir el consejo de su amiga, pero no era el día adecuado. Cuando el señor Fillgrave se acercó, ella lo miró directamente a los ojos.

—Oh, Evie, no —susurró Stella entre dientes—. ¿Qué haces?

—Adelantaos —les pidió a sus amigas—. Quiero hablar a solas con él.

—Supongo que forma parte de tu plan —sugirió Anne.

—Exacto.

Dio un golpecito con el pie en el costado de *Hefesto* y se acercó al señor Fillgrave mientras, a su espalda, sus tres amigas se marchaban cabalgando en dirección contraria.

—Señorita Maltravers. Buenas tardes. —Observó a *Hefesto*—. Es un animal impresionante. Me quedo asombrado cada vez que lo veo. ¿Por casualidad le hablé ya, cuando fui a verla, del semental español que encontré en el continente durante mi gran viaje por el...?

Evelyn lo soportó en silencio durante algunos minutos. Aquel hombre no solía callarse ni parar respirar. Siempre acostumbraba a

abrumar a sus conocidos con una cháchara incontenible, impenetrable como un imponente muro.

Por lo que sabía, la única forma de luchar contra aquella abrumadora técnica era construyendo un muro igual de fuerte. En algún momento, alguna de las partes tendría que rendirse y dejar de añadir ladrillos.

Y no pensaba ser ella la que cediera.

—En cuanto a eso —interrumpió—, me pregunto por la calidad de esos caballos españoles de los que habla. Y también de la diversidad de dichos animales. Casi todos son grises, ¿verdad? Y la mayoría de los sementales no superan las quince manos y media, tienen el cuello y las patas cortas. Ya sé que hay quien considera que tiene un estilo barroco, pero ¿usted cree que esas cualidades podrían beneficiar a nuestros caballos ingleses? El cruce solo serviría para acortar las piernas y añadir masa a nuestros purasangres. Y por lo que a los caballos de montar se refiere, tampoco ganaríamos ninguna de las famosas cualidades de los caballos andaluces. Esas zancadas tan delicadas y la apariencia elegante, esa belleza majestuosa. Por otra parte, si tuviera un semental como *Hefesto*...

—Sí, sí —repuso el señor Fillgrave recuperando su perorata—. Exacto. Es lo mismo que pensé desde el momento en que lo vi. Un alazán de su tamaño, con su elegante y amplia zancada...

—No existe ningún semental andaluz mejor fuera de España —aseguró ella—. Y desde luego, no hay otro con su dulce temperamento.

El señor Fillgrave se acercó con su montura. Le temblaban de pura emoción las patillas en forma de chuleta de cordero.

—¿Se plantearía usted la posibilidad de venderlo?

La mera idea, por remota que fuera, bastó para que Evelyn quisiera alejarse de aquel tipo. Asió las riendas con más fuerza. *Hefesto* pateó el suelo inquieto bajo su peso. Pero ella enseguida se hizo con el control.

—No —afirmó—. No está en venta. Pero estoy pensando en la posibilidad de cruzarlo para finales de verano.

El hombre se sonrojó.

—Señorita Maltravers. Le ruego que me disculpe, pero...

—Es lo que mi padre deseaba para él.

—Su padre era un caballero. Es decir, un hombre. Una dama no debería hablar de...

—¿De la posibilidad de hacer criar a su caballo? ¿Por qué no? La reina tiene un establo especial para sus sementales. Estoy segura de que sabe muy bien lo que sucede allí dentro. Y tampoco estoy diciendo que fuera a encargarme yo personalmente de todo el proceso.

El señor Fillgrave dejó escapar un ruidito de asombro.

—Mi mozo se encargaría de eso, claro —añadió la joven—. Sin

embargo, todo lo que se refiere a la parte económica sería cosa mía.

—Si me permite decírselo, señora, esto es cosa de hombres. Usted es una jovencita. Una soltera.

—Pero no soy ninguna ignorante.

A Evelyn le hubiera gustado sentirse tan segura como parecía.

La realidad era que el señor Fillgrave tenía razón hasta cierto punto. Tal y como estaban las cosas, la familia Maltravers ya estaba en la cuerda floja en los círculos sociales. Y ella no iba a ayudar precisamente embarcándose en una excentricidad como esa. Antes jamás lo hubiera considerado siquiera.

Pero las cosas habían cambiado.

Ya no buscaba la aceptación de la alta sociedad. Estaba luchando por amor. Por su futuro.

—Entiendo que está interesado, ¿verdad? Ha mencionado sus yeguas españolas en más de una ocasión.

—Desde luego. Sí. No puedo negarlo. —El hombre cabalgaba junto a ella por la pista con la cara tan roja como un tomate de Sussex—. ¿Tiene algún precio en mente?

A Evelyn le sudaban las manos dentro de los guantes.

—La verdad es que sí.

Capítulo 34

Ahmad terminó el vestido de Evelyn para la reunión espiritista de la semana siguiente. Después de rematar las últimas puntadas del dobladillo y colocar el último botón de seda en el corsé, se lo llevó personalmente a Russel Square.

No tenía mucho más que hacer.

Desde la publicación del artículo, los pedidos se habían reducido a la mitad. Además, le habían cancelado algunos encargos.

No hacía falta ser miembro de un club ocultista para intuir el rumbo que estaba tomando todo aquello.

Se preparó mentalmente mientras seguía al ama de llaves hasta el comedor de día. Evelyn ya estaba allí. Aguardaba sentada ante el secreter de madera de nogal de la esquina escribiendo una carta. La punta de la pluma temblaba mientras ella garabateaba sobre el papel.

—El señor Malik, señorita —anunció el ama de llaves.

Levantó la cabeza sobresaltada. Su expresión se relajó enseguida.

—Gracias, señora Quick. Puede retirarse.

El ama de llaves se marchó dejándolos a solas.

Ella cruzó la estancia para saludarlo tendiéndole la mano.

Él se la estrechó engulléndola con la suya.

—¿A quién escribes?

—A mi tía Nora —le dijo—. Después de tantos días de silencio, le debo una carta bien larga.

—¿Normalmente le escribes cada día?

—Lo intento. Y también a mis hermanas pequeñas. A ellas les encanta recibir correo. —Le soltó la mano para poder recoger la caja del vestido—. No tenías por qué traerlo en persona.

—Tenía tiempo.

Se avergonzó de su respuesta. No era precisamente el trabajo lo que lo había mantenido alejado de Evelyn aquellos últimos días. Era la seguridad del desastre inminente. Sabía que la siguiente vez que se vieran tendrían que hablar del futuro.

Si es que todavía tenían un futuro sobre el que hablar.

—Y ahora que has terminado mi vestido, tendrás todavía más. —La esperanza le iluminó el rostro—. ¿Piensas ir a Sussex esta semana?

La contempló de cerca con una sensación de angustia en el pecho.

No sabía qué decir. No se le ocurría nada que no fuera a poner fin a su relación antes de estar preparado.

—No tienes por qué hacerlo solo —añadió ella—. Tengo intención de acompañarte.

Se sorprendió.

—¿Cuándo?

—El día después de la reunión espiritista. —Dejó la caja del vestido encima de una silla—. Debería habértelo dicho. Lewis se va a llevar a *Hefesto* de vuelta a Combe Regis esta semana. Y quiero estar allí cuando llegue.

Ahmad se acercó a ella enseguida.

—¿Ha ocurrido algo? No estará enfermo o...

—No, no —se apresuró a responder—. No es por eso. Se trata de otra cosa. Una decisión de negocios que he tomado hace poco.

La miró cada vez más asombrado mientras ella le contaba su intención de hacer criar a su semental.

—¿En qué estabas pensando? —le preguntó cuando ella terminó de hablar.

—Pienso en nuestro futuro —le aseguró—. Intento ser pragmática.

Él no se lo podía creer.

—Un día me dijiste que encargarte de esas cosas dejaría en mal lugar a tu familia.

—Sí —admitió ella un tanto reticente—. Pero solo según el criterio de la alta sociedad.

—El criterio de la alta sociedad es el único que importa.

—Ah, ¿sí? ¿Todas esas normas que dicen a las mujeres cómo pensar y cómo comportarse, que limitan nuestra vida a los confines de ciertos barrios y a la aprobación de ciertas personas? Se supone que debemos fingir que no existe otro mundo. Que no existen mayores preocupaciones más allá de si una dama se sube al ómnibus sin carabina o si olvida los guantes cuando sale a visitar a alguien por la tarde.

Ahmad comprendía su frustración. Pero eso no cambiaba la precariedad a su situación.

—Tienes razón —admitió—. Pero tu buen nombre vale más que un argumento filosófico. Es posible que las normas sean cuestionables, pero...

—Más bien injustas. Y también hipócritas si tenemos en cuenta la clase de cosas que suelen hacer muchos caballeros ingleses. Eso tienes que reconocerlo.

Ahmad suspiró. Lo que ella estaba diciendo no le resultaba desconocido. Él también debía enfrentarse a esas injusticias cada día.

—Claro que lo reconozco —admitió—, pero eso no lo es todo en la vida. Las normas siguen siendo importantes. La reputación importa, en especial para una joven como tú.

Evelyn lo miró irritada.

—Últimamente tengo la sensación de que a las mujeres nos lanzan a un mar embravecido y se nos prohíbe demostrar que sabemos nadar. Pero yo sí sé nadar, y no soy demasiado frágil como para hacerlo. Ya no. Me niego a creer que es más respetable ahogarse que salvar el pellejo.

—Evelyn...

—Además —añadió—, mirado desde un punto de vista racional, yo no he hecho nada para ensombrecer mi reputación. Hacer criar a *Hefesto* es una decisión sensata. Incluso podría considerarse que no sacar el máximo provecho de su linaje es un pecado mortal. Por no mencionar el aspecto económico. Si se gestiona debidamente, la suma que obtenga podría servir para pagar su mantenimiento y todavía sobraría una buena cantidad.

Ahmad había crecido en Londres. Los caballos de monta eran un lujo. Él no sabía mucho sobre sus cuidados y mucho menos sobre el dinero necesario para su mantenimiento.

—Sea la cantidad que sea, nunca será suficiente para justificar que pongas en peligro tu buen nombre.

—Quince libras.

—¿Quince libras?

Era casi lo mismo que Ahmad cobraba por uno de sus vestidos. La diferencia era que él no se quedaba con todo el dinero. Él debía deducir el elevado coste de las telas y los adornos.

—¿Te parece mucho? Te aseguro que no lo es. En realidad, he rebajado la tarifa a diez libras durante el primer año, como incentivo. A mí me parece una ganga. Solo hay que echar un vistazo a las noticias de deportes. Se anuncian sementales por cantidades parecidas. Y si tenemos en cuenta que tengo el mejor caballo del mundo...

—Evie... ¿y donde encontrarás a alguien en su sano juicio dispuesto a pagarte esa suma?

—Ya hay muchos caballeros —dijo—. Lewis ya tiene cinco reservas, incluyendo las yeguas españolas del señor Fillgrave.

Ahmad se la quedó mirando asombrado. ¿Cinco reservas? Eso eran cincuenta libras.

De pronto tuvo ganas de echarse a reír.

Pero se desvanecieron ante un sentimiento mucho más triste.

Sabía por qué estaba haciendo todo aquello. Porque su negocio estaba al borde de la quiebra. Y estaba tratando de aliviar parte de la

carga.

Dios, cuánto la admiraba por ello.

Y al mismo tiempo odiaba que ella se viera obligada siquiera a pensar en esas cosas. Un hombre debía cuidar de la mujer que amaba. No aceptaba su dinero. Y no permitía que ella arriesgara su buen nombre por él.

—Por eso tengo que regresar una temporada a Combe Regis —dijo —. Quiero asegurarme de que *Hefesto* se adapta bien, además de ver a mis hermanas. Sería la oportunidad perfecta para que conocieras a mi tía.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

—Unos días.

—¿Solo?

Ella frunció el ceño confundida.

—¿Me estás sugiriendo que me quede más tiempo?

La semana anterior, cuando se habían separado en los jardines Cremorne, Ahmad no hubiera imaginado proponerle nada parecido. Pero su vida había cambiado drásticamente desde entonces. De pronto ya no estaba seguro de nada.

—Pues sí —afirmó.

* * *

Evelyn se quedó mirándolo fijamente. Sus palabras se contradecían tanto con sus atentos modales que no sabía cómo tomárselas.

—¿Qué significa esto? —le preguntó en voz baja—. ¿Qué estás intentando decirme?

—Solo que me pregunto si, dadas las circunstancias, no sería mejor que nos separásemos durante un tiempo.

A ella se le cortó la respiración.

—¿Qué circunstancias? —De pronto se le ocurrió algo espantoso—. No te habré escandalizado con mis planes para *Hefesto*, ¿verdad?

—No, no tiene nada que ver con eso. Es por mi situación.

Evelyn lo miró a los ojos.

—¿Es por ese absurdo artículo del periódico?

—En parte. —Se acercó a la ventana dándole la espalda. Se le adivinaban los hombros tensos bajo la ropa—. Últimamente me he visto obligado a ser más realista.

Evelyn no se movía. No podía. Se quedó allí plantada esperando a que él le contara.

Cuando Ahmad volvió a hablar dio la impresión de que su argumentación estaba tan dirigida a sí mismo como a ella.

—Un modisto no tiene por qué ser famoso para casarse. Hasta un sastre moderadamente conocido puede mantener una esposa. Pero si el negocio quiebra por completo...

—No será tu caso —aseguró ella.

—Pero si ocurriera... —Se dio la vuelta y la miró, aunque le resultaba doloroso hacerlo—. No pienso permitir que te ates a mí justo cuando me voy a la ruina.

Ella sintió una oleada de compasión por él. Dios, ¿eso era lo que temía?

—Ya entiendo.

Y era cierto.

Pero eso no significaba que estuviera de acuerdo con él.

Dio unos pasos silenciosos por la alfombra de la sala de estar hasta llegar a él.

—¿Y qué vamos a ganar separándonos durante un tiempo?

—Tendrás la oportunidad de pensar en algunas cosas.

Le parecía una idea siniestra.

—Y con esas «cosas» supongo que te refieres a nosotros.

—A nosotros. A nuestro futuro. Como quieras llamarlo.

—¿Y no puedo pensar en nuestro futuro estando en Londres?

—No como es debido. En Sussex estarás lejos de mi influencia y de esta maldita atracción que sentimos el uno por el otro. Podrás valorar tus sentimientos con claridad. Si cambiaran...

—No cambiarán.

—Pero si ocurriera...

—¿Y qué hay de tus sentimientos?

Él apretó los dientes.

—Mis sentimientos no cambiarán. Yo estoy ligado a ti. Pero tú serás libre. Si dentro de un mes sigues comprometida con este...

—¡Un mes! —Ella lo miró parpadeando—. Podría consentir en quedarme allí dos semanas. Pero no pienso pasar un mes sola en Combe Regis por si hubiera una pequeña posibilidad de que deje de quererte. No soy tan voluble.

Ahmad se pegó a ella.

—Y yo no soy un sinvergüenza que empujaría a una joven dama a casarse conmigo en contra de sus intereses.

—Das por hecho que yo no sé lo que quiero.

—Eres joven.

Ella alzó la barbilla.

—Tengo veintitrés años.

—Sí. Joven. Todo esto es nuevo para ti. Y tú no deseabas nada de todo esto cuando viniste aquí. ¿Tan descabellado es que te pida que te tomes un tiempo para pensar? —Posó la enorme mano sobre su cintura encorsetada. La delicadeza del contacto atemperó sus palabras. Tiró de ella hasta que su falda se le pegó a las piernas—. Estoy intentando hacer lo más honorable, Evie.

Ella lo sabía. Sus motivos eran nobles.

No se preocupaba solo por su negocio. Tenía miedo de estar aprovechándose de ella. De la cercanía que había hecho que ella lo amara. Todas esas sesiones de pruebas en Doyle y Heppenstall. La sensual confianza que habían compartido mientras él le probaba trajes, vestidos de día y de baile...

Muchas jovencitas hubieran caído a sus pies viviendo tales intimidades.

A Evelyn le había ocurrido. Pero no había sido solo eso. Había algo más. Respeto. Admiración. Amistad y apoyo mutuo. Ambos habían creído en el otro casi desde el principio.

—Ya lo sé —repuso—. Por eso lo haré.

Él se sintió visiblemente aliviado.

—¿De verdad?

—Sí. —Le puso las manos en el pecho—. Pero dentro de dos semanas... te estaré esperando en Sussex.

Capítulo 35

La pequeña casa de ladrillo de Birmingham no era nada extraordinaria. Estaba construida junto a otras idénticas alrededor de un patio comunitario. Evelyn aguardaba con Anne en la modesta sala de estar. Las gruesas cortinas completamente cerradas bloqueaban la apagada luz del sol del atardecer. Las paredes, forradas en un descolorido papel azul, parecían prácticamente negras bajo el tenue brillo de la lámpara de latón que colgaba sobre la espaciosa mesa redonda.

Al otro lado de la estancia, el tío Harris, lady Arundell y seis personas más ataviadas de negro conversaban en voz baja. Entre ellos se encontraba Robert James Lees, el chico de Birmingham que últimamente había armado tanto alboroto en los círculos ocultistas.

Evelyn no le veía nada extraordinario. Parecía un muchacho de doce o trece años cualquiera, aunque vestía su elegante ropa de los domingos, un sencillo traje negro. Era moreno y llevaba el pelo muy repeinado con una generosa aplicación de aceite de Macasar.

Aguardaba frente a un robusto aparador de madera de caoba acompañado de un caballero. Evelyn supuso que no se trataba de su padre, sino de su representante espiritual.

Anne observaba al chico con cierta decepción.

Evelyn no se lo reprochaba. Después de un larguísimo viaje hacia el interior y de pasar una noche en un ruidoso e incomodísimo hotel de Birmingham, el primer encuentro con el venerado muchacho había resultado bastante decepcionante.

—Tiene granos —observó la hija de la condesa entre dientes.

—Solo es un niño —dijo Evelyn—. Me preguntó si sabrá lo que hace.

—Seguro que sí —repuso su amiga con cinismo—, de un modo u otro.

—Anne. Señorita Maltravers. —Lady Arundell les pidió que se acercaran—. Venid a conocer al señor Lees.

Las dos jóvenes se unieron al grupo de ocultistas. La condesa les presentó primero al chico y después a todos los demás. Estaba la señora Inkpen, una anciana que lucía varios collares de cristalitos negros, y el señor Vance, un tipo bajo con un bigote diabólico. A su

lado se encontraba una elegante dama rubia llamada señora Brown, y dos caballeros con patillas de mediana edad, Popplewell y Burns.

El señor Burns era editor de una publicación ocultista.

—Yo tomaré notas para mi próximo artículo. Mis lectores están fascinados con sus talentos, señor Lees.

El muchacho no dijo una sola palabra. Parecía bastante estoico para ser un adolescente.

—Pronto descubrirá que la presencia de la señorita Maltravers es beneficiosa para su trabajo —le advirtió lady Arundell—. El propio Zadkiel dijo que era una persona con una energía importante.

El resto de los presentes murmuraron, aprobando la presencia de Evelyn.

—¿Es usted vidente, señora? —le preguntó el señor Popplewell.

Ella enseguida le quitó la idea.

—Yo no tengo ningún talento especial en ese sentido.

—¿Y usted? —le preguntó entonces a Anne.

—Yo soy una mera observadora.

La señora Brown sonrió. Su expresión desprendía cierta ironía.

—Como nos ocurre a todos ante tal talento.

El señor Popplewell señaló la mesa cubierta por un mantel.

—¿Empezamos?

Tomaron asiento. Mientras se quitaban los guantes, el señor Popplewell encendió las velas y bajó la potencia del quinqué. Cuando terminó se sentó junto al joven vidente.

No había ninguna bola de cristal. Tampoco cartas ni otros útiles de adivinación. Solo velas, algunas hojas de papel y un lápiz.

—Agárrense de las manos, por favor —pidió el señor Popplewell.

Evelyn alargó las manos hacia sus vecinos. Tenía a Anne a la derecha y a la señora Brown a la izquierda. Observó al señor Lees en busca de pistas de posibles engaños. Su corta edad no le impedía recelar también de ella. Según su experiencia, los niños no eran unos completos ingenuos. Muchos eran tan capaces de engañar como cualquier adulto.

¿El famoso vidente sería esa clase de niño?

No dio prueba alguna de malicia o fraude. Estaba sentado en la silla, con la espalda muy recta, los ojos cerrados y la boca apretada.

La señora Brown lo miraba con la misma intensidad que Evelyn.

—Debe prepararse —comentó el señor Popplewell.

Se hizo el silencio en la estancia. Las llamas de las velas parpadeaban y crepitaban. De pronto, se oyó un golpe seco.

Evelyn se sobresaltó. Miró a Anne alzando las cejas asombrada.

Su amiga le dedicó una sonrisa tranquilizadora y susurró:

—Suele ocurrir durante las reuniones ocultistas.

—Silencio —siseó la señora Inkpen.

—Guarden silencio, señoras —insistió el señor Popplewell—. Debemos concentrarnos.

—El velo es fino esta noche —dijo el señor Lees finalmente, con los ojos todavía cerrados—. Intentaré adentrarme en el éter para encontrar a mi guía espiritual.

Anne estrechó la mano de Evelyn.

Ella se mordió la lengua. No quería reírse. Aquello era serio, quizá no para Anne, pero sí para su madre y para el tío Harris. Los dos estaban inclinados hacia delante arrobados por la actuación del señor Lees.

La respiración del chico se intensificó. Se le movían los labios. De pronto, empezó a balancearse. Luego se enderezó como una vara. Abrió la boca y suspiró.

—¿A quién buscas? —preguntó. Pero no era su voz. Era la voz de alguien mayor, con un evidente acento escocés.

—Es un hombre de las Tierras Altas —murmuró el señor Vance—. Increíble.

—Nos gustaría hablar con el difunto príncipe consorte —respondió el señor Popplewell en voz alta—. ¿Se encuentra con usted, señor?

—El príncipe Alberto está aquí —afirmó el muchacho con el mismo acento escocés—. Aguarda sus preguntas.

Popplewell se dirigió al resto de la mesa.

—Uno a uno, por favor. No puedo prometerles cuánto durará el trance.

Evelyn no había pensado en nada que preguntar, cosa que resultó de lo más conveniente. Tampoco tuvo oportunidad de hacerlo. Durante los siguientes cinco minutos, el resto de los asistentes acribillaron con preguntas al señor Lee, querían saber qué opinaba el príncipe Alberto sobre la otra vida o su opinión sobre algunos asuntos de Estado.

Solo se contuvo la señora Brown. Ella no dejaba de mirar al señor Lees.

—Yo tengo una pregunta —intervino finalmente con tono suave desde la penumbra.

—¿Quién es? —preguntó el señor Lee—. ¿Es usted, lady Seymour?

La condesa y el tío Harris se volvieron de golpe a mirar a la mujer.

Ella permanecía impertérrita.

—Sí, soy yo.

Lady Arundell emitió un sonido de asombro.

—Por todos los santos. ¡Una de las damas de compañía de la reina!

A Evelyn se le aceleró el pulso. Intercambió una asombrada mirada con Anne. ¡La reina había mandado una representante secreta! ¡Y el señor vidente la había identificado!

El tío Harris era incapaz de ocultar su emoción.

—Esto significa que su majestad cre...

—Silencio, por favor —repitió el señor Popplewell—. El señor Lees no podrá mantener la conexión con tantas distracciones del mundo de los mortales.

—¿Cuál es su pregunta, lady Seymour? —preguntó el chico.

La señora Brown carraspeó.

—Su majestad quiere un nombre.

—¿Qué nombre? —dijo el señor Lee.

—El nombre secreto que el príncipe consorte utilizaba para dirigirse a ella cuando le escribía. Quisiera que lo anotara en un papelito para que su majestad pudiera comprobarlo en persona.

El señor Lees se quedó de piedra. Se estremeció y, finalmente, se encorvó en la silla.

—Debemos romper el círculo —anunció el señor Popplewell—. El espíritu se ha marchado.

El señor Popplewell soltó al señor Lee y le tendió el lápiz y el papel.

El chico se levantó y anotó algo. Cuando terminó, dobló el papel por la mitad y se lo entregó al señor Popplewell, que se lo dio a lady Seymour.

Ella lo metió en su bolsito de seda negro sin leerlo. A continuación, lo cerró bien.

—Muchas gracias.

Todos los ocupantes de la mesa se quedaron mirando a la mujer esperando algo. Una proclama real, tal vez. Algún mandato procedente de la reina.

Pero cuando volvió a hablar, lo que dijo no tenía nada que ver con la realeza.

—¿Hay algún sitio donde pueda ir a lavarme las manos?

—Por supuesto, milady —respondió el señor Popplewell—. En la parte de atrás de la casa. Yo mismo puedo enseñarle...

—La señorita Maltravers puede acompañarme. —Se levantó de la silla—. Si es tan amable.

—Claro, por supuesto.

Evelyn se levantó para seguirla, consciente de que todo el mundo la estaba mirando.

—Una nunca debe pasearse sola por estos sitios —le dijo lady Seymour—. Y menos acompañada de un caballero desconocido.

—No, claro —convino la joven.

La enviada de la reina encabezaba la marcha pasando por una sala de estar oscura y repleta de robustos muebles de madera. Cuando cruzaron el vestíbulo, apareció una joven doncella con un vestido de servicio demasiado ancho. Les hizo una reverencia.

—¿El cuarto de aseo? —preguntó lady Seymour.

—Por aquí, señora. —La doncella las acompañó hasta una pequeña

estancia junto a la cocina que disponía de una jofaina, una bañera y poco más—. Todo lo necesario está fuera.

—Con esto bastará. —Lady Seymour le dio permiso a la joven para que se retirara, se acercó a la jofaina y abrió el grifo. El agua empezó a caer a trompicones—. ¿Esta era su primera reunión ocultista, señorita Maltravers?

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Evelyn.

—Porque me estaba apretando la mano con bastante fuerza.

La joven sonrió con cierta vergüenza. Le había costado un poco mantener la compostura.

—Los contoneos del señor Lees me han asustado un poco.

—¿Cree de verdad que tiene un don? —preguntó la dama mientras se lavaba las manos.

—No soy muy creyente —repuso Evelyn—. Pero lo cierto es que la ha identificado.

—Eso podría haberlo hecho cualquiera. Me alojo en una pensión de aquí al lado. No se puede ir completamente de incógnito cuando se viaja con servicio.

—¿Y qué me dice de su pregunta? Parece haberla contestado.

—Lo ha hecho. Y, sin embargo, el príncipe consorte no llamaba a la reina por ningún nombre secreto.

Evelyn esbozó una gran sonrisa.

—¿Lo ha engañado?

Lady Seymour también sonrió satisfecha.

—Lo he puesto a prueba.

—¿Y ahora? ¿Lo considera usted un fraude?

—Eso no debo decidirlo yo —reconoció la dama—. Lo dejaremos al buen juicio de su majestad.

—¿No tiene curiosidad por saber qué ha escrito?

—En absoluto.

Evelyn se alisó la falda mientras esperaba a que lady Seymour terminara de refrescarse. Su gesto llamó la atención de la dama. Después de secarse las manos, se acercó a ella para inspeccionar su vestido.

—Me he fijado en su vestido en cuanto ha llegado usted acompañada de lady Arundell —reconoció—. Es una creación asombrosa.

No podía estar más de acuerdo.

Era un vestido de tarde hecho con una ligera tela francesa labrada en negro sobre una capa de seda negra, y el corte y la confección eran sencillamente perfectos. La prenda no solo conseguía realzar las curvas de Evelyn, las reverenciaba, proyectando la ilusión del reloj de arena perfecto.

La voluminosa falda descendía desde un ceñido corsé, las mangas

largas se le ajustaban perfectamente a los brazos y una hilera de delicados botones forrados en seda recorría toda la espalda.

No llevaba muchos adornos, salvo por la pequeña tira de encaje negro plisado del dobladillo, y, sin embargo, la prenda no se veía simple en absoluto. Al contrario. Era una obra maestra creada a base de puntos, pinzas y costuras.

—Debe de haber visitado Francia recientemente —observó la mujer.

—En absoluto. Yo no he salido de Inglaterra en mi vida.

—¿El vestido está hecho aquí? —Alzó las cejas—. Me deja usted de piedra.

—Lo ha diseñado un caballero de Londres. Un modisto brillante.

—Sin duda. Jamás había visto un vestido que ensalzara tanto la figura de una dama respetando la dignidad del luto. ¿Me permite?

—Claro.

Lady Seymour alargó la mano hacia la falda de Evelyn.

—En estos momentos estamos todos de luto. La corte entera. Y puede resultar muy deprimente. Lo único que vemos durante todo el día es crepé y más crepé. —Examinó las mangas y el corsé de Evelyn —. Tiene que decirme el nombre de su modisto.

—Claro. —Sonrió para sus adentros mientras echaba mano de su bolsito—. Precisamente llevo aquí su tarjeta.

* * *

Se marcharon de Birmingham la mañana siguiente. Cuando llegaron a la estación de Londres, Evelyn tuvo que cambiar de tren para continuar con su viaje hacia Sussex. Su tío esperó mientras ella se despedía de Anne con un abrazo.

—Solo son dos semanas —dijo Evelyn. El sonido de un silbato casi ahoga su voz, que apenas sonó por encima del siseo del vapor y el desagradable chirrido metálico que provocó el nuevo tren que entraba en la estación.

—Sí, lo sé —repuso Anne subiendo un poco la voz—. Estarás de vuelta antes de que te des cuenta. Entretanto, prométeme que me escribirás.

—Claro —le aseguró ella.

Los pasajeros empezaron a bajarse del tren recién llegado. Pasaban a toda prisa a su lado, algunos de ellos voceando a los mozos y otros llamando a los familiares que esperaban en los andenes. Todo el mundo parecía tener mucha prisa.

—Fielding —dijo lady Arundell—, ¿es que no tienes ninguna doncella que pueda acompañar a la chica?

—Se lo agradezco, milady —intervino Evelyn—, pero no necesito acompañante. Ya tengo mucha experiencia viajando en tren.

Evelyn había hecho sola el viaje de Sussex a Londres. No le costaría mucho más hacerlo de vuelta.

El tío Harris llamó a un mozo para que subiera el equipaje de Evelyn al vagón de carga.

—Demasiado esfuerzo para que estés de regreso dentro de dos semanas —refunfuñó mientras la acompañaba hasta el andén correspondiente.

Ella lo agarró del brazo mientras caminaba a su lado por entre las nubes de humo y vapor.

—Lamento los inconvenientes.

Él le dio una palmadita en la mano.

—No puedo decir que no haya compensaciones. Por lo de la amplificación espiritual y esas cosas. Pero un hombre de mi edad ya está acostumbrado a vivir con paz y tranquilidad.

—Sí, ya lo sé. Me temo que mi presencia en casa ha alterado mucho las cosas.

—Sin duda. Aunque me hago responsable de lo que ocurrió en Cremorne, cuando vengan las otras preferiré que las acompañe Nora.

Evelyn lo miró con el ceño fruncido. No le estaba prestando demasiada atención. Quizá no le hubiera entendido bien.

—¿Qué otras?

—La siguiente joven. ¿Cómo se llama? ¿Augusta? Y después la otra. No recuerdo sus nombres.

—Caroline, Elizabeth e Isobel. —Se quedó mirándolo—. Lo siento. ¿Estás diciendo que vas a permitir que cada una de mis hermanas vaya a tu casa a pasar una temporada?

El tío Harris nunca se había comprometido a nada de eso. Era demasiado excéntrico. Demasiado contrario a alterar su forma de vida. La había acogido a ella de mala gana. Nunca se le había ocurrido suponer siquiera que hiciera nada más.

—No me parece un gasto tan elevado, siempre que Nora se ocupe de que no se metan en líos. —La miró con el ceño fruncido—. Es una lástima que no viniera contigo.

Evelyn sonrió. Presa del impulso, se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

—Preocupándote de los vivos —dijo—. Me parece estupendo.

Capítulo 36

Cuando era una niña, los veranos de Evelyn en Combe Regis eran tranquilos y largos, interminables, parecían no acabar nunca, y ella pasaba los días cabalgando bajo el cielo soleado por los senderos bordeados de árboles o paseando en compañía de sus hermanas. Sin embargo, en ese momento tenía la sensación de que el tiempo transcurría de forma muy distinta.

Para empezar, la primera semana pasó con desacostumbrada rapidez. Y la posterior también se esfumó en un abrir y cerrar de ojos.

Antes de que se diera cuenta, habían trascurrido quince días sin noticias de Ahmad. Ni cartas. Ni telegramas. Ni había aparecido allí por sorpresa para pedir su mano.

Apretó las riendas con fuerza al tiempo que hacía presión sobre la silla de montar para hacer frenar a *Hefesto* en lo alto de la colina. El pueblo de Combe Regis se extendía a sus pies y, desde allí, divisaba los tejados de paja y las chimeneas de piedra mientras aquellas humildes gentes de campo se afanaban en sus tareas diarias.

Contempló el luminoso paisaje entornando los ojos a la luz del sol de mediodía.

Ahmad no había prometido que fuera a escribir. Su intención era darle tiempo a ella para que se alejara de su influjo. Y, sin embargo, ella había esperado... algo.

En los peores momentos, había empezado a pensar que aquel vestido de tarde negro que le había hecho había sido su regalo de despedida. Un vestido que eclipsaba todos los demás, tan elocuente en belleza como en sutileza. Un vestido de luto que significaba el fin de su romance.

Era un caballero honorable que recelaba de la posibilidad de apartarla del lugar que ella ocupaba en el orden de las cosas. Y si además a él no le iba bien el negocio...

Bueno.

Sabía lo que podría pensar. Lo que podría hacer.

Le dio media vuelta a *Hefesto* y apretó la pierna para que el animal empezara a avanzar al trote y, al poco, siguiera a medio galope. La falda de su traje verde flotaba a su espalda mientras ella guiaba al animal por el camino de vuelta a casa.

Cuando llegó a los establos estaba sudando y se le habían escapado varios mechones de pelo de la redecilla; los tenía sueltos a ambos lados de la cara.

Lewis salió enseguida del viejo establo de madera.

—¿Te encargas tú? —le preguntó inclinándose para pasar la pierna por encima del pomo de la silla a la amazona.

Y entonces se quedó de piedra.

Ahmad apareció justo por detrás de Lewis. Iba en mangas de camisa y llevaba la levita colgada del hombro por el calor.

A Evelyn se le encogió el corazón.

Solo habían pasado dos semanas. No había olvidado lo apuesto que era. Ni tampoco que verlo la estremecía de pies a cabeza. Pero los recuerdos no hacían justicia a aquellas sensaciones. Y al experimentarlas en ese momento, se preguntó si sería capaz de desmontar sin ponerse en ridículo.

Aunque no tuvo que preocuparse de eso.

Ahmad dejó la levita y se acercó a ayudarla. Alargó las manos para estrecharle la cintura.

—Permíteme.

Al tocarla le provocó un pequeño terremoto por dentro. Cuando la levantó de la silla y la dejó sana y salva en el suelo, recordó lo despeinada que estaba.

Pero si él se había dado cuenta, no pareció importarte. Examinó su rostro a conciencia como si la hubiera añorado tanto como ella a él.

—Has venido —susurró Evelyn.

—Como prometí.

Le soltó la cintura, pero no se apartó de ella. Se quedó allí, lo bastante cerca como para poder tocarla, mientras Lewis tomaba las riendas de *Hefesto* y se lo llevaba al establo.

—¿Acabas de llegar de la estación? Seguro que te apetece refrescarte. —Se dio media vuelta—. Te acompañaré a la casa.

Él la agarró de la muñeca con delicadeza.

—Ya he estado en la casa.

A Evelyn se le cortó la respiración.

—¿Has visto a la tía Nora?

—Y también he conocido a tus hermanas pequeñas. Me han dado té y bizcocho de semillas. —Esbozó una sonrisita—. Parece que lo saben todo sobre mí.

Ella empezó a sonrojarse.

—Es posible que te haya mencionado.

La miraba fijamente con emoción en los ojos.

—Tu tía me ha dicho que hay una arboleda al otro lado del jardín. Un lugar donde podremos estar a solas. ¿Damos un paseo hasta allí?

Asintió un tanto aturdida.

«Santo cielo. Por Dios y por todos los santos».

Había llegado el momento. Iba a ocurrir de verdad.

Se apartó el pelo de la cara con la mano temblorosa. Le hubiera gustado haberse arreglado un poco, haberse puesto un bonito vestido de verano y echarse algunas gotas de perfume de flor de naranjo detrás de las orejas.

Pero seguía con el traje de montar, en ese momento arrugado, y probablemente olería a caballo.

Aunque también era el traje de montar de Ahmad. El primero que le había hecho.

Pensó que era el adecuado.

Se alejaron juntos de los establos. Un camino bordeado por toda clase de altísimas hierbas serpenteaba hasta los confines de la propiedad.

—Supongo que habrás estado muy ocupada con tu nueva iniciativa empresarial.

Evelyn se posó sobre el brazo la larga falda del traje.

—¿Mi tía ya te ha contado lo que ha ocurrido?

—Ni una sola palabra —reconoció—. Se ha ruborizado en cuanto he mencionado el asunto.

Pobre tía Nora. Ella no estaba nada cómoda con todo aquello de hacer criar a *Hefesto*. El negocio resultaba un poco impactante para una casa llena de mujeres solteras. Sin embargo, Evelyn se sentía orgullosa de haberlo sacado adelante.

—Hemos recibido cinco reservas más. Un total de diez.

—Impresionante.

—Yo también lo pienso. —Significaba que el animal podría pagarse su mantenimiento. Y que ya no sería una carga ni para la tía Nora ni para el futuro marido de Evelyn.

Ahmad abrió una portezuela de madera torcida y esperó a que ella pasara primero.

—Yo también tengo noticias.

—¿Buenas noticias?

Cerró la puerta a su espalda.

—Bastante buenas. —Siguieron paseando por el camino—. Y debo darte las gracias.

—¿Y qué tengo que ver yo?

—Mucho. Hace diez días, vino una dama a Doyle y Heppenstall. Era muy elegante y quería encargar un vestido de luto.

Evelyn lo miró esperanzada.

—¿Lady Seymour?

—Me la mandaste tú.

—Le di tu tarjeta. Pero no sabía...

—¿No lo sabías?

—Tenía la esperanza de que fuera —admitió—. ¿Le hiciste un vestido?

—Le hice dos. —La miró con cierta ironía—. Pero esa no es la buena noticia.

—¿Ha pasado algo más?

Llegaron a la arboleda, poblada de viejos robles; sus ramas entrelazadas formaban un dosel vegetal bajo el que protegerse del sol.

—Sí. Poco después de que entregásemos el pedido de lady Seymour, apareció un lacayo ataviado con la librea real. Traía una citación de palacio.

Evelyn se quedó de piedra. Lo miró asombrada.

—¿Para que hicieras las prendas de luto de la reina?

Él la miró con cariño.

—Tal vez algún día. De momento solamente serán las de algunos miembros de la corte.

—¡Solamente! —repitió ella. Después sonrió; se sentía tan orgullosa de él que tenía la impresión de que podría llegar a explotar—. Oh, Ahmad.

—Por lo visto tengo mucho talento para diseñar ropa de luto. Dicen que mis diseños son hermosos sin necesidad de ser ostentosos.

—Como tus trajes de montar.

—Ah, ¿sí? ¿Sabes qué significa todo esto?

Ella lo miró muy contenta.

—¿Que un día tendrás la Orden Real en la puerta de tu tienda?

La Orden Real de Nombramiento era una marca de reconocimiento muy codiciada. Implicaba que un comerciante se había ganado el derecho a suministrar sus productos a la corte. Y aquellos que recibían ese honor exhibían el sello con orgullo en la puerta de su establecimiento.

—Es posible. —No parecía muy interesado por la posibilidad. Estaba completamente concentrado en ella—. ¿Y sabes qué más significa?

Evelyn no fue capaz de sonreír. De pronto se sentía muy joven e insegura. Y no porque no lo quisiera, sino porque lo quería demasiado. Era peligroso desear algo con tanta intensidad. Era como desafiar al universo a que te lo arrebatara. Y ella ya había perdido demasiadas cosas en la vida.

Pero las cosas maravillosas no ocurrían cuando una era precavida. Ocurrían cuando una era valiente.

Estaba dispuesta a arriesgarlo todo por estar con él.

—Significa que tus perspectivas de negocio han mejorado y que has venido a preguntarme si mis sentimientos han cambiado. No han cambiado, por cierto. —Guardó silencio un momento, amedrentada—. Y los tuyos han... será mejor que me lo confieses rápido antes de que diga alguna tontería.

* * *

Ahmad fue consciente del inmenso cariño que sentía por ella. Por muy atrevida y valiente que fuera Evelyn, aquello era terreno inexplorado. Para ambos.

No había conseguido dejar de sentirse emocionado y nervioso desde que había partido de Londres.

Y el rato que había compartido con la tía de Evelyn y sus hermanas tampoco le había ayudado a relajarse. Todas eran encantadoras, pero él se sentía demasiado alto y masculino sentado en la diminuta sala de estar de su casita, tomando té en una pequeña taza de porcelana, mientras ellas lo observaban con cautivada atención femenina.

Temía una acogida fría, que lo mirasen con desdén por ser un trabajador e incluso con velado desprecio por ser mestizo. Y había llegado preparado para soportarlo.

Pero la familia no le había demostrado más que la curiosidad previsible hacia un hombre que aparecía de pronto en su vida con intención de cortejar a una de sus hermanas.

Ya tenía el permiso de la tía de Evelyn, y sus hermanas lo habían animado mucho. Ya solo quedaba que ella regresara de su paseo a caballo.

Y cuando la había visto llegar trotando al establo, había sentido una profunda certidumbre.

Aquello era lo correcto. Estaba escrito.

—Mis sentimientos no han cambiado. Ya te lo dije.

A los ojos de Evelyn asomó un brillo cargado de alivio. Y algo más. Algo que consiguió que a él le flaquearan las rodillas. Evie sonreía mientras seguía caminando más allá de los árboles.

Una sirena. Su sirena.

Y él era incapaz de dejar de seguirla.

—Hay algunas cosas de las que debemos hablar primero —añadió.

—¿No hemos hablado ya de eso?

—No sabes lo que voy a decir.

—Claro que sí. —Ella lo llevó al amparo de las ramas y la fresca sombra de las hojas—. Ibas a decirme lo mismo que en los jardines Cremorne. Que esto no será fácil.

—Y no lo será. Será imposible impedir parte de las habladurías. Quizá no consiga protegerte de los peores comentarios.

—No necesito que me protejas. —Evelyn se apoyó en el tronco de

un roble y él se acercó a ella. Tenía las mejillas ligeramente sonrosadas y alzaba la barbilla con determinación—. Lo que quiero, lo que he deseado siempre, es lo que me propusiste la tarde que viniste a verme a Russell Square. Una sociedad.

A él se le calentó la sangre.

—Ah. Pero aquello fue un acuerdo de negocios. —Apoyó una mano en el tronco a su lado, medio encerrándola con el brazo—. Lo que te voy a proponer ahora es diferente.

Ella lo miró con temblorosa expectativa.

—Seré tu socio, Evie —afirmó—. Tu escudo, tu apoyo, tu defensor. Solo te pido una cosa a cambio. —De pronto su voz sonaba más grave —. Quiero que seas mi esposa.

Ella se mordió el labio. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Te quiero. —La emoción le apelmazó el pecho a Ahmad—. Te quiero —repitió—. Y no tienes por qué casarte conmigo para tenerme como socio, amigo y defensor. No es una condición a cambio de mi estima. Pero sería un honor si...

—Sí —contestó ella—. Sí.

Y en un segundo ya estaba entre sus brazos.

Ahmad se sentía muy satisfecho. Le dio un poderoso abrazo y la levantó del suelo. Ella se agarró a él todo lo fuerte que pudo. Y él disfrutó sintiendo los brazos de Evelyn alrededor del cuello. Era muy fuerte su sirena. Fuerte, singular y hermosa.

Ahmad apoyó la cara en su cuello.

Ella le enredó los dedos en el pelo.

—Había imaginado este momento mil veces desde que nos separamos, cada día, había recreado hasta el mínimo detalle. Pero la vida real no suele salir como una planea. —Le rozó la oreja con los labios, sus palabras eran un susurro íntimo—. Es mejor. Mucho mejor.

—Evie —murmuró él.

—Te quiero, Ahmad.

Él cerró los ojos con fuerza. Sintió la delicada declaración por todo el cuerpo. Las mismas palabras, igual de hermosas, que ella le había dedicado en los jardines Cremorne. Y resonaban en su interior tanto como entonces, con dulzura y ternura, eran como un bálsamo para las heridas del alma.

—Dímelo otra vez, preciosa.

—Te quiero. Y yo también seré tu escudo y tu apoyo. Tu amiga. Tu socia. Y más.

Ahmad se retiró para mirarla.

—¿Más?

Ella tenía las mejillas sonrosadas.

Él seguía estrechándola entre los brazos tras dejarla en el suelo.

—Habrá más —prometió él. Y agachó la cabeza para darle un beso

que dijo mucho más de lo que habría sido capaz de expresar con palabras.

Ella tenía razón. La vida no acostumbraba a salir según lo planeado. Se desviaba del camino de formas inapelables e inesperadas. A él le había ocurrido. Lo había llevado desde la India hasta Inglaterra, del East End a Mayfair, y finalmente hasta Sussex, hasta los brazos de la mujer que amaba.

Su musa. Su amazona de cabello castaño rojizo.

Ella se agarró a la tela arrugada del pañuelo que Ahmad llevaba al cuello.

—No conozco los detalles de esa clase de cosas —le confesó.

Él sonrió con la boca pegada a sus labios.

—Querida, tú ponte en mis manos.

Evelyn sonrió al recordar.

—¿Sabes? —dijo dándole otro beso—. Creo que lo haré.

Epílogo

Londres, Inglaterra
Septiembre de 1863

Evelyn dio un paso atrás para observar la Orden Real de Nombramiento en la pared de la tienda de su esposo. Había llegado ese mismo día desde el despacho que lord Chamberlain tenía en palacio. Evelyn la había colgado personalmente justo encima del mostrador de madera de caoba, bajo el aplique de la pared. El brillo de la luz de gas iluminaba el escudo de armas real y la elegante escritura de la leyenda:

Esta placa certifica,
por orden de la reina,
que se ha elegido al señor Ahmad Malik
en calidad de modisto de su majestad, la reina

Ahmad agarró a Evelyn por la cintura. Iba en mangas de camisa y todavía llevaba la cinta métrica colgada del cuello después de la última prueba del día.

—¿Es todo lo que imaginaste?

Ella se acurrucó entre sus brazos. Sabía que él jamás había aspirado a conseguir una orden de la reina. Cuando se conocieron, Ahmad solo quería hacer vestidos para las damas de la alta sociedad.

Pero las cosas habían cambiado desde entonces.

Sus elegantes vestidos de luto eran igual de admirados que sus impresionantes trajes de montar. Sus diseños no solo los vestían varias de las damas de la corte, el verano anterior había sido citado para confeccionarle un vestido a la reina.

—Sí —repuso Evelyn mirándolo radiante de alegría—. Estoy muy orgullosa de ti, cariño.

Él le dio un beso en lo alto de la cabeza. Eran las siete y media de la tarde y estaban solos en la tienda.

—El mérito es todo tuyo, mi amor. Si no hubieras asistido a esa reunión ocultista...

—Tonterías. —Evelyn posó el brazo sobre el de su marido y lo sacudió un poco—. Fueron tus diseños los que triunfaron. El resto fue pura casualidad.

—No puedes negar que me has traído mucha suerte.

—La afortunada soy yo —repuso con delicadeza.

Después de casarse el año anterior, se habían embarcado en un viaje hacia lo desconocido. A pesar de estar seguros el uno del otro, ninguno de los dos estaba del todo convencido de nada más.

¿Los rechazaría la sociedad? ¿Se verían obligados a vivir en el extrarradio? ¿Tendrían que pelear con uñas y dientes por cada chelín?

Pero Evelyn no tenía de qué preocuparse.

Las cosas habían ido estupendamente en su matrimonio, empezando por una boda increíblemente romántica en el hotel Claridge. El recuerdo todavía le sonrojaba las mejillas.

Era maravilloso tener a un hombre que conocía la geografía del cuerpo de una mujer. Un hombre que veneraba cada colina y cada valle. Que podía ser paciente y apasionado.

Él le había enseñado mucho sobre ese aspecto del matrimonio. Y ella se enorgullecía de haberle enseñado incluso más. Era posible que no conociera tan bien la anatomía masculina como él conocía la femenina, pero era valiente, aventurera y, con el incentivo adecuado, aprendía deprisa.

No había nada que le resultara más satisfactorio que desconcentrar a su nuevo marido. Ella adoraba hasta el último segundo de intimidad, desde los besos y los abrazos hasta los soñolientos momentos de la mañana, cuando despertaba cálida y perezosa entre sus brazos y volvía a darse cuenta de que aquella era su vida. Una vida en la que se sentía segura, protegida y apoyada. En la que era adorada, en cuerpo y alma.

Evidentemente, no todo el mundo aprobaba su unión. Pero el mundo no se acababa en Mayfair.

Ahmad había encontrado una vieja granja cerca de Hampstead. No era la calle Upper Belgrave o Grosvenor Square, pero para ellos era mejor. Estaba lo bastante cerca de su tienda de vestidos y, a la vez, permitía mantener la sensación de estar en el campo, gracias a los espacios abiertos que tentaban a Evelyn a salir a montar por las mañanas.

Cuando Anne, Julia y Stella estaban en la ciudad, solían salir a galopar con Evelyn por los páramos. Luego tomaban té y pastelillos de limón en la anticuada sala de estar de la granja.

También recibían otras visitas. Mira y Tariq. El tío Harris y lady Arundell. Incluso los Finchley. Evelyn y Ahmad contaban con la

bendición de familiares y amigos, y su casa siempre estaba a abierta a todos ellos. Era un lugar cálido y acogedor, desprovisto de pretensiones aristocráticas.

Evelyn era feliz allí.

Hefesto también era feliz en su pequeño establo de la parte de atrás, y sus gastos se sufragaban gracias a su exitosa carrera como semental.

Y cada día les proporcionaba más felicidad.

Recibieron la noticia de que Fenny había dado a luz a un niño sano.

Mira y Tariq terminaron por fijar una fecha para su boda.

Llegó la entusiasta carta en la que la tía Nora contaba que el tío Harris iba a financiar la temporada de Gussie la primavera siguiente.

Y también llegó el día en el que, finalmente, cambiaron la placa de la puerta de la tienda. El letrero «Señores Doyle y Heppenstall, sastres» dio paso al de «Señor Ahmad Malik, modisto».

Y ahora aquello.

El reconocimiento real.

Evelyn se dio media vuelta entre los brazos de Ahmad y se colgó a su cuello.

—Tenemos que hacer algo para celebrarlo.

El fuego asomó a los ojos de Ahmad.

—Ya sé lo que quiero hacer.

—Solo tienes que decirlo.

Él agachó la cabeza para pegarse a ella sonriendo. Su grave voz era muy invitante:

—Vámonos a casa, Evie.

En los ojos de Evelyn brillaba una sonrisa.

—A casa —murmuró—. Me gusta cómo suena.

Nota de la autora

La sirena de Sussex se inspiró en varios personajes reales y episodios de la era victoriana, como las Preciosas Domadoras de Caballos, la famosa cortesana Catherine Walters, el diseñador de moda Charles Frederick Worth, la modista de la corte madame Elise, el astrólogo Zadkiel, y el niño vidente, Robert James Lees. Tras la muerte del príncipe Alberto en diciembre de 1861, muchos de estos elementos convergieron en la historia. He ambientado la historia de amor de Ahmad y Evelyn en este periodo tratando de ceñirme lo máximo posible a la cronología histórica real.

Las Preciosas Domadoras de Caballos

Las Preciosas Domadoras de Caballos eran cortesanas de la década de 1860, tan conocidas por sus ajustados trajes de montar como por las habilidades ecuestres que demostraban en Rotten Row, la pista de Hyde Park. La más conocida de todas ellas fue Catherine Walters. Los periódicos de la época se referían a ella como Anónima o Incógnita, pero gran parte de la sociedad la conocía como Skittles (Bolos) en referencia a la bolera en la que había trabajado de joven. A lo largo de su exitosa carrera vivió, en distintos periodos, bajo la protección de duques, marqueses, e incluso se rumoreaba que de algunos miembros de la familia real.

En 1862, Catherine Walters dejó Londres durante una temporada para marcharse a América. Los periódicos afirmaron que dejaba «muchos pretendientes lamentando su ausencia». Se decía que asfixiaba a sus acreedores y esa reputación la persiguió durante años. En 1872, los señores Creed y Evans, sastres y modistos de la calle Conduit, la denunciaron por deberles una factura de varios trajes de montar por la suma de 334 libras con 3 chelines. Dicho caso me sirvió como inspiración, tanto para la localización de la tienda de Ahmad, como para la factura impagada de 100 libras de la señorita Walters.

Ocultismo victoriano

Richard James Morrison, popularmente conocido como Zadkiel, fue un astrólogo de la era victoriana que también se dedicaba a la adivinación. Durante un tiempo fue propietario de una pequeña bola

de cristal que se decía que había pertenecido a un mago egipcio. Zadkiel la mostraba a los nobles, y muchos de ellos afirmaban ver cosas en la agrietada superficie.

Tras retirarse de la Marina Real, Zadkiel se hizo un nombre redactando almanaques astrológicos. En el de 1861 predijo la muerte del príncipe Alberto. Los victorianos ya tenían una morbosa curiosidad por las reuniones de ocultismo, la buenaventura y la adivinación con bola de cristal, pero tras la muerte del príncipe, el fenómeno se hizo todavía más popular. Se rumoreaba que incluso la reina Victoria hacía muchos esfuerzos para contactar con su marido fallecido. Y uno de los rumores más populares estaba relacionado con el chico vidente, Robert James Lees.

Durante los años posteriores a la muerte del príncipe Alberto (en algún momento entre 1862 o 1863, según los informes), el adolescente Lees afirmó haber contactado con él. Al enterarse, se rumoreó que la reina mandó dos oficiales de la corte de incógnito a la siguiente reunión ocultista del joven vidente. Con la ayuda de su espíritu familiar, Lees los identificó sin problemas. Al tener aquella nueva prueba de su veracidad, los oficiales de la corona le preguntaron cuál era el nombre secreto que el príncipe Alberto utilizaba para comunicarse con su mujer. Y dicen que lo facilitó.

Según algunas fuentes, más tarde Lees llegó a escribirse con la reina Victoria e incluso a organizar sesiones ocultistas para ella en palacio.

¿Son ciertas todas estas historias sobre Lees? La respuesta es «sí», hasta cierto punto. Robert James Lees fue un conocido espiritista y vidente, pero no afirmó haber contactado con el príncipe Alberto, no hay ninguna prueba de que sus afirmaciones le ayudaran a interactuar con la reina o con la corte real.

Moda victoriana

Durante las décadas de 1850 y 1860, el estilo de los vestidos de las mujeres se debió, en gran medida, a la influencia de la emperatriz Eugenia, esposa de Napoleón III. Ella fue la juez indiscutible de la moda durante la mitad del siglo XIX en Francia. Le gustaban las faldas gigantescas que enfatizaban la estructura del miriñaque, y fue mecenas del diseñador parisino Charles Frederick Worth, cuyos vestidos eran tan deseados como caros.

Hacia 1860, las faldas de las mujeres habían alcanzado el mayor tamaño de todo el siglo, con dobladillos que, en algunos casos, alcanzaban los cuatro metros y medio de diámetro. Los adornos no eran menos abrumadores. Tras la muerte de Worth, la mayoría de los vestidos modernos se confeccionaban con lujosas telas adornadas con varios metros de encaje, ondulaciones, volantes, flecos y lazos.

Las modistas de Londres, como madame Elise, de la calle Regent,

empleaban grandes equipos de costureras para confeccionar vestidos de ese tamaño y estilo. Se la conocía por explotar a sus trabajadoras hasta la muerte, obligándolas a coser durante incontables horas en el interior de estancias abarrotadas y sin ninguna ventilación. En 1863, hallaron muerta en su cama a una de ellas, Mary Walkley. El escándalo provocó una gran indignación popular.

Por suerte para algunos, la silueta del vestido de las mujeres empezó a cambiar gradualmente.

Las faldas empezaron a acampanarse por los lados, cosa que producía el efecto de aplanar la parte delantera y trasladar el volumen a la parte de atrás. A medida que pasaron los años y las mujeres fueron cada vez más activas, se añadieron más nesgas, consiguiendo así que el volumen aumentara en la parte de atrás. Esto fue evolucionando hasta la introducción del polisón en las décadas de 1870 y 1880.

Yo imaginé que Ahmad encabezaría esta evolución. Los vestidos que diseña son un poco acampanados, de forma que la caída de la falda se traslada a la espalda creando un poco de cola. Esto supone una sutil diferencia respecto a la silueta predominante de la época, pero una bastante importante, pues anticipa los cambios que están por llegar, tanto por lo que se refiere a los polisones como a la creciente independencia de las mujeres.

Los vestidos de Ahmad también se caracterizan por la falta de adornos excesivos. Él proporciona a sus diseños la estética propia de un sastre. Eso es algo que él habría aprendido durante los años que pasó confeccionando trajes para caballeros y trajes de montar para mujeres. Los mejores para practicar la equitación en la época los hacían los sastres. Estaban desprovistos de volantes y florituras. Se diseñaban teniendo en cuenta la calidad de la tela y la elegancia del corte. Y esta tendencia minimalista le vino muy bien a Ahmad cuando empezó a confeccionar sus vestidos de luto.

Los indios durante la época victoriana

He escrito muchas veces sobre la India de la era victoriana en mis novelas románticas, pero el legado del colonialismo británico no tuvo nada de romántico. Y eso se hace especialmente patente en los libros británicos sobre la India que se escribieron durante el siglo XIX, como los que compra Evelyn en la librería Hatchards. Los escritores de esas historias tenían tendencia a deshumanizar, demonizar o infantilizar a los indios nativos. Y, a veces, las descripciones de los mestizos eran incluso peores.

En mi novela he intercalado referencias a la historia verdadera con otras inventadas. Los libros ficticios o bien están basados en un único texto histórico, o bien son una amalgama. Por ejemplo, la cita que

lady Anne lee en voz alta en el capítulo veintisiete, que se atribuye al texto inexistente *Inglaterra y sus colonias*, es una versión reescrita del libro de John Holloway, *Essays on the Indian Mutiny* (1865). De la misma forma, la ficticia novela urdu que el capitán Blunt le recomienda a Evelyn en Hatchards, *Las dos hermanas*, de Shahid Khan, está inspirada en la de Nazir Ahmad *Mirat-ul-Uroos* (1869).

Al leer algunos textos coloniales es fácil acabar creyendo que personas como Ahmad y Mira nunca terminaban bien. Pero ningún pueblo tiene una historia que hable únicamente de dolor. Y desde luego, no fue así para los indios que vivieron en Londres durante el siglo diecinueve. Trabajaban por toda la ciudad, vivían, amaban y profesaban su religión mientras sorteaban los obstáculos derivados de la circunstancia de ser personas de tez oscura en la Inglaterra victoriana.

Entre ellos, Ahmad y Mira afrontaron desafíos tanto internos como externos. En la India, durante el periodo de dominio británico, hubo muchos ingleses que engendraron hijos con mujeres indias. Esos niños se enfrentaban a una vida complicada; no eran indios, pero tampoco eran del todo ingleses. Mientras escribía *La sirena de Sussex*, elegí concentrarme en la batalla interna por la identidad en sí misma, pues es una lucha que me resulta familiar.

Agradecimientos

Escribir un libro es una tarea solitaria en el mejor de los casos. Y todavía más si una lo hace durante una pandemia mundial. El aislamiento me ha llevado a sentirme más agradecida con quienes me han ayudado en el camino. He aquí una lista de las personas a las que debo mi más sincero agradecimiento:

A Deb, por sus impresiones sobre el primer capítulo.

A Rachel, por animarme a darle una oportunidad a esta historia.

A Flora, Dana y Alissa, por leer el primer borrador.

A Jackie y a Sandy, por ayudarme con las traducciones.

A David y Christiane, por enseñarme (a mí y a mis caballos) tanto sobre doma.

A mi madre, que un día me preguntó: «¿Cómo es posible que las personas que se parecen a ti en tus historias sean siempre personajes secundarios?», empujándome a escribir una en la que Ahmad y Mira fueran los protagonistas.

Y a mi padre, que apoya mi profesión de escritora, aunque nunca haya leído ninguna de mis novelas.

También debo darle las gracias a mi agente literaria, Sarah Hershman. A mi alucinante editora en Berkley, Sarah Blumenstock. Y a Farjana Yasmin, por la preciosa portada.

Por último, y no por ello menos importante, quiero dar las gracias a mi familia de animales por proporcionarme tanto apoyo emocional mientras investigaba y escribía. A *Stella*, *Tavi* y *Bijou*. Y a *Centelleo*, mi caballo de doma andaluz, que murió a causa de un cólico dos semanas después de que yo terminara el manuscrito. Él fue mi amigo y compañero durante casi veinte años. Espero que esta historia sea un recordatorio de la fuerza de nuestra unión y de lo mucho que lo quise y lo seguiré queriendo.

Descarga la guía de lectura gratuita de este libro en:
www.librosdeseda.com